



MIS PODERES Y TUS POLVOS MÁGICOS



García
de Saura

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12. Juanjo
Capítulo 13. Juanjo
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23. Juanjo
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26. Juanjo
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32. Juanjo
Capítulo 33
Capítulo 34. Juanjo
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo. Juanjo
Agradecimientos
Referencias a las canciones
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Paula, una chica alejada de los cánones de belleza actuales y volcada exclusivamente en alimentar su intelecto, está convencida de que es bruja.

Nadie en su pequeño pueblo cree que tenga poderes, hasta que llega la fiesta de fin de curso. Esa noche, tras la última jugarreta de Juanjo, su mayor enemigo, ella lo amenaza delante de todos y le prepara un hechizo con el que logra hacerlo desaparecer.

Al cabo de unos años, Paula se traslada a Madrid y se convierte en una prodigiosa abogada. Su tenacidad e inteligencia la llevarán hasta un importante gabinete, y allí el destino le deparará la sorpresa de reencontrarse con Juanjo. Sin embargo, su antiguo compañero y adversario de la infancia ya no es el chico que ella recordaba. La vida lo ha convertido en un hombre sofisticado y astuto, a la vez que en un temido abogado.

¿Logrará Paula aceptar que su futuro está escrito o lo desafiará mediante sus hechizos para apartar a Juanjo de ella?

*Mis poderes y tus
polvos mágicos*
García de Saura

Esencia/Planeta

*Dedicado a mis Gamberras,
a mis lectores,
y a las personas con verdadera
capacidad de amar y ser amadas*

Capítulo 1

En un pequeño pueblo de Cuenca, quince años antes

—¡Lita, baja a ayudarnos! —Mi madre me despierta con uno de sus particulares y matutinos gritos. ¡Cuánto lo detesto!

Pese a que mi mayor deseo es quedarme en la cama al menos una hora más para estirarme y asimilar que debo levantarme, tras un segundo grito de su incombustible garganta, acato su orden. Con los ojos aún entornados por el sueño y porque veo menos que un gato de escayola sin las gafas, miro la hora en el despertador de doble campana de color rosa que tengo sobre la mesilla. ¡Joder, sólo son las seis y media! Sin ganas, me arrastro hasta el baño para darme una ducha ligera. Me cepillo mi larga melena «en tierra de nadie» antes de recogerla en mi habitual trenza. Me refiero así a ella por lo independiente y libre que es; va literalmente a su bola. Puedo entrar en una calle siendo castaña y salir al cabo de un rato de ella siendo pelirroja, según la luz que le dé. Creo que, en cierto modo, soy igual que ella. Me lavo los dientes y me coloco mis grandes gafas marrones de pasta, modelo que dejó de llevarse hace unos cuantos años, pero que yo sigo poniéndome por lo cómoda que me siento con ellas. Suspiro antes de abrir los ojos y verme en el espejo. No me entretengo demasiado. Lo que refleja no me entusiasma demasiado, aunque tampoco es algo a lo que dé demasiada prioridad. La trenza está en su sitio, el resto también..., ¡sobra!

Soy de la idea de que una mujer, por el hecho de ser bonita, no siempre es inteligente; en cambio, una mujer inteligente siempre lo es. Y por eso es por lo que lucho cada día, por convertirme en una gran mujer, autosuficiente, con carrera y a la que no le importe lo que digan los demás de ella. Hasta mi familia ha intentado miles de veces convencerme para que me peine o me vista de otra forma; con el paso del tiempo, he aprendido a hacer que sus frases... me resbalen.

Vuelvo al cuarto para acabar de vestirme. Aquí tampoco suelo detenerme demasiado; una falda larga, una blusa fina y una rebeca son más que suficientes para acompañar mis bailarinas preferidas, regalo de mis padres de hace años. Mi inexistente pasión por la moda, mi rebeldía contra ella y contra todo lo que tenga que ver con ese mundo superfluo, al que inexplicablemente muchas chicas desean pertenecer, llegando incluso a pasar hambre como si estuviésemos en época de guerra, es algo que tengo hialino. ¿Por qué he de vestir como les convenga a un grupo de personas que, según ellas mismas, puesto que no tienen a nadie por encima que les diga lo contrario, deciden qué es adecuado ponerse? ¿Por qué su opinión o su criterio está por encima del mío o del de cualquier persona que desee vestir como quiera? Eso por no hablar de los dichosos tacones, que ahora a todas las chicas del instituto les ha dado por ponerse para ir a clase. Y, total, ¿para qué? ¡Vaya ganas de procurarse un innecesario dolor de pies y una futura deformación de espalda! Error. ¡Una mujer no es menos mujer por el mero hecho de ir plana y cómoda! Jamás.

—Buenos días —saludo a mi madre cuando bajo a la panadería, negocio familiar que regentamos y que ha ido pasando de generación en generación. Mi padre está dentro, en el obrador.

—¡Ya era hora, Lita! Venga, ponte el mandil y échanos una mano —me apremia nada más verme.

—¿Y Guille? —pregunto, aun a sabiendas de que sigue acostado panza arriba, importándole un bledo si tenemos o no que atender en la tienda.

—Tu hermano está durmiendo, llegó tarde anoche y tiene que descansar.

—Noche de lobos, día de perros —me quejo.

—Cuando seas mayor lo entenderás —lo defiende.

—¿Entender el qué? —pregunto atándome el delantal a la espalda—. ¿Por qué le concedes más privilegios a él que a mí sólo por el mero hecho de tener un músculo colgando que, al parecer, le otorga un poder sobrehumano que lo convierte en un ser superior que le permite quedar exento de obligaciones?

Mi madre resopla sacudiendo la cabeza y mirando al techo. Es su gesto habitual cuando desarmo y derroto alguna de sus absurdas teorías, en este caso, una muy machista. Y es que, según ella, mi hermano no nos echa una mano porque es hombre y está durmiendo... ¡Con un par!

Mi familia es muy conocida en el pueblo. Algo normal si tenemos en cuenta que somos la única panadería que fabrica su propio pan y repostería. Las otras dos sólo hornean masa congelada. Guille es el que mejor ha sabido aprovechar esa fama. Las ganas de las que carece para los estudios las emplea en jugar al fútbol y ligarse a las chicas de medio pueblo. Es cuatro años mayor que yo y mil veces más caradura. Somos como la noche y el día, como el blanco y el negro, y como el bello y la bestia. En más de una ocasión he deseado ser igual que él y vivir como él lo hace: sin reglas, sin obligaciones y siendo el más popular del instituto. Pero pronto se me pasa cuando me doy cuenta de lo afortunada que soy por ser la inteligente de los dos. Que no la lista, como él bien se encarga de recordarme a menudo.

—Hola, ¿el último? —pregunta Juanjo nada más aparecer por la cortina de chorrillos multicolores que tenemos en la entrada.

¡El que faltaba!

Mientras una vecina le responde amablemente que ella es la última, yo le dedico mi peor mirada, gesto que él me devuelve acompañado de una maléfica sonrisa.

Mi historia con Juanjo se remonta a un par de años atrás. Creo que desde el mismo día que se mudó aquí con su perfecta familia. Su padre, un señor con aires de grandeza y convencido de que es un ser superior, es abogado en un importante bufete de Cuenca. Sin embargo, prefirieron instalarse en el pueblo, según dicen, por capricho de su madre, pues, al parecer, tuvo antepasados aquí y fue la que se empeñó en venir. Yo, en cambio, soy de la opinión de que se mudaron por capricho del padre, que eligió este pueblo para asegurarse de que no había nadie aquí que estuviera por encima de él.

Juanjo y su familia pronto se hicieron muy populares. Le permitieron incluso matricularse en el instituto sin reparo alguno por ser hijo de quien era, pese a que estábamos casi a final de curso. Su popularidad allí también creció como la espuma, y no tardó en convertirse en el objetivo de todas las chicas. Todas, excepto yo. Me bastó un segundo para saber que no era de fiar y que me traería problemas, algo que detecté gracias a uno de mis dones. No sólo soy capaz de memorizar todas las matrículas del pueblo, por poner un ejemplo, sino que, además, puedo ver el alma de una persona únicamente con mirarla a los ojos. Y fue en ese instante, cuando lo vi por primera vez, que lo supe. Acerté de lleno. Nuestra rivalidad no tardó en manifestarse. Recuerdo que ese día toda la clase nos dirigíamos hacia el aula de informática. Yo iba hablando con Manuela, mi mejor y única amiga desde la infancia, cuando Juanjo, acompañado de *los guais*, me dio una colleja y me pegó un chicle mascado en el pelo al pasar por mi lado. Esa misma tarde tuve que cortármelo, y desde entonces llevo trenza para disimular el trasquilón. Manuela, que siempre ha sido mucho más inocente que yo, insistió en que debía ir al despacho de la directora a contarle lo ocurrido. Pero yo me negué en rotundo porque sabía que, como mucho, le pondrían un negativo o lo castigarían a quedarse en clase un par de horas. No era suficiente. Preferí arreglarlo por mi cuenta y prepararle un hechizo del que no pudiera deshacerse en días.

Mi venganza tardó más de lo previsto. Mi experiencia con la brujería aún está a nivel de principiante, pese a las decenas de libros que guardo como un tesoro y al tiempo que llevo dedicándome a ella. Todavía no la domino lo suficiente, y menos aún hace dos años, por lo que me vi obligada a cambiar de estrategia. Y así fue como llegó mi revancha. Tras averiguar cuál era su talón de Aquiles, fui a la ciudad en busca de una tienda de mascotas. Compré una culebra y esa misma tarde la metí en su taquilla. Medio pueblo oyó su grito a la mañana siguiente. No preguntó quién había sido el responsable; no hizo falta. Tampoco se chivó cuando la directora pasó por todas las aulas amenazando con avisar a la policía si no salía el culpable. Recuerdo cómo mis compañeros se miraban unos a otros asustados; excepto yo, que me mantuve firme y segura sin amilanarme, con la certeza de que Juanjo Garza entendería que no debía meterse con Paula Cardo.

¡Qué equivocada estaba! Aquello no fue más que el principio de una multitud de putadas que ambos nos hemos ido haciendo durante todo este tiempo y que, hoy en día, aún seguimos haciéndonos. La última en mover ficha fui yo, hace tres semanas. Necesitaba vengarme de la caída que tuve en clase de gimnasia. Era mi turno para el salto de potro y me dirigía hacia él cuando me estampé contra el suelo. Aún guardo en la memoria con qué insistencia el profesor me preguntaba cómo era posible que me hubiese dado aquel tortazo, con rotura de paleta incluida, si no había bache ni desperfecto alguno en la pista del pabellón. Él mismo fue testigo, junto con el resto de mis compañeros, de que caí sin motivo alguno. Todo el mundo se asustó al ver la cantidad de sangre que derramé; la misma que me mostró el hilo de pesca que me había hecho caer y en uno de cuyos extremos estaban las manos de Juanjo. El alboroto que se formó y el gesto de su cara me hicieron darme cuenta de que nuestra rivalidad había subido un nuevo escalón, un nuevo nivel en el que debía ponerme las pilas si quería ser la clara vencedora.

Así pues, dispuesta a darle su merecido, orquesté mi plan. A diferencia de los chicos con los que se codea, Juanjo no sólo ha sido rival en el campo de batalla, sino también en clase. Cada examen se ha convertido en un reto, un duelo entre ambos del que, para mi desgracia, no siempre he resultado vencedora. El muy capullo es más inteligente de lo que me gustaría.

Al día siguiente de mi última jugada teníamos el examen final de química. En medio de clase alcé la mano y le pregunté al profesor si echar horas extra en el laboratorio contaba para subir nota. Yo ya conocía la respuesta, pero mi intención era que Juanjo la oyera. Y vaya si la oyó. Esa misma tarde decidió quedarse allí para poder asegurarse de que el marcador aumentaría un tanto más a su favor. Casi anochece cuando, tras engañar al conserje y asegurarle que no había nadie en el instituto, éste cerró y nos marchamos a casa. Antes había conseguido distraerlo y robarle la llave del laboratorio para dejar encerrado a Juanjo. El revuelo que montó su padre aquella noche no fue pequeño. Su mujer estaba en Madrid, adonde solía ir a menudo por asuntos de trabajo. Así que él, haciendo uso de su poder, removió cielo y tierra y despertó a medio pueblo para encontrar a su hijo. Hubo sirenas y policías por todas partes. Incluso bomberos, por si Juanjo hubiese quedado atrapado en

algún pozo o algo parecido. El alcalde se desvivió por encontrarlo y organizó una barrida con casi todos los hombres disponibles. Después supe que lo encontraron durmiendo tan tranquilo en un rincón del laboratorio. Había estado estudiando hasta bien entrada la noche y no había hecho nada por pedir auxilio, algo que extrañó a todo el mundo, excepto a mí. Por desgracia, mi plan sólo consiguió que él fuese el único en no asustarse y que el marcador volviera a subir a su favor.

—Ponme una barra de cuarto —le pide a mi madre al llegar su turno. De buena gana se la cogería yo, pero para estampársela en la cabeza—. ¡Hola, Lita! —me saluda con una sonrisa más falsa que un billete del Monopoly mientras atiendo a la señora Jiménez, una mujer viuda que anda más preocupada por la vida de los demás que por la suya propia.

—¡Hola, Juanjo! —respondo simulando aparentar normalidad. En realidad, creo que sólo Manuela conoce nuestra rivalidad, aparte de nosotros dos.

—¿Sólo una barra? —pregunta curiosa mi madre—. Pero mira que coméis poco en tu casa. ¡Claro, así estáis de guapos! No como mi Lita, que menudo culo me está echando...

Si bien a la señora Jiménez le gusta informarse de la vida de los demás, para mi progenitora enterarse de todo lo que ocurre en el pueblo y meter las narices donde nadie la llama es, como ella misma dice justificándose, una imperiosa necesidad. Eso sin contar lo que le apasiona intentar dejarme en ridículo, algo que, desde hace años, me paso por donde yo me sé.

—No creo que sea para tanto —responde él sin quitarme ojo.

Otra vez toca representar el dichoso papel de que nos llevamos bien. ¡Odio esta parte del juego!

—Eso es porque no la has visto bien. ¡Cómo se nota que sois amigos!

—Claro que sí.

—Embustero —mascullo entre dientes por lo bajini.

—¿Cómo dices? —me pregunta la señora Jiménez.

—Que si quiere el alajú entero —me apresuro a responder. Será mejor que me concentre en atenderla o acabaré metiéndome en un lío.

—¿Para mí sola? ¡Qué va, qué va! Ponme un trozo pequeño.

—¿Así? —pregunto señalando un trocito de unos diez centímetros.

—Así está bien.

—Gracias, señora Cardo —dice Juanjo al coger su solitaria barra. Mi madre es la única de la familia que no se apellida así, pero es el nombre de la panadería que reza en la puerta—. ¡Hasta luego, Lita! Por cierto, irás a la fiesta, ¿verdad?

—Claro, no me la perdería por nada del mundo —manifiesto con la misma sonrisa falsa que la suya.

—Perfecto. Allí nos vemos. Adiós —se despide antes de marcharse.

¡Mierda, mierda, mierda! La fiesta de fin de curso es esta noche y, por su tono, seguro que ha preparado alguna treta de las suyas. He estado tan pendiente de los exámenes que he bajado la guardia. El marcador de las notas finales ha quedado a su favor por una mínima diferencia. Aunque el de las venganzas está en empate, así que doy por hecho que va a mover ficha esta noche. ¡Mierda! Sé que ya lo he dicho, pero necesito repetirlo.

* * *

Este año la fiesta es de disfraces. Así lo han decidido las organizadoras, que no podían ser otras que las siempre omnipresentes *populares* del instituto. Son las típicas chicas que suelen estar en todos los *fregaos*, creyendo que son guapas y modernas, y cuya verdadera y única intención no es otra que ser el puñetero centro de atención. Todos en el instituto siguen sus pasos como marionetas. Excepto Manuela y yo, que vamos a nuestra bola. Una de ellas, la más rubia y choni de todas, cuyo nombre lleva implícitas las arcadas que me produce, es Angustias. Lleva detrás de Juanjo desde que éste llegó al pueblo. Se rumorea, incluso, que ya se han acostado. ¡Doble arcada! Si él ya me molesta, ella, con su pelo rubio de bote y su innombrable *morenote*, me produce pavor.

—¡Tía, estás idéntica! —suelto en cuanto veo a Manuela a través del portátil. Solemos llamarnos por Skype cuando queremos mostrarnos algo.

—¿Tú crees? Es que la idea me parecía más buena sobre el papel.

—Has logrado recrear a la perfección el personaje de Frida Kahlo.

Un sonido extraño en el portátil llama mi atención y no dudo en ponerme a averiguar de qué se trata. Miro en todas las carpetas del escritorio, pero, al no encontrar nada fuera de lo común, vuelvo a maximizar la pantalla.

—¿Me has minimizado?

—Sí, he visto algo raro.

—Si ya sabía yo que me había pasado. Tengo un problema.

—¿Qué problema?

—¡Que voy horrible y que me he equivocado al escoger el disfraz!

—Representas a una artista a la que siempre has admirado.

—Pero que era más fea que un demonio.

—¡No digas eso de la pobre Frida!

—Tía, mira —me pide acercándose más a la cámara.

—¡Tía, aléjate! —grito cuando veo de cerca su poblado entrecejo. Impresionar, impresiona un rato largo—. Vale, no estás muy guapa —admito—. Pero ¿a quién le importa?

—Pues a mí. Si por lo menos te hubiese hecho caso, ahora iría de bruja como tú.

—Si quieres, te cambio el disfraz.

—¿Lo harías?

—No.

—Entonces ¿para qué...?

—Venga, Manuela, no te pongas así. Nunca nos ha preocupado lo que digan de nosotras, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Nos hacemos mayores, tía. Y empiezo a cambiar de idea.

—¿Quieres volverte choni?

—¡No! Me refiero a los chicos.

—Ellos son unos *chonos*, que se juntan con *chonis* y tienen quedadas *chonas* —me mofo—. ¿A qué viene este cambio de última hora?

—Dudo de mi existencia —suelta, poniendo los ojos en blanco.

—Pues ve dejando las dudas a un lado porque te necesito.

—Tú dirás —dice, recolocándose y dedicándome por primera vez su atención.

—Esta mañana, en la panadería, Juanjo me ha preguntado si iba a ir a la

fiesta. Necesito estar preparada. Sé que me tiene organizada una de las tuyas.

—¿En medio de la fiesta? Quiere coronarse, el tío.

—Me da que sí. Apenas queda tiempo y lo único que se me ocurre es hacerle un conjuro que acabe con él.

—Dime, por favor, que no has mirado en el último libro que tú ya sabes. Recuerda lo que te pasó.

—No, tranquila —aseguro, intentando parecer convincente.

El libro al que se refiere lo considero uno de mis mayores tesoros. Lo compramos una mañana que fuimos a la ciudad. Lo guardo como oro en paño por lo importante que es para mí. Aunque, como ella dice, los hechizos que contiene no son fáciles de llevar a cabo. Uno de ellos era para dejar mudo a alguien; quise hacérselo a Juanjo, pero me fue imposible porque no hubo manera de encontrar sangre de dragón. El otro, que elegí para que a mi hermano le salieran sarpullidos por todo el cuerpo por una de los miles de veces que se había metido conmigo, tampoco pude realizarlo. En esa ocasión me faltó el pelo de un oso hormiguero. Resultado: me echaron del zoo de Madrid, y Guille sigue con la piel perfecta y tan idiota como el primer día.

—Pues no se me ocurre nada —admite mi mejor amiga—. Lo máximo que podemos hacer ahora que ha acabado el curso es escaparnos un día a Madrid y mirar en la biblioteca regional.

—Suena interesante. Me vendrá bien estar preparada para después de esta noche. Pienso elaborar el mayor conjuro de la historia contra él.

—Lita, eres mi bruja favorita.

—Venga, cuelga, que voy para allá.

* * *

A los pocos minutos de pasar por casa de Manuela para recogerla, llegamos al instituto. La fiesta es en el pabellón de gimnasia, el mismo donde me rompí la paleta que aún no he podido arreglar. En una de las paredes hay una pantalla donde se proyectan imágenes de alumnos y profesores, al ritmo que marca la música que sale de los altavoces. Son excursiones, eventos, obras de teatro y demás que se han hecho durante el curso.

Los disfraces que llenan el pabellón son, en su mayoría, de series de televisión o de películas que se han estrenado este año; un repertorio cargado de originalidad, vaya. Mi mejor amiga y yo nos mezclamos entre la gente y pronto bailamos como descosidas en medio de la pista. Si no nos importa lo que digan de nosotras, aún menos lo que opinen de nuestra forma de bailar. Nos lo pasamos en grande durante buena parte de la noche hasta que, de pronto, la música cesa y se apagan las luces. La pantalla es lo único que permanece encendido. Todos tenemos los ojos puestos en ella. Imagino que será la directora con algún mensaje especial de despedida; ella es muy dada a ese tipo de cosas y una amante incondicional del melodrama. Pero, para mi desgracia, vuelvo a estar equivocada. En la pantalla no aparece la directora ni ningún otro profesor, sino que lo hacemos Manuela y yo en nuestra llamada por Skype de hace apenas unas horas. «¡El sonido extraño del portátil!», pienso al caer en la cuenta de que se trataba de un hackeo. Las mofas y las risas al ver la cara de Manuela acercándose a la webcam no se hacen esperar. Todos se burlan y se apartan de nosotras para señalarnos con el dedo. Somos el centro de atención de cada uno de los que están a nuestro alrededor. Las carcajadas aumentan al llegar a la parte donde admito ser una bruja y hablo de hacerle un conjuro a Juanjo. Es entonces cuando lo busco con la mirada. He cometido el fatídico error de olvidarme de él y dedicarme sólo a divertirme con mi mejor amiga. Las risas dan paso a los insultos, que hacen llorar a Manuela, y ésta se desmorona a mi lado sin poder reaccionar. Yo, en cambio, soy incapaz de derramar una sola lágrima. La ira que siento es demasiado grande y me impide hacerlo. En mi mente sólo encuentro una palabra: *venganza*. Miro a mi alrededor sin descanso con la única finalidad de encontrar al culpable. Lo encuentro a pocos metros, junto a la mesa de sonido e iluminación.

—¡¡¡Esto no va a quedar así!!! —grito ante la mirada atónita de todos—.
¡¡¡Acabaré contigo, Juanjo Garza!!!

—¡Te estaré esperando! —me contesta él del mismo modo.

—¡¡¡No pararé hasta hacerte desaparecer, te lo juro!!!

Tras mi promesa, y teniendo a todo el instituto como testigo, agarro del brazo a Manuela y la saco de allí sin mirar atrás. Lo hago enloquecida y con

un único objetivo adueñándose de mi mente. Ella no deja de llorar durante todo el trayecto hasta su casa, adonde la acompaño, y le hago la firme promesa de que se lo haré pagar. Al llegar a la mía, subo la escalera y, sin mediar palabra, entro en mi cuarto de forma apresurada. Mi vista se centra en la estantería, y me dirijo a ella llena de ira. Sin un ápice de duda, cojo mi libro sagrado de brujería y taumaturgia y lo abro por la página marcada. Guardaba el maléfico hechizo para cuando fuese necesario; algo me decía que algún día acabaría necesitándolo, y ese día ha llegado. Con el reverso de la mano enjugo las lágrimas que, sin darme cuenta, mojan mi cara.

—¡Te odio, Juanjo Garza! —mascullo entre dientes mientras recopilo uno a uno los elementos que, según el libro, necesito para el conjuro—. ¡Acabaré contigo para que no vuelvas a hacerme daño! —concluyo al tiempo que saco la última pieza del puzle.

Una frase, los elementos perfectos y un fuerte deseo. ¡El hechizo está hecho!

* * *

El lunes por la mañana, Juanjo no vino a comprar el pan. Él y toda su familia habían desaparecido, y no se hablaba de otra cosa en el pueblo.

Capítulo 2

Quince años después, en la actualidad

—Lola, deberías venirte al pueblo conmigo —le insisto mientras guardo cosas en la maleta, que tengo abierta sobre mi cama.

—¿Y perderme la fiesta del año? ¡Ni hablar!

Lola lleva tiempo hablándome del evento de esta noche. Es la cena de Navidad de los grandes almacenes donde ella trabaja, a la que lleva planeando ir desde hace semanas.

—Sigo pensando que no deberías quedarte sola en estas fechas.

No es la primera vez que hablamos del tema, pero soy su única familia y estamos en una época del año demasiado entrañable.

—Sabes la ilusión que me hace acudir a esa fiesta. Es mi oportunidad para ligarme al encargado de la segunda planta. Y si lo consigo..., no estaré sola —suelta en tono picarón mientras me acerca un jersey de lana de color gris.

—Ése, no, que pica —le indico.

—Eso quiero, que me pique.

—El tío, no. El jersey.

—Y ¿por qué no te deshaces de él? Aunque, ya puestos, ¿por qué no te deshaces de todo? —Su gesto asqueado señalando mi armario me molesta.

—¿Vas a volver a lo mismo de siempre? Me gusta mi ropa y me siento cómoda con ella.

A diferencia de mí, Lola siempre le ha dado mucha importancia al físico y a la apariencia. Algo que puedo entender dada su profesión de escapatista o PPV (promoción en punto de venta), a la que se dedica en cuerpo y alma desde hace más de seis años. A ella le gusta gustar. A mí, ir cómoda.

—La presencia es la carta de referencia de una persona —afirma entregándome, esta vez, un jersey negro.

—Hasta que abra la boca y la cague. —Éste sí lo acepto.

—A tu vuelta iremos juntas a las rebajas.

—¿Y hacer cola durante horas para entrar a empujones en una tienda como si fuéramos toros entrando en el matadero? No, gracias.

—¡Qué exagerada eres!

—Dame esa falda —indico, señalando mi favorita.

—No pienso dártela. ¡Es horrible!

—Pues yo la cogeré —manifiesto, acercándome al armario. Pero Lola es más rápida, se adelanta y la esconde a su espalda—. ¡Dámela! —exijo.

—Ni de coña —responde socarrona.

—Se está rifando un guantazo y llevas todos los números, te lo advierto —digo, intentando arrebatársela. Ella me aparta y logra impedírmelo en cada una de mis fallidas tentativas.

—Los sorteos son para los perdedores.

—Es mi falda favorita, y lo sabes.

—Es una monstruosidad que debería estar prohibida. Paula, lo sabe todo el mundo menos tú.

—¡Dios! A veces me pregunto por qué te permito que seas mi amiga. —Vuelvo a intentar arrebatársela.

—¿Perdona? Soy yo la que te permite tal privilegio.

—¡Dame la maldita falda!

—En eso estamos de acuerdo. Maldita lo es un rato largo.

—¡Lola, lo diré por última vez: da-me mi fal-da! —mascullo, separando cada sílaba.

—Te la doy con una condición.

—¿Que no lleve a cabo la rifa?

—Que me ayudes a escoger un modelo para esta noche.

—Tú irías la mar de mona hasta con un saco de patatas.

—Pero ¿cómo puedes tenerle tanto miedo a la moda?

—Simplemente paso de ella. Y te recuerdo que las brujas no le tememos a nada.

—¡Ya salió el temita! Paula, ¿cuándo vas a convencerte de que no eres bruja?

—¡Te recuerdo que hice desaparecer a una familia entera! —me defiende con los brazos en jarras.

Ella no estaba allí cuando todo ocurrió. Han pasado quince años, pero para mí es imposible olvidar el día en que me consagré como lo que soy: una auténtica bruja. Como tampoco puedo olvidar que, desde entonces, me convertí en la persona más odiada y temida del pueblo. Después de esa noche, nadie volvió a ver a Juanjo ni a sus padres, la casa quedó vacía y nunca más se supo de ellos. La noticia corrió como la pólvora, y fue a mí a la única a la que le estalló, pues todo el instituto había sido testigo de mi amenaza horas antes de su desaparición. Nadie supo qué había ocurrido en realidad, sólo que yo era la culpable. Mis padres me interrogaron durante bastante tiempo, incapaces de entender por qué había hecho aquello. Fue la época más dura de mi vida. Me sentía mal conmigo misma porque yo sólo quería hacerle daño a él y no al resto de su familia. Me encerré en mi cuarto durante semanas buscando un hechizo que deshiciera el maleficio. Busqué en lugares que jamás imaginé. Hasta me vine a Madrid con Manuela intentando hallar una respuesta. Ella fue la única persona que me apoyó en aquel duro trance y la única que no me temía. Indagué en internet, visité foros, blogs y páginas que pudieran ayudarme. Pero no encontré nada más que la confirmación de que realmente me había consagrado como bruja. Lo curioso del caso es que nadie denunció su desaparición de modo protocolario; nadie fue a la policía a preguntar por su paradero y ninguno se molestó en averiguar qué había ocurrido. Fue mucho más fácil incriminarme a mí, algo por lo que, hoy en día, no me han perdonado..., ni creo que lo hagan. Mis vecinos en el pueblo continúan cambiándose de acera cada vez que me ven y cuchichean entre sí, aun a sabiendas de que soy consciente de ello. Pese a que con el tiempo he logrado aceptarlo, en su momento fue terrible, y por ese motivo acabé marchándome en

cuanto acabé el instituto y me vine a estudiar a Madrid.

—Sé la historia de esa familia, me la has contado un millón de veces —se queja—. Pero debes admitir que, desde que te conozco, nunca te he visto lograr ningún embrujo.

—Tú lo has dicho, que tú hayas visto. ¡Y no me cambies de tema! —digo, arrebatándole por fin la dichosa falda.

—No lo hago. Es sólo que no sé por qué te empeñas en ir vestida siempre así.

—Podría darte un millón de respuestas, pero básicamente se resume en un solo punto: porque me da la real gana —afirmo al tiempo que doblo y guardo la falda en la maleta.

—Pero en tu real gana no entran los hombres ni el sexo desenfrenado —dice, alzando las cejas con cara de pilla.

—¡Y luego dices de mí! ¿Por qué siempre acabas sacando el mismo tema?

—¿Porque es algo natural y necesario?

—Mi necesidad de sexo con el género masculino dista bastante de la tuya.

—Querrás decir del noventa y nueve por ciento de las mujeres —me corrige—. ¿Cómo puedes estar tanto tiempo sin tirarte a un tío?

—Del mismo modo que me siento orgullosa de pertenecer al otro uno por ciento. No necesito a nadie para sentirme plena y dichosa conmigo misma.

—Eres más rara que un perro verde.

—No soy rara. Soy bruja.

—Empiezas a parecer un disco rayado.

—Eres tú quien pone en marcha el tocadiscos.

—¡Si es que siempre que intento que te vistas como debes me sacas el tema de tu condición *bruja*!

—¿Además de crear escaparates inventas palabras?

—Lo digo en serio, Paula. Siempre acabas recordando lo que ocurrió hace quince años.

—Para que me creas de una puñetera vez y no pongas en duda lo que te digo —protesto, volviendo al armario a por las últimas dos prendas.

—Debes pasar página.

Su última frase precede a un largo silencio. Tal vez tenga razón y puede

que yo no me haya dado cuenta de ello. Puede que, pese a todo el tiempo que ha transcurrido, el recuerdo de lo que ocurrió no sólo me convirtiera en lo que soy ahora, sino que además me haya marcado de un modo irreparable.

—Lo intento, Lola, pero aún no he logrado perdonarme por ello — confieso en un susurro cuando regreso junto a la cama.

—Y ¿por qué no te olvidas de todo e intentas llevar una vida normal como todo el mundo?

—Lola, esto no es algo que pueda decidir por mí misma. Nací bruja y no puedo dejar de serlo por el mero hecho de que me lo proponga.

—Lo que deberías proponerte, y esto lo digo muy en serio, es echar un buen polvo. Se te quitaría la cara avinagrada que tienes.

—¡Yo no tengo la cara así! —replico, lanzándole mi almohada—. Además, te recuerdo que mi vida sexual sólo es cosa mía.

—He ahí el problema, amiga, que es sólo tuya —suelta, devolviéndome el lanzamiento.

—Tonta —digo risueña mientras coloco la almohada de nuevo en su sitio.

—No puedes morirte sin que te empotren ni te echen un polvo de esos que te dejan sin respiración.

—¡Nunca menciones esa palabra delante de una bruja! —mascullo molesta.

—¿Qué palabra? ¿*Empotramiento* o *polvo*?

—Sabes perfectamente a cuál me refiero.

—¡Vale, vale! —dice mostrando las palmas en son de paz—. No hablo más de la muerte... Pero lo otro deberías replanteártelo.

—¿No tenía que ayudarte a elegir modelo? —pregunto, al tiempo que me acerco a la puerta, invitándola de paso a salir de mi cuarto.

—Cambiando de tema, ¿eh?

—Claro que sí, guapi —me mofo—. Anda, vamos a ver qué elegimos para esta noche —sentencio, y tiro de ella.

Lola es la tía más alocada que conozco. Nos hicimos amigas el mismo día que puse un pie en la Facultad de Derecho, carrera que escogí porque siempre me había apasionado, y que, según mi hermano, me va como anillo al dedo por la cantidad de leyes que tengo. Recuerdo el día en que la conocí como si fuese

ayer. Yo entraba en la secretaría arrastrando mi maleta; aún no había hallado un sitio decente donde alojarme. Ella hojeaba unos papeles mientras chupaba el capuchón del bolígrafo que tenía en la mano. Era la típica chica morena, guapa, de labios carnosos y perfecta que desearía cualquier hombre, aunque con una salvedad: ella era más inteligente que la mitad de la gente que había en la facultad. Esto lo supe con el tiempo, pues su apariencia y la forma en que lamía aquel boli parecían decir a gritos: «Soy una superficial de primera y me he caído a una era». No tardó en reparar en mí. Me miró de arriba abajo sin amilanarse y me preguntó si tenía dónde quedarme.

—Tengo pensado echar un vistazo después a los tablones a ver si hay algo interesante —le respondí.

—En los tablones nunca lo hay, créeme. ¿Carrera? —Era directa, como yo, y eso me encandiló.

—Derecho.

—¿Aficiones?

—Inconfesables.

—¿Drogas?

—No.

—Por los hombres ni te pregunto. —No dije nada. Estaba en lo cierto—. Doscientos —anunció tras una breve pausa.

—¿Agua caliente? —revertí el interrogatorio.

—Y calefacción —contestó satisfecha.

—¿Baños?

—Dos.

—¿Tabaco? —preguntamos las dos al mismo tiempo.

En ese instante nos echamos a reír y nos presentamos como era debido. A partir de ese día, me mudé a vivir con ella. Hasta hoy.

Nuestra convivencia siempre ha sido buena, coincidimos en muchas cosas, excepto en las compañías masculinas. Al principio me costó adaptarme a las numerosas visitas que teníamos en casa. Sobre todo, porque era a mí a la que le tocaba marcharse para concederle algo de intimidad. Su promiscuidad hizo que me viera todos los estrenos de cine durante una buena temporada, la mayoría en el último pase de la una de la madrugada, en el que sólo había

parejas magreándose. Al final, cuando me harté de salir sola de noche y de gastarme una pasta para que ella mojara, me compré unos tapones; no necesitaba salir de mi cuarto y eran más económicos.

Físicamente somos muy distintas. Ella es morena, de ojos marrones y de apariencia despampanante. Vamos, la típica tía con la que nunca me he identificado y a la que jamás me imaginé teniendo de amiga. Sus intentos por llevarme hacia el «lado oscuro», como yo lo llamo, han sido numerosos y en vano. Los años no han mermado mi parecer de que una mujer no debe ser valorada por su físico o su apariencia, sino por su intelecto, algo de lo que sí me he preocupado de forma concienzuda. Fue nada más acabar la carrera cuando un pequeño bufete de aquí, de Madrid, me contrató. En aquel momento me volví loca al saber que habían ido a la facultad en busca de un nuevo fichaje y que, al hablar con uno de mis profesores, éste no dudó en recomendarme. Entré a formar parte de un equipo, al que hoy en día sigo perteneciendo, capitaneado por Leo, un hombre al que aprecio mucho y tengo un especial cariño. Él es el fundador y socio director del bufete, y quien apostó por mí desde el principio. Me tuvo a prueba durante un año, hasta que me hice autónoma, hace ya siete. Nuestra clientela no tiene un gran poder adquisitivo. No dispongo de un enorme despacho ni ocupo ningún cargo importante dentro del bufete, pero me encuentro muy a gusto en él, y me da para pagar el alquiler y costearme algún que otro capricho.

Siguiendo el consejo de Leo, me dediqué al derecho de familia, comúnmente llamado «derecho matrimonial». Nunca olvidaré mi primer caso. Era sencillo, y me lo encargó porque, según él, yo sabría aportarle lo necesario para ganarlo. Así fue. La demanda de divorcio estaba tan clara y expuse los hechos de tal forma que ambos cónyuges pactaron firmar el convenio regulador de mutuo acuerdo. Tras él vinieron muchos casos más, casi todos ellos sin necesidad de llegar a juicio por lo contencioso. No es algo de lo que me vanaglorie, pero sí de lo que me siento muy orgullosa. Un día me atreví a preguntarle a Leo por qué mis clientes nunca eran hombres, y él me confesó que lo había decidido en cuanto me vio. Supo que me implicaría de lleno cuando se tratara de una mujer, por muy peliagudo que fuese el caso que tuviera que defender. Su comentario no me molestó, pues vino acompañado de

un reconocimiento inigualable hacia mi impoluto trabajo. Aun así, le insistí en probar con defender a la otra parte, la masculina. Sólo me dio un par de casos; llegamos a juicio y mis dos clientes no consiguieron lo que demandaban. Desde entonces supe cuál era mi camino y no tuve más remedio que darle la razón.

* * *

—Llámame si cambias de parecer —le pido mientras abro la puerta. Ella está a mi lado. Le gusta venir a despedirme.

—No voy a hacerlo, así que disfruta todo lo que puedas.

—¿Disfrutar? ¿En mi pueblo? Tú estás chalada.

—Por eso nos compenetramos.

—Llámame mañana. Quiero todos los detalles de la fiesta.

—Si con ellos logro darte envidia, ten por seguro que lo haré.

—¿Envidia por ir vestida así y acabar con un dolor de pies que te va a tener un par de días coja? No creo.

—Un día te voy a poner una porno, a ver si así despiertas.

—¡Qué guarrada!

—¿Quieres irte ya, que tengo que prepararme?

—Sí, y yo un autobús que coger. Llámame —digo, dándole un último abrazo.

—Yo también.

—Idiota —suelto, dándole un leve codazo. Tiene la costumbre de gastarme la broma de un chiste malo y viejo en el que una mujer entiende «ya mamá» en lugar de «llámame».

Con su mente casi siempre pensando en lo mismo, pero con su preciosa y amplia sonrisa, se despide de mí hasta verme desaparecer escaleras abajo. Sé que Lola quiere lo mejor para mí, pero lo único que tengo en la cabeza ahora mismo es que mi maleta pesa demasiado y que ella pasará las Navidades sola, mientras que yo las pasaré con mi familia..., en mi querido pueblo.

Capítulo 3

—Buenos días, papá —lo saludo en cuanto llego al salón—. ¿Qué tal estás hoy? —Anoche llegué muy cansada y apenas tuvimos tiempo de hablar.

—Buenos días, Lita.

—Paula —lo corrijo. Hace años que les pedí que dejaran de llamarme de ese modo y lo hicieran por mi verdadero nombre.

—Disculpa. A veces se me olvida que te has convertido en toda una mujer.

—¿Necesitas algo antes de bajarme? —El pobre está tumbado de lado en el sofá, con su manta eléctrica cervical pegada a la espalda.

—Sí, hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—Ven, siéntate aquí —dice, señalándome el sillón que hay justo a su lado—. Lo que voy a decirte quiero que quede entre nosotros de momento.

—Puedes estar tranquilo.

—Lo sé, hija. Sé cómo eres. Y por eso mismo quiero que sepas que he decidido abandonar definitivamente el negocio. —Guardo silencio—. Desde el accidente no he vuelto a encontrarme bien y no creo que pueda seguir llevándolo. Este dolor me está matando.

—No digas eso. —Odio que pronuncien esa palabra.

—Lita, es la verdad. —Mi mirada de doble reproche hace que se apresure a corregirse—: Paula, perdona. El caso es —continúa— que necesito hacer el cambio de titular en el negocio y...

—Papá, no veo dónde está el problema. Guille es quien se encarga de él.

—Ya, hija. Pero es vuestra herencia, y no me parece justo que tú no participes.

—Fui yo la que renunció a ella, ¿recuerdas?

—Lo sé, cariño. Pero me preocupa tu futuro. Y algún día formarás tu propia familia, y...

—Esa parte de la ecuación no es correcta —lo corrijo con un leve mohín.

—¿Por qué no quieres darme nietos?

—Y ¿quién ha dicho que yo no quiera? De todas formas, estáis a punto de ser abuelos de una niña. Mi hermano ya se ha encargado de eso —comento al recordar a mi *estupenda* cuñada, embarazada de casi ocho meses.

—Sí, pero también será hija de su...

—¿Especial madre? —pregunto con una divertida mueca.

—¡Es una choni! —afirma, abriendo los ojos de forma exagerada.

Ambos reímos. Al listo de mi hermano no se le ocurrió otra cosa que, después de ligarse a medio pueblo, quedarse con la más choni de todas, la mismísima Angustias del instituto.

—Estoy seguro de que tus genes son buenos y de calidad —añade.

—Papá, parece que estamos hablando de una yegua a la espera de un semental.

—No es mi intención, y lo sabes. —Asiento con la cabeza—. Paula, eres preciosa. Te has convertido en una mujer hecha y derecha y tu inteligencia supera a la de la media. Sácale partido a todo eso y sal a comerte el mundo.

—Ya lo hago, papá.

—¡No lo haces! Soy viejo, pero no estoy ciego. Aunque tú sí parece estarlo. Hija, ¿no te das cuenta de la sociedad en la que vivimos?

—¡Papá, basta! ¡No me vas a venir tú ahora a hablarme de modas...!

—Nadie te va a querer si sigues vistiendo así.

La mirada que me dirige me encoge el corazón. Mi padre es la única persona de mi familia a la que en verdad he querido y quiero, por muy duro que resulte decirlo.

—Nadie que me merezca debería dejar de quererme por mi forma de vestir.

—¿Eres tortillera? —pregunta de pronto.

—¡Papá!

—Papá, ¿qué?

—Punto número uno: se dice *lesbiana*.

—¿A que me has entendido? Pues ya está.

—Y punto número dos —continúo—: ¿qué habría de malo en que lo fuese?

—O sea, que te va el *pescao*.

—Soy omnívora.

—Y ¿eso qué cojones es? A ver si ahora me vas a decir que te gusta ir yendo de una acera a la otra.

Como siga por ahí, voy a arder en combustión espontánea.

—¿De qué acera hablas?

—Para que tú me entiendas: o se está en un lado o se está en el otro. En medio de la calle no se puede estar, que te atropellan los coches.

—Papá, si te refieres a ser bisexual, eso es algo que...

—¡Lo sabía! Te gusta el *pescao* y la carne, el pelo y la lana, el...

—¡Papá, que no soy lesbiana, ni bisexual tampoco! Soy *hetero*.

—Y ¿por qué no me has traído ningún novio?

—Básicamente, porque no tengo.

—¿Ves? Ahí es adonde yo quería ir a parar.

—No hace falta tener novio para acostarse con alguien —le aclaro.

—¿Ahora me vas a decir que eres una golfa? ¡Lo que me faltaba ya! ¡Eso es lo que tienen las grandes ciudades, que cambian a la gente...!

—Papá, basta. Tu conversación es un círculo cerrado que siempre acaba en el mismo punto. Ni soy una golfa, ni lesbiana, ni nada de eso. Tan sólo vivo mi vida y no necesito a un hombre para hacerlo.

—Hija, ¿no te das cuenta de que quiero lo mejor para ti?

—Eso nunca lo he puesto en duda. Pero no sé por qué te empeñas en creer que un hombre puede hacer que me sienta más mujer.

—Porque es ley de vida, Paula, por eso.

—Tú no serías menos hombre sin mamá.

—Pero, gracias a ella, soy el padre más afortunado del mundo.

Su respuesta y sus ojos vidriosos logran desarmarme. Me conoce y sabe

darme en la llaga como nadie.

—Lo pensaré —claudico en un susurro, más para dejarlo contento que para otra cosa.

—Eso ya es un paso.

—Bien. ¿Puedo ya bajar a echar una mano?

—Claro que sí, hija. Tu madre te lo agradecerá.

En la tienda, que está al bajar la escalera, justo debajo de casa, saludo a mi madre. Sólo hay un par de vecinas, que enmudecen de temor al verme. ¡Hay cosas que nunca cambian, por muchos años que pasen!

—Ve adentro y saca la última hornada —se apresura a ordenarme mi madre al ver la reacción de las clientas. Ella es la primera que no ha logrado perdonarme por lo que pasó.

Por un segundo pienso en si debo o no responderle, pero me puede más la tentación, y es a ella a la que hago caso. Las tres mujeres aguardan mi reacción sin apartar la vista de mí. Puedo ver incluso cómo tiemblan desde su posición en guardia. Mi madre me apremia con la mirada ante la tensión que en escasos segundos he creado. Nadie dice ni comenta nada. Sonrío para mis adentros y llevo a cabo lo que hace un rato que estoy pensando. Me lo han puesto demasiado fácil como para resistirme. Las tres me vigilan cuando me vuelvo para dirigirme al obrador, pero justo antes de pasar bajo el marco de la puerta, me doy la vuelta y, en un rápido movimiento, doy un paso hacia ellas y les suelto el típico «¡Uh!». Las tres gritan y brincan del susto. Yo, en cambio, me voy al obrador partiéndome de risa.

Guille es el encargado de sustituir a mi padre, algo que no le quedó más remedio que hacer tras el accidente que tuvo hace tres años. Ocurrió en un mes de enero. Había nevado unos días antes y en el suelo había muchas placas de hielo. Cerca del mediodía, mi padre fue a visitar a un viejo amigo suyo que vive a las afueras del pueblo. El hombre llevaba un tiempo enfermo, mi padre quiso ir a verlo y de paso llevarle unas barras de pan y unos cuantos dulces. Como al salir vio el asfalto limpio, no les puso las cadenas a las ruedas del coche. El error estuvo a punto de costarle la vida. En el trayecto, una placa de hielo hizo que se saliera en una curva y cayera por un pequeño precipicio. Se salvó de milagro, y tuvieron que operarle la columna. Desde entonces está de

baja y es mi hermano quien está a cargo del obrador.

—Buenos días. ¿Está lista la última hornada?

—¡Hombre, la bruja se digna a aparecer! —Guille, tan idiota como siempre. Lleva sin verme meses y ésta es la única lindeza que se le ocurre soltarme.

—Debía reponer fuerzas después del viaje.

Me gusta ver cómo han cambiado las tornas desde que éramos unos críos.

—Si sólo hay dos horas.

—¡Uy! ¿A qué huele?

—¡Joder, no me digas que se me ha *quemao* algo! —suelta, acercándose al horno para olerlo.

—¡Ah, ya, a envidia! Me llevo esta bandeja —comento mientras me vuelvo y me parto de risa.

La palabra *bruja* en boca de mi hermano sólo tiene la función de hacerme daño. Desde aquella famosa noche, él se esfuerza en aparentar que es el único en el pueblo que no me teme, y lo demuestra metiéndose conmigo. Aunque, por alguna razón que desconozco, siempre acaba olvidando quién es el inteligente de los dos.

—Por cierto... —dice para llamar mi atención e impedir que me vaya. Sé lo que me espera, pero aun así me vuelvo para darle el gusto—. ¿Sabes qué hace una bruja cuando barre? Intenta arrancar.

Sus carcajadas exageradamente estridentes son la señal que me pone en marcha.

—¿Sabes cuál es el mayor problema que hay en el mundo? —pregunto aún con la bandeja entre las manos, colocándome a escasos centímetros de él—. Que las personas inteligentes están llenas de dudas, mientras que las estúpidas están llenas de confianza. Y yo dudo mucho que tú sepas ver siquiera la diferencia entre ambas.

Las risas han dado paso a la abstracción con la que me mira. Sé que está intentando descifrar lo que acabo de decirle. No hay nada en el mundo que me ponga más que desarmar a un rival como él con un buen ataque verbal.

—¡Puede que a los demás les des miedo, pero a mí no me lo das, por muy bruja que te creas! —afirma, levantando el tono para defenderse. Una vez más,

no ha entendido lo que acabo de decirle; su ataque es buena prueba de ello.

—Cuidado, hermanito, no vaya a ser que te eche un hechizo.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que todo está en tu mente? No tienes poderes ni los vas a tener.

—Yo no estaría tan seguro —afirmo con rotundidad—. Si no, ¿cómo crees que se te cayó el pelo y te salió panza? —me vanaglorio. Todavía recuerdo el conjuro que le hice el día que tuvo la genial idea de burlarse de mí delante de su mujer.

—¡Eso es genético! —brama, más bien para autoconvencerse que para contraatacarme.

—Dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Y está claro que es cierto. Ni papá ni los abuelos tienen la calva que tienes tú.

—¡Tonterías! ¡Y sal de aquí, que tengo que trabajar! —ordena a voz en grito.

Orgullosa y con una sonrisa de oreja a oreja, me vuelvo hacia la tienda. Pero nada más cruzar la puerta, retrocedo para asomarme y corroborar mis sospechas. Guille, no sabiéndose observado, se quita el gorro de tela y se pasa la mano por la cabeza con gesto contrariado a la vez que molesto.

—Tocado y hundido —murmuro sonriendo antes de retomar mi marcha.

No he dado ni un par de pasos cuando me suena el móvil. Dejo la bandeja al llegar al mostrador y lo saco del bolsillo de la falda. No conozco el número y salgo a la calle a atender la llamada.

—¿Diga?

—Buenos días, ¿es usted la señorita... Cardo?

—Sí. ¿Quién me llama, por favor?

—Mi nombre es Nelly. La llamo de parte del señor De la Fuente, director del Gabinete Jurídico De la Fuente. Me ha pedido que la telefonee y le pregunte si podría pasarse esta misma tarde por la oficina.

—¿Esta tarde?

—Sí. Mañana es Nochebuena y el señor director no estará en todo el día, hasta pasadas las fiestas.

—Disculpe, señorita, pero si se trata de alguna demanda de divorcio, me temo que tendrá que esperar hasta después de las vacaciones.

—No se trata de ninguna demanda. El señor De la Fuente quiere entrevistarse con usted para contar con sus servicios y que empiece a formar parte del bufete cuanto antes.

La noticia me deja sin habla. He oído hablar de ese bufete de abogados, es uno de los mejores de la capital, sobre todo en derecho penal.

—Dígame hora y sitio —claudico sin dilación.

La mujer me facilita los datos, que retengo sin dificultad antes de dar por finalizada la conversación. Nada más colgar, saco un billete de autobús y me apresuro a comunicárselo a la única persona que quiero que lo sepa: mi padre.

* * *

A mediodía, con toda la familia alrededor de la mesa, mi padre dice que tiene algo que anunciarnos. Giro la vista hacia él y, con la mirada, le ruego que no diga nada. Pero mis plegarias de poco me sirven. Con una sonrisa de oreja a oreja, y haciendo honor al cabeza de familia que es, les comunica a todos lo de mi entrevista de trabajo.

—¿En serio? —pregunta mi madre asombrada—. ¡Es maravilloso! Enhorabuena, hija.

—¿Del mejor bufete? ¿A ti? —incordia mi hermano.

Él y su querida mujer vienen a gorronear todos los días. Creo que, aparte de su trabajo en el obrador, ninguno de los dos sabe freír un huevo.

—¿Qué pasa, Guille? ¿No crees que esté preparada para trabajar allí?

—La han llamado por lo mucho que vale y por su intachable currículum —interviene mi padre.

—Si eso es cierto —comenta mi hermano—, te doy la enhorabuena.

—Gracias —respondo asombrada por el detalle.

—Aunque, sinceramente, dudo que lo logres —añade. Ya decía yo que no podía dejarlo como está. Demasiado bonito para ser verdad.

—¿Exactamente de qué no me ves capaz, Guille? —Hoy está que se sale, el *jodío*.

Mi hermano me señala y me mira de arriba abajo hasta donde le alcanza la vista por encima de la mesa.

—No creo que des el perfil.

—Pensaba que sabías la diferencia entre una agencia de modelos y un gabinete jurídico.

—Eso lo sabemos todos —interviene mi cuñada. Estoy entre darle una medalla y lanzarle un plato a la cabeza.

—No te imaginas lo feliz que me hace que me lo digas, *cuñada* —suelto con toda la ironía del mundo.

—Si es tan famoso e importante como dice tu padre —continúa—, ¿cómo es que te quieren a ti?

—Qué curioso que coincidamos, *cuñada*. Yo también me cuestiono cómo es posible que tengas tanto espacio y oquedad bajo tus teñidos cabellos —me mofó.

Ella sonrío orgullosa acariciándose el pelo; por supuesto, sin haber entendido lo que le he dicho.

—Despacho de Lita Cardo —se burla Guille—. No lo veo.

—Paula —lo corrijo.

—Sigo sin verlo.

—Yo tampoco. No es un nombre profesional —añade su perfecta esposa imperfecta, acariciándose, esta vez, su abultada barriga.

—¿No te gusta mi nombre, *cuñada*? —pregunto, aun a sabiendas de que lo detesta, aunque bastante menos que yo el suyo.

—Prefiero el mío. No te ofendas, *cuñada* —dice enfatizando la última palabra, dotándola de cierto retintín. Siempre lo hace. Ambas lo hacemos, en verdad.

—Tranquila, *cuñada*, sólo hace daño quien puede, no quien quiere.

Ella agacha ligeramente la cabeza intentando descifrar lo que acabo de soltarle mientras mira de un lado a otro. Al menos estará entretenida un buen rato.

—Da igual el nombre que tenga. No la van a coger —suelta mi hermano con rotundidad.

—No apostarás nada —lo reto.

—¡Dejaos de chorradas y tengamos la comida en paz! —interviene por primera vez mi madre.

—Ganaré la apuesta, así que acepto —manifiesta Guille con excesiva prepotencia, haciendo oídos sordos a la petición que acaban de hacernos—. Ya sé quién va a pagar el carricoche de la niña. Y no va a ser de los baratos.

Mi madre nos contempla asombrada, mi padre sonríe orgulloso y mi cuñada sigue con la mirada fija en el plato, dándole vueltas a lo que le he dicho antes.

—Acepto —sentencio con seguridad.

—Ve eligiendo carro, nena —le dice a su mujer—, y no te cortes en escoger el más caro.

—¿No vas a preguntarme qué gano yo?

—No lo harás.

—Una apuesta no es completa si no se conocen ambas partes —insisto.

—Cierto, pero... Mira, fijate si estoy seguro de que vas a perder que me da igual lo que pidas. Tienes carta blanca.

—¿Lo que quiera?

—Lo que quieras. —Su prepotencia dibuja una ladina sonrisa en su cara.

—Si gano..., le pondrás mi nombre a tu hija —propongo, mirando el vientre de su mujer.

—¡Un momento! —interviene la susodicha—. No sé qué has querido decir antes, pero esto sí que lo entiendo. No voy a permitir que...

—Déjala, nena —la interrumpe Guille—, no le vamos a poner su nombre.

—Una apuesta es una apuesta —me defiendo.

Ambos nos miramos en silencio. Los dos sabemos que el reto va en serio y que ninguno va a ceder. Mi teñida cuñada nos observa a los dos sin saber muy bien qué decir; aunque eso es algo habitual en ella. Mi padre aguarda expectante y sujeta la mano de mi madre para impedir cualquier interrupción.

—Trato hecho —remata mi hermano, ofreciéndome su mano para sellar y zanjear el tema. Yo la acepto con un fuerte apretón.

—¿Podemos comer ya, o seguimos haciendo el tonto? —logra intervenir mi madre, harta de todo y soltándose de mi padre.

—Podemos, mamá. Aunque debo hacerlo deprisa, tengo que coger un autobús.

El resto de la comida lo pasamos centrados en masticar sin pronunciar una

sola palabra. Hasta que Angustias, tras creer que ha hallado en su hueca cabeza la respuesta, se dirige a mí y, con su particular y estridente vocecita aguda, me suelta:

—¡Ah, ya lo entiendo! Quien puede y quien quiere... Pues yo puedo y quiero, así que gano yo.

Capítulo 4

Aún faltan unos veinte minutos para llegar a la estación Sur de Madrid cuando me llama Manuela. Habíamos quedado en vernos esta noche; espero poder llegar a tiempo.

—¡Hola, extremeña! —la saludo al aceptar la llamada.

—¡Paula, que me ha dicho tu madre lo de la entrevista! ¿Por qué no me has telefoneado?

—Lo siento, tienes razón. Llevo todo el trayecto intentando averiguar por qué me han llamado y se me ha olvidado avisarte.

—Está claro que necesitan a alguien experto en derecho matrimonial.

—No quiero hacerme ilusiones, pues, hasta donde yo sé, su fama es reconocida por sus logros en penal.

—Pues necesitarán a alguien en civil. Tú eres la mejor en tu campo.

—Más quisiera.

—¡No seas modesta! Si un bufete así te quiere en su plantilla es por algo. Y tú vales mucho.

—Gracias, Manuela.

—Y, si te cogen, ¿has pensado qué vas a decirle a Leo?

—No quiero pensar en eso ahora. Aunque supongo que no se lo va a tomar nada bien.

—Si yo fuese él, tampoco lo haría.

Ambas guardamos silencio.

—Bueno, y ¿a qué hora tienes previsto volver? —me pregunta más entusiasmada de lo normal—. Tengo algo muy importante que contarte.

—¿Qué me dices? ¡Suéltalo ya!

—No, no. Esto prefiero decírtelo en persona.

—Eres cruel conmigo.

—No más que tú.

—Sólo dime si es bueno o malo.

—Adivínalo.

—Es bueno.

—¡Si es que eres la mejor bruja del mundo!

En realidad, es ella la que no ha podido disimular la alegría en su voz.

—¡Qué ganas tengo de verte!

—No más que yo a ti. ¿Llegarás a tiempo de una cerveza en el pub?

—Si todo va según lo previsto, sí. Tengo billete de vuelta, así que...

—Dame un toque en cuanto llegues. ¡Mucha suerte, Paula!

—Gracias, Manuela.

El gabinete jurídico está en el centro de la ciudad, en pleno paseo del Prado, y junto al Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad. El trayecto lo hago andando, estoy acostumbrada a caminar desde que era pequeña, algo que puedo permitirme por lo cómoda que suelo ir. Conforme me acerco, siento cómo un nudo se me forma en el estómago. Es una sensación extraña y muy intensa que logra ponerme más nerviosa de lo habitual.

Ya en la puerta del edificio, busco la placa y pulso el timbre. El bufete está en la tercera planta, a la que llego en el lento ascensor al cabo de un rato. «Si lo llego a saber, subo por la escalera.» No sé quién me ha abierto, y tampoco veo a nadie en recepción. El mostrador está vacío y no sé adónde debo ir para reunirme con el señor De la Fuente. Es evidente que la persona encargada de la recepción ha acabado su jornada laboral. Hay demasiado silencio. Empiezo a preguntarme si todo esto no será parte de una broma macabra. Respiro hondo y miro cuanto me rodea. Es un lugar bastante moderno, limpio y luminoso. A ambos lados del mostrador hay dos largos pasillos repletos de despachos acristalados con el suficiente vinilo para aportar intimidad. Casi todos ellos tienen la luz encendida; fuera comienza a anochecer. Lo echo a suertes y me

dirijo finalmente hacia la izquierda. No he dado ni dos pasos cuando una mujer me detiene saliendo de uno de los despachos. Debe de estar entrada en la cuarentena, lleva uniforme de limpieza y el pelo recogido en una cola de caballo.

—¡Es que siempre igual! —se queja en voz baja, fregando las huellas que he dejado. En realidad, no la culpo, a mí me ocurría lo mismo cada vez que cogía la fregona y el idiota de mi hermano pisaba sólo para fastidiarme.

—Lo siento, no sabía que...

—¿Puedo preguntarle adónde va?

—He quedado con el señor De la Fuente.

—¿Tiene cita?

—Así es. ¿Podría indicarme, por favor, dónde está su despacho? Prometo esperar a que se seque antes de mover un pie.

La mujer, cuyo pelo negro es tan oscuro como su mirada, no se amilana al examinarme de arriba abajo.

—No vendrá para una entrevista de trabajo...

—¿Cómo lo ha sabido?

—Los clientes que vienen aquí son gente de mucho parné. No pretendo ofenderla.

—No lo ha hecho.

Supongo que mi forma de vestir, con mi falda larga, mi jersey de lana y mi trenza a un lado, no es lo habitual aquí.

—¡Un momento! Usted no vendrá a quitarme el puesto, ¿no? Creí que lo del otro día había quedado más que...

—Desconozco si el señor De la Fuente le está buscando una sustituta, pero en lo que a mí concierne puede estar tranquila. Soy abogada.

—¿Usted? ¡Oh, disculpe! Por favor, perdóneme. No he querido ofenderla, es sólo que...

—No se preocupe. Imagino que el ojo humano está preparado para enjuiciar sin una vista previa.

—Con lo que me acaba de decir, sé que es usted abogada.

Sonrío.

—Tienen como un idioma propio que sólo ustedes entienden.

—Son términos legales que debemos usar —me defiendo.

—Por favor, no tenga en cuenta mi error. Venga, yo misma la acompañaré al despacho del señor director.

—Gracias, es usted muy amable.

—Sobre todo cuando no me pisan el suelo mojado.

Ambas sonreímos.

Junto a ella, camino a lo largo del pasillo de la izquierda hasta llegar a un enorme cristal. Me impresiona tanto el tamaño que ni reparo en el lugar donde tiene la puerta de entrada. May, que así es como me indica la señora de la limpieza que se llama, me acompaña hasta la misma entrada deseándome mucha suerte antes de regresar para seguir con sus funciones. Agradecida, me despido de ella antes de tomar aire y llamar con los nudillos.

—Adelante —oigo que dice una voz grave y arrolladora al otro lado del cristal.

—Buenas tardes. ¿Señor De la Fuente?

Su mirada, con la que me encuentro nada más entrar, es lo primero que me llama la atención. Podría haberme fijado en el impresionante despacho, cuya decoración es sublime y magistral, pero una bruja que se precie siempre mira directamente a los ojos. Para mi sorpresa, él hace lo mismo.

—Señorita Cardo, la estaba esperando. —Se presenta incorporándose para ofrecerme la mano, que con gusto estrecho—. Siéntese, por favor.

—Gracias.

Mientras tomo asiento en una de las dos sillas que hay frente a su mesa, igual de modernas que el resto del despacho, y tras corroborar que la comodidad del asiento está al nivel de la exquisita decoración, aprovecho para conocer más al señor De la Fuente. Es un hombre muy alto, tal vez demasiado. Sus canas, que comienzan a predominar en su abundante cabello, parecen fruto de la experiencia más que de la edad, porque no debe de andar muy por encima de los cincuenta. El traje de chaqueta que viste, con la camisa desabrochada en los primeros botones, me confirma lo seguro que se siente de sí mismo pese a estar ante una persona desconocida. El buen gusto del despacho y lo modernos que son los muebles son la fiel prueba de que es un hombre que sabe adaptarse a los tiempos.

—Le agradezco que haya podido venir tan pronto, señorita Cardo. Siento que no le haya dado tiempo ni siquiera a cambiarse. Estamos en unas fechas muy señaladas y no es fácil poder comprometerse sin alterar la agenda.

—La capacidad de triar es una de las cualidades de esta profesión, ¿no cree?

—Veo que el informe que tengo de usted le hace justicia.

Sus palabras me inquietan y me halagan a partes iguales. El comentario acerca de mi ropa me limito a ignorarlo. Al menos, de momento.

—Le doy la enhorabuena, si es así, por su equipo.

—Tengo entendido que lleva usted siete años ejerciendo en derecho de familia —indica, mirando el informe—. Por lo que dice aquí, es usted muy buena en su trabajo, en concreto en los casos en los que la demandante es la cónyuge, ¿no es cierto?

—Así es.

—También veo aquí que ha logrado que la mayoría de ellos acaben resolviéndose de mutuo acuerdo, ¿no es así?

—Vuelve a estar en lo cierto.

—Verá, señorita Cardo —dice, cerrando el informe—, el motivo por el que he querido reunirme con usted es porque en nuestro equipo necesitamos a alguien con su expediente. ¿Conoce nuestro gabinete?

—Había oído hablar de él, sobre todo en lo concerniente a derecho penal.

—Nuestro equipo de penal ha hecho que eso fuese posible. El porcentaje de casos ganados supera con creces la media de otros bufetes. Pero he querido llamarla para que forme usted parte de civil, concretamente de la rama en la que es usted experta.

—Sus palabras son muy halagadoras.

—Son acordes con la realidad, ¿no cree?

Curvo los labios en una modesta sonrisa a modo de respuesta.

—Queremos que pase a formar parte de nuestro equipo de familia. En él ya cuento con uno de mis mejores hombres. Algunos lo llaman *Aniquilador* por lo despiadado que puede llegar a ser. Lleva años con nosotros y, aunque me esté feo decirlo, es una eminencia.

—¿Puedo preguntarle por qué me quieren a mí si ya lo tienen a él?

—Verá, señorita Cardo, le contaré algo que debe quedar entre usted y yo.

—Tiene mi palabra.

—Nuestro hombre procede de Londres, tal vez allí la carrera de Derecho, o puede que su formación, lo hicieron ser quien es. Es muy bueno en su trabajo, pero sólo en las demandas en las que el cónyuge es de género masculino. Y ahí es donde entra usted.

—¿Yo?

—A usted se le da muy bien defender a la otra parte, lo que nos aseguraría recuperar el cincuenta por ciento de la clientela que hemos ido perdiendo con los años. Y, créame, hablamos de unas cifras enormes; nuestros clientes no sólo son numerosos, sino que además poseen un acaudalado patrimonio.

—Ya veo.

—Señorita Cardo...

—Puede llamarme Paula.

—Paula —me nombra, incorporándose de nuevo hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa—, la necesitamos y queremos que pase a formar parte de nuestro equipo. Sé que lleva años trabajando en un bufete modesto. Le garantizo que aquí ganará el doble de su sueldo actual y disfrutará de ciertas ventajas.

—¿En su informe dice también cuál es mi salario?

—Sí.

—Vaya, felicite de mi parte a quien lo haya elaborado.

—Siempre lo hago cuando un trabajo está bien hecho.

—Eso lo honra.

—Me honraría mucho más que usted aceptara mi propuesta.

—Sé que entenderá que no puedo darle una respuesta ahora mismo.

—Lo comprendo perfectamente.

—No sólo debo meditarlo, sino también hablar con mi actual director. No me gusta dejar en la estacada a la gente para mi beneficio propio.

—Veo que sabe ganarse el respeto de la gente. Eso me gusta. Créame cuando le digo que no me es fácil confiar en la gente, y usted acaba de conseguir que lo haga.

—Es usted muy amable.

—Soy sincero.

—¿Tendría libertad a la hora de escoger los casos? —me atrevo a preguntar.

—Toda la que necesite.

—¿Despacho propio? —En el bufete donde trabajo en la actualidad tengo un pequeño cuarto que dista bastante de poder catalogarse como tal.

—Por supuesto. Y con todas las comodidades que precise.

—¿Horario?

—Flexible y acorde con sus necesidades. Ganamos casos, no consumamos jornadas. He olvidado comentar que también dispondrá de una secretaria o secretario si lo necesita. Aunque de momento puede contar con los servicios de Nelly, la señorita que la ha llamado esta mañana. Es una de las personas más cualificadas que conozco en su campo.

—Me lo está poniendo demasiado fácil, señor De la Fuente.

—No puedo mentirle: no todo será tan sencillo. La prensa suele inmiscuirse en muchos de nuestros casos debido al tipo de clientela que tenemos. La presión mediática y la idiosincrasia de nuestros clientes convertirán su trabajo en algo mucho más duro de lo que haya podido experimentar hasta ahora.

—No hay triunfo sin esfuerzo.

De la Fuente sonrío y vuelve a dejarse caer sobre la silla.

—Cuando recibí el expediente con su informe, me faltó comprobar una cosa. Acabo de hacerlo. Es usted una políglota que habla mis tres idiomas favoritos: de frente, directa y con huevos.

—El saber no ocupa lugar.

—La valentía tampoco.

—Pues ya que hablamos de ambas cosas, debo informarlo de que he tenido el tiempo suficiente para vestirme tal y como me gusta. Si es un inconveniente para usted o su gabinete, preferiría saberlo cuanto antes.

El señor De la Fuente me observa con una sonrisa dibujada en los labios. Es la típica mirada cargada de admiración, lo que hace que me sienta más fuerte y segura en mis convicciones.

—Hay que elegir la vida que uno quiere, y no dejar que sea la vida quien

lo elija a uno, ¿no es cierto?

—Completamente.

—Déjeme darle la enhorabuena y, por descontado, mi beneplácito para que vista como desee. Quiero su talento, Paula. La forma en la que decida vestirse es cosa suya.

—Me alegra saberlo, señor De la Fuente.

—¿Qué le parece si le enseño el bufete y le muestro su despacho? Sé que necesita su tiempo para contestarme, pero permítame la licencia de intentar ganar terreno a mi favor. —Sonríe orgulloso.

—Tal vez si es tan bonito como me ha dicho... —respondo atreviéndome a gastarle una broma. Me gusta este hombre.

—Por suerte, seguimos teniendo el número de teléfono de la empresa de decoración —afirma condescendiente, incorporándose e invitándome a salir de su despacho.

Cuando salimos, no hay rastro de May. Debe de estar amenazando con el palo de la fregona a alguien o tal vez haya acabado su jornada laboral. Sonríe al pensarlo. Pese a la forma en que nos hemos conocido, me ha caído bien y creo que es de fiar. De camino a la otra ala del bufete, me pregunto cómo sería trabajar en un sitio como éste. Tan limpio, tan moderno, tan luminoso y tan distinto del sitio donde trabajo ahora. Al final del pasillo, a mano derecha, hay un despacho a oscuras. Es allí adonde el director me acompaña y me invita a pasar. En cuanto pulsa el interruptor y las luces se encienden, me quedo sin habla. Es un precioso despacho con una mesa principal en madera oscura, un sillón de piel blanco al otro lado y dos sillas iguales que las que De la Fuente tiene en el suyo. Las vistas al Prado, a través de la ventana, son espectaculares. Como lo es el enorme armario blanco que hay junto a la mesa. Pese a que el despacho no es tan grande como el del director, tiene tres veces el tamaño del que llevo usando a diario.

—¿Le gusta? —pregunta orgulloso, consciente de cuál será mi respuesta.

—Mucho.

—Si acepta nuestra propuesta, quiero que sepa que podrá adecuarlo a sus necesidades.

—Es perfecto tal y como está.

—Me alegra saberlo. Venga conmigo, le mostraré el resto de las instalaciones.

—Se le da muy bien la persuasión, ¿se lo habían dicho?

—No quiero sonar presuntuoso, pero lo cierto es que sí.

Ambos reímos.

De vuelta en el pasillo, nuestra siguiente visita se esconde tras la primera puerta que hay junto al mostrador de recepción. A través del vinilo, puedo ver que hay alguien en su interior.

—Este pequeño cuarto es el que llamamos *la cafetería* —explica, abriéndome la puerta e invitándome a pasar.

Un hombre igual de alto que él, de espaldas a nosotros y junto a la ventana, habla por teléfono y nos hace una seña con el dedo para indicarnos que no tardará en atendernos. De la Fuente, que baja el tono de voz para no importunarlo, me enseña la cafetera, el frigorífico y el resto de la sala, equipada con una gran mesa con sillas alrededor. Yo asiento con la cabeza y escucho con atención todo cuanto me indica mientras una parte de mi cerebro se concentra única y exclusivamente en el culo del hombre misterioso. Viste un pantalón de traje que poco deja a la imaginación de lo que esconde tras las curvas perfectas de su retaguardia. La camisa blanca ceñida que lleva también deja claro que es dueño de una espalda acorde con el resto del cuerpo. No es que me vuelva loca o pierda los papeles cuando veo a un hombre así, como suele ocurrirle a Lola, pero sé apreciar lo bueno cuando lo veo. Desconozco qué tipo de conversación mantiene por teléfono, aunque intuyo que es algo que le preocupa por la forma en que se pasa la mano por el pelo, de un color negro azabache y brillante.

—Puede venir aquí cada vez que lo necesite —continúa el director—. A veces, la mejor opción para avanzar y salir de un bloqueo es «cerrar el libro».

—No puedo seguir hablando ahora —susurra el hombre aún al teléfono.

—Ese mismo consejo me lo daba mi padre cuando era pequeña —respondo orgullosa a De la Fuente.

—Veo que usted y yo tenemos mucho en común. Y no sabe cuánto me alegro de ello. Por cierto, él es Jota Jota, el Aniquilador de quien le hablé. Esperaremos fuera a que acabe y se lo presente.

—De acuerdo. Adiós —dice el susodicho justo antes de finalizar la llamada y guardarse el teléfono en el bolsillo—. ¡Espera, Domingo! Ya estoy —indica, volviéndose hacia nosotros.

Sus ojos verdes se encuentran con los míos y el planeta deja literalmente de girar. Siento la ingravidez apoderándose de mi cuerpo, al que no logro amarrar y mantener sobre el suelo que hay bajo nuestros pies. El *shock* en el que me hallo no deja pasar aire a mis pulmones, y los apresurados latidos golpeándome con fuerza en el pecho tampoco lo facilitan mucho. Parpadeo en un par de ocasiones para asegurarme de que estoy en lo cierto y que lo que estoy viendo es real y no fruto de mi imaginación. Apenas han pasado unos segundos desde que se ha girado, aunque para mí se han convertido en una eternidad. Un espacio de tiempo en el que logro alcanzar lo que llevo años soñando y luchando por obtener. Sus labios se curvan, dejando paso a una enorme sonrisa que le cruza todo el rostro bajo su recortada barba. El director va a decir algo cuando él, el hombre venido de Londres del que tanto me ha hablado en su despacho y al que llaman Aniquilador, rompe el silencio:

—¡Lita!

Capítulo 5

Sin decir ni media palabra, me abalanzo sobre él y lo abrazo con fuerza. Es tan alto que sólo llego a rodearle el pecho, donde apoyo un lado de mi cara.

—¡Estás vivo! —manifiesto con la dulce y agradable sensación de haberme deshecho de un enorme peso que llevo arrastrando la friolera de quince largos años.

Juanjo permanece inmóvil, sorprendido por mi reacción. Sus brazos caen inertes junto a su cadera.

—Lo siento..., yo... —me disculpo, retrocediendo un paso.

—Y ¿por qué no habría de estarlo?

—Pensé que te había... No importa —digo, recomponiéndome al tiempo que estiro mi abrigo para devolverlo a su posición normal.

—Veo que... se conocen —interviene De la Fuente, absorto en la escena de la que está siendo testigo.

—Lita y yo nos conocemos desde hace diecisiete años, Domingo.

Que recuerde con tanta precisión la fecha me confirma que no ha perdido un ápice de su inteligencia.

—¡Vaya, este mundo es un pañuelo! Me alegra saberlo, eso les hará más fácil trabajar juntos.

—¿Vas a trabajar aquí? —me pregunta asombrado.

—Todavía tengo que darle una respuesta al señor De la Fuente — respondo, todavía intentando procesarlo todo en mi mente.

—¡Esto es una señal! Que os conozcáis es justo lo que necesitaba para convencerla. Jota Jota —se dirige a él, apoyando la mano en su hombro izquierdo en un claro gesto de complicidad—, confío en que me eches un cable y logres que se quede.

—Descuida, Domingo. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Cuento con ello. Paula, la dejo con Jota Jota. Estoy seguro de que tienen mucho de que hablar. Mañana es Nochebuena, así que ¿le parece bien darme una respuesta dentro de tres días? Necesito saberlo cuanto antes.

—Tendrá su respuesta, señor De la Fuente, le doy mi palabra.

—Perfecto. Yo me marcho; mi mujer me va a cantar las cuarenta como no llegue a tiempo para las compras de última hora. Todos los años lo mismo. —Resopla—. ¡Hasta luego, chicos! ¡Y feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad, Domingo!

—¡Feliz Navidad, señor De la Fuente!

El director se va a marchar, pero al llegar a la puerta se vuelve y me indica:

—Paula, si se queda con nosotros, puede llamarme Domingo.

—Gracias —respondo complaciente, mientras lo veo desaparecer.

—¿Cómo...?

—¿Qué...?

Los dos nos interrogamos a la vez en cuanto nos quedamos a solas, lo que provoca las risas de ambos. Aún no puedo creer que tenga al mismísimo Juanjo Garza delante de mí.

—Te veo igual que siempre. Bueno, más adulta, ya me entiendes. ¿Quieres un café? —dice señalando la máquina.

—Sólo si me acompañas.

—Eso está hecho —afirma mientras se acerca al mostrador.

—Tú, en cambio, has cambiado mucho.

Apenas hay en él rastro de aquel chaval en plena adolescencia que se dedicaba a hacerme la vida imposible. Se ha convertido en todo un hombre. ¡Y menudo hombre!

—¿Solo?

—No lo sé. ¿Lo estás?

Juanjo sonríe de nuevo. Su sonrisa es mucho más bonita de lo que recordaba.

—Digo el café.

—Ah, perdón. S , con dos de azúcar, por favor.

—Vaya, eres de las pocas mujeres que conozco que no prefieren sacarina.

— Nunca te fies de una mujer que no toma postre!

—Buen consejo —afirma, entregándome mi taza. Es de cerámica, no como los vasos de plástico que solemos usar en mi bufete.

— Cu nto tiempo llevas trabajando aquí? —pregunto mientras tomamos asiento frente a la enorme mesa. Yo lo hago en la primera silla que hay a la derecha.  l lo hace a mi izquierda, en el extremo del largo tablero.

—Desde que acab  la carrera, hace siete años. Llegó a España recién licenciado y me cogieron sin dudarlo.

—Así que estabas en Londres.

—S .  C mo lo sabes?

—El señor De la Fuente te tiene en gran estima. Habla maravillas de ti.

—Me acog  como a un hijo desde el primer día.

—Cualquiera puede ver que entre vosotros hay una buena relación.

—No te creas, es sólo porque soy uno de sus mejores abogados —comenta jocoso.

Ambos sonreímos.

—Y  qu  hay de ti? Cuéntame.

Cojo aire y lo deajo salir en forma de suspiro antes de responder.

—Vine a Madrid a estudiar Derecho, obviamente. Me licenci  con matrícula de honor, por cierto.

—No esperaba menos de ti. Por cierto —repite—, yo también lo hice con matrícula.

Entorno los ojos y hago una mueca al comprobar que sigue siendo tan competitivo como antaño. Mi gesto lo hace sonr er.

—Cuando acab  —continúo—, me coloqué en un modesto bufete, nada que ver con éste —comento, echando una ojeada a mi alrededor.

—No pienses que es oro todo lo que reluce.

—Se supone que est s aquí para convencerme, no para hacer que me eche

atrás.

—Tienes razón. Rebobinemos.

Si él supiera que mi mente no para de hacerlo, se caería de culo.

—Estoy seguro de que el tuyo tiene su encanto.

—Si llamas *encanto* a trabajar como una sardina enlatada, tiene todo el que puedas imaginar y más.

Juanjo sonrío y yo me dejo contagiar por él.

—¿Y tu familia? ¿Siguen con la panadería?

—Claro, es el negocio familiar.

—Aún recuerdo el maravilloso olor que había al entrar.

—Era bueno, ¿verdad?

—El mejor del mundo.

—Estoy de acuerdo contigo —afirmo curvando los labios.

—¿Ha cambiado mucho?

—No. Está igual que siempre. En el pueblo, pocas cosas han cambiado.

Allí parece como si se hubiese detenido el tiempo.

—¡Qué buenos recuerdos!

—Todo sigue igual. Bueno, casi —rectifico, mientras agacho levemente la cabeza y pierdo la mirada en el interior de mi taza, ya vacía.

—¿Qué quieres decir?

—Desaparecisteis sin dejar rastro —respondo, volviendo a mirarlo a los ojos.

—Es cierto. —Ahora es él quien inclina la cabeza y cambia el semblante.

—Lo sé..., yo tuve la culpa —digo cargada de remordimiento.

—¿Tú? —pregunta extrañado. Sus ojos buscan desesperados una respuesta en los míos.

—Lo siento mucho, Juanjo, no sabes cuánto. No quise hacerles daño a tus padres... —Noto el escozor de mis lágrimas nublándome la visión.

—¿Qué tienes tú que ver con ellos?

—Me hiciste tanto daño aquella noche en el instituto que cuando llegué a casa estaba llena de ira. Sólo quería vengarme de ti, no de ellos. Pero aquello cogió más fuerza de lo que esperaba, y desaparecisteis los tres de golpe. He estado todos estos años intentando solucionarlo.

—No todo tiene solución, Lita.

—Lo sé. Como tampoco existe nada que borre los años que lleva consumiéndome el remordimiento. Nunca debería haberte hecho aquel hechizo. En el pueblo todo el mundo me teme y me odia desde ese día. Pero el único perdón que me importa es el tuyo. Por favor, Juanjo, necesito que al menos tú me perdones.

—¡Espera..., espera un momento! —suelta, al tiempo que se echa hacia atrás y muestra las palmas de las manos—. ¿Has dicho *hechizo*?

—Sí, y de los buenos.

—Lita, no nos marchamos por ningún hechizo.

—Ya lo creo que sí.

Juanjo se pasa ambas manos por el pelo antes de continuar.

—Lita...

—Paula. Dejé de llamarme Lita aquella misma noche.

—Li... Paula, mírame —me pide, cogiéndome las manos—. No desaparecimos por ningún hechizo. Nos marchamos esa misma madrugada porque llamaron a mi padre para comunicarle que mi madre había muerto.

—¿Qué?

Siento cómo el estómago me da vueltas. Me libero de una mano y me tapo la boca.

—Fue en un accidente de coche, aquí, en Madrid. En cuanto supimos la noticia, mi padre me obligó a hacer la maleta y a venirme a la capital con él.

—Lo siento, lo siento mucho —murmuro, dejando salir el sonido a través de los dedos. Aún soy incapaz de destaparme la boca.

—Se negó a volver al pueblo porque ya nada lo unía a él. El irnos a vivir allí fue capricho de mi madre; ella quiso que nos trasladásemos para experimentar por sí misma cómo era la vida rural, y porque allí había nacido su bisabuela materna. Mi padre aceptó sin dudarlo, porque lo que más feliz lo hacía en el mundo era ver feliz a mi madre. Cuando ella faltó, su mundo se vino abajo. Jamás quiso volver al pueblo; decía que le recordaba demasiado a ella. Así que nos afincamos aquí. La pérdida lo hizo caer en una depresión que le duró varios años. Yo me quedé con él dos, hasta que me mandó a estudiar a Londres. No soportaba que lo viera sufrir, y me marché con su promesa de que

a mi vuelta todo quedaría solucionado.

—¡Dios mío!

—Tranquila. Todo eso pasó hace muchos años. Ahora está más que superado.

—Y ¿cómo está tu padre?

—Ahora es un jubilado que se pasa todo el día yendo de un sitio a otro y viendo porno por cable.

—No sé qué decir a eso.

—No tienes que decir nada. ¿De verdad creías que había desaparecido?

—Lo he creído durante todos estos años, Juanjo. Y no soy la única. Hoy en día todo el mundo recuerda lo que le hice a la familia Garza.

—¿Aún recuerdas mi apellido? —pregunta asombrado.

—Hay muchas cosas que recuerdo.

Juanjo me mira en silencio. Yo también lo hago, y pronto me doy cuenta de que no he sido del todo sincera con él. No recuerdo que jamás me haya mirado de la forma en que lo hace ahora. La intensidad de su mirada me abruma. Hace que miles de sensaciones me invadan, agolpándose unas con otras. Ya no hay ni rastro de aquel chico al que tanto odiaba. Ahora es un hombre, un hombre al que me unía un dolor y una culpabilidad que me consumían por dentro y de los que ahora acaba de liberarme. He pasado media vida castigándome y torturándome por lo que había hecho, maldiciendo aquella fatídica noche que lo trastocó todo. La convivencia con los vecinos es un daño colateral por el que nunca me he visto afectada realmente. Mi conciencia siempre ha tenido para mí mucho más peso que la opinión de todo el mundo, y era ella la que me impedía ser feliz. Ahora, con la única verdad ante mí, puedo y soy capaz de perdonarme, de seguir adelante y de mirar hacia el futuro de otro modo. Un modo que durante años he implorado y ansiado alcanzar.

—Pensé en escribirte —confiesa de pronto con voz grave. Yo habría dado un brazo por que lo hubiese hecho—. No tuve fuerzas ni valor para despedirme siquiera.

—Es lógico que no los tuvieras —murmuro, cubriendo con mis manos la suya.

—¿Sabes lo más curioso de todo?

—¿Qué?

—Que, de toda la gente que conocí en esos dos años que viví en el pueblo, sólo me acordaba de ti.

Sus palabras me enorgullecen hasta el infinito.

—No tenía a nadie con quien meterme ni a quien hacerle putadas —añade.

—¡Serás imbécil! —digo, soltándole la mano y acomodándome de nuevo en mi silla.

—¡Es cierto! —afirma jocosamente—. No te imaginas lo sosos que son en Inglaterra. No hubo nadie en todos los años que estudié allí que te hiciera sombra.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Lo es, te lo aseguro.

—Eres consciente de que hablamos de venganzas y de hacer putadas, ¿verdad?

Los dos nos echamos a reír, esta vez a carcajadas. Si me hubiesen asegurado hace escasamente una hora que estaría viviendo algo como esto en este momento, jamás lo habría creído. Así permanecemos un buen rato, hasta que Juanjo mira la hora en su reloj.

—¡Vaya! Tengo que irme.

—Yo también.

—¿Has venido en coche?

—No tengo.

—¿No tienes coche?

—No me hace falta. Tener coche en Madrid es demasiado engorroso y caro para mí.

—Te comprendo. ¿Quieres que te lleve a alguna parte? —pregunta levantándose. El gesto de que coja las tazas y las deje en el lavavajillas me gusta.

—Por lo tarde que se ha hecho, me temo que tendré que cambiar de planes.

—¿Tienes una cita?

La pregunta me la hace con los hombros alzados. No sé si es asombro o temor lo que logro ver en la tensión de su rostro.

—Lo cierto es que sí, aunque tendré que cancelarla.

—Entiendo.

—De todos modos, no quiero importunarte. Sé que llegas tarde adondequiera que tengas que ir.

—¿Hacia dónde vas? Igual me pilla de paso.

La conversación transcurre mientras lo acompaño a apagar todas y cada una de las luces de los diferentes despachos.

—Mi apartamento está en Chamartín.

—Perfecto. Te llevo entonces. No pienso dejarte sola a estas horas.

—Vaya, me sorprende que te hayas vuelto tan sobreprotector.

—Siempre lo he sido —afirma, cerrando la puerta del gabinete.

Ambos nos dirigimos hacia el lento ascensor, en el que no tardamos en adentrarnos.

—¿Cómo puedes decir eso después de romperme la paleta? Eso sin contar el resto de las cosas que me hiciste.

—Tú tampoco te quedaste atrás —señala, y pulsa el botón de la planta baja.

—No iba a quedarme de brazos cruzados mientras tú me hacías lo que te venía en gana...

Se vuelve hacia mí, yo lo imito, y los dos quedamos uno frente al otro.

—Te ponía a prueba.

—Desconocía que mi capacidad de aguante te preocupase.

—No era por tu aguante, sino por tu empuje. Y no se trataba de preocupación, sino de veneración.

—Deberías hablar con De la Fuente y pedirle que no le eche alucinógenos al café —digo, y vuelvo a mi posición inicial frente a las puertas del ascensor.

—Veo que en estos años has olvidado que no necesito mentir para obtener lo que quiero.

—Es algo innato en nuestra profesión.

—No en mi forma de trabajar —me reta, manteniéndose firme en su postura.

—En la mía tampoco —aseguro, y me vuelvo de nuevo hacia él.

Las confesiones y los recuerdos que nos unen parecen haberse quedado atrás, encerrados en la sala de café que hemos abandonado hace escasos

minutos. Su desafiante mirada saca de nuevo a la luz al Juanjo que yo recordaba, al rival que siempre me hizo estar alerta y al que llevo años invocando para encontrarlo.

* * *

Exceptuando las cortas indicaciones que le doy hasta llegar a mi apartamento, el trayecto por la M-30 lo hacemos en silencio. Su reaparición me da mucho que pensar y necesito tiempo para procesarlo. Es por eso por lo que, cuando voy a bajar de su flamante Audi, lo hago sin decir ni media palabra.

—¡Lita! —me llama, saliendo del coche.

—¡Paula! —me quejo, me detengo y me vuelvo hacia él.

—Me ha encantado verte —dice cuando llega hasta mí—. Y me gustaría aún más que aceptaras la propuesta de Domingo.

—No te aseguro nada.

—No puedo fracasar en la misión —suelta divertido.

—¿Conocemos el castigo?

—Lo cierto es que no.

—¡Qué pena! —exclamo, y me doy la vuelta hacia el portal.

—¡Lita!

No me detengo.

—¡Lita!

Vuelvo a ignorarlo.

—¡Paula!

—¿Ves? —Ahora sí me doy la vuelta de nuevo—. Tampoco es tan difícil.

—Tengo que decirte algo.

—Dispara.

—Quiero que sepas que te guardo un cariño especial.

Los ojos se me abren como platos. ¿A qué viene esto ahora?

—Y es por eso que debo advertirte —continúa—. Me encantaría que trabajases con nosotros. Y no lo digo por la misión que me ha encargado Domingo; te conozco y sé que nadie, ni siquiera yo, podría convencerte. Pero

debes saber que, cuando estoy inmerso en un caso, no tengo amigos ni siento cariño por nadie que no sea mi cliente. Soy despiadado e incluso cruel, y no me gustaría que te lo tomaras como algo personal.

—¡Vaya! Eso ha sido una confesión en toda regla.

—He creído que debía decírtelo.

—De todo lo que me has contado esta noche, eso ha sido lo que más me ha convencido para entrar a formar parte de De la Fuente.

—¿Vas a aceptar? —pregunta sorprendido a la vez que alegre.

—No te me vengas arriba, chato. He dicho «lo que más», no «lo que». Tal vez el apodo de Aniquilador te quede demasiado grande si oyes sólo lo que quieres oír. Buenas noches, Juanjo. ¡Y feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad, Lita! —suelta con una sonrisa de oreja a oreja.

Sé que me ha llamado así para fastidiarme, y no le doy el gusto. En su lugar, me acerco a él, me pongo de puntillas y le planto un beso en la mejilla.

—Gracias por traerme —susurro justo antes de darme la vuelta y encaminarme hacia el portal.

Lo hago como estoy dispuesta a vivir a partir de ahora: sin volverme, sin mirar atrás y con la vista puesta hacia delante.

Capítulo 6

Lola no está en casa. Llevo desde ayer sin saber nada de ella. Me asomo a su cuarto y veo el vestido que iba a ponerse para la fiesta tirado sobre la cama. En el suelo también están los zapatos. La llamo al móvil, pero no contesta, ni siquiera cuando aguardo al último tono. En la cocina todo está ordenado, a excepción de un par de platos, que meto en el lavavajillas mientras me preparo algo rápido para cenar. Lo hago de forma automática, pues me cuesta concentrarme pensando en Juanjo y en todo lo que me ha contado. Verlo ha sido como una liberación para mí, como quitarme una enorme losa de encima. Una que he estado sosteniendo a mi espalda durante todos estos años. Sonrío con esta nueva sensación recorriéndome el cuerpo. Suspiro en repetidas ocasiones, dejando salir con cada bocanada todos mis remordimientos.

Mi teléfono suena.

—Lola, ¿dónde para tu cuerpo?

—Estoy en casa de unos amigos. —Se oyen muchas voces de fondo y apenas si puedo oírla a ella—. ¿Qué tal en el pueblo?

—¡Estoy en casa!

—¿Que no se les pasa? Normal, tía.

—¿Por qué no te vas a algún sitio donde puedas oírme?! —digo alzando más la voz.

—¡Voy!

Aguardo unos segundos, hasta que la música y las voces dejan de oírse de

fondo.

—¿Qué me decías?

—Que estoy en casa.

—Claro, con tu familia. ¿A qué viene eso?

—Estoy en Madrid. Me vine para una entrevista de trabajo.

—¿En la víspera de Nochebuena? ¿Dónde?

—En uno de los mejores bufetes de la ciudad.

—Pero ¡es fantástico! ¡Enhorabuena, Paula!

—Gracias.

—Uy, reconozco ese tono de voz... ¿Dónde está el «pero»?

—He visto a Juanjo.

—¿Qué Juanjo? ¿Tu Juanjo?

—Ése.

—¿El de toda la vida?

—Sí. Estaba equivocada, Lola. No los hechicé.

Ella guarda silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Y ¿por qué no dices nada?

—No quiero hacerte daño.

Ahora soy yo la que no dice nada.

—Se marcharon porque esa misma noche su madre murió —confieso al cabo de un rato.

—Un buen motivo.

—¡Vale, suéltalo! —digo harta de tanta represión. Sé que si no lo hace es capaz de explotar—. No me voy a enfadar.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¡Te lo dije, Paula, te lo dije! ¡Te dije que no eras bruja, que ni lo eras ni lo eres!

—¿Has terminado?

—Por ahora, sí. Tampoco es cuestión de hacer leña del árbol caído. Por cierto, y ¿dónde lo has visto? ¿Cómo ha sido? Cuéntamelo todo.

Durante un buen rato le cuento a Lola mi encuentro con él y todo lo ocurrido en el gabinete De la Fuente. Todo, incluso el momento en el que me he lanzado a sus brazos.

—El jefe ha debido de quedarse a cuadros.

—Lo ha hecho, créeme.

—No te habría imaginado lanzándote a los brazos de un tío delante del jefe.

—Lo he hecho más por mí que por él.

—Perdona, chata, pero eso es obvio. Si yo me encuentro con un tío así, también me arrimo y lo sobo por mí.

—Tú siempre pensando en lo mismo.

—¡Has sido tú quien ha mencionado lo de su culo y su espalda! Eso, por no hablar de los ojazos verdes que dices que tiene. ¿Por qué nunca me has contado esos detalles?

—No venían al caso. También tiene un pequeño lunar en el lado izquierdo de la cara, justo encima de donde acaba la barba.

—¡Quiero fotos!

—¿Te has vuelto loca?

—¿Por querer alegrarme la vista? Entonces medio planeta lo está. Quiero fotos. Además, he oído hablar tanto de él que es como si fuese de la familia, no tienes de qué preocuparte.

—No sé si aceptar el trabajo —confieso para desviar el tema.

—¿Te pagan bien?

—Más que bien.

—¿Te darán un despacho más grande que el que tienes?

—El doble.

—El tío que te ha entrevistado parece majo, por lo que me has contado.

—Lo es, te lo aseguro.

—Entonces ¡¿qué demonios tienes que pensar?! —Su grito me hace apartarme el teléfono de la oreja.

—Es un paso muy importante.

—Tu problema empieza por «J» y acaba por «O».

—¡No digas tonterías!

—Pregúntate una cosa. ¿Habías pensado en aceptar antes de reencontrarte con él?

La pregunta me hace meditar unos segundos.

—Estaba casi convencida.

—¿Lo ves? Vuelvo a estar en lo cierto.

—¡Oye, escapatista, que te me estás viniendo muy arriba!

—Deja tú de estar abajo y sube conmigo, ¡no te fastidia! ¿Qué dudas tienes si es justo lo que estabas esperando? Desde que acabaste la carrera no has dejado de trabajar y de desear un ascenso como éste.

—Lo sé.

—Paula.

—Dime.

—¿En qué te afecta que esté él?

—Lo conozco y, de hecho, me ha advertido sobre ello. No será fácil trabajar con él, y mucho menos contra él.

—¿Podría darse el caso?

—Me temo que más de una vez. El principal objetivo de ficharme es para conseguir a la otra parte, por lo que imagino que en más de una ocasión tendremos que enfrentarnos.

—Y ¿de qué tienes miedo?

—Si de pequeño fue capaz de romperme hasta los dientes, no quiero ni pensar hasta dónde podría llegar ahora.

—Hasta donde tú se lo permitas.

Lola es una tía alocada y fiestera como nadie. Pero su inteligencia y sus conclusiones son lo que más me gusta de ella. Es en ocasiones como ésta cuando me recuerda por qué la admiro y la quiero tanto.

—Gracias.

—De nada.

—Bueno, te dejo que sigas con la fiesta.

—No me esperes. Me quedo a dormir aquí.

—Tranquila. Nos vemos a la vuelta.

Una vez me he despedido de ella, saco el billete para mañana a primera hora y llamo a mi padre para avisarlo de que pasaré aquí la noche. A él no le

hablo de Juanjo, aunque sí le doy el resto de los datos de la entrevista. Él opina lo mismo que Lola y, al igual que ella también, me suelta algún que otro grito al otro lado del teléfono. Sé que se alegra por mí, y no se lo tengo en cuenta.

Mi siguiente llamada es a Manuela. Había quedado con ella y debo disculparme por no poder acudir a la cita.

—No importa, puedo esperar a mañana —manifiesta en cuanto la pongo al día.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme?

—Ya te he dicho que no puedo decírtelo por teléfono.

—La bruja seré yo, pero tú eres la de los misterios.

—Hay cosas que nunca deben cambiar, ¿no te parece?

Ambas reímos.

—¿Comemos juntas mañana? —propongo—. Los preparativos de la cena no empezarán hasta pasadas las seis de la tarde.

—Me parece perfecto.

—¡Ah, se me olvidaba! Yo también tengo algo muy importante que contarte.

—¡Suéltalo ya!

—No, es mejor en persona.

—¡Serás...!

—Hasta mañana, profe —me despido como uno de sus alumnos.

—Hasta mañana, letrada.

Una vez hechas casi todas las llamadas pertinentes, hago recuento mentalmente. Las únicas personas que me importan están a favor de que acepte el trabajo. Y, aunque Manuela aún no conoce los detalles, sé que opinará como el resto. Sin embargo, todavía me queda alguien decisivo; alguien con quien debo hablar del tema mañana mismo para poder quedarme tranquila.

* * *

La estación Sur está repleta de gente. Por fortuna, no llevo maleta y logro moverme con mayor facilidad entre la muchedumbre. Ya en el autobús de

camino a Cuenca, decido hacer esa llamada que aún tengo pendiente.

—Hola, Leo. ¿Te pillo en mal momento?

—Hola, Paula. No, tranquila, para ti siempre tengo hueco. ¿Qué ocurre?

—Mi relación con Leo ha sido buena desde el día que lo conocí. Es un hombre muy mayor con un gran corazón, al que le debo mucho y al que admiro profundamente.

—Verás, necesito contarte algo, y quiero que lo sepas por mí antes que por nadie.

—Tú dirás.

—Ayer me llamaron de un gabinete jurídico para hacerme una entrevista.

—De De la Fuente.

—¿Lo sabías? —pregunto más que sorprendida.

—Paula, cariño, me llamaron preguntando por ti.

—¿Fuiste tú quien les dijo todo eso de mí?

—¿Acaso no es cierto todo lo que puse en el informe?

—Pero tú eres mi director, eres como mi jefe, y se supone que no debes...

—¿El qué? ¿Desearte que luches por tu sueño? Paula, no voy a negar que te echaremos de menos, pero quiero lo mejor para ti, aunque eso suponga dejarte marchar. Tienes mucho potencial y debes apostar con todas tus fuerzas por él.

—No sé. Está siendo todo tan fácil que...

—Cuando uno está en el camino correcto no hay baches.

—Un nudo en la garganta me impide seguir. Leo me dio la oportunidad cuando aún no había visitado ningún bufete para buscar trabajo. No le importó mi forma de vestir y no dudó ni un solo segundo en contar conmigo. Y ahora siento como que lo voy a dejar en la estacada.

—Paula, no me equivoqué al escogerte. Cualquier otra persona habría aceptado el puesto sin pensarlo ni un momento. En cambio, tú has decidido contármelo antes de tomar cualquier decisión. Lo que me confirma, una vez más, que acerté.

—Estoy en deuda contigo.

—No, te equivocas. Yo lo estaba contigo y por eso te debía el favor.

—¿Qué quieres decir?

—Tú salvaste el bufete cuando estaba en su peor momento. Por desgracia, hay abogados que deshonran el oficio, y yo di con un par de ellos. Hasta que llegaste tú. Los clientes volvieron a confiar en nosotros gracias a tu intachable trabajo. Yo sólo te di la oportunidad..., tú hiciste el resto.

—Eres demasiado modesto.

—Creo que en eso somos parecidos.

Ambos sonreímos. Lo conozco lo suficiente para saber que él también lo está haciendo.

—Paula, de haber podido te habría dado más de lo que te he dado todos estos años. Te habría dado un mejor despacho y mejores condiciones para trabajar.

—Me has dado lo más importante.

—Eso quiero pensar, y te agradezco que me lo digas. Pero ha llegado el momento de dejarte volar. La esperanza es desear que algo suceda y esto siempre ha sido tu sueño; la fe es creer que va a suceder, algo que nunca has perdido; pero la valentía es hacer que suceda, y tú eres lo suficientemente valiente para lograrlo.

—Muchas gracias, Leo —murmuro con dificultad. No es fácil hablar con las emociones instaladas en medio de la garganta.

—Estamos en paz. Espero haberte ayudado a tomar una decisión que, para mí, está más que clara.

—No creas. Has hecho que me emocione. No es algo que me suceda a menudo, y tampoco hace más fácil el tener que abandonarlos.

—No lo mires así. Los hijos deben salir del nido cuando están preparados, lo mismo que tú. Y te aseguro que tú lo estás más que de sobra.

—Gracias de nuevo.

—Pásate después de las fiestas a recoger tus cosas. Y, si quieres, puedes llevarte los casos con los que estés para acabarlos desde el gabinete.

—Das por hecho que voy a aceptar el trabajo.

—Dejarías de ser quien eres si no lo hicieras.

—Feliz Navidad, Leo.

—Feliz Navidad, Paula.

* * *

El restaurante donde he quedado con Manuela está a rebosar de gente. Son fechas muy señaladas, en las que todo el mundo se reúne y sale a la calle. Me encanta esta época del año. Las avenidas y los locales se engalanan con adornos navideños y las personas parecen estar más amables que de costumbre. ¡Hasta que llega la bruja!

Mi amiga de toda la vida me espera en una de las mesas que están al fondo, junto a la ventana. En cuanto la veo haciéndome una señal, me encamino hacia ella. Dentro del local hace mucho calor; demasiada gente y demasiada calefacción. Me quito el abrigo mientras me acerco, pero esto está tan abarrotado y lo hago con tan mala fortuna que, al sacar el brazo, le doy un manotazo a un niño inquieto que no deja de moverse y corretear por el restaurante. Su madre, pese a ser testigo de que le he dado sin querer y que, de haber estado quieto el niño, ni siquiera lo hubiese rozado, comienza a gritarle.

—¡Aléjate de la bruja! ¡Ven aquí ahora mismo!

Si ya por mí misma suelo ser objeto de miradas en el pueblo, gracias a la estridente voz de esta linda señora, de la que sólo sé que suele venir en Navidad a visitar a su familia, todo el local, incluso los que no habían reparado en mi llegada, acaban de hacerlo. De reojo observo las caras de estupor mezclado con odio y temor con que me miran. Son dignas del mejor cuadro expresionista que jamás se haya pintado. Ni Edvard Munch habría sido capaz de superar o plasmar lo que tengo a mi alrededor. Una vez más, me toca ser el centro de atención sin pretenderlo. Y una vez más soy la culpable ante los ojos de todos. La señora, al comprobar que no digo nada y que continúo mi camino como si nada, se envalentona y sigue soltando de todo por la boca. Cuanto mayores son los insultos que me prodiga, menor es el caso que le hago.

—¡Paula! —Manuela se levanta y me abraza delante de todos.

—¡Hola, profe! —la saludo respondiendo a su gesto.

—Veo que las cosas siguen igual por aquí —apostilla mientras tomamos asiento.

—Hay cosas que no cambiarán, pasen los años que pasen.

—¿Sigues sin enfrentarte a ellos?

—¿Para qué? Su falta de educación es inversamente proporcional a la importancia que concedo a sus palabras.

No se lo digo, pero en el fondo pienso en el conjuro que le haría a esa mujer. Sería uno de esos épicos de los que no se olvidaría jamás.

—¿Cómo echaba de menos tus frases!

—Pues no veas todas las que tengo guardadas —me mofo, y ambas reímos.

Tras indicarle a la camarera lo que vamos a tomar, le pido a Manuela que me desvele el misterio. La noto inquieta y emocionada, y sé que se muere por contármelo.

—¡No te lo vas a creer! —suelta, dando palmadas silenciosas.

—No sé yo quién va a sorprender más a quién...

—Está bien. Yo disparo primero.

—Sí, por favor —la animo.

—¿Recuerdas el profesor del que te hablé?

—¿El que se metía contigo y te dejaba en ridículo en cada claustro?

Manuela no es tan extremista como yo, pero tampoco sigue los cánones de belleza a rajatabla. Siempre hemos sido muy parecidas, íbamos de la mano a todas partes y lo hacíamos todo juntas. Cuando me marché a estudiar a Madrid, ella se quedó aquí para estudiar en la Facultad de Educación de Cuenca. La despedida fue muy dura, pero ambas tuvimos suerte y conocimos a otras personas en nuestros nuevos destinos. En mi caso, di con mi alocada Lola.

Por Manuela parece que no hayan pasado los años. Está prácticamente igual que cuando éramos pequeñas, aunque con un poco más de experiencia a las espaldas. Todavía lleva su corta melena castaña por los hombros y sigue sin usar falda. Recuerdo lo mucho que le costaba ponerse una, o un vestido. Siempre decía que iba mucho más cómoda con pantalones, que le permitían más libertad de movimientos y le aseguraban que nadie conociera sin permiso su ropa interior. Los zapatos planos también son un sello de identidad en ella, algo en lo que desde pequeñas hemos coincidido. Con un par de arruguitas asomándole a ambos lados de los ojos, veo lo emocionada que está al hablarme de ese profesor.

—Era un borde de narices conmigo. No me dejaba tranquila ni un

momento. Estaba convencida de que me odiaba por algo que ni yo sabía qué era. Ahora sí lo sé.

—Ahora me dirás que es amor...

—Sí —afirma en tono agudo y con la risita típica de una niña que acaba de coger a escondidas las chuches que su madre tiene escondidas a buen recaudo.

—¡Venga ya!

—¡En serio! Me confesó a principios de curso lo que sentía por mí.

—Y ¿no era más fácil tratarte bien?

—Eso sólo ocurre en las películas, Paula. La vida real no es así.

—¡Vaya ganas de complicarse la vida tiene la gente!

—Me dijo que lo había hecho porque no quería que nadie supiera lo que en realidad sentía por mí.

—¿Se le ocurrió pensar que tal vez tú, parte importante de la ecuación, también debías saberlo?

—Ahí estaba la gracia.

—Yo se la veo en cierta parte donde acaba la espalda.

La camarera nos sirve la comida y se marcha sin desearnos buen apetito ni nada por el estilo.

—Cuando te enamores sabrás de lo que te hablo —asegura.

—Tengo cosas mucho más importantes de las que ocuparme.

—De tu cerebro, como siempre.

—Pues sí, ese órgano excepcional que funciona las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año, desde que naces... hasta que te enamoras.

—¿No te alegras por mí?

—Mucho. Pero me molesta que todo el mundo se empeñe en que a mí me ocurra lo mismo.

—Tienes razón. Lo siento.

—No, soy yo quien debe disculparse. Sigue, por favor —le pido, llevándome el primer trozo de carne a la boca.

—Quiero que seas la madrina de la boda. Nos casamos en primavera —suelta de pronto.

De la impresión que me da, la comida se me queda atascada en medio de

la garganta. Pronto me doy cuenta de que no logro moverla de donde está. Me pongo a toser intentando que salga al ver que no logro tragarla. La sensación de ahogo es cada vez mayor y empiezo a ponerme nerviosa. Más aún cuando no consigo respirar ni siquiera por la nariz. Sin saber muy bien qué hacer, me levanto con la terrible y desagradable sensación de no poder solucionarlo. Manuela se coloca a mi lado y pide ayuda mientras me da palmadas en la espalda. Noto las miradas a mi alrededor sin que nadie mueva un dedo por socorrerme pese a las lágrimas que ya empañan mis ojos. Cada vez me encuentro peor, empiezo a marearme. Hasta que, de pronto, alguien me abraza por detrás y me practica una compresión abdominal. El alivio es instantáneo. El aire entra en mis pulmones y siento que vuelvo al mundo de los vivos. Y lo hago dándome cuenta de que el trozo de carne ha salido disparado y ha ido a parar a la frente de la mujer que minutos antes se había encarado conmigo.

—¡Te ha disparado, mamá! —suelta el niño, descojonándose mientras le señala el trozo de comida que lleva pegada—. ¡Pareces un cíclope!

El murmullo general no se hace esperar, y llega acompañado de palabras tales como *venganza* o *bruja*. El hombre que me acaba de salvar la vida, al que miro y agradezco su gesto en cuanto me vuelvo, se presenta diciendo que es médico, padre del niño revoltoso y esposo de la mujer abatida. La mirada que su querida esposa me dedica, junto con el resto de la escena, tardaré en olvidarla.

El espectáculo acaba y cada uno regresa a su sitio, aunque al cabo de un rato me levanto para ir al aseo. Todavía hay algo que necesito hacer para sentirme del todo satisfecha. Aprovechando que mi salvador no se encuentra en su mesa, al pasar junto a su querida y disparada esposa, le suelto:

—¡A ver si así aprende a no meterse con una bruja!

* * *

A la llegada del postre, Manuela ya me ha contado con todo lujo de detalles cómo tiene planeado que sea la boda. Se la ve verdaderamente entusiasmada con la idea de contraer matrimonio y de formar una familia.

El instinto maternal parece habersele despertado en el instante en que su

prometido le puso el anillo en el dedo. Es una de mis dos mejores amigas, por lo que me dedico a escucharla y a acompañarla en su alegría, pese a no pensar como ella.

—¿Y tú?, ¿qué noticia tienes guardada para mí? —me pregunta cuando nos sirven el café.

Entre sorbo y sorbo, le hago un breve resumen de cómo fue la entrevista de ayer.

—¡Enhorabuena, letrada! Te lo has ganado.

—No corras tanto, profe.

—¿Qué te dejas en el tintero?

No quiero que nadie me oiga, por lo que me inclino más hacia ella.

—Juanjo está vivo —murmuro en voz baja.

—¿Has conseguido traerlo de vuelta? —Manuela habla y se inclina igual que yo.

—El hechizo no tuvo nada que ver —cuchicheo.

—¿Estás perdiendo facultades?

En ocasiones dudo de haberlas tenido, pero omito tal confesión.

—Juanjo se marchó porque esa misma noche falleció su madre.

—¡Dios mío!

—No los hice desaparecer, simplemente se fueron.

—Y ¿por qué no ha dado señales de vida en todos estos años?

—Se quedaron a vivir en Madrid, y luego él se marchó a estudiar a Londres. Ahora es abogado, como yo.

—Siempre habéis sido iguales.

—¡No digas tonterías!

—¡Y tú no seas ciega!

—El caso es que trabaja en el bufete donde hice la entrevista... —Ambas seguimos cuchicheando para que nadie nos oiga. Es algo incómodo, y más cuando a una se le clava el canto de la mesa en el pecho—. Lo llaman *Aniquilador*.

Manuela comienza a reír a carcajadas.

—¡No te rías!

—Si te parece, me echo a llorar. ¡Es fantástico!

—¿Se puede saber dónde le ves tú la gracia? —pregunto molesta.

—Es tu oportunidad de darle la vuelta al marcador.

Su respuesta me hace recapacitar. No me había percatado de eso en ningún momento.

—Va un punto a su favor —digo en cuanto echo mano de mi infalible memoria.

—Exacto. Ya va siendo hora de que le des su merecido.

—Hace quince años tenía sentido, éramos unos críos —comento para quitar hierro al asunto.

—Como si pasan cien. Yo no he olvidado lo que nos hizo aquella noche.

De nuevo me tomo mi tiempo para procesar lo que me dice.

—Veo que el enamoramiento al menos te ha dejado algo de cerebro —declaro, apoyando la espalda en el respaldo.

—Me deja muchas más cosas que no te voy a contar —suelta en tono picarón.

—Esa parte no necesito saberla.

—No sabes lo que te pierdes.

¿Por qué todo el mundo acaba hablando siempre de lo mismo?

—Le daré vueltas a lo que me has dicho —manifiesto para retomar el tema.

—No necesitas hacerlo. Llevas años queriendo tener un empleo así. Acepta el trabajo ¡ya! Por ti y por mí.

—Eres consciente de que hablamos de un trabajo y de que ya no estamos en el instituto, ¿verdad?

—Por eso sé que no tardarás en darle la vuelta al marcador. Ahora eres mucho más lista que hace quince años. ¡Acepta el trabajo y dale su merecido! ¿No eres abogada? Pues haz justicia.

Nunca pensé que Manuela le diera tanta importancia a lo que ocurrió, y mucho menos que no lo tuviese más que superado. Pensé que era algo que formaba parte única y exclusivamente del pasado. Pero ahora veo que no. Puede que tenga razón y que haya llegado el momento de hacer justicia. Tal vez ésta sea mi oportunidad de enmendar lo que ocurrió, de hacer que el futuro logre borrar el pasado. Debo estar fuerte para conseguirlo, y sé que, para ello,

debo obtener primero un perdón que llevo esquivando quince largos años...,
el mío.

Capítulo 7

Una vez que salimos del restaurante, y antes de volver a casa para ayudar a mi madre con los preparativos para la cena de Nochebuena, Manuela se ofrece a acompañarme a comprar un último regalo. En la maleta traje uno para cada miembro de mi familia, aunque, tras la charla con mi amiga, decido añadir uno más.

En mi casa la cena es una auténtica fiesta (nótese la ironía). Mi madre se vuelve más histérica de lo que ya es, pendiente de cada detalle y de cebarnos como si llevásemos meses sin probar bocado. Suele preparar comida para un regimiento, lo que nos obliga a comer sobras durante, al menos, los tres días posteriores a Nochebuena. Mi padre, debido a su espalda, no puede hacer nada..., nada que no sea adueñarse del mando de la televisión, con el que nos marea haciendo zapping sin parar entre programa y programa, a cuál de ellos más aburrido y tedioso. Mi hermano, pese a que se encarga del horno y sólo trabaja por las mañanas, sigue ostentando su poder gracias al músculo que le cuelga de la entrepierna, por lo que únicamente se dedica a beber cerveza en el sofá, al tiempo que pica y come de cada plato que voy colocando sobre la mesa. Lleva haciéndolo años, y nosotros soportando que, cuando llega el momento de sentarnos a comer, los platos estén medio vacíos. Con mi cuñada, en cambio, sí que me entretengo. Mientras mi madre me ordena qué debo hacer como si aún fuese una niña, yo aprovecho cada silencio suyo para hablar con la mujer de mi hermano. Me gusta preguntarle por cosas que sólo a ella le

importan. Charlar con ella es como un estudio de sociología para mí. Como alguien dijo alguna vez, el placer de una persona inteligente es aparentar ser un idiota delante de un idiota que aparenta ser inteligente.

Tras la cena, en la que se ha hablado en repetidas ocasiones sobre la apuesta, y de la que no he parado de responder que aún no podía confirmar nada, llega el momento de los regalos. Desde que Guille y yo nos hicimos mayores, dejamos de esperar a Papá Noel y comenzamos a exigir abrir los paquetes antes de irnos a la cama. En casa es tradición hacerlo en esta noche tan señalada, aunque también solemos dejar algún pequeño detalle para la noche de Reyes. Mis padres siempre han pensado que los juguetes son para disfrutarlos en las vacaciones de Navidad, y no cuando éstas finalizan. Recuerdo la época en que mi padre se disfrazaba del gordito personaje del Polo Norte. Mi madre nos entretenía para que no nos percatáramos de que él bajaba a la tienda para embutirse bajo las ropas rojas y simular que el verdadero Santa Claus llamaba al timbre de casa y nos traía juguetes. La primera en darse cuenta de la farsa fui yo a una temprana edad. Me bastaron un par de segundos para reconocer a mi padre en cuanto lo miré a los ojos. No dije nada y guardé el secreto durante años, hasta que el gracioso de Guille lo soltó un día que estaba enfadado conmigo con la única intención de fastidiarme la sorpresa. Ese día aprendí lo atrevida que era la ignorancia y lo mala que era la envidia.

Como aún no hay niños correteando por la casa que requieran ningún disfraz, mi madre, a la que le encanta ser la anfitriona de todo, es la encargada de repartirnos los regalos tras la cena. Están bajo el árbol de Navidad que está junto al belén. Cada uno lleva un nombre escrito, lo que le facilita la tarea a *Mamá Noel*. Siempre me han gustado las sorpresas, pese a que poca gente es capaz de lograr asombrarme y acertar con un regalo. Aunque en esta ocasión, más que recibir una, lo que más deseo es darla. Todos abren sus respectivos paquetes entre sonrisas y rostros de asombro, mientras yo espero impaciente a que mi hermano abra uno de los suyos, el que le he comprado esta misma tarde con Manuela. Cuando lo hace, su cara se transforma por completo.

—¿Qué es esto? —espeta molesto. Sabe de sobra de quién es el regalo.

—La respuesta a tus preguntas y el resultado de la apuesta.

—¿Te han cogido?

—Sí, hermanito.

—¿Qué pasa? —interviene mi cuñada, preocupada al ver el rostro pálido de su marido.

Guille permanece quieto como una estatua, sujetando aún entre las manos mi regalo.

—¿No lo muestras? —pregunto cuando veo que no lo enseña, como hemos hecho con los anteriores.

—Hijo, ¿qué te ha regalado? —Ahora es la maruja de mi madre la que entra en acción. Le puede más saber qué esconde mi hermano que felicitarme.

Mi padre es el único que me mira orgulloso. Guille, ante tanta presión entre su mujer y nuestra progenitora, y con todo el malestar que siente y que no pretende disimular, alza los brazos y les muestra a todos mi regalo: un babero con el nombre de Paula. A mi cuñada le entra el pánico y comienza a sollozar. Mi hermano, cada vez más enojado e incapaz de consolarla, me fulmina con la mirada y me suelta delante de todos:

—Serás la madrina.

—¿Qué? ¡No! —grita doña Arcadas.

En el pueblo es tradición que el padrino compre la cuna y la madrina el carricoche.

—¡A callar! —le ordena Guille de malas formas. Tiene tan mal perder que ni se da cuenta de lo que está haciendo.

—Hijo, ¿no crees que es algo que debéis decidir entre los dos? —interviene mi madre, conciliadora.

—¡Serás su madrina, y le comprarás el carricoche! ¡Será el más caro de la tienda! —brama, ignorando a ambas mujeres.

Conozco a mi hermano demasiado bien. Es una de las cualidades de las brujas; conocer y saber a quién tenemos delante es algo vital y necesario para nuestra existencia. Es por eso que estaba segura de que llegaría a este punto al conocer la noticia. Nunca ha sabido perder con honor, y su reacción es buena muestra de ello. Lo que ignora, y no pienso confesarle jamás, es que, incluso antes de la apuesta y aun a sabiendas de que no iban a permitir que yo fuese la madrina, les compré el carricoche que mi cuñada quería. Me lo mostró un día

que vine a verlos este verano mientras ojeaba un catálogo de artículos de bebé. En la tienda tienen aviso de entregarlo el 5 de enero, la víspera del día de Reyes.

—Acepto —concluyo con una sonrisa cruzándome la cara.

Guille baja los hombros ya más relajado y consuela a su mujer, que, pese a alegrarle la noticia de que tendrá un flamante carricoche que será la envidia de sus amigas, continúa contrariada y molesta por que yo sea la madrina de su hija, a la que, para postre, le pondrán el nombre de su tía.

* * *

El día de Navidad no lo paso en casa. El ambiente es bastante hostil y, pese a las protestas de mi madre, he conseguido escaparme para pasar el día con Manuela. Su familia es la única del pueblo que no me teme, o al menos no como el resto. A mediodía, mientras como con ellos en su casa, alguien se presenta por sorpresa: el prometido de mi amiga. Ella se vuelve loca literalmente al verlo, lanzándose a sus brazos como si no hubiese un mañana. Yo, en cambio, me pongo en alerta en cuanto cruzo una primera mirada con él. El hecho de que se haya presentado sin avisar en su casa no es lo que más me molesta, sino lo que logro ver en sus ojos, algo de lo que me fío por completo. Lo que iba a ser mi último día en el pueblo junto a mi amiga de la infancia acaba siendo una tarde entre tres, cuyo monotema es única y exclusivamente los detalles de la boda.

—Dime que os casaréis en régimen de separación de bienes —le expongo a Manuela en un momento en el que nos quedamos a solas en la cafetería. Ella no deja de hablar de cómo está redecorando su piso.

—Mi matrimonio se basa en el amor, no en lo material —se defiende molesta.

—Excepto los concertados, todos lo son.

—No pienso pedirle que hagamos tal cosa. Serán bienes gananciales, como se ha hecho toda la vida.

—Manuela, por favor. No lo hagas.

—Paula, sé que eres abogada, pero ¿podrías dejar de serlo por un

instante?

—Te hablo como amiga.

—Pues como amiga te pido que te alegres por mí.

—Lo haría si no fuese porque os vais a ir a vivir a tu casa.

—Lo normal en una pareja es que vivan juntos.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

—Él vive de alquiler, así que lo lógico es que se venga a vivir conmigo.

—Ya, pero quieres que el piso también sea suyo para poder ampliar la hipoteca y hacer las reformas.

—Quiero tener lista la habitación del bebé para cuando llegue el momento.

—Pero el piso es tuyo y no deberías ponerlo a su nombre.

—Lo que te pasa es que estás celosa.

—¿Celosa?

—Sí. Puedo verlo en tus ojos. Desde que ha llegado Lázaro te ha cambiado la cara.

—¿Se te ha ocurrido pensar que es porque he visto algo que no me cuadra?

—¡Ya estás con tus cosas de bruja!

—Sabes perfectamente que puedo ver cosas que los demás no ven.

—Pues tal vez deberías aprender a mirar como el resto y no ver cosas donde no las hay.

—Créeme, no estoy celosa. Me alegro mucho por ti. Sé cuánto has soñado con que llegara el día de tu boda, pero...

—Cualquiera lo diría.

—Manuela, por favor.

Su prometido regresa del aseo, poniendo fin a nuestra conversación. Me duele pensar que mi mejor amiga pueda creer eso de mí. Jamás sentiría celos de su felicidad; todo lo contrario. Su felicidad es la mía, y es por eso mismo por lo que intento advertirla. Pero no hay peor ciego que el que no quiere ver, y ella lleva tiempo viendo menos que un gato de escayola.

Al cabo de un rato, con la firme intención de dejarlos a solas y de postergar nuestra conversación para otro momento, me despido de ambos deseándoles lo mejor. Los detalles del enlace también los hemos dejado para más adelante. Me ha pedido que sea su madrina de boda, y debo cumplir con

el cometido. Al salir de la cafetería y sentir el frío aire congelándome la nariz, en mi mente sólo tengo una cosa: regresar a la que hace tiempo que es mi verdadera casa y pasar el resto de las Navidades con mi alocada amiga Lola.

* * *

La mañana y el mediodía siguientes al día de Navidad los paso con mis compañeros. Leo ha organizado una modesta fiesta con comida fría en el bufete como despedida. Da por hecho que voy a aceptar el trabajo en el gabinete De la Fuente, algo que aún no he confirmado, ni siquiera con una llamada de teléfono. Todo el mundo da por sentado que me marchó, y uno a uno pronuncian unas breves palabras en mi honor. Nunca habría imaginado algo así, pero supongo que la cantidad de cerveza que llevamos en el cuerpo ayuda sobremanera. Tras varias bromas, risas y alguna que otra lágrima, me despido de todos ellos agradeciéndoles el detalle que han tenido conmigo. Y no sólo por este encuentro, sino también por el regalo que me han hecho: un precioso reloj de pulsera con correa de piel en color blanco.

Lola está trabajando y me niego a quedarme sola en el apartamento el resto de la tarde. Voy un poco perjudicada debido a la cantidad de alcohol que he bebido, muy superior a la de comida que me he llevado a la boca, aunque me encuentro lo bastante lúcida como para coger el metro y hacer lo que todos creen que he hecho, pero que en realidad todavía tengo pendiente.

En la capital hace un frío de mil demonios. No es tan duro como el del pueblo, pero el último tramo lo hago a pie para lograr espabilarme para mi próxima visita. Habían advertido de posibilidad de lluvia, pero, por suerte, el cielo parece despejado y consigo llegar seca al paseo del Prado.

Ya me encuentro mucho mejor cuando pulso el timbre del bufete. De nuevo nadie dice nada al abrirme el portón. En el ascensor hay un espejo frente a mí, donde me miro nada más entrar. El frío me ha dejado la nariz hecha polvo; está helada y roja como un tomate. Con las palmas de las manos cubriéndome la parte inferior del rostro, intento devolverle su color con mi propio aliento. Al llegar al tercer piso no sólo no he conseguido eliminar la rojez, sino que además he aromatizado mis manos, mi cara y medio ascensor con olor a

cerveza. Empiezo a arrepentirme de haber venido cuando las puertas se abren y me encuentro con Juanjo junto a un señor vestido con elegancia.

—¿Está usted bien? —me pregunta el hombre.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo? —formulo, saliendo del ascensor. No estoy muy segura, pero creo que el aroma ha cogido vida propia porque me persigue incluso al salir.

Ambos reciben una buena bocanada de mi espectro cervecero, y es entonces cuando el señor trajeado se apresura a comentar:

—Mejor bajo por la escalera. Estamos en contacto —se despide de Juanjo antes de desaparecer por ella.

Yo retomo mi marcha hacia el bufete, pero mi rival de la infancia me detiene cogiéndome del brazo.

—¿Se puede saber de dónde vienes?

—Pareces mi padre —me quejo soltándome.

—De serlo, te daría ahora mismo unos buenos azotes.

—Obviaré lo que pienso ante tal acusación.

—Si ésta es tu forma de entrar por la puerta grande, no me importa lo que puedas pensar de mí.

—Si no te importa lo que piense de ti, ¿qué te hace creer que a mí me importa lo que tú pienses de mí?

No estoy nada borracha. Al menos, no del todo, pero su prejuicio me molesta.

—¡No puedes presentarte así en el bufete! —masculla incómodo.

—Si con «así» te refieres a la nariz, tal vez necesites saber que se debe única y exclusivamente al frío.

—¿Y el aliento?

—Se me ha olvidado llevarme el cepillo de dientes a la fiesta. Es lo que tiene ser casi perfecta.

—¿Qué fiesta?

Su mirada es oscura. Y su traje, hecho a medida. ¡Dios mío, si me parezco a Lola! La cerveza debe de haberme afectado más de la cuenta.

—Protesto. Si a su cliente no le importa lo que piense el mío, debe darle igual de qué fiesta proceda.

—Su cliente puede poner en peligro mi empresa, y eso es algo que no estoy dispuesto a consentir —responde, siguiéndome el juego.

Su forma de hablar y de expresarse hacen honor a su mote. Se muestra tan frío y seguro de sí mismo que por un momento me pongo cachonda.

—Hasta donde yo sé, los dominios de su empresa comienzan a partir de esa puerta —digo, señalando la entrada del bufete—. Así pues, lo que ocurra en esta zona no es de su maldita incumbencia.

Su mirada es cada vez más oscura, como lo es el descansillo, donde la luz acaba de apagarse.

—Lo es si me afecta de modo directo —asegura mientras se aproxima aún más.

Estamos tan cerca el uno del otro que hasta puedo sentir cómo el botón que cierra su impoluta chaqueta azul marino roza mi abrigo de lana.

—Me temo que no está en lo cierto. Y lo sabe —digo, enfrentándome a él.

—Es usted quien no sabe a lo que se expone.

—Conozco la ley lo suficiente para saber hasta dónde pueden llegar sus privilegios y hasta dónde los míos. —Este juego me encanta.

—Le aseguro que los suyos están muy por debajo de los míos, señorita Cardo.

—Eso ya lo veremos, señor Garza.

Ambos permanecemos un rato más mirándonos en silencio. La luz proveniente del gabinete, situado a mi izquierda, es más que suficiente para poder ver la tensión que se apodera de su rostro. Con media cara iluminada y la otra mitad en penumbra, puedo apreciar las facciones duras y rectas de su apretada mandíbula. Sé que no será fácil trabajar con él. Nuestra rivalidad aún sigue despierta después de tantos años pese a no haber sabido nada el uno del otro. Su porte acendrado, acorde con su impoluto traje y la forma en que lo viste, es sólo un pequeño detalle de lo que Juanjo es en realidad. Él lo sabe, y yo también.

—Espero que pueda preparar a su cliente —manifiesto, al tiempo que me vuelvo para regresar al ascensor.

—¿Prepararlo para qué? —pregunta, siguiendo mis pasos.

—Deberá acostumbrarse a ver al mío.

—¿Has decidido aceptar el trabajo? —Mi comentario lo ha sorprendido tanto que da por terminado el juego. Volvemos a ser nosotros.

Sin apartar la vista de mí, Juanjo espera una respuesta mientras me introduzco en el ascensor. Me gusta tener la última palabra, así que me tomo mi tiempo en volverme hacia él, pulsar el botón de la planta baja y contestarle sólo cuando las puertas están a punto de cerrarse:

—Lo hice en cuanto te vi.

Capítulo 8

Mi capítulo con Juanjo logra despertar una parte de mí que tenía dormida desde hacía años. Sí, ya sé que puede sonar extraño, pero lo confieso: llevo años sin tener sexo. Y no es por falta de pretendientes, que los hay. Bueno, tampoco es que los tenga haciendo cola en la puerta de casa ni sacando número como en la carnicería, pero de noche todos los gatos son pardos, y en más de una ocasión me lo han ofrecido. Por supuesto, suelo negarme cuando compruebo que su estado de embriaguez es el causante de su provocativa invitación, más que nada porque su mirada perdida suele estar concentrada más abajo de mi barbilla. Más de uno debe de haberse preguntado si soy virgen. Pues no lo soy. Recuerdo cómo fue mi primera vez y, pese a las maravillas que la gente contaba sobre el momento de perder la virginidad, donde todo es perfecto, romántico y fantástico, en mi caso fue una auténtica mierda.

Fue en tercero de carrera. Había un chico en mi clase con un nivel intelectual muy por encima de la media. Era lo que muchos llaman *del montón*, pero a mí me atraía y lo admiraba. Soy consciente de lo que me pone una buena mente, y aquel chico no iba a ser menos. Era bastante solitario y no solía relacionarse con ningún compañero. Eso me gustaba, y por eso me alegré cuando uno de nuestros profesores nos encargó realizar un trabajo por parejas. Yo hice todo lo posible para que me tocara con él. Lo conseguí. Lola ese fin de semana se marchó con unos amigos, así que me las ingení para que viniera

a casa. Es una anécdota que no suelo contar a nadie, aunque es cierta y real como el aire que respiro. Sobre las dos de la madrugada, y un poco agotados de tanto trabajar, le propuse ver una película para... relajarnos. Busqué una porno por todos los cajones, pero sólo encontré una cinta erótica de los años ochenta. Carecía por completo de romanticismo. No me importó; yo buscaba sexo para lograr que aquello se pusiera en marcha y se lubricara como era debido. No lo logré. La película era tan mala que acabamos durmiéndonos. Fue al cabo de unas horas que me desperté con dolor de espalda. Abrí los ojos y pude comprobar cómo mi compañero, que no había movido un dedo ni parecía tener intención alguna de acercarse a mí, dormía a mi lado en el sofá con cierta tienda de campaña montada bajo su pantalón. No sé qué me pasó en ese momento por la cabeza, tal vez sólo la dopamina fuera la causante de que me abalanzara sobre él y comenzara a tocarlo. Se despertó al instante con una sonrisa en la cara. Sin apenas darme cuenta, al cabo de unos segundos tenía su miembro desnudo en mi mano. No era excesivamente grande, aunque no dejaba de pensar cómo aquello podría entrar en mí si ya me las veía y me las deseaba para usar un tampón. El chico, más contento que unas castañuelas en plena fiesta de folclore, comenzó a tocarme los pechos por encima de la ropa. Aquello me recordó a un día abarrotado en el metro y la libido se me bajó a donde los raíles: a ras de suelo. Lo invité entonces a irnos a mi cuarto, ese santuario sagrado todavía sin conquistar. Aceptó la invitación. Sobre la cama, y mucho más cómodos que al principio, comenzamos a desnudarnos. Parecía muy bonito hasta que se topó con el cierre del sujetador. Su patético intento por desabrocharlo y el tiempo que perdió en hacerlo provocó que la libido me bajase aún más. Creo que incluso se echó la mochila a la espalda y se marchó dispuesta a hacer su particular viaje al centro de la Tierra. No estoy muy segura. Ironías aparte, al final decidí que era mejor que cada uno se desvistiera a sí mismo; nada que ver con las películas y esas chorradas. La ropa yacía desparramada cuando se abalanzó sobre mí y comenzó a besarme como si no hubiese un mañana. Su lengua era como una cobra animada por un encantador de serpientes. Aquello se movía y danzaba a un ritmo que me hizo llegar incluso al mareo. El tío se había montado su propia atracción de feria dentro de mi boca. El *shock* fue tan grande que no sabía si las luces que veía

eran las de la habitación o las de los autos de choque con el típico sonido de fondo. En un momento en que se detuvo —puede que para sacar más fichas—, aproveché para escaparme al cuarto de Lola. Si la cosa iba a más, necesitaríamos protección. La muy descarada tenía un cajón en la mesilla sólo para eso. Había de todos los colores y tamaños. Fresa, chocolate, maracuyá, frambuesa, normal, grande, extragrande, «fiesta para el cuerpo» (eso era lo que había escrito con rotulador en el envoltorio). Me decanté por uno de tamaño normal, tampoco era cuestión de que le bailara dentro del plástico, y volví corriendo a mi habitación. Ése sólo fue el comienzo de lo que me esperaba.

Mi compañero, que parecía más virgen que yo y que todas las figuras eclesiásticas con manto a las que rendir culto, tardó más de diez minutos en colocárselo como es debido. Recuerdo que tuvimos que leer las instrucciones en más de una ocasión. Él se excusaba diciendo que eran los nervios. No dije nada, porque yo también los sentía.

—Aquí dice que debes apretar la punta para que no entre aire —le indiqué.

—Una de dos: o cojo la punta o lo bajo. Las dos cosas no puedo. —El pobre era muy inteligente para los estudios, pero escaseaba en desafíos extremos como ése.

Cuando aquello ya estaba debidamente cubierto y protegido, se abalanzó sobre mí y trató de rematar la faena. Fue imposible. Cada vez que lo intentaba, yo gritaba de dolor y él se asustaba al oírme. Mi parte íntima estaba cerrada a cal y canto, y más seca que la mojama.

—¿Estás seguro de que es por ahí? —le pregunté cuando la molestia se me hizo insoportable.

—Supongo que sí.

—Puedes mirar, si quieres —lo invité, abriéndome aún más de piernas. Estaba dispuesta a cualquier cosa antes de que continuara dañándome como lo estaba haciendo. A ese paso me iba a crear un eczema.

—Sí, es aquí —dijo introduciéndome la punta del dedo.

Por primera vez desde que había divisado la tienda de campaña logré subir un poco la libido.

—No pares —le rogué.

Él me hizo caso y cada vez la sentía más cerca. Ya incluso veía la mochila que llevaba a la espalda y supe que era ella. Por fin empezaba a estar cachonda y podía disfrutar de lo que estábamos haciendo. Lo que vino después no es ningún misterio. Placer y dolor se entremezclaron en una noche un tanto extraña en la que el metro, una mochila, las cobras y una película mala quedarían para siempre en mi recuerdo.

Mi encuentro con Juanjo no ha tenido nada que ver con aquella primera vez ni con las dos que vinieron posteriormente. Lo que he sentido iba acompañado de un cosquilleo especial; uno que suelo sentir cada vez que gano un caso o que logro algo que ansío mucho. La sensación de provocarle la tensión que parecía mostrar ha sido excitante y morbosa. Tal vez el pasado ha regresado con fuerza a mi presente para compensarme, o quizá se trate tan sólo del simple hecho de que me pone cabrearlo. Aún no lo tengo claro. Aunque sólo se me ocurre una forma de comprobarlo.

De camino a casa telefoneo a Nelly, la chica que me llamó para que fuera a la entrevista. Necesito confirmar mi aceptación, y no tardo en hacerlo en cuanto descuelga el aparato. ¡Hecho! Oficialmente, ya formo parte de De la Fuente, me indica justo antes de colgar. Me hace mucha ilusión oírlo de su boca, aunque me produce mucha más saber que pronto tendré la oportunidad de resarcirme y, por qué no, de volver a sentirme cachonda enfrentándome y demostrándole quién soy al famoso Jota Jota, alias *Aniquilador*.

* * *

Lola está bailando cuando entro por la puerta. Tiene la música a toda pastilla y está como loca dándolo todo en medio del salón.

—¡Paula, súmate! —me anima nada más verme.

Quizá en otras circunstancias me encerraría en mi cuarto mientras ella se deja llevar por el espíritu de Beyoncé. Pero en esta ocasión me apetece sumarme a ella. En cuanto me deshago de mi bolso cruzado y de mi abrigo, me uno a ella. Nuestra imitación de la que consideramos reina del pop es cuando menos patética, pero ambas estamos tan a gusto y nos lo pasamos tan bien que

al llegar el estribillo nos dejamos la garganta.

Lola es así. Inquieta, inteligente y única dueña de su vida. Siempre la he admirado por ello. En el fondo somos muy parecidas. A ambas nos gusta vivir el día a día, sin ataduras y sin nadie que nos diga cómo debemos marcar nuestro camino. Creo que por eso congeniamos desde el primer instante. Cualquiera otra chica de nuestra edad y posición añoraría otro tipo de vida, pero a nosotras nos gusta la nuestra. Lola siempre ha defendido que no hay por qué atarse a un hombre pudiendo tener a varios. Y en eso le doy la razón. Aunque con una salvedad: ella es preciosa y gusta mucho a los hombres. Yo misma fui testigo una noche de cómo dos tíos llegaron incluso a las manos sólo por bailar con ella. Pero no fue eso lo que más llamó mi atención. Lo que más me sorprendió, e hizo que mi admiración por mi amiga creciese más si cabe, fue la reacción de ella: cuando los dos idiotas se cansaron de hacer el tonto en medio del pub, Lola se interpuso entre ambos y, con sólo un par de frases, miradas varias e insinuaciones miles, los convenció para traérselos a los dos a casa. Incluso yo fui invitada a unirme a ellos, pero decliné el ofrecimiento por lo tontos que eran.

Una parte de mí siempre ha querido ser como ella. No por la forma de vestir, que en eso sigo manteniéndome firme en mis convicciones, sino por la forma de afrontar la vida. Si hablásemos en porcentajes, Lola se preocupa por el futuro en un 10 por ciento, mientras que el presente le gusta vivirlo al 90 por ciento. Apenas le preocupa lo que pueda pasar el día de mañana, y eso es algo que admiro en ella. Su alegría de vivir y su espontaneidad es lo que más me atrae de mi mejor amiga. Es como un imán para las personas, sean del género que sean. En cambio, yo soy mucho más selectiva. Lo he sido desde pequeña y es algo que me acompaña hoy día. No me veo capaz, por muy borracha que pudiera ir, de sentirme atraída por cualquier hombre. Tal vez por eso no he vuelto a estar con ninguno desde aquel compañero de la universidad. Para mí es un requisito indispensable e imprescindible admirar y venerar a la persona que tenga delante. Algunos podrían catalogarme de extremista. Yo no lo veo así. Me gustan las personas que deslumbran, que tienen algo que aportar, y en eso sí que soy exigente.

—¡Te informo de que tu compañera de piso comienza mañana a trabajar en

el bufete De la Fuente! —le grito, sin dejar de bailar a su lado.

—¡Sabía que aceptarías!

—¿No vas a darme la enhorabuena?

—¡No!

—¡Vaya, yo también te quiero!

—¡Te la daré a mi modo!

—Y ¿cuál es, si puede saberse?

—¡¡¡Nos vamos de fiesta!!! —grita, alargando las aes a pleno pulmón mientras salta y alza los brazos.

Yo no tardo en contagiarme de su alegría y, en nada, ambas estamos preparándonos para salir.

* * *

—No pienso ponerme eso —me quejo al verla llegar a mi cuarto con un vestido negro entallado.

—Sabía que dirías eso, por eso vengo cargada con la artillería.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, mientras miro hacia la puerta.

De pronto comienza a sonar en su móvil la canción *Mi gran noche*, de Raphael. Lola lanza el teléfono sobre la cama y, mostrándome el vestido que aún cuelga de la percha, comienza a cantarme. Yo río a carcajadas al verla gesticular e imitar al cantante. Cuando quiere, mi amiga es una payasa. Ambas sabemos que no le voy a hacer caso, pero de nuevo me uno a ella para dejarnos embaucar durante un buen rato por el gran Raphael y una de sus míticas canciones.

—¿Adónde vas con eso? —me pregunta cuando me ve salir del cuarto. Llevo unos vaqueros y una camisa negra.

—Hace demasiado frío para ponerme sólo medias.

—¿Vas depilada?

—¡Pues claro que sí! —me defiendo. Puede que no me gusten las modas y que el pelo abrigue, pero lo de ir en plan oso no va conmigo en absoluto.

—Pues puedes ponerte el vestido que te he traído hace una hora.

—Prefiero ir cómoda —declaro ignorándola mientras me coloco el abrigo.

—Esta noche celebramos tu ascenso. Es una noche especial, no para ir en vaqueros.

—Hasta donde yo sé, no está prohibido celebrar algo con pantalones. Tú puedes ir con ese vestido si quieres. Por cierto, te queda de infarto.

—Lo sé. Tu melena suelta también te queda de lujo.

—Es una noche de celebración, ¿no?

—Ya, pero... —se queja, al tiempo que se acerca a mí—, Paula, tienes un potencial increíble que te obcecas en esconder. ¿No crees que ha llegado el momento de mostrar al mundo lo guapa que eres y lo buena que estás?

—¿Cómo sabes que lo estoy? —pregunto, subiéndome las gafas.

—Porque te conozco y sé cómo eres.

—¡Exacto! ¿Ves? No necesitas un vestido para saberlo. Vámonos — propongo, y me dirijo a la puerta.

—¡Dios, no tienes remedio! —suelta, poniendo los ojos en blanco.

—Que yo sepa vamos de marcha, no a Lourdes, así que... camina —la animo a salir.

El ambiente en las calles es impresionante. En Madrid siempre hay gente, pero en Navidad hay mucha más. Las personas suelen salir con una actitud, con una alegría y un buen rollo que no suelen verse en otra época del año. Gorros de Papá Noel, grupos cantando villancicos en plena calle..., y el pub al que solemos ir con una cola que da la vuelta a la esquina.

—¿En serio tenemos que hacer esto para entrar? ¿No podemos ir a otro sitio?

—¿Y perderme la buena música que ponen aquí? ¡Ni loca!

—Lola, por favor.

—¡Eh, no te quejes! Hasta donde yo sé, tú no eres la que lleva tacones.

—Porque no soy tan borrega como vosotras —digo, mirando los pies de las chicas que están delante de nosotras.

—¿Me estás llamando *borrega*? —pregunta con los brazos en jarras.

—*Noooo* —respondo, imitando a una oveja.

—¡Ahora verás!

Lola se vuelve como en un anuncio de champú, ondeando su pelo negro, y se dirige directa hacia uno de los porteros del pub. Sin perder mi sitio en la

cola, me asomo para ver lo que hace. Para mi sorpresa, en menos de veinte segundos me hace un gesto con la mano para que me reúna con ella.

—¿Cómo lo has conseguido? —le demando mientras entramos en el local, colándonos ante las quejas y las miradas del resto de las personas que continúan en la fila.

—Digamos que alguien me debía un favor y me lo he cobrado.

—Retiro lo de borrega —afirmo, con una sonrisa que me cruza la cara.

El local está aún peor de lo que esperaba. Está a rebosar de gente y apenas si podemos dirigirnos a la barra. Conozco este lugar de las veces que he venido con Lola, pero aun así no puedo evitar buscar la salida de emergencia con la mirada. Supongo que es innato en mí el sentido de la protección y el cumplimiento de la ley. Hecha la inspección visual, llegamos a la barra, donde pedimos una primera ronda..., a la que le siguen tres más en apenas unos minutos.

—¡Tía, me voy al baño! —le grito al oído un poco perjudicada.

—¿Quieres que vaya contigo? —Lola tiene más aguante que yo. A ella no parece haberle afectado lo más mínimo el alcohol.

—No hace falta. Sé que quieres ligarte a ese tío que no te quita ojo.

—Ese tío puede esperar si me necesitas.

—Conozco el camino, no te preocupes —afirmo, despidiéndome de ella.

El local comienza a moverse un poco. Bueno, tal vez sea yo la que lo siente así cuando me encamino hacia el baño. Tras pasar por en medio de lo que me parecen trillones de personas, llego a la zona de aseos, donde de nuevo me aguarda una enorme cola para entrar. No debería haberme aguantado tanto; puede que me lo haga encima, lo estoy viendo venir. Sin pensarlo dos veces, me asomo al baño de los chicos. No hay cola y no parece haber nadie. Haciendo fuerza con los muslos para no mearme literalmente encima, me cuelo en el aseo y consigo mi objetivo. ¡Mierda, no hay papel! Durante un buen rato, y agarrándome a la puerta para no marearme aún más, me sacudo de arriba abajo.

—¡Quiero ser hombre! —pienso en voz alta. Ellos lo tienen muchísimo más fácil que nosotras.

Cuando acabo de hacer lo mío, abro la puerta y me encuentro a Juanjo

delante de mí, vestido impecable con el traje chaqueta que llevaba esta tarde. La corbata debe de habérsela dejado en alguna parte.

—En el instituto se rumoreaba que eras homo, pero de ahí a querer cambiarte de sexo... —suelta con sonrisa socarrona y con una chulería que me saca de quicio.

No sé si es porque acabo de evacuar o por lo molesta que me hace sentir, pero en este instante noto como si la rabia se hubiese cargado de un plumazo mi embriaguez.

—¡De todos es sabido que el envidioso es quien inventa el rumor, el chismoso el que lo difunde y sólo el idiota quien se lo cree! —bramo al salir y pasar por su lado para ir hacia los lavabos.

Mi respuesta no debe de haberle sentado muy bien, pues no tarda en colocarse detrás de mí para escudriñarme con la mirada a través del espejo.

—Si vas a cambiarte de sexo, tal vez debería saberlo, ¿no crees?

—Lo que yo haga con mi vida privada a ti no te incumbe.

—Como subdirector debo saber si vamos a contar con Paula o con Paulo.

—¿Eres el subdirector? —pregunto asombrada volviéndome hacia él.

Un par de hombres entran, pero no reparan o no quieren reparar en mí.

—Creí que lo sabías.

—Domingo no lo comentó.

—Todavía te quedan muchas cosas por aprender.

—Si es con respecto a ti, no necesito saberlas.

—¿Estás segura?

Su tono y su cuerpo me están diciendo a gritos que se me va a abalanzar de un momento a otro.

—Debo irme.

—¿Por qué tanta prisa? —Juanjo me coge del brazo y me detiene para obligarme a mirarlo.

—Vale, tú lo has querido —digo, acercándome aún más a él—. ¿Qué quieres saber? ¿Por qué quiero cambiarme de sexo?

—Para empezar, necesito saber si tienes un problema con el alcohol.

—¿Perdona?

—Primero te pillo con aliento a cerveza y ahora a ron. Todo en la misma

tarde. ¿Eres adicta, Paula?

—A encontrarme con gilipollas.

—Contéstame —masculla entre dientes. A él el aliento le huele a menta.

—No.

—¿No vas a contestarme?

—«No» es la respuesta a tus preguntas.

—Sólo te he hecho una.

—La otra viene de regalo. Adivina a qué cuestión pertenece. Por cierto, ¿qué haces aquí?

—¿No crees que eso debería preguntártelo yo? Estás en el baño de hombres.

—Aquí no había cola.

Cuando me doy cuenta de lo que he dicho, comienzo a reír. Él se une.

—He venido con unos amigos —responde ya más relajado.

—Y yo con mi *chica* —digo con retintín—. Hasta mañana, Jota Jota —me despido, dejándolo con la palabra en la boca, algo que disfruto y me chifla.

En la barra no está Lola cuando llego. La busco con la mirada, pero no logro dar con ella. En su lugar, un par de tíos, más borrachos que mi compañera de piso en su época de estudiante, se colocan a mi lado y comienzan a darme conversación.

—¡Hola, pelirroja! ¿Cómo te llamas?

—María —respondo sin ganas. Suelo dar ese nombre cuando prefiero preservar el anonimato y, sobre todo, cuando no me interesa el receptor.

—Yo, José. Y este que está a mi lado es la mula.

—¡Mira qué bien! Y ¿cuál de los dos se va a hacer cargo del niño que tengo durmiendo en la cuna?

Mi comentario logra su objetivo y los dos se largan por donde han venido. Lola no tarda en sustituirlos.

—¿Quiénes eran esos?

—Nadie importante.

—Parecías divertirte.

—Qué va. Un poco más y armamos el belén.

—Eso me lo tienes que contar.

—Prefiero contarte a quién he visto en el baño.

—A Juanjo.

—Por algo te escogí como compañera de piso —suelto orgullosa de ella—. ¡Dos ron-cola, por favor! —le pido a la camarera.

—Dime quién es. Me muero por verlo.

Lo busco con la mirada entre la gente, pero hay demasiada y no logro verlo.

—Si me estás buscando, estoy aquí —suelta de pronto el susodicho. Está justo detrás de mí.

—¿Te gusta aparecer en todas partes? —pregunto en tono de queja.

—Soy como Dios —afirma con agravio y sonrisa ladina.

—Qué pena que sea atea —respondo de mala gana.

—Pues yo soy cristiana —interviene mi amiga, colocándose en medio de los dos—. Soy Lola —se presenta.

—Yo, Juanjo.

—Mucho gusto en conocerte. —Lo saluda con los dos besos pertinentes—. He oído hablar tanto de ti que es como si ya te conociera —añade.

—Espero que bien —comenta él mirándome de soslayo.

La camarera nos sirve los cubatas y Juanjo se me adelanta para pagarlos.

—No era necesario —señalo al tiempo que le entrego a Lola el suyo.

—¿Ésa es tu forma de dar las gracias?

—Tómalo como quieras —respondo, y me bebo de un solo trago medio vaso.

Juanjo y Lola comienzan a charlar entre ellos y no tardan en entablar lo que da la impresión de ser una íntima conversación. Mi amiga parece estar muy dispuesta y él no se queda atrás. Risas, miradas cómplices y alguna que otra caricia caen mientras yo me dedico a mirar el resto del local. Pronto compruebo por mí misma lo bien que se llevan estos dos y el tonteo que se traen entre manos. Los minutos pasan y empiezo a sentirme furiosa. No recuerdo la última vez que me sentí así, pero me aburro y me cabreo a cada segundo que pasa.

—Chicos, yo me marchó —los interrumpo al dejar mi vaso ya vacío sobre la barra.

—Vale —responde Lola.

—No irás a conducir, ¿no? —me pregunta mi nuevo subdirector. Como si le importara lo que hago con mi vida.

—No. Voy a coger el dos.

—¿Hay autobús a estas horas?

—El *dos pies* hasta la salida. Lola, te veo en casa. A ti, en la oficina — remato antes de encaminarme hacia la calle.

A cada paso que doy me encuentro peor. Siento una quemazón en el pecho y una sensación como de vértigo en el estómago. Ni siquiera cuando me bajo del taxi y entro en el apartamento merma la doble y molesta sensación. No debería haber bebido tanto.

De madrugada, ya en la cama, me despierto al oír unos ruidos. La cabeza me da vueltas, pero hago todo el esfuerzo posible para escucharlos. No me lleva mucho tiempo saber de dónde proceden y comprender de qué se trata. Conozco los gritos de Lola cuando se acuesta con alguien. Me doy la vuelta intentando conciliar el sueño, e incluso me pongo los tapones que guardo en mi mesilla. Pero no logro dormir. Algo más fuerte que yo me lo impide y logra enojarme bastante. Mucho. Muchísimo.

Capítulo 9

Aún no ha amanecido cuando me preparo en la cocina una buena taza de café y unas tostadas. La puerta del dormitorio de Lola sigue cerrada, lo que me confirma que no está sola (es una contraseña que acordamos desde el principio). No sé por qué la miro sin parar si no es algo que suela hacer. La cabeza me duele un poco, y me tomo una pastilla cuando acabo de desayunar y regreso a mi cuarto para terminar de arreglarme.

Hoy es mi primer día de trabajo y no quiero llegar tarde. La puntualidad es algo que siempre me ha acompañado y no me gustaría que me abandonase un día tan importante como lo es éste. A diferencia de mi anterior bufete, el nuevo está mucho más lejos de casa y me obliga a coger el metro. Muchos están de vacaciones, y se nota en cada parada, donde apenas sube gente.

Cuando llego al gabinete, lo hago igual que ayer, con la nariz colorada a causa del frío. Esta vez no me echo vaho, pese a que mi aliento es mucho más agradable. Ya entrará en calor y volverá a su color habitual. Estoy algo nerviosa cuando una chica morena con cara simpática me abre y me invita a pasar.

—Buenos días. ¿Paula?

—Sí, soy yo.

—Soy Nelly —se presenta, ofreciéndome la mano.

Con una sonrisa, se la estrecho y le hago saber que tengo mucho gusto en conocerla por fin personalmente.

—Jota Jota me ha encargado que te acompañe a tu despacho y te dé la bienvenida.

Sé de sobra por qué no es él quien me recibe. Debe de estar la mar de a gusto bajo las sábanas de la cama de Lola.

—¿Él no ha llegado todavía? —No me resisto a preguntar.

—No. Lo hará un poco más tarde —me indica mientras me acompaña a mi despacho—. Tenía un asunto que resolver a primera hora.

«Sí, echarle el polvo mañanero a mi amiga.»

—Creo que ya lo habías visto —añade cuando entramos por la puerta.

—Sí, el señor De la Fuente me lo enseñó.

—¡Ah! Se me olvidaba. Aquí tienes —dice, sacándose algo del bolsillo de la chaqueta—, las llaves del bufete y tu tarjeta. Tu código te será asignado en cuanto la introduzcas en el teclado y te crees el perfil. Procura recordarlo, porque sólo lo recibirás una vez.

—Disculpa mi ignorancia al respecto, pero ¿para qué es?

—Todos los expedientes están clasificados e informatizados con contraseñas. Así garantizamos el secreto de cada uno de los casos.

—Interesante —comento al imaginar la privacidad y la tranquilidad que ello me aportará.

—Piensa bien la contraseña, el programa informático sólo te permite introducirla una sola vez. En cuanto a los expedientes, podrás acceder a ellos mientras la tarjeta esté en el tarjetero que lleva incluido el teclado. Así que procura no perderla —añade, guiñándome un ojo.

—No lo haré.

—Otra cosa. De momento seré tu secretaria en funciones, hasta que decidas si necesitas una o no.

—Tú lo eres del señor De la Fuente, ¿no?

—¿Yo? Qué va. Domingo hace años que no tiene. Dejó de necesitar en cuanto delegó funciones en Jota Jota. Soy su secretaria.

La idea de compartir secretaria con Juanjo no me hace la menor gracia. Ya tengo más que suficiente con compartir trabajo, oficina y ahora también a mi amiga.

—¿No tenéis pasantes?

—En muy pocas ocasiones. Domingo es quien se encarga personalmente de esas cosas y de todo el departamento de recursos humanos.

—Entiendo.

—No tengas reparo en pedirme cualquier cosa que necesites. Sé que aún debes adaptarte, pero siempre es más fácil si alguien te echa una mano.

—Eres muy amable.

—Amable es mi segundo nombre —comenta risueña—. ¿Te apetece un café antes de empezar?

—Sólo si tú me acompañas.

—Soy amante del café, así que creo que podré acompañarte en más de una ocasión.

—Me encanta la idea.

—Solemos reunirnos cada mañana en la cafetería antes de comenzar, pero como ahora más de la mitad de la plantilla está de vacaciones, la tendremos para nosotras solas.

—¿No hacéis reuniones en grupo?

—Sólo de vez en cuando. Domingo los reúne a todos para que lo pongan al día de los casos más importantes. Le gusta tener un resumen y saber todo lo que ocurre aquí dentro.

—Eso dice mucho de un buen director.

—Créeme que lo es. ¿Cómo lo quieres? —pregunta cuando llegamos al cuarto que llaman *cafetería*.

—Solo y con dos de azúcar.

—Eres una chica con suerte.

—¿Por qué dices eso?

—Se nota que tienes un cuerpo de infarto y que puedes permitirte prescindir de la sacarina.

Su comentario me hace sonreír. Es la segunda vez en dos días que recibo un piropo acerca de mi cuerpo.

—Se agradece.

—Tienes una cita a las diez y media. Te he dejado una nota encima de la mesa.

—Eso me gusta —comento ilusionada. Deseo empezar cuanto antes.

—Eres de las pocas personas que conozco que aman su trabajo.

—Y tú eres de las pocas que conozco que tienen buen ojo y captan las cosas a la primera.

Ambas estamos riendo orgullosas cuando un hombre de mediana estatura, engominado hasta decir basta y con aires de grandeza entra en la sala.

—Nelly, ¿ya con visitas particulares tan temprano? —le pregunta, acercándose a la cafetera mientras clava sus ojos en mí. El chequeo que me hace bien valdría para un escáner o una ecografía en 4D.

Me han bastado un par de décimas de segundo para saber que debo tener cuidado con este hombre. En su mirada hay demasiada envidia, lo que me hace presuponer que es un abogado mediocre con falta de autoestima.

—Eulogio, te presento a Paula, *tu nueva compañera*. —Enfatiza las últimas palabras para que no le quede la menor duda.

El hombre, lejos de arrepentirse por su intromisión y su falta de educación, vuelve a hacerme un chequeo de arriba abajo y me suelta:

—Bienvenida, entonces. —El hecho de que ni se moleste en soltar la taza ni ofrecerme la mano me corrobora que estoy en lo cierto—. Espero que tengas por costumbre trabajar en lugar de darle a la sin hueso.

—Es curioso que digas eso cuando la *sin hueso*, como tú la llamas, es necesaria en nuestro trabajo —respondo—. ¿Qué sueles usar tú? ¿Alguna aplicación de última generación?

Esta vez sí que me he ganado que olvide la cafetera para centrarse de verdad en mí. Ambos nos miramos sin ni siquiera pestañear. De soslayo puedo notar cómo Nelly sonríe mientras bebe de su taza.

—Me refería a hablar con el personal —se defiende él con un gesto y unos aires curiosamente afeminados.

—Nelly es mi secretaria y, según tengo entendido, hablar con ella es parte de mi trabajo. ¿Tú no tienes secretaria?

—Veo que hemos empezado con mal pie.

—En eso estamos de acuerdo.

—Eulogio —dice, ofreciéndome la mano.

—Paula.

Ambos nos damos un apretón ante la atenta mirada de Nelly.

—¿Penal?

—Civil.

—¿Rama?

—Familia.

—¿Vas a trabajar con Jota Jota? —pregunta, gesticulando más de la cuenta.

—Sí.

—No sé si darte la bienvenida o el pésame. Aun así, si necesitas una mano para machacarlo, me lo dices.

—Eulogio, tú eres de penal, ¿recuerdas? —interviene Nelly molesta.

—Por supuesto, chata. Penal es mucho más importante y por eso es ahí donde trabajo.

—Recuérdame que lo anote en mi libreta de las cosas que me importan una mierda —se mofa ella.

—Un placer, Paula. Nelly... —se despide antes de desaparecer por la puerta y dirigirse al pasillo de la izquierda.

—¡Menudo capullo!

—¿Alguna joya más que conocer? —pregunto socarrona.

—No, ésta es la de la Corona.

—¿Puedo preguntarte algo por curiosidad?

—Creo que ya sé lo que vas a preguntarme. No, no es gay.

—¡Vaya, hacía bastante tiempo que no conocía a ningún *heteropero*!

—¿*Heteropero*?

—Sí, ya sabes. Es hetero, pero... —respondo, alargando la última letra.

Ambas reímos a carcajadas y comentamos lo ocurrido hasta que Juanjo aparece por la puerta. Su impoluta presencia, con su traje azul marino hecho a medida, nos enmudece. Nunca antes había puesto interés en ese tipo de cosas, no sé por qué lo hago ahora. Tal vez sea la forma en que Nelly lo observa; se nota que lo admira como profesional. O puede que sea porque me sorprende la velocidad con la que ha salido del apartamento y se ha cambiado de ropa. ¡Quién sabe!, igual está tan acostumbrado que puede que hasta lleve repuesto en el coche.

—Buenos días, preciosas.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días. —No tengo ganas de adornar mi saludo.

—Nelly, ¿me has preparado el informe que te pedí? —pregunta mientras él también se sirve un café.

—Me faltan un par de detalles. Me pongo a ello —afirma, dejando su taza —. Hasta luego, Paula.

—Hasta luego. Y muchas gracias.

—Lo que necesites —dice antes de marcharse.

—Espero que tu ingesta de alcohol te permita hacer bien tu trabajo —suelta en cuanto nos quedamos a solas.

—Ya te dije que no tengo ningún problema con la bebida.

—Lo decía por el dolor de cabeza que debes de tener.

—Tal vez me duela por el ruido que hicisteis anoche.

—¿«Hicisteis»?

—No te hagas el tonto conmigo —me quejo.

—¿Me he perdido algo?

La única que se perdió algo fui yo. Aunque eso me lo callo.

—No creo que te perdieras nada, dada la cantidad de ruido que no intentasteis evitar, pese a saber que yo estaba en el cuarto de al lado.

—No sabía que mi criada te hubiese dejado entrar en casa.

—¿Tienes criada? —pregunto sin salir de mi asombro.

—No. Como tú tampoco tienes ni idea de lo que estás diciendo. Empiezo a pensar que sí tienes un problema con la bebida.

—Y yo, que eres un gilipollas esférico.

—¿No puedes ser más clara?

—Gilipollas, te mire por donde te mire —suelto, dejando la taza y marchándome a mi despacho como alma que lleva el diablo.

Ya en mi lugar de trabajo, intento concentrarme en lo que debo hacer, aunque no lo consigo. Realmente me importa un bledo lo que él haga con su vida privada, siempre y cuando no afecte a la mía. Por su culpa, hoy tengo un dolor de cabeza que regresa de forma intermitente, sobre todo cada vez que pienso en lo poco que he dormido.

Introduzco la tarjeta en la ranura y me doy de alta el perfil.

«Está claro que su apariencia da a entender que es un caballero.»

—Nombre: Paula Cardo.

«Aunque por la fogosidad que le puso y que me vi obligada a oír durante horas, dejó bien claro que en la cama es como Mr. Hyde.»

—Contraseña: *Mamón aniquilador*.

«Su capacidad de transformación es como...»

—¡Ay, Dios! ¿Qué he hecho?

Me llevo las manos a la cabeza antes de salir disparada en busca de Nelly.

—¡Dime que puedo cambiar la contraseña! —le imploro en cuanto llego a su despacho. Es el contiguo al de Juanjo y bastante más pequeño que el mío, aunque algo más coqueto. Debo traerme alguna planta como tiene ella.

—No. Ya te he dicho que sólo puedes usar la primera que introduzcas.

«¡Mierda!»

—¿Temes olvidarla?

—No, creo que no podría olvidarla aunque quisiera —respondo con un mohín.

—Entonces ¿qué problema hay?

—Tienes razón —afirmo cuando me doy cuenta de que está en lo cierto—. Gracias, preciosa.

—De nada —responde alargando la última letra.

De vuelta en mi despacho, me centro, ahora sí, en el programa informático de la empresa. Es muy parecido al mío y no reviste demasiada dificultad. Con él estoy hasta las diez y media, cuando recibo a mi primera clienta.

La señora De Gea es una mujer de mediana edad, muy bien arreglada y con un saber estar exquisito. Al principio de nuestra reunión se muestra reticente e inquieta, pero al cabo de unos minutos, y tras calmarla con un par de argumentos a favor del género femenino, acaba contándome por qué ha venido a verme.

—Quiero el divorcio y que se largue de casa —sentencia con firmeza.

—Bueno, es un tema que habrá que tocar con más calma.

—Calma es lo que he tenido hasta llegar aquí.

—¿Puedo conocer el motivo?

—Es muy sencillo: me ha puesto los cuernos.

—Lo siento mucho.

—Más lo va a sentir él cuando lo deje sin un duro.

—Entiendo su situación, pero tal vez la venganza no sea el mejor camino para llegar al triunfo.

—¿Ah, no? Y ¿cuál es, si puede saberse?

—La inteligencia.

La mujer guarda silencio un instante mientras me examina con los ojos entornados.

—Me cae usted bien.

—Me halaga.

—De acuerdo —concluye—. Dígame qué necesita y cuente con ello.

—Para empezar, no estaría mal que me contara cuál es su situación actual y cómo ha descubierto la infidelidad. Por supuesto, lo que usted y yo hablemos quedará entre nosotras, garantizado por el secreto profesional entre abogado y cliente.

—Me lo chivó el loro —suelta de pronto.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. Últimamente estaba más distante de lo normal. Siempre llegaba cansado a casa, y yo lo achacaba a que tenía mucho trabajo. Cosa que me extrañó, pues mi marido tiene una empresa de montar cocinas, y la crisis lo afectó en gran medida. No negaré que el negocio estaba remontando, pero de ahí a estar más cansado que cuando había más trabajo...

—Comprendo.

—El caso es que tenemos un loro. Uno que costó más de dos mil euros. Para colmo de males, fue un regalo que él me hizo hace años (en la época de las vacas gordas, ya me entiende).

—Sí. Prosiga.

—Mi loro es único en su especie. Es inteligente y muy hablador, sobre todo las frases que yo le voy enseñando. Es mi debilidad y, cuando estoy en casa, le hablo y le canto. Mi marido nunca le ha prestado demasiada atención, así que todo lo que el loro decía era lo que yo le había enseñado. Pero hace unas semanas comenzó a decir palabras que yo nunca había dicho.

—¿Qué decía? —Conforme me va relatando, voy interesándome mucho más en su caso.

—«Te quiero», «ten paciencia», y la más fuerte de todas: «ábrete para mí».

Aprieto los labios con fuerza para reprimir la risa. Debo empatizar con ella, aunque su historia es de chiste.

—Entenderá que debo preguntarle cuántas personas conviven en el domicilio conyugal.

—Mi marido y yo solamente. Mis hijos ya son mayores y son independientes.

—Comprendo.

—Por si fuese necesario para el juicio —añade, sacando el móvil de su bolso—, he traído la prueba que confirma lo que le he contado.

Curiosa, cojo su teléfono y reproduzco el vídeo grabado. En él se oyen con toda claridad las frases del loro, lo que corrobora que su historia es cierta. Vuelvo a apretar los labios.

—Veo que tenemos un testigo —afirmo, devolviéndole el teléfono. Estoy a punto de descojonarme. Me imagino al loro metido en su jaula testificando y respondiendo a cada una de las preguntas.

—¿Cree que podemos ganar?

—Verá, señora De Gea, mi intención es que no lleguemos a juicio. Las cotas son mucho más altas que si acordamos un divorcio de mutuo acuerdo. Además de que aún estaría por ver si el juez asignado admitiría el vídeo como prueba. ¿Ha hablado usted con su marido?

—No. Sólo lo he consultado con las amigas, y ahora con usted.

—Está bien. Le diré qué vamos a hacer.

Una vez firmada la hoja de encargo, me paso con ella el resto de la mañana para informarla de lo que necesitamos. Siempre intento alcanzar un acuerdo con la otra parte para que no tengan que ir a juicio, y así se lo detallo a mi primera clienta en el bufete. Igualmente, le pido que me haga llegar cuanto antes la documentación necesaria para redactar la demanda y el posterior convenio regulador. Ella, por su parte, me cuenta que sólo poseen dos propiedades y que su matrimonio está bajo el régimen de bienes gananciales.

—En cuanto tenga lista la documentación, me la hace llegar y me pondré

en marcha —digo, levantándome para acompañarla.

—Muchas gracias, señorita Cardo —contesta al incorporarse.

—De nada, señora De Gea, para eso estamos. Por cierto —añado antes de salir por la puerta—, me veo obligada a hacerle una pregunta, aunque creo conocer la respuesta.

—Usted dirá.

—¿Está segura de que quiere dar este paso?

—Tan segura como de que usted y yo estamos en este despacho.

—Será un placer poder ayudarla —sentencio sonriente y orgullosa por su firme decisión.

Al igual que ayer vi cómo suele despedirse aquí a un cliente, durante lo que fue mi momento cervecero del día, acompaño a la señora De Gea hasta el ascensor. Es una mujer con las convicciones y las ideas claras, y eso me gusta. Con un apretón de manos, me despido de ella y regreso al bufete, hasta que, al entrar, me encuentro de frente con Juanjo.

—¿Qué tal tu primera visita?

—Muy bien. Gracias por tu interés.

—¿Me la cuentas mientras comemos?

—¿Me estás invitando a comer? —No logro pillar a este hombre.

—Yo de ti no iría con éste a ningún sitio —interviene Eulogio, apareciendo de la nada y colocándose junto a Juanjo. A su lado, parece mucho más bajo de lo que ya es.

—¿Por qué no? —pregunto curiosa.

—Creo que no deberías aburrir a Paula con tus problemas personales —lo increpa él molesto.

—Sólo era un consejo. Y ¿de qué problemas hablas? —pregunta el *hetero*. Su rivalidad con él es más que evidente.

—De tu infelicidad —afirma seguro de sí mismo. La firmeza con la que le habla y su gran porte achantarían hasta al máspreciado abogado.

—Para tu conocimiento, y tal vez tu desdicha, he de decirte que soy extremadamente feliz.

—Permíteme que lo ponga en duda —replica Juanjo—. Al que es feliz se le nota. No critica, no envidia, no busca pelea, no jode y no llama la atención.

¿Nos vamos, Paula?

—Sí —respondo orgullosa de la lección que acaba de darle. A mí tampoco me cae bien este hombre. Y mucho menos voy a aceptar un consejo suyo—. Voy por mi abrigo.

Cuando regreso del despacho, Eulogio ya no está en la recepción.

—¿Se ha marchado?

—Con el rabo entre las piernas.

—Ya veo lo mucho que os apreciáis —comento en tono irónico.

—Su desprecio es su debilidad —sentencia, abriéndome la puerta.

Sonrío orgullosa.

Juanjo y yo nos hicimos mucho daño cuando éramos pequeños. Sin embargo, después de su invitación y de lo que acabo de ser testigo, tal vez haya llegado el momento de dejar el pasado atrás y enterrar el hacha de guerra. Que fuimos rivales en su día nadie puede negarlo. Pero si hay algo que puede unir a dos bandos contrarios es, sin duda, tener un enemigo común. Y creo que nosotros lo tenemos.

Capítulo 10

El restaurante al que Juanjo me lleva está a unos diez minutos en coche del bufete. Es un lugar muy selecto, puede que demasiado incluso. Tal vez sea porque mis gustos no son tan refinados como los suyos, o porque nuestro poder adquisitivo nos haya llevado a estar en bandos opuestos y que por eso él prefiera sitios como éste.

Tras dar su nombre, el *maître* nos guía hasta una terraza acristalada en la parte trasera. Aquí la cosa cambia bastante y es mucho más bonito que lo que había visto en la entrada.

—Espero haber acertado —comenta Juanjo al ver mi cara una vez hemos tomado asiento. Me es imposible no mirar; el encanto que desprende este lugar es maravilloso.

—¿Pretendes comprarme? Te recuerdo que estoy en tu bando contra Eulogio —afirmo al coger la carta del menú.

—Nunca lo he puesto en duda.

—¿La compra?

Él ríe con mi pregunta. Ambos sabemos que se refería al bando.

—¿Qué te apetece?

—Ver cómo lo machacas.

—Me refiero de comer.

—Soy de pueblo; me gusta todo. Tienes carta blanca —digo, cerrando el menú y depositándolo sobre la mesa.

—Entre esto y lo del azúcar en el café, acabarás conquistándome —suelta jocoso. El estómago me da un pequeño vuelco.

El camarero, un señor de mediana edad con la espalda algo encorvada y que me recuerda a mi pobre padre, nos pregunta qué queremos beber tras tomarnos nota de los platos principales.

—Pónganos un vino blanco. Confío en su buena elección.

—Yo quiero una cerveza —intervengo.

Juanjo me mira y sonrío.

—No soy de vinos —me justifico sin dejar de mirarle el lunar. Me gusta ver cómo se mueve cuando sus pómulos se elevan.

—Fallo mío por no recordarlo. Ya ha oído a la señorita. Tráigale una cerveza. Eso es todo. Gracias —le indica al camarero, quien recoge las cartas y se marcha a la cocina con la comanda.

—¿Por qué me da a mí que sí lo recordabas?

—Me has pillado.

—Pareces haber olvidado a quién tienes delante.

—No podría, aunque quisiera.

—¿Lo recuerdas todo?

—Sí. Supongo que eso es también parte del motivo de invitarte a comer.

—¿Querías comprobar por ti mismo que tengo la dentadura perfecta?

Ambos sonreímos.

—Ese día me pasé.

—Lo hiciste aún más la noche de la fiesta de fin de curso.

—Cierto. Espero que puedas perdonarme y que esta comida sea un nuevo comienzo.

—No es sólo mi perdón el que necesitas.

—¿Cuál más?

—El de Manuela. Sigue dolida contigo y me pidió que te diera tu merecido.

Mi confesión parece sorprenderlo.

—Tienes razón. Ahora que lo dices... ¿Se licenció también en Derecho?

—No. Ella escogió Magisterio.

—Lo cierto es que le va como anillo al dedo.

Mi silencio, durante los segundos que dedico a observarlo y estudiarlo, despierta su interés.

—¿Qué piensas?

—No imaginaba que la recordaras como para saber lo que le iba o no le iba bien.

—Tengo algo necesario en nuestra profesión.

—¿Descaro?

—Memoria.

—Eso también.

De nuevo, sonreímos. Lo hacemos mientras el camarero nos sirve las bebidas.

—Y ¿dónde ejerce? ¿Qué es de su vida? —pregunta, dando un trago a su copa.

—Badajoz. Y está cometiendo un error —siseo.

—¿Qué quieres decir?

—Va a casarse con el hombre equivocado.

—Y ¿eso tú cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

El camarero nos sirve nuestro panecillo correspondiente y ambos pausamos nuestra conversación mientras tanto.

—Espero que no hayas aceptado el trabajo sólo por vengarla —comenta en cuanto volvemos a quedarnos a solas.

—Dejémoslo en que no es el único motivo.

—¿Así que en parte lo cogiste por eso?

—Ahora eres tú quien me ha pillado a mí.

Juanjo sonríe, aunque en su mirada encuentro algo más que logra inquietarme. Su forma de mirarme es intensa, directa e inalterable, y me pone verdaderamente nerviosa.

—Cuéntame qué hay entre tú y Eulogio —le pido para cambiar de conversación.

—Por suerte, nada.

—Ya me has entendido.

—Lo digo en serio. Somos como el perro y el gato. Eulogio es un

chupador de primera, lameculos de segunda y mamporrero de tercera. Aunque puedo resumírtelo en tres palabras: quiere ser yo.

—La modestia no es una de tus virtudes.

—Nunca lo ha sido.

—Pero creo que estás en lo cierto. Me he dado cuenta nada más verlo.

—¿Sueles calar a la gente a la primera?

—Sí. Es un don con el que nací —comento orgullosa.

—Esto no tendrá nada que ver con la conversación en la que afirmabas ser una bruja, ¿verdad?

—El mero hecho de que lo pongas en duda dice mucho de ti.

—Y a mí me hace dudar el mero hecho de que lo afirmes.

Esta vez soy yo la que lo mira en silencio y estudia su rostro. Busco la maldad en su mirada, ésa con la que tantas veces me encontré en el pasado. Ésa cuyo único objetivo era hacerme daño y urdir la siguiente venganza. Pero, para mi sorpresa, no hallo ni un ápice de ella.

—¿Tú también temes que pueda hacerte algo? —pregunto, dando un nuevo trago a mi cerveza.

—Si no lo hiciste en su momento, no creo que vayas a hacerlo ahora.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

—Pongámosle remedio —propone en el instante en que el camarero nos sirve el primer plato. Es una ración tan pequeña que ni siquiera sé de qué pescado se trata.

—¿Qué quieres saber? —digo, llevándome el primer bocado a la boca. Tengo hambre.

—¿Por qué estudiaste Derecho?

—Porque sabía que no me saldría torcido.

Juanjo ríe abiertamente con mi respuesta. Al menos he conseguido relajar algo el ambiente entre ambos, y confirmar que tiene una risa preciosa.

—¿Por qué lo estudiaste tú? —le pregunto.

—Porque confío en la justicia.

—Vaya, no te imaginaba siendo un idealista.

—No me refiero a la española, sino, ya sabes, a darle a cada uno lo suyo.

—¿Debo entender que te pareció justo todo lo que me hiciste?

—Intentas que parezca el culpable de lo que pasó, cuando sabes mejor que nadie que tú tampoco te quedaste corta.

—¿Qué esperabas? ¿Que me quedase de brazos cruzados mientras tú me hacías la vida imposible?

—¿Vas a decirme que no disfrutabas con ello?

Medito mi respuesta.

—Un poco sí —admito al final.

—Puedes sentirte orgullosa.

—¿De ser una delincuente juvenil?

—Sabes de sobra a lo que me refiero. Además, debes admitir que nos lo pasamos en grande —añade socarrón.

—Lo hice hasta la última noche. Ahí te pasaste.

—Sí. Ya sé que debo disculparme con Manuela.

—Así me gusta, que las captés al vuelo.

El camarero recoge nuestros platos, y entonces Juanjo vuelve a la carga:

—Dejando a un lado los dramatismos, ¿puedo preguntarte algo?

—Con ese planteamiento, lo que menos se me ocurre prepararme es un pañuelo. Dispara.

—¿De verdad quisiste hacerme desaparecer? —pregunta, inclinándose hacia delante para que nadie pueda oírnos.

—Sí —admito en un susurro.

—Pero no lo conseguiste. Por lo tanto —argumenta, al tiempo que regresa a su posición inicial—, no me parece que seas bruja.

—Yo lo veo de una forma diferente —digo, entrelazando mis manos con los antebrazos apoyados en la mesa—. Te marchaste y no volviste a poner un pie en el pueblo. Así que, sí. A mi modo, pero te hice desaparecer.

—No vas a ceder, aunque conozcas la verdad, ¿no es así?

—Hemos quedado en que nada de dramatismos. Por tanto, la respuesta sigue siendo «sí».

—Demuéstramelo —propone, acomodándose en el respaldo de la silla.

—Ya lo he hecho.

—No. Hasta donde yo sé, los hechos sólo hablan de casualidades.

—Las casualidades no existen.

—Las brujas tampoco —afirma con altanería.

—¿Qué crees que significa exactamente la palabra *bruja*?

—Lo que todo el mundo sabe: hechizos, ollas, escobas...

—Y una verruga en la nariz —añado.

—Eso también.

De nuevo, el camarero nos interrumpe, esta vez para servir un plato de carne con igual guarnición que el anterior.

—Para tu información —digo, y me acerco más a él al quedarnos a solas —, te contaré lo que significa esa magna palabra. Una bruja no es aquella que prepara pociones y reza conjuros sino una mujer adelantada a su tiempo, una mujer capaz de ver más allá de lo que alcanza el ojo humano. ¿Crees que a las brujas se las quemó por ser seres de otro mundo? No. No fue por eso. Los hombres decidieron quemarlas porque eran seres libres, inteligentes y superiores a ellos. El conocimiento le estaba vetado a la mujer; era algo reservado única y exclusivamente para el hombre. Pero ellas eran rebeldes por querer demostrar que el género masculino no estaba en lo cierto. Estudiaron, leyeron, escribieron y enseñaron. Y fueron castigadas por ello. Como también fueron violadas y chantajeadas antes de ser mandadas a morir en la hoguera. Las brujas lucharon hasta el último aliento por defender los derechos de la mujer. Se negaron a aceptar los cánones de belleza impuestos por los hombres, que éstos habían inventado para beneficio y placer propio, porque sabían ver más allá y conocían el poder tan inmenso que ellas guardaban en su interior: su intelecto. Su mente era libre, como lo era su cuerpo, del que sólo ellas se sentían únicas propietarias y dueñas. Las brujas lucharon durante siglos por defender el honor de todas las mujeres en el mundo. No eran seres mitológicos, sino terrenales. Pero con una salvedad: ellas batallaron por que las mujeres se amasen por encima de todo y no se dejasen pisar por los hombres. Así que la respuesta a tu pregunta, de nuevo, es «sí». Soy bruja. Y me siento muy orgullosa de ello.

—Mereces que te folle —suelta de pronto.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto con los ojos fuera de las órbitas. Con tan sólo cuatro palabras ha logrado que el corazón casi se me salga del pecho y me falte el aire.

—Ya me has oído. ¿Crees que puedes soltarme algo así sin ponérmela dura?

Mi entrepierna se humedece sólo con escuchar su declaración. Tengo la garganta seca, que me apresuro a aliviar bebiéndome la cerveza que me queda de un solo trago.

—Estamos en un lugar público —acierto a decir.

—Eso no es impedimento para mí.

Su osadía me ha puesto cardíaca en décimas de segundo, y su firmeza es tal que me nubla la mente. Noto cómo sus ojos atraviesan los hilos de mi ropa y logran verme desnuda. Me excito al percibir un intenso calor apoderándose de mi cuerpo y cómo mis pezones se erizan en respuesta.

—Tienes un minuto —ordena levantándose. Con la mirada, lo sigo y compruebo que se dirige al baño.

¡Necesito beber algo! Mi copa está vacía y no dudo en acabarme lo que queda en la suya. ¿Qué ha ocurrido? Miro el reloj. Las dos y veintinueve. Las manos me sudan y noto cómo el corazón me late desbocado. Fijo la vista en el segundero, que avanza imparable. Cada movimiento que hace lo acompaño con un sonido atronador en mi interior. Parece que me haya comido un tambor. Me riño a mí misma por las tonterías que pienso y por no poder razonar de forma coherente. ¿Adónde diablos se ha ido mi raciocinio? Me revuelvo inquieta en la silla mientras noto cómo un cosquilleo me recorre todo el cuerpo. Las dos y media. El minuto ha pasado. Doy por perdida la cordura cuando dejo la servilleta de tela sobre la mesa y me levanto para seguir sus pasos. Miro a mi alrededor y me aseguro de que nadie me observa cuando entro en el baño de hombres. Lo hago en silencio. Está demasiado oscuro para ver nada. Una mano me agarra y tira de mí hasta un aseo privado. Juanjo cierra la puerta cuando ya estamos dentro. Mis pupilas comienzan a adaptarse a la opacidad cuando alguien entra y enciende la luz. Sin mediar palabra, mi antiguo contrincante de batallas, convertido ahora en mi mayor objeto de deseo, me coloca el dedo índice sobre los labios para que no diga nada. El espacio en el que los dos nos escondemos es bastante reducido, pero más que suficiente para que nuestros cuerpos se rocen entre sí, uno frente al otro, y poder dar rienda suelta a lo que nos ha traído hasta aquí. Su dedo, con el que

me tapaba la boca hasta hace un segundo, ahora acaricia mi cuello, por el que desciende tomándose su tiempo. La presencia de otra persona cerca de nosotros logra que el encuentro resulte aún más morboso y excitante. Con extremada delicadeza y procurando no hacer el menor ruido, Juanjo me quita las gafas y las guarda en el bolsillo de su chaqueta.

—Siempre has sido preciosa —murmura sólo con los labios.

Lo miro incapaz de articular palabra ante su confesión. Nunca creí que él me viera con esos ojos, y mucho menos me imaginé en una situación como en la que ahora nos encontramos. Sus mudas palabras son música para mis oídos, una canción para mi alma y un concierto para mi entrepierna.

El otro hombre se marcha y volvemos a quedarnos a solas.

—No debo hacer esto —confiesa sin dejar de acariciarme.

—No lo hagas —musito.

Sus actos contradicen a sus palabras cuando continúa tocándome sin pudor.

—No deberíamos estar aquí —insiste, apresando mis pechos a través del jersey.

—No. No deberíamos —susurro con los ojos cerrados, excitada por la fuerza con que me los aprieta.

—Demasiados años esperándolo.

Juanjo se abalanza sobre mí y me besa. Me empuja contra la pared de madera que tengo a mi espalda con la misma firmeza con la que apresa mis labios. Sus gemidos me hacen delirar y me enciendo aún más cuando restriega su erección contra mi parte íntima. Es tal y como me lo imaginé la primera vez que lo vi en el bufete: duro y firme como una roca. Sus movimientos salvajes me hacen perder el juicio. Enloquezco.

—No deberías besarme —jadea en mi boca.

—Eres tú quien me besa a mí.

—Maldita bruja —brama con voz ronca antes de volver a atrapar mis labios.

Su húmeda lengua invade ardiente mi interior, mostrándome con cada movimiento el deseo que lo arrastra. Mi pretensión es la misma que la suya, y se lo hago saber acariciando su miembro.

—Esto no está bien —masculla en un gemido.

—No opino lo mismo —confieso impaciente por que me desnude y cumpla su amenaza.

Nuestras manos se pierden en nuestros cuerpos, incapaces de contener lo que ansían. Juanjo me besa aún con más intensidad, de un modo fiero y abrumador. Su sabor es sublime, fruto de la excitación que nos invade. Su agresividad es tan devastadora como su influjo. Jamás imaginé que un beso pudiera ser de tal magnitud. Sus labios parecen estar cargados de sentimiento, repletos de rabia y ansiosos por recuperar el tiempo perdido.

—No puedo seguir, Paula —anuncia de pronto, apartándose de mí. Está dolido y molesto. Puedo verlo en cada centímetro de su rostro.

—Tú me has arrastrado a esto.

—Lo sé. Y me siento culpable por ello.

—*Culpable* no es la palabra que yo habría escogido. Déjame salir — ordeno ofendida.

—Déjame explicarte.

—Ahora no —insisto, mirándolo a los ojos. Quiero que vea en ellos la firmeza con la que le hablo.

Juanjo me devuelve las gafas, que yo cojo y me coloco. Con arrepentimiento, se aparta y yo aprovecho para marcharme. Lo hago en silencio, enfadada y dirigiéndome al baño femenino, el que me pertenece. Allí, me miro al espejo e intento reponerme echándome agua fría en la cara. Está helada, pero no me importa. No es más molesto que lo que acaba de hacerme.

Al cabo de un rato, el suficiente para volver a recuperar las fuerzas que he perdido hace escasos diez minutos, me encamino de vuelta a la mesa. Él está allí cuando llego.

—Paula, te debo una explicación.

—Me parece un buen momento para que lo hagas —digo, llevándome un poco de carne a la boca. Está fría, pero me siento inquieta y debo ocuparme en algo.

—Me gustaría hacerlo en otro lugar.

—¿En otro baño? —me mofa.

—No más baños.

—Estoy de acuerdo.

—Hay un sitio especial para mí al que me gustaría llevarte. ¡No digas nada! —me pide al ver mi intención de responder—. Te prometo que te lo explicaré todo. Siempre he sido sincero contigo y no voy a cambiarlo ahora. Mereces una aclaración y quiero dártela. Pero no aquí.

—¿Qué tiene de especial ese sitio?

—Es adonde suelo ir para olvidarme de todo. Podría decirse que es mi lugar favorito.

—¿Tu casa?

—No. Es un sitio con encanto.

Suspiro y medito una respuesta. Lo cierto es que quiero que me explique qué ha pasado y, sobre todo, por qué ha decidido ponerle fin antes de tiempo. En su mirada puedo ver que está siendo sincero conmigo. Sea lo que sea lo que lo atormenta, sé que es algo importante para él. Miles de respuestas se me pasan por la mente, barajando diferentes posibilidades. Ninguna de ellas me convence.

—Acepto.

—Gracias —afirma con un leve amago de sonrisa.

Tras pagar la cuenta y felicitar al chef, algo a lo que no me sumo, Juanjo y yo nos dirigimos hacia el coche, en el que me dejo llevar... rumbo a lo desconocido.

Capítulo 11

El lugar escogido es un local en el que tampoco había estado antes. Es un sitio curioso, resultado de una mezcla entre cafetería, pub y club americano. *Maravillada* es la palabra que mejor define mi estado cuando me recreo en admirarlo. Tiene un aire retro que le aporta un encanto especial. Ahora entiendo lo que quería decir y por qué le gusta tanto. La barra está a la izquierda y la pequeña pista se ubica en el centro, enmarcada por tres reservados dedicados al cine. Los colores negro, blanco y rojo predominan en cada rincón. Enormes retratos pintados de cantantes y actores ya fallecidos repartidos por las paredes y el techo concluyen la exquisita decoración.

—Ven, sentémonos allí —indica, señalando uno de los reservados. Es el conmemorativo de la película *Casablanca*. En lo alto de la entrada reza la frase mítica del filme.

Un pequeño escalón separa el reservado del resto del local. En él, hay bancos tapizados en piel roja frente a un par de mesas de madera. Miro a mi alrededor y me quedo embobada observando las paredes. Están forradas de fotografías de la película, con los momentos más emblemáticos. Juanjo me observa sin decir nada, hasta que una camarera viene a preguntarnos qué deseamos tomar. En esta ocasión elijo una Coca-Cola. Él, en cambio, pide un gin-tonic.

—Tienes razón —comento aún maravillada por el extraordinario y exquisito local.

La música que suena va acorde con el resto: americana y antigua.

—Algo me decía que a ti también te gustaría.

—Lo que no puedo creer es que haya alguien a quien no le guste.

—Hay ciertas horas en las que es imposible venir.

Imagino que lo dice por cómo debe de ponerse. Debe de llenarse de gente.

La camarera nos sirve las bebidas y se marcha de vuelta a la barra.

—¿Qué tal tu primer día? —pregunta de pronto.

—Te lo diré cuando lo acabe.

—Intento mantener una conversación contigo.

—Y yo, que se me vaya la mala leche que tengo.

—Los reproches son algo vulgar para nosotros, ¿no crees?

—Tal vez si no los provocaras, no caeríamos en la vulgaridad —respondo defendiéndome.

Juanjo da un trago a su bebida y enmudece durante un instante. Sé que tiene parte de razón y no querría que mi primera visita a este increíble sitio quedase en un mal recuerdo.

—Mi clienta se enteró de que su marido le ponía los cuernos por su loro —comento, ya más relajada.

—¿En serio? —pregunta sorprendido.

—El hombre le era infiel en el domicilio conyugal. El loro fue testigo de los encuentros y comenzó a repetir las frases que el marido le decía a la amante.

Juanjo empieza a reír a carcajadas. La tensión entre ambos parece disiparse, algo que confirmo en cuanto lo veo quitarse la corbata y guardarla en el mismo bolsillo donde poco antes había guardado mis gafas. Con los primeros botones de la camisa desabrochada logro ver al Juanjo que yo recordaba, el verdadero. Su júbilo acaba contagiándome y, antes de que nos demos cuenta, charlamos de forma animada, contándonos casos curiosos del pasado. Las horas pasan como si fuesen segundos y, cuando me quiero dar cuenta, ya hemos consumido tres bebidas cada uno.

—¿Quieres bailar? —pregunta de repente.

—¿Esta música? —digo, frunciendo el ceño.

—¿Acaso hay alguna mejor?

Las canciones que llevan sonando toda la tarde son de bandas sonoras de películas y clásicos antiguos americanos. Veo que unas pocas parejas bailan en la pista cuando dirijo la mirada hacia allí.

—Espero estar a la altura.

—Nunca has dejado de estarlo —afirma con rotundidad, ofreciéndome la mano al ponerse en pie.

Acepto su invitación y, agarrados, nos dirigimos hacia la pista.

—Eres un vejstorio musicalmente hablando —me mofo.

—Yo prefiero decir *melómano nostálgico* —replica en su defensa.

Sonrío.

La canción acaba y comienza un clásico que siempre me ha gustado. Sólo con oír los primeros acordes sé de cuál se trata. Juanjo me coge por la cintura y coge mi mano para dejarnos embaucar por la voz de Ben E. King.

—Adoro esta canción —admito mientras escucho *Stand by Me*.

—«Quédate conmigo» —me traduce.

Ambos nos dejamos llevar por la hermosa canción mientras nuestros cuerpos acortan distancias en cada movimiento. La mano con la que me rodea la cintura pronto se abre para tocar con firmeza mi espalda.

—¿Quieres saber por qué me gusta este sitio?

—Puedo imaginármelo —susurro, echando un rápido vistazo a mi alrededor.

—Porque es el único lugar donde se puede bailar como es debido.

—¿Sin agobios?

—En pareja y con tranquilidad, como se ha hecho siempre. En ningún local que conozca, aparte de éste, ponen baladas ni música que se pueda bailar como antes. Es una pena que con tanta tecnología hayamos perdido algo así.

Sorprendida, enmudezco con su inesperada respuesta. Me doy cuenta de que tiene razón en todo lo que ha dicho, pero estoy más pendiente de esquivar sus ojos y la forma en que me mira. Sé lo que significa; la reconocería en cualquier parte.

—Mírame —me pide en un susurro.

Suspiro mientras continúo contoneándome al ritmo de la música, hasta que cedo a su reclamo.

—Siento lo que ha pasado en el restaurante —confiesa con voz grave.

—¿Haberme dejado tirada o haberme besado? Porque no lo tengo muy claro.

—No he dicho que no quisiera besarte. De hecho, me castigo a cada segundo por no hacerlo.

—¿Qué te lo impide, Juanjo? —pregunto, reclamando una verdad.

—Has vuelto en el momento equivocado.

—¿En serio? —replico molesta—. Perdone usted, caballero, por no aparecer en el momento correcto.

—No he querido decir eso, y lo sabes.

—Es obvio que no lo sé todo. ¿No crees?

La música sigue sonando y ambos seguimos bailando. Nuestros cuerpos danzan uno junto al otro, sintiendo cada vibración que emitimos.

—No debería haberme dejado llevar como lo he hecho. Déjame continuar —me pide—. No debería haberlo hecho porque no es lo correcto..., por mucho que lo desee.

—No me digas esas cosas si luego...

—Paula, escúchame. Necesito ser sincero contigo. Verte me ha hecho recordar lo que había entre nosotros. Puede que te pareciera que te odiaba, pero no era eso lo que sentía por ti. Era admiración. —Lo observo con asombro—. Me di cuenta de ello el día que pusiste aquella maldita serpiente en mi taquilla. Me dejaste claro que no eras como las demás, y eso me gustó. Desde entonces no he vuelto a sentir nada parecido por nadie. Reencontrarte me ha hecho recordarlo y darme cuenta de cuánto lo echaba de menos. Esa retahíla de valores que me has soltado durante la comida y que tan bien te definen me han hecho perder el control. Tenías razón en todo cuanto has dicho porque tu inteligencia y tu coraje son lo que siempre he admirado de ti. Son tus mayores virtudes y... tu mayor poder de seducción.

La canción continúa como lo hacen sus hermosas palabras, penetrando en mí de un modo arrollador.

—Y quiero que sepas —prosigue— que no me siento culpable de haberte besado, lo haría un millón de veces más. Pero sí de haber perdido el control y de lo que eso pueda ocasionarte. Cuando he dicho que no has llegado en el

mejor momento, decía la verdad. Mereces que sea justo contigo y, a riesgo de que no puedas perdonarme, debo confesarte en qué situación me encuentro.

El sonido de mi móvil nos interrumpe. Es Lola.

—Disculpa —manifiesto, guardando de nuevo el teléfono en el bolsillo tras rechazar la llamada. Estoy segura de que puede esperar—. Continúa.

—Te decía que...

El puñetero teléfono vuelve a sonar. Resoplo, molesta por la segunda interrupción. Decido cogerlo para que me deje tranquila.

—Dime —contesto al descolgar.

—Paula, ¿estás muy ocupada? —Apenas la oigo.

—Si te digo que no, te mentiría —respondo, tapándome el oído contrario mientras miro a Juanjo, que sigue frente a mí sin soltarme.

—Siento importunarte, pero..., ¿podrías venir al hospital HM? Estoy en urgencias.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, saliendo disparada del local para poder oírla mejor.

—No es nada grave, aunque me da que el resto de las Navidades me las voy a pasar en casa. Estoy bien, es sólo un esguince.

—¿Te han hecho todas las pruebas pertinentes?

—Sí, mamá —protesta.

—Lo digo en serio —suelto molesta. Me ha dado un susto de muerte.

—Yo también. ¿Vienes ya a echarme la charla o me voy yo sola?

—Voy para allá —remato antes de colgar.

Juanjo, que estaba justo detrás de mí, ha escuchado toda la conversación y no necesita que le explique nada. En cuanto me vuelvo y ve mi cara de preocupación, me anuncia:

—Ponte el abrigo. Te llevo.

Durante el trayecto al hospital, apenas pronuncio un par de palabras seguidas. Sé que ha dicho que sólo es un esguince, pero no me calmaré hasta que la vea y lo compruebe por mí misma. Lola es capaz de tener la cabeza colgando y mentirme para que no me preocupe. Juanjo y yo entramos juntos en urgencias y la encuentro sentada en una silla de ruedas con la pierna vendada hasta la rodilla.

—¿Cómo estás? —pregunto, abalanzándome sobre ella para darle un abrazo.

—Entera, si no me estrujas y me rompes. Hola, Juanjo.

—Hola, Lola —la saluda, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué te ha dicho el médico? —quiero saber.

—Lo que te he dicho: un esguince. De segundo grado, pero un esguince, al fin y al cabo.

—Y ¿cómo ha sido?

—No pienso darte el gusto de que te rías de mí. Con que sepas que me he caído, te sobra.

«¡Los tacones!»

Juanjo sonrío y yo me enciendo cada vez más.

—Vale, guapa. Tú y yo nos vamos a casa y allí me lo cuentas todo con pelos y señales.

—No sé cómo la aguantas —se queja dirigiéndose a él.

—Aún me lo pregunto —responde él con una sonrisa cómplice.

—Os advierto que puedo contra los dos —intervengo.

La una se pasa los dedos por la boca en señal de cerrar la cremallera, y el otro muestra las palmas de las manos en señal de paz. Con la batalla ganada y con un deseo irrefrenable de salir de aquí cuanto antes, empuja la silla hacia la calle.

Juanjo se ofrece a llevarnos a casa, algo que aceptamos de buen grado, sobre todo porque nuestro edificio no tiene ascensor y su fuerza será de gran ayuda para subirla hasta el apartamento.

Cuando llegamos a casa, tras subirla en brazos las dos plantas, se despide de nosotras con la excusa de que debe marcharse. Lola está en el sofá intentando encontrar una postura cómoda y yo lo acompaño a la puerta.

—Gracias por todo —pronuncio en un susurro.

—Gracias a ti. Siento que nuestra cita haya acabado así.

—¿Era una cita? —pregunto con sorna.

—Lo cierto es que no.

—Vaya —murmuro con decepción.

—Suelo hacerlo mejor en las citas.

—¿Qué ibas a decirme cuando...?

—Tienes otras cosas de que preocuparte. Mejor lo dejamos para otro momento.

—Otro momento suena bien —musito.

Juanjo me mira en silencio y yo hago lo mismo. Ambos sabemos que aún nos quedan muchas cosas por decirnos, muchas anécdotas que contar y más de una confesión que hacernos. Pero tiene razón en dejarlo para más adelante. Lola me necesita y debo ocuparme de ella.

—Por cierto —comenta de pronto—, no hace falta que vengas mañana a la oficina si no quieres.

—Ya lo has visto, sólo es un esguince. Ten por sentado que iré.

—Como veas.

Sus ojos descienden hasta mi boca y yo me estremezco. Trago saliva mientras me dejo arrastrar por la lasciva idea de que vuelva a besarme.

—Adiós, Paula.

—Adiós, Juanjo.

Siento una punzada en el pecho al verlo desaparecer escaleras abajo. Nuestra cita no ha acabado de la mejor forma, pero ahora mi amiga me necesita más que a nadie en el mundo. Juanjo y yo aún tenemos mucho tiempo por delante, y sé que tarde o temprano averiguaré por qué me ha dejado a medias en el baño.

Capítulo 12

Juanjo

Diecisiete años antes

No entiendo por qué tenemos que mudarnos y cómo mi padre ha accedido a ello. Mi madre llevaba bastante tiempo diciendo que quería irse a vivir a Cuenca, pero pensé que era sólo un capricho. Ahora veo que no. El cagueta de mi padre hace todo lo que ella quiere, sin importarle cuál es mi opinión al respecto. He insistido en que nos quedemos en Madrid y he soltado toda mi artillería para conseguirlo. Aunque de nada ha servido. ¿Quién va a hacer caso a un crío de trece años? Nadie. A ellos les da igual si dejo a mis amigos o si los voy a echar de menos. «Harás otros nuevos», me responden cada vez que saco el tema. Está claro que se les olvida que tengo vida y que a mí *sí* me importa. Ellos se tienen el uno al otro. En cambio, yo dejo atrás toda mi vida para comenzar otra nueva en una mierda de pueblo que ni siquiera tiene metro o un lugar chulo al que ir para quedar con los amigos. ¡Menuda mierda!

El instituto no está muy lejos de la casa que mis padres han alquilado. Aquí todo es pequeño, como lo será mi futuro si mis padres no vuelven a cambiar de idea.

—No queda pan —comenta mi madre desde la cocina. Mi padre y yo estamos en el salón desembalando cajas—. La vecina me ha recomendado comprarlo en la panadería Cardo, una de toda la vida que está a dos calles de

aquí. ¿Podrías ir a por dos barras, Juanjo?

—¿No puedes comprarlo en el Mercadona, como siempre? Ah, no, espera, que aquí no hay de eso... —me quejo.

—¡No le hables así a tu madre! —interviene el blandengue de mi padre. A veces creo que es un títere que hace todo lo que ella quiere. «¡No pienso casarme nunca!»

—Con ese nombre, no creo ni que tengan un buen pan —insisto.

—Hijo, no sabes lo difícil que me lo pones. —Resuella—. Sé que es cosa de la edad, pero haz el favor de ir a por lo que te he pedido. Toma. —Me da dos euros.

De mala gana, los cojo y me marcho en busca de la dichosa panadería de nombre horrible. Imposible no añadirle el *borriquero*.

Aquí las calles no tienen nada que ver con las de Madrid y llego antes de lo que esperaba. Nada más entrar por la puerta me invade un olor que me deja sin habla. Jamás había olido algo parecido. No pienso reconocérselo, pero la vecina tenía razón; si el pan sabe la mitad de bien que huele, debe de ser la mejor panadería sin duda.

Con la mirada busco el dispensador para números de turno cuando una mujer, que ha entrado después de mí, pregunta quién es el último.

—Yo —respondo al darme cuenta de dónde estoy y de cómo son las cosas aquí.

Mientras aguardo, me fijo en las personas que estaban ya dentro cuando he llegado. No sé cuál de ellos es el último, pero estaré pendiente para que ninguno se me cuele. La gente comienza a llegar y el pequeño local empieza a llenarse. Sólo hay una mujer atendiendo. No me extraña que se monte la cola que se está formando. Mi queja interna se disipa en cuanto aparece una chica pelirroja con coleta y gafas espantosas al otro lado del mostrador. No puedo dejar de mirarla por lo horrible que va vestida y lo fea que es. ¡Como todas las chicas de aquí sean iguales, no me comeré un rosco! La chica le pregunta algo a su madre y ésta, sin importarle lo más mínimo que estemos aquí delante y seamos testigos de todo lo que hablan, le recrimina que haya llegado tarde. Para mis adentros pienso lo mismo que ella, hasta que la oigo hablar. La forma en que se defiende y le reprocha que su hermano no haya bajado a echarles una

mano llama mi atención. No ha usado términos habituales en una chica de su edad, pues calculo que debe de tener los mismos años que yo. Mis padres siempre insistieron en que estudiara en los mejores sitios de la capital, con mayor prestigio y reputación, y puedo afirmar que el lenguaje usado por ella no difiere mucho del que allí nos enseñan. Cuando llega mi turno, es ella la que me atiende, y lo hace de forma rápida y eficaz. Una vez le he pagado y me he marchado, de camino a casa pienso que, tal vez, no todo esté perdido y ella sea la prueba de que existe un rayo de esperanza en este pueblo dejado de la mano de Dios.

Mi optimismo desaparece en cuanto llego al instituto. Es tres veces más pequeño que al que iba en Madrid, y el alumnado deja bastante que desear. Los chicos aquí no piensan en otra cosa que en jugar al fútbol o en tontear con las chicas. Ninguna me llama la atención: son todas bastante insulsas, por no hablar de su bajo interés o nivel cultural. Bueno, todas no. La chica de la panadería es distinta del resto. Y doy por hecho que su amiga, de la que no se separa ni para ir a mear, debe de ser igual que ella.

* * *

Al poco tiempo ya formo parte del grupo de los que se hacen llamar *los guais*. No se parecen en nada a mis amigos de Madrid, con los que cada vez tengo menos contacto, pero al menos éstos hacen cosas y me entretienen con sus caídas. La chica de la panadería va a mi clase. No me equivoqué con respecto a su inteligencia; sus buenas notas y su forma de expresarse la convierten en una digna rival. Con su amiga, en cambio, erré. No es tan lista como ella ni lo será en un millón de años.

A mis padres se los ve cada vez más felices en el pueblo, y yo pronto me busco una excusa para retomar mis estudios: Lita. Así es como se llama la panadera, y la única que logra que mi estancia aquí sea más divertida. Por lo que he podido averiguar, ella no ha tenido nunca rival en los estudios y siempre ha sido la que más nota ha sacado en los exámenes. Hasta ahora. Estamos a final de curso y ganarle se ha convertido en un reto divertido para mí. La pandilla y medio instituto se mofan de ella. Y no es para menos. Viste

como el culo y no se esfuerza lo más mínimo en mejorar su imagen. Pero eso es algo a lo que no le doy mucha importancia, comparado con ganarle y lograr sacar más nota que ella.

Una mañana oigo un comentario al respecto de uno del grupo. El muy gilipollas se ha percatado de que estoy demasiado pendiente de la fea, y me lo hace saber. No puedo permitir que se mofen de mí, y decido hacer algo. Así pues, al salir de clase y delante de todos, le pego un chicle en el pelo. La pandilla se descojona y yo lo hago con ellos. Nos reímos de ella durante toda la mañana.

* * *

El siguiente curso comienza y Lita no hace nada para devolverme la putada del chicle. Empiezo a pensar que tal vez me equivocara al creer que ella era distinta del resto. Puede que sea inteligente, pero no tiene lo que hay que tener.

Con ese pensamiento llego una mañana al instituto y abro mi taquilla para dejar la bolsa de aseo de gimnasia.

—¡Hostia puta! —suelto al ver la enorme culebra que hay dentro, con caída de culo incluida.

El revuelo que se monta no es pequeño. La hazaña se hace oír en todo el pueblo y el rumor dura días. Todos buscan al responsable, pero nadie da con él. Excepto yo. Sé que ha sido Lita en respuesta a mi jugarreta. No sé cómo se ha enterado, pero me la ha devuelto con la única cosa que me aterrera de este mundo. Tengo que confesarlo: me he equivocado otra vez con ella. Vuelvo a tener esperanza. No es como esperaba, y eso me gusta.

* * *

Por primera vez desde que llegué al pueblo tengo ilusión por vivir aquí. Hasta mis padres lo celebran. Creen que es por la *chupipandi*. Paso de sacarlos de su error. Hoy me toca mover ficha, avanzar el marcador en mi favor. Necesito corroborar que es una digna rival y decido ir a por todas. Me lleva mi tiempo preparar mi próxima jugada en el pabellón de gimnasia. Es su turno y llevo a la perfección mi plan. Lita trastabilla con el hilo y se da de

bruces contra el suelo. El golpe es tremendo y todo el mundo se arremolina alrededor de ella. Desde el banco de madera que hay en el gimnasio, observo la escena. La sangre sale a borbotones y yo me acojono. Estoy tan bloqueado y nervioso que me quedo paralizado y me da por sonreír. ¡Me he pasado tres pueblos!

* * *

Los días transcurren y sólo pienso en una cosa: en que Lita se venga de mí. No puedo quedarme con el mal sabor de boca que me dejó lo del gimnasio. Sé que no me ha delatado, y eso es a lo que me aferro para pensar que va a devolvérmela. Así dejaré de sentirme tan culpable como me siento.

La respuesta a mis plegarias no se hace esperar. Hoy en clase le ha hecho una pregunta al profesor de química. La sonrisa que tenía dibujada en la cara la ha delatado, y sé que quiere la revancha. A mediodía, voy a la cantina y compro raciones de comida extra y bebida que guardo en mi mochila. Con ella es mejor ser precavido. Cuando casi todos se han marchado, me voy al laboratorio a estudiar. Sé que algo gordo me espera, y lo primero que hago es comprobar los tubos que hay en las gradillas, el matraz de reacción y algún que otro elemento más que me encuentro con líquido en su interior. Necesito asegurarme de que, al menos, no saldré volando en una explosión de última hora.

Al cabo de un rato oigo unos pasos. No me vuelvo. Sé que es ella. Oigo una llave que se introduce en la cerradura y cómo el cerrojo se cierra. Sonrío.

Cuando anochece y todo está en silencio, me acurruco en el suelo y me acuesto para descansar. Sé que vendrán a por mí. Y, pese a lo incómodo que estoy, logro quedarme dormido con un único pensamiento en la cabeza... Lita.

* * *

La fiesta de final de curso se acerca y los chicos comentan lo que se van a poner. Las chicas, orquestadas por la cansina Angustias, han organizado que sea de disfraces. Más de una, con una sola goma, ya iría disfrazada sin necesidad de careta. A falta de unas horas, a la capitana, que no logro quitarme

de encima ni con agua caliente, se le ocurre proponer hacerles algo a Lita y a Manuela, su inseparable amiga. Yo intento que se olviden del tema, pero la idea va *in crescendo* y no parece que vayan a dejarlo.

—Juanjo, ¿por qué no te encargas tú de poner el broche final a la fiesta?

—Angus, no creo que sea buena idea.

—¿Qué pasa?, ¿no tienes huevos? —pregunta uno del grupo, el más idiota, por cierto.

—Tengo otras cosas mucho más importantes de las que preocuparme.

—Ya tienes el disfraz de James Bond. ¿Qué más tienes que hacer? —insiste la rubia teñida.

—Prefiero divertirme con vosotros en nuestro último día en el instituto antes que estar preparando nada.

—Pues haz algo que no te lleve mucho tiempo. ¿Qué tal algo en el ordenador?

—Es cierto. Tú sabes mucho de ordenadores —comenta otro del grupo.

Al final es tanta la insistencia que acabo cediendo.

Ya en casa, enciendo el ordenador y pongo en marcha el plan. Intercepto una llamada que Lita mantiene con Manuela por Skype. Hablan de la fiesta de esta noche. Lita va disfrazada de bruja y la otra de alguien que desconozco. No tardo demasiado en averiguarlo, aunque lo hago de una forma que me acojona literalmente. Manuela se acerca a la webcam y yo casi me caigo de culo. ¡Joder, qué cosa más fea! Lita le responde como lo haría una buena amiga. Eso me gusta. Como también me gusta la respuesta sobre las chonis y sus quedadas *chonas*. Estoy a punto de parar la grabación cuando de repente Lita comienza a decir algo acerca de la brujería. ¿En serio cree en esas cosas? Habla de hacerme un conjuro para vengarse de mí. La idea me resulta tan absurda que dejo de grabar y apago el ordenador. Lo he guardado todo en un *pendrive* que me meto en el bolsillo de la chaqueta.

* * *

La fiesta está muy animada y los chicos tienen ganas de liarla. No dejan de preguntarme desde que he llegado al pabellón si tengo algo. Insisten tanto que,

al final, acabo cediendo. Arrastrado por ellos y por su inagotable ansia por convertir la fiesta en algo épico, llegamos a la mesa de sonido e iluminación, donde ellos me cubren y me ayudan a conseguir mi objetivo. El vídeo comienza y a mí sólo me bastan unos cinco segundos para saber que me he pasado.

El final era como esperaba: Lita y Manuela salen disparadas, aunque la primera me amenaza con acabar conmigo delante de todos. No puedo achantarme ahora, y le respondo con chulería que la estaré esperando. Cuando se marchan, algo dentro de mí se rompe en mil pedazos.

La fiesta me deja con un mal sabor de boca, y con él llego a casa. Tal vez el karma me tenía un castigo preparado y quería hacérmelo pagar. A los pocos minutos, y mientras me pongo el pijama para irme a la cama, mi padre entra en el cuarto totalmente destrozado y me comunica que tenemos que irnos a Madrid cuanto antes. Mi madre ha fallecido y nos marchamos... para siempre.

Capítulo 13

Juanjo

En la actualidad

De camino a casa, me machaco una y otra vez por lo que he hecho. No debería haber rebasado los límites con ella. Conduzco dándole vueltas a lo capullo que he sido. Me he dejado llevar sin pensar en las consecuencias y en el daño que puedo hacerle. Tal vez incluso me odie para siempre cuando sepa la verdad. Si hubiese sido cualquier otra, me importaría una mierda lo que pensase de mí. Pero se trata de Paula. Mi Lita del instituto. Los años siguientes a la muerte de mi madre fueron los peores. Con lo que me había costado adaptarme al pueblo, cuando por fin empezaba a encajar tuvimos que marcharnos. Fue a ella a la que más eché de menos, sobre todo en Londres. Allí la gente es mucho más seria, y añoré tener a alguien con quien enfrentarme como lo hacía con ella. Con el paso de los años, Lita pasó a formar parte de un recuerdo de juventud. En más de una ocasión me pregunté qué habría sido de ella, aunque nunca me atreví a intentar ponerme en contacto o localizarla. ¿Para qué? Ella tendría su propia vida y yo sólo era el tío que le hacía putadas.

Reencontrarme ahora con Paula ha sido agradable. Bueno, tal vez ésa no sea la palabra más adecuada. Y menos después de nuestra tarde juntos. No sé qué cojones me ha ocurrido. El pasado ha vuelto con fuerza al presente y ahora

amenaza con desestabilizar mi futuro. Me cabreo aún más cuando pienso en lo distinto que habría sido todo si hubiese aparecido sólo un mes antes. En cambio, ahora...

—¡Joder! —suelto, dándole un golpe al volante cuando aparco el coche en el garaje.

La culpa es mía. ¿Cómo he podido ser tan imbécil? Se suponía que sólo iba a ser una comida entre viejos amigos, entre simples compañeros. Pero me ha sido imposible. Me ha hecho recordar cuánto la admiraba. Y eso que antes no era ni una décima parte de la mujer en la que se ha convertido ahora. Vale, puede que físicamente no sea el prototipo de tía que a todo hombre le gustaría tener entre sus piernas, pero, joder, lo que daría yo por poder tirármela. Es la única mujer que conozco que no se maquilla ni se llena la cara de potingues. No le hace falta. Su cabezonería me lleva a límites que ni yo conocía. ¡Dios, si cuando me ha soltado todo eso en el restaurante me ha puesto a doscientos!

Salgo del coche y cierro dando un portazo al recordar cómo besa y cómo su cuerpo respondía ante el mío. Me apoyo en el capó con las manos y cierro los ojos para sacar mi parte masoquista y machacarme a mí mismo recordando su sabor. La polla se me pone dura sólo de pensarlo. Me gusta cómo me reta. Toda ella es pura provocación. Cada frase la convierte en un duelo, en una conversación única que con poca gente puedo mantener. Es mordaz y astuta. Tiene una boca de rayo que me cabrea, pero que me follaría sin contemplaciones. Sin embargo, no he sido justo con ella, y eso me mata. Le debo una puta explicación. Lo sé.

Entro en casa por la puerta que da al garaje cuando ya me he repuesto un poco. Hay luz en el salón, y sé que no estoy solo. Le he dicho mil veces que avise antes de venir. No es un buen momento. Dejo las llaves, el abrigo y la chaqueta en el recibidor y me dirijo hacia donde está ella.

—No esperaba que volvieras tan pronto —es la forma que tiene de saludarme Susana, sentada a la isla de la cocina con su portátil.

—Ni yo que estuvieras aquí —comento molesto, entrando para servirme una copa de vino. Ella ya tiene la suya.

—Veo que hoy no te ha ido bien en el trabajo —manifiesta, rodeando la isla para acercarse a mí.

—No ha ido muy bien, no —admito mientras pienso en Paula.

—¡Pues tengo el mejor remedio! Hoy he llamado a un viejo amigo para darte una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas, ya lo sabes —me quejo, y doy un primer sorbo. No estoy de buen humor, y dudo que esto vaya a mejorarlo.

—Pero ésta te va a encantar. Además de que nos vendrá bien a ambos —asegura, y empieza a tocarme la entrepierna por encima del pantalón.

—No estoy para juegos, lo siento —digo sin inmutarme. Susana es muy tenaz cuando se lo propone.

—¿Estás seguro? —pregunta insinuándose, al tiempo que me atrapa el labio inferior para después morderlo. Es algo que nunca me ha gustado pero que jamás le he confesado.

—Ahora no —insisto, y me marcho hacia el salón.

«¿Dónde cojones está el mando del equipo de música?»

—¿Buscas esto? —pregunta a la vez que me lo muestra. No tengo ni idea de por qué lo tenía escondido. Sabe que tengo por costumbre poner música cuando llego a casa y me toca las narices que altere mi rutina—. Es parte de la sorpresa que te tengo preparada —anuncia de forma seductora, y pulsa un botón.

Conforme camina hacia mí, acompañada de una música seductora que suena de fondo, empieza a desabrocharse la blusa de seda blanca que lleva puesta. Susana tiene un cuerpo de infarto y siempre ha sabido lucirlo con la mejor ropa. Eso fue precisamente lo que me encandiló de ella el día que la conocí. Fue hace un año y medio. Recuerdo que había ido a ver a mi sastre para que me tomase las medidas. Los últimos trajes empezaban a irme pequeños debido a mis progresos en el gimnasio que tengo en casa. Ella entró en la tienda en busca de un traje para su hermano —que, según ella me contó más tarde, desapareció sin dejar rastro al cabo de unas semanas—, y todos los que estábamos allí enmudecimos en cuanto la vimos. Lucía un vestido rojo ajustado que acentuaba cada una de sus perfectas curvas. El pelo lo llevaba como siempre, recogido en una larga y lisa coleta que caía a su espalda con una delicadeza sublime. Sus ojos castaños y, sobre todo, su seductora mirada, me dejaron sin habla. En aquel instante lo único que se me pasó por la mente

fue que debía estar entre sus piernas. No tardé en conseguirlo. Ese mismo día le pedí una cita, que se convirtió en la primera de muchas más.

—Hoy he hecho una llamada que llevaba tiempo postergando... —anuncia, mostrándome el encaje de la lencería que viste debajo. Bebo el resto de mi copa, que dejo vacía sobre la mesita—. Que me desees es algo que tú y yo sabemos —añade. La blusa cae sobre el suelo de madera—. No puedes vivir sin mí. —Ahora es el turno de la falda y de mostrarme sus largas piernas—. Te excito como nadie —susurra. La muy descarada lleva razón; tengo la polla ardiendo—. Te gusta hacerme feliz, y por eso ha llegado el momento de afianzar lo nuestro, y de que todo el mundo lo sepa. —Susana se introduce el dedo en la boca y lo chupa como si fuese mi miembro antes de pasárselo por el cuello. Ardo—. Mañana el *¡Hola!* anunciará nuestro compromiso y la fecha de la boda. Quiero que sea en San Valentín.

—¡¡¡¿Qué?!!! —exclamo fuera de mí, dando un paso hacia atrás.

—Cariño, no te pongas así.

—¡¡¡¿Y cómo cojones quieres que me ponga?!!! —bramo, apartándome de ella.

Camino con las manos en la cabeza, intentando calmarme. De ser un tío, no sé qué habría hecho con él.

—¡¡¡¿Cómo has podido hacerme una cosa así?!!!

—Pensé que te alegraría.

—¡¡¡Y una mierda!!! ¡¡¡¿Cómo se te ocurre fijar la fecha sin consultarme?!!!

—Pero yo...

—¡Siempre tú, tú y tú! ¿Se te ha ocurrido pensar que yo también formo parte de esto?

—¿Qué hay de malo en que la gente sepa que vamos a casarnos?

—¡La pregunta sería por qué la gente necesita saberlo incluso antes que yo!

—No sería una sorpresa si lo hubieras sabido.

—¡Un regalo es una sorpresa, no acordar y anunciar la fecha de una boda sin que uno de los dos lo sepa! ¡Es cosa de dos, por el amor de Dios! Y, de haberlo hecho..., ¿no te basta con que lo sepamos nosotros y las personas que

nos rodean? ¿Qué necesidad hay de que se entere todo el mundo? ¿Acaso me importa a mí cuándo cojones va a casarse alguien que no conozco?

—Creí que sería bueno para ambos.

—¿Bueno para qué, Susana?

—Para nuestros negocios.

—¡¡¡Mi trabajo se basa precisamente en todo lo contrario!!! ¿O lo has olvidado?

—Ya, pero...

—Una vez más, sólo has pensado en ti.

—Creí que te haría feliz que yo lo fuese.

—Yo podría decir lo mismo, ¿no te parece?

Lejos de entenderlo y de reconocer que se ha equivocado, Susana se mantiene firme y con la cabeza bien alta, retándose. Ahora que lo pienso, jamás la he visto admitir algo en contra de sus convicciones o sus creencias.

—Saldrá en el número de mañana —afirma contundente mientras recoge su ropa y se viste.

—Y supongo que ya será tarde para que lo anulen.

—Sí.

—¡Lo tenías planeado desde hace tiempo! ¡Di la verdad! —grito, incapaz de creer aún que sea cierto.

—¡Sabía que te negarías si te avisaba!

—¡Así que lo reconoces! ¡¡¡Joder!!!

—¡Por supuesto que sí! —chilla, poniéndose a mi altura. No tengo ni idea de cómo acabará esto.

—No esperes que te diga que reconocerlo te honra, porque no pienso hacerlo.

—Y ¿qué esperas que te diga yo? ¿Que lo he hecho en parte porque es bueno para mi negocio? ¡Sí, lo admito! ¿Que lo he hecho a tus espaldas? ¡Sí, también! ¿Algo más que reprocharme?

—¡Igual es el redactor de la revista quien lo hace! —remato lleno de ira.

—¿Estás hablando de anular el compromiso? —Me cuesta describir su gesto de incredulidad.

—Puede. No sé. ¿Tú qué crees?

Estoy demasiado furioso para preocuparme por cómo se siente. A ella no le ha importado una mierda cómo me iba a sentir yo cuando me soltara la noticia, aun sabiendo que no me iba a hacer la menor gracia. Sólo quiero que se marche para poder estar solo y pensar con claridad.

—Creo que lo mejor será que me marche. —No veo la hora de que lo haga—. Y no porque tú me eches —continúa—, porque te recuerdo que este anillo de compromiso significa mucho más que un simple papel —afirma, mostrándome el dedo—. No pienso seguir escuchando más tonterías. Dejaremos esta conversación para otro momento en el que estés receptivo para hablar y entender las cosas.

—Estoy de acuerdo —claudico al fin.

—¿Admites que has dicho tonterías?

—Estoy de acuerdo en que lo mejor es que te marches. Ya conoces la salida —remato harto de discutir mientras me dirijo al dormitorio para darme una buena ducha.

No miro atrás. Ni siquiera sé si me dice algo. No quiero oír nada más, y no creo que nada de lo que pueda decirme vaya a hacerme cambiar de opinión. Me maldigo a mí mismo por lo idiota que fui hace un mes. Esta discusión no habría tenido lugar si aquella tarde, mientras paseábamos frente a una de las joyerías más importantes de todo Madrid, ella no me hubiese dicho lo feliz que la haría lucir un anillo en el dedo y yo no hubiese sido tan capullo de entrar a comprárselo.

Fui tan estúpido que le pedí matrimonio en aquel mismo momento. Me dejé arrastrar por su ilusión y por lo feliz que la hacía convertirse en la señora Garza, algo que no ha dejado de repetir desde entonces. Aunque nunca pensé que sería tan pronto ni que llegaría tan lejos sin consultarme. Y mucho menos ahora que nuestra relación no pasa por su mejor momento.

Bajo el chorro de agua caliente de la ducha, pienso en cómo una sola decisión puede cambiarte toda tu jodida vida. Continúo molesto y cabreado como pocas veces hasta que me enjabono la entrepierna. La tengo ardiendo y reclamando que, por cuarta vez hoy, le preste atención. Es en Paula en quien pienso cuando la lavo y la acaricio con jabón. Cierro los ojos y recuerdo cómo me miraban los suyos en aquel baño. Me masturbo al recordar su

deliciosa boca, dulce y suave hasta hacerme enloquecer. Me imagino llevando a cabo lo que no me he atrevido a rematar, follándomela apoyada contra aquella pared de oscura madera. Fantaseo al figurarme cómo debe de ser estar dentro de ella, empotrándola una y otra vez con rudeza y de modo salvaje hasta quedarme sin fuerzas. Así es como lo haría y como desearía que fuese. El placer que siento sólo con imaginarlo es tan intenso que acabo corriéndome antes de lo que pensaba. Cierro los ojos y me apoyo en los azulejos que tengo enfrente con la certeza de que daría cualquier cosa porque fuese real. Desconozco cuánto tiempo tardaré en lograrlo. Pero lo que sí sé es que, además de sentir admiración por ella..., ahora la deseo más que nunca.

Capítulo 14

He pasado la noche entre desvelos. Anoche me costó quedarme dormida con tantas emociones. Demasiadas para un solo día. Eran casi las dos de la madrugada cuando decidí sacar a *Bunny*, mi vibrador con orejas de conejo. Lo uso sobre todo en las noches de insomnio para relajarme. No fue fácil dejar de pensar en Juanjo y en todo lo que me confesó. Por no hablar del momento baño en el restaurante.

Lo que ocurrió ayer me hace ver las cosas desde otra perspectiva, una inesperada que jamás imaginé. ¡Ni en un millón de años habría imaginado que yo le caía bien cuando íbamos al instituto! Yo, simplemente, lo odiaba. Odiaba todo lo que hacía, sus jugarretas y que sacara más nota que yo en los exámenes. No soportaba ni siquiera cruzarme con él, y el mero hecho de verlo me molestaba. Ahora, en cambio, todo ha dado un giro de ciento ochenta grados. Ha logrado que lo vea de otra forma, como el hombre guapísimo y seductor que es. Por no hablar de cómo besa. ¡Me pongo cachonda sólo de recordarlo! No puedo engañarme a mí misma: me gusta, y mucho. El paso de los años ha convertido a Juanjo en un sofisticado caballero, en un puñetero dios del deseo. Aquel crío al que odiaba con toda mi alma es ahora un HOMBRE con mayúsculas. Con su porte, elegante como pocos, su saber estar, su cuerpo perfecto y prieto, su pelo oscuro, su barba recortada, su irónica lengua, sus increíbles ojos verdes enmarcados con esas largas pestañas y ese lunar que tanto me enloquece. Su mirada es seductora hasta lo indecible. Te

atrapa y se apodera de ti de un modo inconcebible, magistral. Fueron ellos, sus ojos, los que me hablaron en el restaurante, y los que me devoraron entre las frías paredes de aquel baño. La intensidad con la que me miró me hizo caer rendida a sus pies, algo que haría incesantemente una y otra vez. Sus besos fueron únicos, cargados de una pasión y un deseo que nunca antes había sentido, de esos que te dejan sin aliento.

Me abrazo a mí misma mientras me acaricio el labio tratando de recordar su sabor. Él, y sólo él, ha logrado que me sienta la mujer más maravillosa y preciosa del mundo. Es la única persona que ha sabido ver más allá de lo que alcanzan a ver los demás. Conoce mi interior y me valora como soy en realidad.

No soy ingenua. Sé que algo le preocupa, porque, de no ser así, lo que pasó en aquel baño habría tenido un final muy distinto y habríamos... Pero también confío en que, sea lo que sea, podamos solventarlo. Pasar tantos años separados para que el destino vuelva a unirnos debe de significar algo. Creo fielmente en las señales, y si nuestra estrella nos guía para estar juntos..., ¿quiénes somos nosotros para contradecirla?

—¡Buenos días, coja! ¡Servicio de habitaciones! —anuncio al entrar en el cuarto de Lola portando una bandeja. Le he preparado su desayuno favorito: té y tostadas con jamón.

—Estoy convaleciente, no necesito madrugar —se queja, tapándose la cabeza con la almohada.

—Tú no, pero yo sí. Así que... ¡arriba!

—Recuérdame que no sea la madrina de tus hijos. Sé que elegirían vivir conmigo antes que hacerlo con la sargento de su madre.

—¿Tan poca graduación me das? —pregunto, colocándole la bandeja con patas sobre la cama.

—Lo que te faltaba para que te vinieras arriba. ¡Quita, quita...!

Sonrío.

—¿Vas a contarme de dónde venías? —pregunta socarrona al incorporarse y apoyar la espalda en el cabecero.

—De la cocina —me mofo.

—Estoy malita, no me hagas hablar de más.

—Ni con faringitis te callarías.

—¿Me... lo dices... o... qué?

—¡No se habla con la boca llena! —la riño.

—Hay muchas cosas... que se pueden hacer... con la boca llena. —Su modo de enarcar las cejas me confirma por dónde van los tiros.

Sonrío de nuevo.

—Juanjo me besó.

Lola comienza a toser de la impresión. Me recuerda a mi episodio en el restaurante del pueblo y me apresuro a levantarme para ayudarla.

—Estoy bien, estoy bien —afirma, deteniéndome con la mano.

Tras el susto inicial, le hago un pequeño resumen de lo sucedido ayer, momento baño incluido, con el correspondiente intento fallido de apareamiento.

—¡Si soy yo, ése no se queda sin polvo! —afirma contundente.

—Eso me recuerda que tengo que pedirte disculpas.

—¿Le has echado cicuta al té? —pregunta, mirando el interior de la taza.

—Ayer, cuando me desperté y vi la puerta de tu habitación cerrada, pensé que era él quien estaba contigo.

—Acepto tus disculpas, porque no te haría eso ni en un millón de años.

—¡Oye, guapa, que os vi juntos en el pub!

—¿Y...?

—Dijiste lo de ser creyente, te acercaste a él y...

—Y hablamos de ti.

—¿De mí?

—Sé que no te gusta oírlo, pero soy tu amiga y tengo que decírtelo; tu hermano tiene razón: eres inteligente, que no lista.

—¡No me fastidies!

—¡Es cierto, tía! Tienes mucho de Dora, pero nada de Exploradora. Necesitabas que alguien tanteara el terreno por ti. Y a las pruebas me remito que me necesitabas, porque te marchaste.

—Me sentía molesta por...

—¡Exacto! Por que una mujer hablase con él. Paula, llevas hablándome de Juanjo desde hace doce años. ¿Cómo es posible que no te dieras cuenta de que

no se habla de alguien a no ser que te interese?

—Me sentía culpable.

—Y enchochada. ¡Paula, joder! Eres muy inteligente, pero a veces pareces tonta. Y sólo me hicieron falta un par de minutos para saber que él también sentía algo por ti.

—¿Lo dices en serio?

—Me da que vais a hacer muy buena pareja, porque él pensaba lo mismo que tú.

—¿Cómo lo sabes?

—Existen unos códigos que, si los juntas, forman palabras, y éstas, a su vez, frases.

—Te estás divirtiendo de lo lindo, ¿no?

—Un huevo.

—Ya me ha quedado claro que piensas como mi hermano. ¿Podemos seguir? Y, a ser posible, sin reírte de mí.

—Le pregunté de qué os conocíais y le brillaban los ojos al hablar de ti. Eso sólo ocurre cuando admiras a alguien o te gusta hasta decir basta.

—Ya te he dicho que me lo confesó ayer.

—La pregunta es... ¿cómo estás?

Suspiro antes de responder.

—Lo cierto es que no lo sé. Es algo extraño, inquietante y emocionante al mismo tiempo.

—Es la definición perfecta de *enchochamiento*. Lo que yo te diga.

—No creo que sea para tanto.

—¿Que no? A ver. Dime qué es lo último en lo que pensaste anoche antes de cerrar los ojos.

—Estaba con *Bunny*.

—No es lo que te he preguntado. Aunque más a mi favor. Responde.

—En él.

—Y ¿en qué has pensado al abrirlos?

—¡Vale, vale, lo capto!

—¡Pues ya está bien, hija!

Ambas reímos y nos fundimos en un abrazo. Adoro a esta mujer.

—Vete ya a trabajar, anda.

—¿Estás segura de que puedo dejarte sola? Si me necesitas, llamo ahora mismo a...

—Tía, estoy coja, no inútil. Puedo ir a la pata coja, y el apartamento no es una plaza de toros, que digamos.

—¿Necesitas algo más?

—Pues mira, sí. ¿Puedes traerme un par de revistas para que me entretenga? Mientras, voy al baño a asearme un poco.

—¿Cómo puede gustarte tanto saber la vida de los famosos? —protesto mientras me levanto y le aparto la bandeja.

—Quiero el *¡Hola!* y la que se te antoje.

—Será mejor que no.

—Tienes razón, tú eres capaz de traerme *Caza y Pesca*. Anda, ayúdame a levantarme y lárgate pitando.

—Sargento me llama la tía... Tú no te has mirado los galones —afirmo, fingiendo quejarme al ayudarla.

—¡Ay, eso me recuerda a cierto militar que...! Por cierto, ¿no pensarás ir así vestida?

—¿Por qué no? Llevo mi falda preferida y el elemento que mejor combina con ella.

—¿Un spray de pimienta para que nadie te mire?

—¡Mi sonrisa! —suelto, regalándole una en la que le muestro hasta las muelas del juicio.

Con sus ataques hacia mi adorada falda, la dejo en el baño y me marcho en busca de lo que me ha pedido. Sólo cuando le llevo las revistas y la dejo tumbada en el sofá, tapada con la manta y rodeada de mandos, móvil, vaso de agua y un par de miles de cosas más, me despido de ella y me voy al bufete.

En el metro, no puedo ocultar la sonrisa con la que he salido de casa. La misma con la que entro en la oficina y saludo a los chicos que están en la cafetería. Al parecer, Eulogio y otros dos compañeros más de penal discuten con Nelly.

—¡Hombre, cuánto tiempo sin verte! —me suelta Eulogio nada más verme. El pobre intenta ser irónico, pero no le sale.

—Ya ves. Si me descuido, pego otro estirón —respondo antes de saludar a todo el mundo.

—Qué bien que hayas venido, porque le vendrá bien algo de ayuda —afirma, señalando a Nelly con uno de sus gestos afeminados.

Frunzo el ceño y la miro a ella para que me aclare de qué va todo esto.

—Aquí los machitos intentan darnos una lección de supremacía masculina —explica. Al parecer, el tema va de «hombres contra mujeres».

Sonrío al oírla. No hay cosa que me guste más que un debate de este tipo.

—Dudo mucho que ella necesite ayuda —apunto, guiñándole un ojo a la susodicha.

—Gracias, compañera.

—A sus pies —respondo con una leve reverencia.

Ambas sonreímos.

—Ya que vais a bajar ahí abajo, de paso podríais limpiarnos los zapatos.

Los tres hombres se echan a reír.

—¿Cómo? ¿Un tipo tan sofisticado como tú sale de casa con los zapatos sucios? —pregunto mientras me preparo un café—. Me defraudas, Eulogio. —Resoplo—. No eres quien creía que eras.

—No van por ahí los tiros —responde molesto. He logrado borrar su sonrisa de un plumazo.

—Pues dispara para que pueda ponerme al corriente —le pido, al tiempo que me vuelvo hacia él con mi taza en la mano.

—Hablábamos de que se están perdiendo muchos valores. Las nuevas generaciones están echando a perder costumbres que no pueden quedar en el olvido.

—¿Como cuáles?

—Pues, por ejemplo, que el hombre es el que debe llevar la voz cantante y mandar.

—Sí, las flores.

Nelly y yo reímos.

—Debemos mandar para que todo tenga un orden.

Su mano en la cadera con su brazo en jarras me impide imaginármelo imponiendo su voluntad a ninguna mujer que se precie. El mote de *heteropero*

cada día se afianza más y le va que ni pintado.

—Entonces, según tú... —manifiesto—, la mujer no se vale por sí misma y necesita a un hombre que la guíe.

—Veo que lo has captado.

—¡Cómo no lo voy a captar! Quieres decir que estamos ciegas.

—Exacto.

—Y que vosotros sois como los perros guía. Por cierto, enhorabuena, ya os dejan entrar en los restaurantes.

Todos reímos excepto él.

—Pero ¡mira que sois complicadas! Siempre lo tergiversáis todo.

—Son como las matemáticas, difíciles de entender —interviene otro compañero de penal.

—Sí, y necesarias para todo —comenta Nelly.

Ambas chocamos las palmas de las manos.

—No lo creo —responde Eulogio.

—Siento tener que dar por finalizada esta trascendental charla, pero debo ponerme a trabajar.

—Nosotros también —dice el resto, a excepción del cizañero de Eulogio, que se niega a terminar la conversación.

—Os vais porque sabéis que tengo razón.

Todos lo ignoramos, guardamos nuestras tazas y salimos de uno en uno de la cafetería. La última en hacerlo es Nelly, que se vuelve hacia él y le suelta:

—Ya que no nos necesitas para nada, encárgate tú hoy del lavavajillas.

Por ambos pasillos se oyen las risas. ¡Este hombre no tiene remedio!

Estoy deseando ver a Juanjo. Mientras camino por el pasillo siento cómo el corazón se me acelera. Ni siquiera me atrevo a mirar hacia su despacho cuando entro en el mío a dejar el abrigo y el bolso. Lo hago al salir, aprovechando que lo tengo justo enfrente. Pero en su despacho sólo está May, a la que saludo al entrar.

—Buenos días, guapa.

—¡Hola, Paula! A ti quería yo verte —dice, soltando la bayeta y bordeando la mesa para acercarse a mí—. ¡Enhorabuena! Sabía que acabarías trabajando aquí —manifiesta, y me da un corto pero cariñoso abrazo.

—Muchas gracias, May.

—¿Qué? ¿Cómo te va? ¿Te has adaptado ya?

—Estoy en ello —confieso—. Todo lleva su tiempo.

—Tú, si esta gentuza te da el follón, me lo dices, que pronto les doy con la escoba.

Ambas nos echamos a reír, y entonces una voz femenina a mi espalda nos interrumpe:

—¿Dónde está Juanjo?

May tuerce el gesto y yo me vuelvo para ver de quién se trata. Su tono y, sobre todo, su forma agresiva de entrar en el despacho me ponen en alerta. Es una mujer altísima, elegante, descaradamente sexy y aterradoramente soberbia. En cuanto la miro a los ojos sé que estoy en lo cierto. Hasta las manos me sudan con sólo intercambiar una mirada con ella.

—No lo sé —respondo sin dejar de analizarla.

El abrigo que lleva debe de costar una fortuna, y la tirantez de la coleta con la que va peinada es totalmente proporcional a su actitud.

—¿Soléis hablar mientras limpiáis? —pregunta con altivez al pasar por nuestro lado y acomodarse en el sillón de Juanjo, al otro lado de la mesa.

May se apresura a coger sus cosas con una clara incomodidad mientras yo decido plantarle cara.

—Perdone, señorita...

—Ramos —me indica. ¿Se convertiría en corona si la estrangulo? Porque ganas no me faltan—. Aunque muy pronto dejaré de serlo —añade.

¡Como si eso me importase!

—El señor Garza aún no ha llegado —le aclaro—. ¿Sería tan amable de esperar en...?

—Lo haré aquí, gracias —me corta con altanería.

Esta mujer me está revolviendo las tripas.

—¿Puedo saber para qué lo busca? —pregunto.

—Eso es algo que a usted no le incumbe. Y haga el favor de terminar de limpiar esto, que está hecho una porquería —suelta, sacudiéndose las manos mientras mira la mesa con cara de asco.

—Está usted en lo cierto, hay demasiada porquería —remato sin moverme

un ápice.

La mujer levanta la vista para clavar sus ojos en mí. La tensión entre ambas es claramente palpable. Siento los latidos en el cuello, pero no pienso ser yo quien pierda este duelo entre ambas. May guarda silencio y se limita a observar.

—¿Por qué no lleva uniforme? —pregunta de forma malévola tras hacerme un incisivo chequeo.

—No iba bien con el color de mis ojos —contesto sin amilanarme, de pie frente a ella.

—¡Vaya! Una insubordinada.

—Ponga una queja si es lo que quiere.

—Tenga por seguro que lo haré.

—Haga lo que crea conveniente.

—Le pondré una demanda si es necesario.

—Conozco un bufete que estaría encantado de poder ayudarla. O, si lo desea, puede ir usted misma a la Audiencia Nacional, al Supremo o al mismísimo Consejo General del Poder Judicial. Si necesita las direcciones, puedo facilitárselas.

Mi móvil suena en el bolsillo de mi falda. Es un whatsapp personal, que ignoro.

—¿La dejan llevar móvil mientras trabaja?

—Le sorprendería saber la cantidad de cosas que me permiten llevar.

—¿Quién coño se cree que es usted?

—Mi compañera —responde Juanjo molesto, apareciendo de pronto tras de mí.

—¿Tu com...? —El impacto le impide acabar la frase.

—Buenos días, Paula.

—Buenos días, Juanjo.

—¿Juanjo? Creía que aquí todo el mundo te llamaba Jota Jota —suelta con despotismo.

—Paula es una vieja amiga. ¿Qué haces aquí, Susana?

—Ya veo —dice levantándose para acercarse a él, apoyar el antebrazo en su hombro y acariciarle la cara con una insinuación más que ensayada.

Entonces se dirige a mí tuteándome—: Siento haberte confundido con una simple limpiadora. No imaginaba que fueras... abogada —añade, mirándome de arriba abajo.

«¿Esto a qué viene? ¿Qué hace esta malvada mujer tocándolo de esa forma?» Noto cómo los nervios se apoderan de todo mi interior y tengo que esforzarme más de lo que desearía para que no se me note. May está siendo testigo de todo. Por su semblante, sé que a ella también le desagrada esta mujer. Incapaz de aguantar más tiempo callada, da un paso hacia mí para decir algo cuando decido adelantarme.

—¿Te importaría seguir en mi despacho, preciosa? He abierto la ventana y no te imaginas lo que ha entrado.

La entrañable mujer entiende el cable que acabo de echarle y no tarda en responderme:

—Sí, claro. Hoy el viento está trayendo demasiadas cosas.

Incapaz de soportar verlos un segundo más, decido ir tras sus pasos.

—Encantada de conocerla, señorita Ramos.

—Futura señora Garza —me corrige con la mayor maldad que jamás haya visto en un ser humano.

Mis hombros caen de golpe. Siento un enorme peso sobre ellos que me comprime el pecho y me impide respirar con normalidad. Noto que el suelo se abre bajo mis pies y cómo me precipito sin remedio en su interior. Cualquier halo de esperanza cae conmigo al vacío y ambos desaparecemos sin que nada ni nadie pueda evitarlo.

—Encantada de conocerla —repito, no sin esfuerzo. El nudo que tengo en la garganta apenas me permite hablar—. Ahora, si me disculpáis...

Tengo intención de marcharme, pero Juanjo me lo impide.

—¡Paula! —me llama al ver mi gesto.

El aire aquí es demasiado insoportable como para seguir respirándolo. Hasta este momento me he negado siquiera a mirarlo a la cara. He captado el mensaje a la perfección. Ahora tengo las respuestas que tanto buscaba. Esto lo explica todo. No necesito saber más.

—Déjala, cariño —interviene ella con una sonrisa depravada, tirando de él—. Tendrá muchas cosas que hacer.

—Tiene toda la razón. Tengo mucho que hacer —afirmo, aparentando una seguridad que no siento, y volviéndome para, esta vez sí, marcharme y que ninguno de los dos vea que estoy a punto de llorar.

—¡Paula, espera!

—Verbo equivocado —respondo sin detenerme.

Ya en mi despacho, May me da las gracias por sacarla de allí. Pero yo estoy tan enfadada y dolida que recojo mis cosas y me marcho del bufete con una simple frase para felicitarle el Año Nuevo. La Nochevieja está a la vuelta de la esquina, y nadie me echará en falta. Además, Lola está en casa y me necesita. Aunque tal vez... sea yo la que la necesite más que nunca.

Capítulo 15

De camino a casa, miro el móvil. El mensaje recibido era de Lola. En él aparece una foto de Juanjo y su futura esposa en una revista anunciando su compromiso para el día de los enamorados. Siento unas ganas irrefrenables de gritar y de lanzar el teléfono contra el cristal del metro, pero por fortuna me contengo cuando pienso en que esa arpía no es merecedora de que yo dé un espectáculo en un lugar público, y mucho menos de que me quede sin móvil.

A Lola la encuentro donde la he dejado. Nada más entrar por la puerta me lanzo hacia ella y, de rodillas frente al sofá, me dejo mimar por su cálido abrazo. Sollozo durante un buen rato, hasta que los mocos inundan mis labios.

* * *

—Siento habértelo dicho de esa forma. No sabía si podía llamarte, y quería que lo supieras cuanto antes —comenta en cuanto me repongo un poco. Incluso me he preparado una buena taza de café, que abrazo con las manos, sentada a su lado sobre la alfombra.

—No me he enterado por ti —confieso en un susurro.

—¿Qué ha pasado?

Entre sorbo y sorbo, le cuento mi encontronazo con Susana, alias la futura señora Garza.

—Lo siento mucho, Paula.

—Lo sé. Yo también. Mi vida era tranquila, ¿sabes? —expongo con la vista perdida—. Ya ni siquiera recuerdo la última vez que sentí esto por alguien. Y, para una vez que me permito hacerme ilusiones, va él y lo estropea todo.

—¿Qué piensas hacer?

Alzo los hombros en respuesta. Realmente no tengo ni idea de qué debe hacerse en estos casos. Lola me acaricia la cabeza aguardando una respuesta, que no tarda en llegar.

—Estaba dudando entre cortarme las venas o dejármelas largas. ¿Tú qué dices? —No sé de dónde saco fuerzas para el humor.

—Este invierno se llevan largas.

—Lo suponía.

Ella sonrío. Yo me quedo en un amago.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado, Lola?

—Nunca lo es. Somos nosotros quienes lo hacemos así.

—Siempre te he admirado por tu forma de ver las cosas, ¿lo sabías?

—Es cuestión de aptitud. Nada más.

—Y ¿qué harías tú en mi situación?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Tirármelo.

—¡Lola! —exclamo alzando la voz.

—¿Qué? No haber preguntado.

—¿Qué parte de «está prometido» no entiendes?

—Se te ha pasado por alto algo muy importante: es él quien lo está, no tú.

—¡Ah, no! Sé por dónde vas.

—¿Por el camino correcto?

—Yo no lo llamaría así.

—Y ¿cómo quieres que lo llame? —dice defendiéndose—. Él es quien debe dar explicaciones. Tú estás soltera y...

—Entera. Puedes decirlo.

—¿Ves cómo tengo razón?

—¿No crees que las mujeres deberíamos apoyarnos más en lugar de

machacarnos unas a otras? ¿Qué clase de persona sería si me acostase con el hombre de otra mujer?

—Una a la que le hace falta un buen polvo.

—Eso no te lo voy a negar, pero no es excusa suficiente para...

—¿Por qué la defiendes?

—¡Yo no hago eso! —respondo molesta por su insinuación.

—Sí lo haces. Lo haces al pensar en ella más que en ti misma. No le debes nada a esa tía. En cambio, contigo misma sí que estás en deuda.

—No está bien hacer de mi capa un sayo. Que yo tenga necesidades carnales no me da derecho a quitarle ningún hombre a otra mujer.

—¿Quién está prometido?

—Lo están los dos.

—¡*Mec*, error! Él lo está. Ella es sólo una zorra que quiere cazarlo.

—En eso llevas razón. Ya sabes lo que dicen: ni todas las brujas llevamos escoba, ni todas las zorras viven en el bosque.

—Ya vas por el buen camino.

—¡Eso es! —suelto de pronto.

—¡Uy, conozco esa mirada!

—¡Ya sé lo que debo hacer! —afirmo levantándome.

—Paula, no —me advierte.

—Sí, Lola. Hace quince años no salió bien, pero ahora tengo mucha más experiencia.

—¿Quieres centrarte y dejar de decir tonterías?

—¿Por qué hablas así de mi pasión?

—Porque es más factible y real hablar de echar unos polvos.

—Mágicos —añado.

—Pues mira, igual los echa, porque como tenga el cuerpo igual que la cara...

—¡No te pases!

—¿Ves? Te pone celosa el mero hecho de que hable de él. ¡Cepíllatelo y que le den a la zorra!

—¿Estás segura de que al caerte y hacerte el esguince no te golpeaste también la cabeza? —pregunto mientras cojo mi libro de hechizos de la

estantería.

—Tan segura como que te has equivocado de libro.

Su comentario me hace mirar la cubierta.

—Éste era el que quería coger —afirmo al comprobar que es mi libro de hechizos.

—Ya, pero el *Kamasutra* es el que *deberías* coger —replica.

—¡Idiota! —digo riéndome.

Lola intenta disuadirme mientras ojeo los hechizos. Busco uno adecuado para alejarlo de mí. En esta ocasión no quiero hacerlo desaparecer; no es necesario. Con mantenerlo alejado y cruzarme lo menos posible con él, me es más que suficiente.

—¡Aquí está! «Hechizo para alejar a una persona indeseada de ti.»

—Hacer la maleta y largarte —comenta entre risas—. Por cierto, lo de *indeseada* lo pongo en duda.

—¡Eres incorregible!

—¡Le dijo la sartén al cazo!

* * *

A primera hora de la tarde, y tras rechazar varias llamadas de Juanjo, decido ir al bufete. Para el hechizo es necesario un objeto que sea de la persona a la que se quiere alejar, y qué mejor oportunidad que coger algo de su despacho. Además, así aprovecho para traerme trabajo a casa. Al salir esta mañana disparada no he tenido tiempo de coger nada. La demanda de la señora De Gea, con grabación de su loro incluida, va según lo previsto, y ya me queda poco para acabarla.

Al llegar, me sorprendo al encontrarme la puerta entreabierta. No estamos en horario de oficina, y no veo a nadie en la recepción. En la cafetería tampoco hay nadie. Hay unos pocos despachos iluminados y unas cuantas voces que provienen del lado de penal. Camino por el pasillo cuando veo salir del despacho de Juanjo a una mujer de pelo castaño. No me llama la atención su aspecto un poco dejado, sino el hecho de que su oficina esté a oscuras y de que no parezca haber nadie más en ella. La mujer, al verme, agacha la cabeza

para que no la reconozca y sale disparada.

—¡Disculpe! —le digo cuando pasa por mi lado.

Pero ella continúa su marcha sin hacerme caso.

—¡Disculpe, señora! ¿Puedo ayudarla en algo?

La sigo hasta que la veo abrir la puerta del bufete y desaparecer ante mis ojos. Salgo corriendo tras ella, pero al llegar al descansillo no hay ni rastro de la misteriosa mujer. El ascensor está donde lo he dejado y en la escalera tampoco la encuentro. Confusa y sorprendida, vuelvo a entrar en el gabinete y voy directa al despacho de Juanjo. Enciendo la luz al adentrarme en él. Tengo bastante memoria fotográfica y, a simple vista, no parece faltar nada. Por el contrario, sobre su mesa y frente a su sillón, hay un sobre que me llama la atención. Es completamente negro, un color poco habitual para un sobre. Conozco bastante bien mi profesión como para saber que no debo tocarlo por aquello de las huellas dactilares. Busco algo con que cogerlo dentro del bolso. Es en momentos como éste que me gustaría ser como Lola; estoy segura de que ella llevaría unas pinzas de depilar a mano. La curiosidad es más fuerte que yo y me las acabo ingeniando para coger el sobre usando un pañuelo de papel como guante. Lo miro al trasluz por si llevase algún artilugio extraño; nunca está de más ser cuidadoso por lo que pueda pasar. No veo nada, y opto por volver a dejarlo sobre la mesa y chafarlo. Liso del todo. Cuando he comprobado que no haya ninguna bomba que nos haga saltar por los aires, y con la certeza de que debe de tratarse de alguna de las conquistas de Juanjo sintiéndose utilizada, dejo el sobre donde estaba y me centro en lo que he venido a buscar para el hechizo. Sobre la mesa hay montañas de expedientes y algo de material de oficina. Imploro que Juanjo sea de los que chupan la madera del lápiz y le cojo uno, el que parece más gastado. Si lleva su ADN, mejor que mejor. Lo guardo a buen recaudo en mi bolso y salgo antes de que nadie pueda pillarme.

* * *

He pasado por mi despacho para enviarme a mi correo el expediente de la señora De Gea. Suelo escanear todos los documentos, por lo que me será fácil

acabarlo desde mi domicilio. Es a unos metros del portal de casa cuando veo el coche de Juanjo. Acelero el paso para esquivarlo, aunque él logra alcanzarme.

—¡Paula, déjame explicarte!

—No necesito ninguna explicación —sentencio sacando las llaves. Hace un frío de mil demonios y no quiero ni mirarlo.

—Paula, era lo que intentaba decirte cuando Lola...

—¡Ni se te ocurra utilizarla como excusa! —ordeno, volviéndome hacia él. ¡Qué poco aguante he tenido!

—De haberte visto la cara que pusiste entenderías por qué no te dije nada.

—¡Esto es el colmo! ¡Ahora la culpa la tiene mi cara! ¡Para cara, la tuya, al utilizarme como lo hiciste!

—¡No te he utilizado!

—¿Ah, no? Y ¿cómo llamas tú a abrir la caja de Pandora para luego cerrarla de golpe pillándome las manos? Porque eso es lo único que has sabido hacer bien. ¿No podías dejar las cosas como estaban? Somos compañeros y, en el pasado, enemigos. ¡Acéptalo y déjame en paz! —digo, volviéndome hacia la puerta.

—No estoy seguro de querer casarme con ella —afirma de pronto.

Respiro hondo y me tomo unos segundos para asimilar lo que acaba de contarme. Esas ocho palabras lo cambian todo. De nuevo me vuelvo hacia él, pero esta vez para mirarlo a los ojos y comprobar por mí misma que lo que ha dicho es completamente cierto. Nuestras miradas se encuentran mientras ambos nos zambullimos en un inquietante silencio. Juanjo aguarda impaciente mi respuesta; puedo verlo en la tensión de su rostro. Una vez más compartimos un instante sólo nuestro. Uno en el que todos los recuerdos regresan agolpándose y haciendo que el momento sea mucho más complicado. Y más porque sé que lo que acaba de confesarme es del todo cierto.

—Habla con tu psicólogo —acierto a decir.

—No tengo psicólogo.

—Pues con tu almohada.

—No suele ser muy habladora.

«¿Por qué tiene que tener respuesta para todo? ¿No podría ser un idiota

que me pusiese las cosas un poco más fáciles?»

—¿Qué quieres, Juanjo?

—Disculparme, sobre todo.

—Hala, ya lo has hecho. Puedes quedarte tranquilo —digo cruzándome de brazos.

—Ella no suele venir al despacho, y lo ha hecho porque anoche discutimos.

—Y eso a mí me importa... ¿por...?

—¡Yo ni siquiera sabía que había fecha de boda, hasta anoche!

—Vaya, te ha salido rebelde —me mofo. Si es cierto lo que dice, esa mujer es aún peor de lo que creía.

—Siento que hayas tenido que enterarte así —murmura, dando un paso hacia mí y cogiéndome de ambos brazos. La mitad del vaho que sale de su boca penetra en la mía—. De no haber llegado tarde esta mañana, no te habrías tropezado con ella.

—¿No dijiste que era yo la que había llegado tarde? —pregunto sacando mi lado más sarcástico.

Juanjo curva los labios. Su sonrisa y su mirada me desarman.

—Me he retrasado porque he parado a comprar esto —dice, sacando un estuche de terciopelo negro del bolsillo de su abrigo del mismo color.

—¡Un momento! —suelto, y doy un paso hacia atrás—. ¿Vienes a pedirme que me case contigo estando prometido con ella? —Su osadía me molesta mucho más de lo que me esperaba.

—¡No! No es...

—¿Tanto me odias para jugar conmigo de esta forma?

—¡¿Te importaría no dar por hecho algo que no es?! —brama, interrumpiéndome—. Ábrelo y verás que no estás en lo cierto.

Respiro hondo antes de aceptar el estuche, que abro ante su atenta mirada. Lo que me encuentro dentro me sorprende tanto que comienzo a temblar. Es un colgante de plata con una bruja muy sexy sobre una escoba y con una jarra de cerveza en la mano. Me tomo unos segundos antes de contestarle. El regalo me ha sorprendido, y no puedo negar que me ha emocionado. Nadie, excepto Manuela, ha entendido nunca lo que soy en realidad. Lola se mofa de ello, y en

el pueblo simplemente me temen. Pero él ha sabido lo importante que es para mí ser quien soy, y este colgante es buena prueba de ello.

—He de reconocer que no es lo que esperaba —admito al cabo de un rato.

—En los últimos días nada parece serlo —murmura.

Imagino por qué lo dice. Su comentario me hace reflexionar. Desde que hemos vuelto a encontrarnos, no hemos dejado de vivir momentos de todo tipo. Primero fue mi alegría al comprobar que estaba vivo. Fue uno de los mejores días de mi vida porque tuve la oportunidad de librarme de lo que me había estado atormentando durante quince largos años. Empezaba a perdonarme a mí misma cuando llegó el segundo momento: el del restaurante. De haber sabido que estaba prometido jamás habría aceptado entrar con él en aquel aseo. Aunque reconozco que fue lo más excitante que me ha pasado en mucho tiempo. A aquello le siguió aquel hermoso lugar y aquella hermosa canción que tuvimos la oportunidad de bailar. Eso me hizo sentirme como en una nube..., hasta que su prometida se encargó de que me bajara de golpe y me estampara contra el suelo, cayéndome de culo. ¡Y odio las caídas de culo!

—Es precioso. Pero no puedo aceptarlo —susurro, devolviéndoselo con un nudo en la garganta.

—¿Por qué no?

—Estás prometido.

—Lo sé, pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—¿Qué clase de persona sería si aceptase regalos de ti?

—No eres la única a la que se los hago.

—Soy consciente de ello —afirmo, recordando a la misteriosa mujer que he visto saliendo de su despacho.

—Tómalo como una forma de pedirte disculpas por lo que pasó en el restaurante.

—¿Me pides perdón por besarme? —pregunto atónita.

—¡No, joder! O sí. ¡Yo qué sé!

—Toma el colgante y devuélvelo —insisto, alargando el brazo.

De nuevo el silencio se interpone entre ambos. Los dos sabemos que estoy en lo cierto y que éste no es el camino correcto. No me merezco ser el segundo plato de nadie, y sé que él tampoco quiere eso para mí. Su semblante cambia

hasta que lo veo cerrar los ojos con fuerza.

—No pienso hacer eso. Es tuyo. Tómatelo como un regalo de bienvenida. O de Navidad, como mejor te parezca. Pero no pienso llevármelo a ninguna parte.

Su firmeza es tal que acabo cediendo. Por eso, y porque me encanta el dichoso colgante.

—¿Por qué siempre te empeñas en quedar por encima como el aceite? —pregunto molesta.

—Complejo de aniquilador, supongo. —Su sonrisa ladina me desarma.

—Está bien, pues me lo quedo —claudico, guardándolo en el bolso. No vamos a llegar a ninguna parte y, al menos, de esta manera yo tendré el colgante, que me encanta—. Pero como un simple regalo de bienvenida de parte de un viejo amigo —aclaro.

—No te lo pondrás, ¿verdad?

—No —miento.

—Bueno, algo es algo.

—Que tengas una feliz entrada de año. Y, gracias, de todas formas.

Observada por él y frente a su quietud, doy un paso hasta colocarme a escasos centímetros. No sé qué espera que haga, pero lo único que logro es ponerme de puntillas para darle un tierno beso en la mejilla. Reconozco que lo hago despacio, tal vez demasiado. Quiero recrearme inhalando su inconfundible aroma. Me acerco un poco más hasta rozar su rostro con los labios. Pronto me doy cuenta de mi error, en el instante en que noto la tensión que le provoco. Yo también he sentido lo mismo. ¡Esto no está bien! Cierro los ojos y me obligo a apartarme de él.

Ambos sabemos que lo correcto es que me marche y lo dejemos correr. Nunca hemos sido amigos y ahora tenemos la oportunidad de serlo por primera vez. Puede que haya interpretado mal las señales y que lo que el destino nos tiene deparado sea una verdadera amistad. Una sincera y real, aunque no sea la habitual ni siga los cánones establecidos. Nuestra relación siempre ha sido especial, y puede que ahora haya llegado el momento de demostrarlo. Tal vez él no pueda verlo ahora, pero estoy segura de que es lo que debemos hacer. Cada uno debe asumir y afrontar las decisiones que haya

tomado por el camino. Y mi decisión es, ahora, no inmiscuirme entre ellos y dejar que nuestro encuentro quede en un bonito recuerdo.

Con la determinación de que hago lo correcto, doy media vuelta y me adentro en el edificio. Juanjo no dice nada, cosa que agradezco. Al cerrar la puerta tras de mí sé que a su vez cierro el baúl de mis sentimientos por él. Ese que tan celosamente guardaba en el desván y que, por mucho que pueda dolerme, acabo de tapar... para siempre.

Capítulo 16

El ambiente que hay en las calles es impresionante. Parece que todos hayamos dejado las compras para última hora, sobre todo en la frutería de mi barrio, donde nos agolpamos y hacemos cola para comprar las uvas. Quedan unas horas para las famosas campanadas, y yo aún tengo que comprar la bebida. Lola se ha empeñado en que pasemos la Nochevieja emborrachándonos y haciendo el tonto. Ella no puede salir por su pierna, así que he aceptado su proposición. En el pueblo, mi familia no se ha tomado demasiado bien que no vaya a pasar la noche con ellos, pero lo han entendido en cuanto les he contado lo de la convalecencia de Lola.

—¿Traes el ron? —me pregunta nada más verme entrar por la puerta cargada como una mula con bolsas.

—Sí.

—¿Y la Coca-Cola?

—Sí —respondo, dirigiéndome hacia la cocina para descargar.

—¿Y el cotillón?

—Sí.

—¿Y las uvas?

—Sí. Y el bozal que daban de regalo con cada racimo.

—¡Vale, vale!

—¿Estás segura de que puedes beber con la medicación? —pregunto mientras vacío el contenido de las bolsas de tela sobre la encimera.

—Y ¿quién ha dicho que vaya a tomármela hoy?

—Así no vas a curarte.

—Me urge más curar heridas internas antes de que se infecten.

—¿Qué heridas tienes tú?

—Que no voy a poder estrenar mi deslumbrante vestido.

—Eso no es una herida.

—No lo será para ti.

El vestido dorado de Lola es impresionante. Hasta yo tengo que reconocerlo. Lo compró en época de rebajas. Ella entiende bastante de estas cosas, y aguardó el momento adecuado para hacerse con él. Se enamoró nada más verlo, según me contó el día que lo trajo a casa. Cuando se lo vi puesto, entendí a qué se refería. Me dejó impresionada, y realza su figura como ningún otro. Es de tirantes, con un escote sensual, aunque sin ser demasiado generoso. Entallado hasta la cadera, la falda, con vuelo en la parte baja, lleva una raja en el lado izquierdo que deja ver casi toda la pierna. No entiendo de telas, puede que sea de gasa, no sé, aunque lo que sí pude ver es la cantidad de pedrería que lleva. Sobre todo, en la parte de arriba, pues en la de abajo las piedras y los brillos desaparecen de forma gradual. Es muy elegante, y a ella le queda como un guante.

—Ahí llevas razón —admito al acercarle la caja de bombones que también me he dado el capricho de comprar.

—Voy a tener que ponerme a dieta en cuanto me quiten esta cosa horrenda que cubre mi esbelta pierna.

—Medio país... se pone a dieta... después de Navidad —digo, relamiéndome los dedos de chocolate.

—¿Por qué no... te lo pones... por mí? —pregunta con la boca llena.

—¿El qué? ¿Tu vestido? —Ella asiente con la cabeza—. ¡Ni loca!

—¿Por qué no? Llevo meses esperando este día. Y, si yo no puedo lucirlo, al menos déjame que te vea con él puesto.

—¿Eso no es algo masoquista?

—Y ¿qué más da? Pienso emborracharme para superarlo.

Ambas reímos.

—Está bien. Lo haré sólo por ti —digo, yendo hacia su cuarto.

—Pero ¡ni se te ocurra aparecer con él con esa trenza horrenda que llevas!
—me advierte a voz en grito.

—¡Mi trenza no es horrenda! —Me defiende de igual forma desde su habitación.

Al cabo de un rato me presento ante ella con el vestido puesto.

—¡Joder! ¿Qué te he dicho? —suelta en cuanto me mira la cabeza.

—Qué pesada eres —me quejo, tirando de la goma y dejando caer mi melena cobriza sobre la espalda.

—No te has visto, ¿verdad? —Su tono de voz ha bajado y en sus ojos veo algo de brillo.

—¿Te has emocionado o llevo demasiada pedrería encima? —pregunto sorprendida ante su reacción.

—Mírate... y lo entenderás.

Convencida de que es por el reflejo del vestido, vuelvo a su cuarto para mirarme en el espejo que tiene en el armario. Al verme en él, me quedo sin habla. Siempre he sabido que ambas usamos la misma talla, pero jamás imaginé que me vería llevando un vestido como éste, que acentuara tanto mis curvas. Por mucho que deteste seguir los cánones de la moda, sé reconocer cuándo una prenda sienta bien y es de calidad..., y ésta reúne ambos requisitos.

—¿Lo entiendes ahora? —pregunta desde el salón. Sabe que tardo en salir porque me estoy tomando mi tiempo en asimilarlo.

—Tenías razón —admito, asomándome por la puerta.

—Camina para que te vea.

Hago lo que me pide, y añade:

—Estás realmente preciosa.

—Siento que no hayas podido estrenarlo.

—Lo haré algún día, puedes estar segura. Y tú también lo lucirás.

—¿Yo? Sí, claro, para ir al pueblo. ¡No te fastidia!

—Ríete cuanto quieras, pero como que me llamo Lola que el mundo te verá con ese vestido.

* * *

Cuando faltan cinco minutos para las campanadas, Lola y yo ya estamos más que contentas, en pijama y tiradas en el sofá. La cena ha sido más bien suave, y el alcohol que ambas llevamos en el cuerpo ya se nos empieza a notar.

—¿Estás segura de que aún no las han dado? —pregunto con mi gorro de cotillón en forma de cono puesto en la cabeza y un collar hawaiano colgado del cuello—. Mira que si ya hemos cambiado de año y nosotras estamos aquí haciendo el idiota con las uvas en la mano...

—Tía, ¿no ves que aún no están brindando? —me cuestiona con los mismos complementos que yo y unas gafas enormes de plástico el doble de grandes que el tamaño de su cara.

—¿Crees que me voy a fiar, con la cogorza que llevas?

—Sí, porque llevo unas lentes con poderes... —afirma, pasando el dedo a través de las gafas, por supuesto, sin cristal.

—¡Poderes...! Eso me recuerda que tengo algo que hacer —digo, y me levanto con un poco de esfuerzo.

—¿Adónde vas ahora?

—La Nochevieja es una noche mágica e ideal para romper con el pasado.

—Lo que te vas a romper es la crisma, y no por la jumera que llevas, que también, sino porque yo misma te la voy a abrir.

Mientras ella gasta saliva, yo voy en busca de mi libro y de mi bolso.

—Dentro de unos minutos será Año Nuevo y dará comienzo una nueva etapa en mi vida.

—Eso ya lo sé. Pero ¿tienes que hacerlo precisamente ahora?

—¡Es el momento perfecto! —respondo, juntando todos los elementos que necesito sobre la mesa.

—¿No estáis ya en la *friendzone*?

—Sí, y debo hacer todo lo posible para que continúe siendo así. Ser amigos es lo mejor que nos puede pasar. Alejándolo me aseguro de ello, eso es todo.

—¡Qué ganas de complicarte la vida! ¿No puedes ser una persona normal, al menos por esta noche?

—Ya sabes que lo intento, pero me aburro enseguida.

Cuando ya tengo todo lo necesario, comienzo a escribir su nombre en un papel, tal y como indica el libro que debo hacer. Lola coge el mando de la televisión y sube el volumen para hacerme perder la concentración.

—¡¿Quieres hacer el favor de dejarme hacer esto?! —bramo molesta al ver que he escrito «Juanjo Campana».

—¡Van a empezar ya! ¡Mira!

Yo la ignoro mientras en la tele comienzan a oírse las primeras campanadas de la noche.

—¡Tía, ven, joder!

—¡Eso son los cuartos!

Yo sigo a lo mío intentando hacerlo lo mejor posible. Un papel, su bolígrafo, un deseo y una frase.

—¡Ya van tres! —grita con la boca llena.

En voz baja, recito la frase para completar el conjuro:

—«Sigue tu camino y deja el mío correr...»

—¡Cuatro!

—«Sigue sin mirar atrás...»

—¡Cinco!

—«... y por el culo te la hinco...» ¡¡¡Joder, así no hay quien pueda!!! —me quejo.

—¡Seis!

Lola continúa metiéndose una uva en cada campanada, y es entonces cuando me doy cuenta de que estaba en lo cierto y no son los cuartos. Me levanto y, corriendo, me siento junto a ella.

—Siete. Te lo he... dicho —afirma con la boca aún más llena.

Yo guardo silencio, pues tengo que meterme seis de golpe para pillarla. Al sonar la número doce, me lanzo sobre ella y nos fundimos en un festivo abrazo.

—¡Feliz Año Nuevo! —grita en mi oído.

Nunca he dicho nada al respecto, pero siempre me ha resultado extraña esta tradición donde, al sonar la última campanada, todos enloquecemos y nos abrazamos como si llevásemos meses sin vernos, cuando un segundo antes

estábamos de lo más normal uno al lado del otro. Aun así, me agrada hacerlo, y todavía más si es con mi mejor amiga, a la que felicito y grito del mismo modo que ella a mí.

* * *

Los primeros minutos del nuevo año los pasamos pegadas al teléfono. En su caso sus amigos, y en el mío mi familia, nos felicitan por la entrada del año nuevo. También lo hago con Manuela, de la que no he sabido nada desde que discutimos y la dejé con su prometido. Lo bueno de este tipo de festejos es que te dan la oportunidad de acercarte a gente. No me guarda rencor por lo que le dije, y durante un buen rato charlo con ella, aunque la mayor parte de nuestra conversación versa sobre su adorada y querida boda.

* * *

Bien entrada la madrugada, y con mucho más alcohol recorriéndonos las venas, las risas y los cantes dan paso a un cambio de registro, convirtiendo la juerga en un momento íntimo y tranquilo entre mi compañera de piso y yo. Sentada en un cojín sobre la alfombra, y con la espalda apoyada en el asiento del sofá donde Lola continúa acostada, me dejo llevar por la melancolía.

—Soy exactamente lo que nadie está buscando —confieso en un susurro.

—Ellos se lo pierden.

—Lo jodido es que yo también.

—Y ¿por qué no haces nada para remediarlo?

—Si insinúas que debo modificar mi forma de vestir, cambia de carril.

—No puedo, es sentido único.

En mi cabeza intento imaginar la carretera a la que hacemos alusión. Hay atasco; demasiados coches.

—El problema —continúo, cuando vuelvo a ubicarme en casa— es que hay más gente interesada que gente interesante.

—Haz lo mismo que ellos.

—¿Por qué tengo que convertirme en alguien que no soy?

—No hablo de eso, sino de ser libre. ¡Yo soy libre! —dice, alzando los

brazos.

—Ser libre no es hacer lo que quieres, sino estar contento con lo que haces.

—Pues yo soy libre y estoy contenta.

—No se trata de estar contenta, que lo estoy, sino de disfrutar. Siempre he creído que la gente inteligente disfruta de su soledad, mientras que el resto la llena con cualquier persona.

—Tú eres inteligente, eso te lo garantizo.

—Puede que sí, pero a veces me gustaría no sentirme tan... sola.

—¿Te das cuenta de que la mayoría de los problemas en el mundo se solucionarían con un buen revolcón?

—Igual tienes razón.

—¡Tía, tienes que follarse! —suelta de pronto.

—¿No puedes ser más romántica?

—Está bien. Voy. —Lola trata de ponerse seria y añade—: Tía, tienes que follarse con velas.

Las dos nos partimos de risa hasta que nos duele la barriga y soltamos alguna que otra lágrima.

—Sigo pensando lo mismo que el año pasado —anuncia, secándose los ojos con la mano—. Tírate a Juanjo y que le den a la zorra.

—No sé si me apetece.

—Puede que sea un gilipollas, pero ya te digo yo que apetece te apetece. Y mucho.

—Es que a mí los tíos que empiezan por *gili* y acaban por *pollas* no me gustan.

—Pues sin *pollas* no tendrían gracia.

De nuevo reímos.

—Tengo una duda trascendental —comento, bebiendo de mi cubata.

—Tírale.

—Si los bajos saben que son bajos y los altos que son altos..., ¿por qué los gilipollas no saben que lo son?

—Buena pregunta, amiga mía —responde, simulando ser el mismísimo Sherlock Holmes.

—Claro que no son ellos quienes lo sufren, sino los que estamos a su alrededor.

—Ahí estoy de acuerdo contigo.

Ambas bebemos mientras reflexionamos.

—Paula, ¿cuál es tu mayor sueño? —pregunta en tono trascendental.

—El que me entra después de comer.

—¡Idiota! —replica entre risas.

Yo me uno a ella, hasta que decido responder la verdad.

—Llegar a ser una buena abogada.

—¡Ya lo eres! —suelta en tono de queja—. Hablo en serio.

—Formar una familia —confieso—. ¿Y el tuyo?

—Tener mi propia boutique de alta costura.

—¿Y la familia?

—Eso os lo dejo a las que no os importa que se os caigan las tetas.

—Para tu información, eso es algo de lo que ni siquiera tú te vas a librar.

—¿Existiendo cirujanos plásticos que lo impidan? Jamás.

—En serio, ¿no te haría ilusión ser madre?

—No. ¿Y a ti cuándo te ha nacido la vena maternal? ¿Tus uvas llevaban *maría* o *madritis* infiltrada?

—No sé. Supongo que, entre la boda de Juanjo y la de Manuela, me he dado cuenta de que yo nunca tendré eso.

—No lo tendrás porque no quieres.

—Espera, que bajo a la tienda veinticuatro horas a comprarme un marido y ahora vuelvo.

—No lo tendrás si sigues sin sacarte provecho.

—¿Vas a salirme con lo de siempre? —repongo.

—Tú misma has visto cómo te sentaba mi vestido.

—Lo sé. Pero no era yo.

—Te equivocas una vez más. —Lola se incorpora apoyándose en el reposabrazos para ponerse aún más severa—. Paula, eres muy inteligente, pero hay cosas que se te escapan.

—¡Ya empezamos! —protesto.

—Tú eres la mujer que había bajo ese vestido. Siempre lo has sido,

aunque te niegues a reconocerlo. ¿Por qué no sacas partido a tu cuerpo, además de a tu mente? ¿Por qué quedarte con uno solo pudiendo hacerlo con los dos?

—Me parece demasiado triste basar mi futuro en mi aspecto físico.

—Mirándolo así, sólo tú consigues hacerte daño. Yo doy importancia a ambas cosas y no por ello me siento inferior a ti.

—Nunca he insinuado tal cosa —aseguro rotunda.

—Pues lo parece cuando te empeñas en no mostrar al mundo quién eres.

—¡Es que no necesito mostrar nada al mundo!

—Sí lo necesitas. Y, sobre todo, a ti misma.

—¿Eso crees?

—Sí. Si no, ¿por qué piensas que Susana te ha confundido con una limpiadora?

—No puedo creer que uses a esa zorra para convencerme de que vista según los cánones establecidos.

—Pues mira, sí, porque acabas de demostrar que estabas en lo cierto. Tu forma de hablar prueba que te falta un buen polvo. Ya sabes lo que dicen, que un buen léxico va unido a una falta de sexo. Y con esas pintas no creo que vayas a tener a muchos tíos llamando a tu puerta.

—¡No necesito tener a varios tíos llamando a mi puerta! —me quejo.

—Cierto, porque sólo tienes ojos para Juanjo.

—¡Ya salió otra vez! Te recuerdo, guapa —me encaro con ella—, que estuve a punto de tirármelo sin necesidad de vestir como, según tú, debo hacerlo.

—¿Te lo tiraste acaso?

—No.

—¡Exacto!

—Pero porque...

—Porque eres tonta. Por eso. Y no te vas a tirar a ningún otro hasta que te saques partido.

—¿Quieres ver cómo me tiro al primer tío que pase por la calle?

Lola me mira escéptica al no creerme capaz.

—¡No hay huevos! —me provoca.

—¡Ahora verás! —digo, levantándome con algún que otro tropiezo.

Como puedo, me arrastro hasta la ventana del salón, que da a la entrada del edificio. Al abrirla, un frío terrible me azota en la cara con fuerza. Me asomo rodeándome con los brazos para darme algo de calor, pero no veo a nadie.

—La calle está desierta —le indico desde mi posición.

—Como tu cama.

—Espera, que pasa alguien. ¡Tío! —le grito a uno que pasa—. ¿Quieres follar?

El hombre, que camina balanceándose y mucho más borracho que yo, alza la cabeza para ver de dónde proviene la voz.

—¡Claro! —responde, mirando hacia la fachada sin llegar a localizarme. Al hacerlo me doy cuenta de lo feo y viejo que es.

—¡Pues que tengas suerte! —le suelto antes de cerrar la ventana.

Lola se descojona con la escena y comenta:

—¿Ves cómo no tienes lo que hay que tener?

—Es que no era mi tipo —me justifico.

—Claro, porque tu tipo es Juanjo.

—¡Se acabó! —bramo harta de sus insinuaciones—. ¡No pienso hacerte caso, no pienso vestirme como os dé la gana a todos los que trabajáis en la moda, y no pienso acostarme con Juanjo Garza porque somos sólo amigos! Si quiere casarse, que se case. Si quieren ser felices y comer perdices, que las coman. Pero yo no pienso cambiar por nadie. ¡Y mira si paso de él que le voy a mandar un mensaje para felicitarle el año! Eso es lo que hacen los amigos, ¿no? ¡Pues ya está! —remato, cogiendo mi móvil de encima de la mesita de centro.

Mensaje:

Paula: ¡FAN!

—¡Listo!

—A ver, enséñame qué le has puesto —me pide. Cuando le entrego el móvil, añade—: ¿Esto para ti es demostrarle que quieres ser sólo su amiga?

—Claro —afirmo mientras me siento de nuevo sobre el cojín.

—Tía, le has dicho que eres su fan.

—¡No! Son las siglas de «Feliz Año Nuevo» —me defiendo.

—¡Eso es, con un par!

—Sabía que lo entenderías. ¡Brinda conmigo!

Lola choca su copa con la mía y ambas bebemos.

—Me alegra verte tan segura.

—Gracias.

—Aunque desde ya te digo que eso no lo entiende ni el tato.

Su comentario nos hace reír, y así continuamos durante un buen rato. No sé en qué momento damos por finalizada la velada y nos vamos a la cama, pero tengo una cosa clara: mis ideas permanecen más firmes y consolidadas que nunca, y sé que entre Juanjo y yo nunca habrá nada más que lo que hay. Una simple y llana amistad.

Capítulo 17

Los primeros días del año los dedico a cerrar los dos casos que tengo pendientes de cuando trabajaba en el bufete de Leo. Uno de ellos está casi resuelto a falta de la ratificación de la demanda y el convenio regulador ante el letrado de la Administración de Justicia. En el otro caso, en cambio, aún está por confirmar el trámite con el que se llevará a cabo el divorcio. En mi última reunión con las partes no hubo acuerdo por las medidas de materia patrimonial. Por fortuna sí lo hubo con las paternofiliales. Hasta el representante del Ministerio Fiscal se sorprendió de la rapidez con la que ambas partes se pusieron de acuerdo en cuanto a los hijos menores. Hoy me reúno con éstos en una audiencia previa. Espero que mis últimas modificaciones al convenio sean del agrado de ambos cónyuges.

Sé que Domingo no pondría reparo alguno en que usara la sala de juntas del gabinete, pero he preferido citar a los clientes en mi antiguo bufete, pues son clientes de allí, y es el lugar donde siempre los habíamos reunido. El encuentro dura menos de lo previsto. He acertado de lleno con el nuevo convenio regulador, y los he emplazado para una próxima cita para su ratificación.

—Una vez más, lo has logrado —me dice Leo cuando estamos a solas tras acabar la reunión.

—Sí, me alegro de no haber llegado a juicio. Lo veía un poco turbio, la verdad.

—Uno de tus dones es volver claro lo oscuro.

—Si pretendes adularme para que regrese, lo tienes complicado —me mofo.

—¡Me has pillado! —comenta, haciendo un gesto con el brazo.

Ambos reímos.

—Vuelve cuando quieras. Ésta es tu casa.

—Gracias, Leo. No dudes en llamarme si me necesitas.

—Descuida. Mucha suerte, reina —me despide con un cálido abrazo paternal.

Al salir, vuelvo a ponerle el sonido al móvil y compruebo que tengo un mensaje de Juanjo.

Juanjo: Déjame en paz.

Desde Nochevieja lo he llamado varias veces. La última, esta mañana antes del careo. No es muy normal que cuando felicitas a alguien no responda, y quería saber si le había ocurrido algo. No entiendo su actitud, y decido llamarlo de nuevo. Como en las ocasiones anteriores, los tonos de llamada se agotan y él no contesta. No sé qué mosca le ha picado para que esté tan molesto conmigo. Se supone que somos amigos, y su actitud no concuerda. Mientras paseo de camino a casa, le doy vueltas a lo que le ha podido ocurrir, y es entonces cuando caigo en la cuenta: ¡el hechizo! Pensé que por la interrupción de las campanadas no tendría efecto, pero ya veo que sí. ¡Soy una bruja de la leche! Aunque me apena que no podamos ser ni siquiera amigos. Puede que me pasara con la última frase...

Mis reflexiones son interrumpidas por una llamada que me entra en el teléfono.

—Dime, Domingo.

—Paula, buenos días. ¡Y feliz año!

—Igualmente.

—¿Te pilló en mal momento?

—No, dime.

—Sé que es un poco tarde, pero... ¿podrías venir al despacho? Es

importante.

—Claro. Dentro de quince minutos estoy allí.

—Perfecto. Hasta ahora.

En el metro me pregunto qué será lo que tiene que decirme. Desde mi entrevista en su despacho, apenas nos hemos visto en un par de ocasiones por los pasillos, y hasta ahora nuestras escasas conversaciones han sido telefónicas. Debe de ser importante para que quiera verme en persona.

* * *

—Pasa, Paula —me indica cuando llamo a su puerta.

—Buenos días —saludo al entrar.

Juanjo está con él, pero no dice nada al verme. Yo tampoco.

—Siéntate, por favor.

Lo hago en silencio, frente a su mesa, y junto a mi antiguo compañero de instituto.

—Os he reunido para informaros de que uno de nuestros mejores clientes quiere pedirle el divorcio a su mujer. Paula, tú no lo conoces, así que te pondré al corriente. Leandro es cliente nuestro desde hace años. Tiene una gran empresa constructora y trabaja con los arquitectos más importantes de Madrid. Su compañía es la artífice de la mayor parte de las mansiones de la gente famosa, como futbolistas, políticos y un largo etcétera. Uno de los socios del gabinete es quien le lleva las finanzas, pero prefiero que su demanda de divorcio la llevéis vosotros.

—¿Cómo que nosotros? —pregunta Juanjo molesto.

—Sí. La prensa se nos echará encima como buitres en cuanto se enteren de la noticia, y quiero que se lleve con cautela en la medida de lo posible. Creo que será bueno que os ocupéis los dos; confío en que podréis despistarlos. Además, Leandro me ha pedido que intentemos llegar a un acuerdo y que no vayamos a juicio.

—Yo trabajo solo —manifiesta Juanjo. Su forma de decirlo me quema las entrañas. ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Es bipolar o es sólo un tonto *jodiente*?

—Lo sé. Pero, como ya he dicho, este caso es especial, y he pensado que

sería bueno para el gabinete que trabajaseis codo con codo.

—Pues has pensado mal.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta Domingo frunciendo el ceño. Es curioso, yo iba a hacer lo mismo. Estoy tan perdida como él.

—Nada que deba preocuparte —responde sin aclarar más.

—Me temo que estás equivocado, Jota Jota. No soy vuestro jefe, pero sí el director de este gabinete, y, por tu reacción, sé que sucede algo entre vosotros y que, por tanto, puede afectar al caso, y a todos, si se perdiera al cliente.

—No lo perderemos. Ya te he dicho que no es nada de lo que debas preocuparte. Simplemente no he trabajado nunca con nadie y no voy a hacerlo ahora.

—Paula, estás muy callada. ¿Algo que decir al respecto?

Los dos me observan cuando voy a responder.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con él. Yo también estoy acostumbrada a trabajar sola. Además, por mi experiencia, si lo que quieres es conservar al cliente, creo que lo mejor es que no sea yo quien lleve su caso.

—¿Ves? Los dos estamos de acuerdo. Ella no está capacitada para llevar el caso —sentencia Juanjo, echándose hacia delante y abrochándose el botón de la chaqueta—. Asunto arreglado.

«¿Que no estoy capacitada?! ¿Cómo se atreve?! No sé qué diablos le pasa, pero no pienso perder esta oportunidad ni dejarme amedrentar, por mucho que le pese.»

—Una negación plausible que debo matizar, si me está permitido —comento, mirando a Domingo.

—Tú dirás —me invita a continuar.

—Has dicho que es Leandro quien quiere interponer la demanda.

—Así es.

—Y ¿quién va a representar a la otra parte?

—¿Estás loca o tienes problemas de memoria? —espeta Juanjo—. Ha dicho que es uno de nuestros mejores clientes. No va a permitir que seamos nosotros quienes llevemos a la parte contraria.

—Puede que al principio no lo vea conveniente y que incluso le parezca una idea desleal —respondo, dirigiéndome aún a Domingo—, pero, bajo mi

punto de vista, ¿qué mayor confianza puede aportarle que sea su gabinete quien gestione sus bienes? Somos sus abogados, ¿quién mejor que nosotros para asegurarle que nuestra intención no es desangrarlo?

—¡Qué estupidez! —suelta mi archienemigo.

—¡Qué buena idea! —responde Domingo.

«¡Chúpate ésa, mamón!», pienso mientras me imagino tocando una guitarra eléctrica al más puro estilo heavy, rematado con un contundente corte de mangas.

—¡No puedo creer que te lo plantees siquiera! —le replica—. ¿Cómo puedes pensar que esa idea es buena?

—Jota Jota, siéntate, por favor.

Disgustado como pocas veces lo he visto, él obedece.

—Voy a ser claro —comienza a exponer Domingo de forma severa—. No sé qué cojones te pasa esta mañana, pero no estás pensando como abogado, y mucho menos estás teniendo en cuenta al bufete. La idea que ha tenido Paula es buena para el negocio, te guste o no. Lo que haya pasado entre vosotros me importa una mierda, y esto va para los dos. Aunque, visto desde otra perspectiva, vuestro enfrentamiento será bueno para el caso y me garantiza que iréis a por todas, agotando hasta el último recurso para defender los derechos del cliente. Así que poneos en marcha y, pase lo que pase, haced el favor de ser profesionales y de demostrarme que no me equivoqué al contar con vosotros. Haced que me sienta orgulloso de mi equipo. Eso es todo. Podéis marcharos.

Satisfecha, asiento con la cabeza y me levanto a la vez que lo hace Juanjo. Está muy enfadado y no se molesta en ocultarlo. Él no es el único que sabe hacer su trabajo y, si bien no me he ganado ningún mote como el suyo, lo cierto es que, en mi campo, soy una digna rival que no se achanta ante ningún contrincante.

Juanjo sale disparado del despacho sin despedirse ni cederme el paso, gesto que no le pasa desapercibido a un siempre atento Domingo.

—Paula, espera. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro —digo, cerrando la puerta y volviéndome hacia él.

—Sé que eres buena en tu trabajo; yo mismo te recluté.

—Gracias.

—Pero debo preguntarte esto. ¿Estás segura de que quieres enfrentarte a Jota Jota?

—Más que nada en el mundo —afirmo rotunda.

—Debes saber que no lo llaman *Aniquilador* por nada.

—Lo sé.

De la Fuente enmudece un instante para examinarme. Lo hace para corroborar que estoy segura y que no pienso echarme atrás en mi decisión.

—Veo que tienes lo que hay que tener para ser una buena abogada, y sobre todo para enfrentarte a él. Sólo me queda decirte que, si me necesitas para cualquier cosa, no dudes en contar conmigo.

—Te lo agradezco, Domingo.

—En cuanto hable con Leandro, te hago llegar los datos que necesitas a través de Nelly.

—Perfecto.

—Mucha suerte, Paula.

—Gracias —digo saliendo definitivamente del despacho.

No voy a negar que tanto ensalzamiento hacia la capacidad de Juanjo me pone algo nerviosa. Lleva años siendo uno de los mejores abogados en su campo, lo que no deja de ser inquietante. Pero saber que Domingo está de mi lado y que ha apoyado mi propuesta a la primera me aporta la suficiente confianza para enfrentarme a él. Y eso es justo lo que me dispongo a hacer cuando me dirijo como una flecha hacia su despacho.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunto en cuanto me coloco frente a su mesa.

Pero él no me hace caso. Actúa como si no estuviese aquí, sentado en su sillón y sin levantar la cabeza del expediente que tiene ante él. No suelo decir palabrotas, aunque ahora mismo tengo unas cuantas en fila aguardando la señal de salida.

—Juanjo, ¿te importaría decirme qué coño te pasa? —«Hala, ya se me ha adelantado una, y va camino de la meta»—. ¿Piensas seguir ignorándome mucho tiempo? —exclamo sin alzar mucho la voz. Aunque de buena gana le daba un buen grito, tal vez así atraería su atención.

Desesperada, me cruzo de brazos y cambio de tema.

—¡Te he llamado varias veces!

—Lo sé. He mirado cómo sonaba —responde con despotismo, sin apartar la vista de los dichosos papeles. Odio que hagan eso.

—Entenderás que, si no sé lo que te pasa, no puedo...

—Te creía lo bastante inteligente como para saberlo —manifiesta aún sin mirarme. Me está poniendo de los nervios y no sé cuánto tiempo más podré soportarlo.

—La inteligencia tiene sus limitaciones. En cambio, la estupidez no conoce fronteras —suelto muy muy molesta.

—No estoy siendo yo precisamente el estúpido de los dos. ¿Quieres ir contra mí? Pues atente a las consecuencias.

—Has sido tú el que se ha negado a trabajar conmigo. Eso, por no hablar del apoteósico momento en el que has afirmado que no estoy capacitada para llevar el caso. ¿Quién te has creído que eres?

—El mejor abogado de este bufete.

—La humildad no es tu fuerte.

—Ni la coherencia el tuyo.

—¿Qué quieres decir?

—Si no eres capaz de mantener tu palabra, ¿cómo esperas que confíe en que sepas representar a nuestro mejor cliente?

—¿De qué demonios hablas?

—No tengo nada más que decir. Si me haces el favor, sal de mi despacho.

—¡Y una mierda! —bramo fuera de mí, clavando la palma de mi mano sobre el expediente al que no le quita el ojo.

Por primera vez desde que he entrado por la puerta, el déspota de Juanjo se digna a levantar la vista y mirarme a la cara.

—No juegues conmigo, Paula —suelta con rotundidad.

—¿Crees que he jugado contigo? ¡Esto es el colmo! ¿No será al revés?

—No voy a permitir que hagas mío tu problema.

—Pero ¿de qué problema hablas?

La tensión entre ambos es brutal. Los dos jugamos a ser el más fuerte y ninguno está dispuesto a ceder frente al otro.

En silencio, y de un modo intimidante, Juanjo se levanta, rodea la mesa y llega hasta mí abrochándose el botón de la chaqueta. En cualquier otro hombre ese gesto no tendría la menor importancia y sería algo normal, pero en él no lo es. Es mucho más. Lo hace con calma, con clase y un estilo acompañado de una mirada aniquiladora que consigue ponerme nerviosa de verdad. Mis latidos acaban de multiplicar por dos su velocidad, y no estoy para multas. Lola tenía razón: este hombre impone... y me pone.

—Punto número uno —empieza, inclinando levemente la cabeza cuando llega hasta mí—: fuiste tú quien decidió que sólo seríamos amigos.

—Es lo que intento.

—No es cierto.

—Creía que había quedado todo claro el otro día en mi puerta.

—Eso pensaba yo. Hasta que me enviaste un mensaje que no venía a cuento.

Su mirada es tan fiera que me cuesta mantenerme erguida.

—Si te refieres al de Nochevieja, es un mensaje cifrado, una broma que...

—¡Lo que tú llamas *broma* me ha costado una bronca, y de las gordas! —sentencia con firmeza antes de volverse y salir de la oficina.

Sin pensarlo dos veces, voy tras él. Sus pasos son mucho más grandes que los míos y acelero el ritmo para alcanzarlo. Ha entrado en el archivo, que es la puerta de al lado, la que está al fondo de la galería de civil. Lo conozco de una tarde que Nelly me lo enseñó y me hizo entrega de una copia de la llave. Aquí, el espacio se compone de pasillos formados por las numerosas y enormes estanterías repletas de cajas de archivo. Juanjo se dirige hacia el último de la derecha, donde está el material de oficina.

—Siento oír eso —miento al llegar a su lado. La sola idea de que rompa con esa arpía me produce un hormigueo en el estómago.

—Tus palabras no concuerdan con tus hechos —afirma mientras coge unos cuantos folios.

—No soy precisamente yo la que...

—No puedes hacer lo que te venga en gana, Paula —añade sin mirarme, concentrado y debatiéndose entre llevarse un bolígrafo azul o uno negro—. La última vez que nos vimos en tu puerta me dejaste bien claro que entre tú y yo

no habría nada. Pero no paras de llamarme.

—*Nada* no es la palabra más adecuada, que digamos. Intento ser tu amiga, Juanjo.

—Tú y yo nunca hemos sido amigos —sentencia, decantándose al fin por el azul.

«Será mamón...»

—Podríamos intentarlo —respondo sin lograr que me mire.

—La respuesta es no.

—¿Por qué no? —insisto.

Juanjo no contesta. Ni siquiera me mira, y eso me enfada aún más. No sé qué mosca le ha picado, pero con su actitud sólo está consiguiendo que saque lo peor de mí.

—¡Está bien! Y ¿qué propones entonces? —pregunto, molesta por la forma que tiene de ignorarme y para poner fin a esta absurda situación que él ha creado entre ambos.

—¿Sabes lo difícil que me lo estás poniendo? —suelta de pronto, dejando caer al suelo todo lo que llevaba en la mano y empotrándome contra la estantería que tengo a mi espalda—. Acuéstate conmigo.

«Confirmado: este tío es bipolar. Aunque he de reconocer que es el bipolar más sexy de todo el planeta Tierra.»

Aniquilando la poca distancia que había entre nosotros, Juanjo restriega su cuerpo contra el mío, apoyándose en uno de los estantes que hay por encima de mi cabeza. Trago saliva e intento llevar a mis pulmones el oxígeno que los muy idiotas no están sabiendo tomar por ellos mismos. El aire se ha vuelto de repente irrespirable, y el poco que inhalo me parece insuficiente. Aunque sé que el único responsable de que me sienta así es Juanjo por la forma que tiene de mirarme. En sus ojos sólo hay deseo y afán por devorarme. Imposible no sentirme como una presa ante su implacable cazador. Sus labios rozan los míos con suavidad, y yo comienzo a sentir cómo la sangre de mi cerebro desciende y se concentra en mi entrepierna. «¿Me estaré convirtiendo en un hombre?»

—Estás prometido —acierto a decir en un hilo de voz. Por fortuna, debe de quedar alguna gota ahí arriba.

—¿Crees que no lo sé?

Su pregunta esconde un intento de liberación para él y un sentimiento de culpabilidad para mí.

—No está bien.

—No estás en mi lugar para entenderlo.

—No podría, aunque quisiera. El compromiso lleva implícita la lealtad.

—No eres tú quien le debe lealtad a nadie.

—Defiendes la ley, pero no estás siendo justo.

—Lo que no es justo es que aparezcas en mi vida y la desarmes de la forma en que lo estás haciendo.

—No era mi intención desarmarte nada.

—Eso sería como pedirme que actuara como si no existieras. Y eso es imposible.

—Pues hasta hace un segundo te estaba saliendo de maravilla —digo defendiéndome.

¿Cómo puede sacar de mí todos los estados de ánimo posibles?

—Tampoco es que tú me lo hayas puesto muy fácil.

—No quiero ser un mero entretenimiento para ti —confieso en un susurro. Su cercanía me impide pensar con claridad.

—Yo no llamaría *entretenimiento* a lo mucho que me cuesta controlarme.

—Sé que hay otras —afirmo al recordar a la mujer que vino a dejarle el sobre negro.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con el ceño fruncido—. Nunca le he sido infiel a Susana hasta que llegaste tú.

—Y ¿por qué vienen a escondidas a verte?

—¿De qué estás hablando?

Juanjo da un paso hacia atrás y deja que, de nuevo, la distancia reine entre nosotros.

—Lo que contuviera aquel sobre no es de mi incumbencia, pero al menos podrías citarte con ellas fuera del trabajo y no mezclar tu vida privada con la oficina.

—¿De qué sobre hablas? ¿Qué citas? Yo no me cito con nadie. Ya te he dicho que...

—Ahórratelo. En verdad, no es asunto mío y tampoco me interesa.

—¡Se acabó! No tengo ni la más remota idea de lo que hablas, pero me da igual. Me importa una mierda que pienses que me acuesto con una o con veinte mil mujeres. Tú lo has dicho, es cosa mía. Y si tampoco me quieres en tu cama, ¡pues perfecto! Te aseguro que podré soportarlo. Pero lo que no pienso tolerar es que te salgas con la tuya. Te advertí que de esa puerta para adentro no tenía amigos y mantengo lo que dije. ¡Pienso ir a por ti como nunca antes he hecho!

—Si vas a hacerlo en carroza, avísame para que me ponga el zapato de cristal —me mofo sin amilanarme. Realmente es un hueso duro de roer, pero cuento con la ventaja de que él no sabe qué tipo de hueso soy yo.

—Me alegro de que uses el humor, porque te hará falta en más de una ocasión.

—Suele venir acompañado del razonamiento, así que, si aceptas un consejo, procura estar alerta.

—Acepta tú otro —anuncia, dando un paso hacia mí. Su mirada es dura y despiadada—. Cuida a tus amistades, porque te harán falta cuando acabe contigo.

Sus palabras logran herirme. Su inquina y su odio son tan fuertes como la tensión que emana de su cuerpo. Su voz y sus ojos son fieros, agresivos e inquietantes en extremo. Las manos me tiemblan y sé que no es por el frío, inexistente dentro de estas cuatro paredes. Busco de forma atropellada en mi mente una respuesta que darle. Tarea difícil cuando el 99,9 por ciento de mi cerebro sólo piensa en darle una merecida patada en sus partes. ¿Cómo puede ser tan gilipollas?

—No olvides esto y grábatelo a fuego en tu memoria para el resto de tu vida porque no pienso repetírtelo —mascullo entre dientes, plantándole cara—. Tienes cualidades que detesto, pero admiro tu inteligencia, y sé que ésta te permitirá entender lo que voy a decirte: ¡vete a la mierda! —remato antes de volverme y marcharme todo lo deprisa que puedo.

Capítulo 18

Nelly me envía un correo con los datos de Soledad, la mujer de Leandro. En él me explica que Domingo ha hablado con el cliente y que está de acuerdo en que sea yo quien lleve el caso de su esposa. Ambos cónyuges quieren que se resuelva cuanto antes, y así me lo hace saber.

Una vez que dispongo de carta blanca para realizar mi trabajo, llamo a la mujer y quedo con ella en una coqueta cafetería. He escogido este sitio porque es tranquilo y podremos hablar abiertamente. Y porque me niego a cruzarme con Juanjo.

Soledad resulta ser una mujer encantadora. Nada más verla sé que es buena gente y que mi labor con ella será grata. En los primeros minutos de nuestra charla me cuenta que tiene cincuenta años, de los que lleva casada veintinueve de ellos, que es una cirujana plástica muy reconocida, con una clientela repleta de famosos, y que tienen dos hijos mayores, fruto del matrimonio. Aún no la han hecho abuela, pero no pierde la esperanza de que el momento llegue pronto.

—Entonces ¿vivís solos? —le pregunto mientras doy un sorbo a mi segundo café de la tarde. Es descafeinado; la cafeína suele afectarme a partir de las cuatro.

—En realidad no. Tenemos a *Nano* y *Nona*.

El gesto de mi cara le demanda la respuesta por mí.

—Son nuestros perros. Dos hermanos que compramos al poco de nacer.

Mira.

Soledad saca su móvil del bolso y, tras una corta búsqueda, me muestra una fotografía de dos pequeños bichones malteses, tan bonitos y blancos como la nieve.

—Son preciosos —afirmo con los ojos entreabiertos. Imposible no enamorarse de ellos.

—Lo son todo para mí. Junto con mis hijos, claro, no me malinterpretes.

—No lo hago.

—Cuando le dije a Leandro que quería el divorcio, el muy condenado me amenazó con quedárselos.

—Espera un momento: ¿fuiste tú quien le pidió el divorcio?

—¡Claro que sí! Es él quien no me da lo que quiero.

—Creo que es momento para que entremos en materia. ¿Puedo saber cuál es el motivo por el que quieres acabar con la relación?

—No folla —suelta de pronto y de una forma tan contundente que me habría caído al suelo de no estar sentada.

—¿Cómo dices?

—¿Estás casada?

—No.

—Por eso no sabes de lo que te hablo. Las solteras lo hacéis cada vez que queréis.

—No precisamente —murmuro con la intención de ponerme de su parte. O de admitir una verdad como un templo. No lo tengo muy claro.

—Verás, Paula. No me da vergüenza contarlo, pero debo asegurarme de que lo que hablemos quedará entre tú y yo.

—Tienes el secreto profesional garantizado, y mi palabra.

—Me vale —afirma, acercándose un poco más a mí. Yo hago lo mismo frente a ella para asegurar que nadie pueda oírnos—. Yo siempre he sido una mujer recatada, acorde con la educación de mi época. —Asiento con la cabeza, sé lo que quiere decir—. En mis tiempos había que llegar virgen al matrimonio. Craso error, pues no se nos permitía probar el chorizo antes de cargar con el cerdo entero. —Su comentario me arranca una sonrisa; conozco esa frase desde que era pequeña—. Teníamos que esperar a la noche de bodas

para poder consumir. Aunque, en mi caso, ni eso. Leandro se pasó todo el convite bebiendo, y cuando llegamos a nuestra primera casa, un viejo piso que nos vendió un familiar, se quedó frito de la borrachera que llevaba, el muy hijo de su madre.

—Vaya, lo siento.

—Más lo siento yo. Pero se agradece. El caso es que han pasado los años, hemos formado una familia y todo iba bien hasta que... comencé a leer novelas eróticas, y le pedí más.

Su revelación me deja sin habla.

—¿Has leído alguna?

—Lo cierto es que no —confieso, recordando las veces que Lola me ha insistido en que leyera alguna de las muchas que tiene en casa. Tiene más novelas que discos, y todas de sus autoras favoritas de romántica-erótica, tanto de comedia como de cualquier otro subgénero.

—¿No? —Su cara de asombro me hace cuestionarme si no seré de otro planeta.

—Debo de ser de las pocas personas que no lo han hecho, no eres la primera que me lo pregunta. Pero, por lo que he oído decir de algunas de ellas, no me interesa.

—Supongo que te refieres a las que incluyen sadomasoquismo o similares.

—Sí.

—En esas novelas hay mucho más que eso. Y, como todo en la vida, primero hay que probarlo para poder enjuiciarlo.

—¿Tú lo has probado?

—No, pero me quedo con las ganas. Sólo tengo una cosa clara: quiero que me empotren, que me hagan enloquecer y que me pongan mirando para Cuenca.

—Sonrío al oírla. Llevo toda la vida oyendo esa frase y nunca me he sentido identificada; es acordarme del pueblo y perder toda la libido—. Quiero probar todas las posturas que me sean posibles, que me den un cachete en el culo o dos mientras me dicen guarradas al oído. Quiero sentirme deseada, que me miren con lujuria y que me hagan enloquecer de placer. En definitiva, quiero vivir.

—Y ¿cómo sabes que te va a gustar? —pregunto intrigada. Escuchar esa

última parte me resulta maravilloso. Hay tanta vida en sus palabras que logra emocionarme con cada una de ellas.

—Porque, si me pongo cachonda con sólo leer esos libros, imagina lo que tiene que ser vivirlo en carne y hueso. Una novela que se precie te hace ponerte en el lugar de sus personajes. Y, cuando se trata de una erótica, no te quiero ni contar las ganas que me entran de probar lo que vive su protagonista. No me refiero sólo a la famosa trilogía de la que todo el mundo habla, hay muchas más y mejores, te lo puedo asegurar.

—No sabía que había tantas.

—¡Y que vengan muchas más! Verás, yo antes pensaba que el sexo era tal y como nos habían enseñado, para procrear y poco más. Vale, no voy a negar que no dé placer, pero realmente yo no sabía lo que era un orgasmo hasta que di con esos libros.

—Siento oír eso.

—Desconocía lo que era ser clitoriana, y mucho menos sabía de la existencia de juguetes eróticos. Todo eso lo aprendí con las novelas eróticas. Lograron despertarme, me enseñaron y me siguen enseñando mucho más de lo que jamás creí que aprendería. Antes, hablar de este tipo de temas con mis amigas era algo bochornoso e incluso me avergonzaba. Ahora me parece de lo más normal.

—Ya veo.

—¿Quieres saber mi opinión de por qué se han hecho tan famosos ese tipo de libros?

—Lo cierto es que me lo he preguntado en más de una ocasión.

—No se debe a lo que muchos hombres piensan, entre los que incluyo a mi marido. Ellos creen que somos unas golfas por leer ese tipo de novelas. Y no es así. La literatura erótica existe desde hace mucho tiempo, pero ha sido en los últimos años cuando ha despuntado y las mujeres nos hemos desprendido del tabú. Hoy día leer esas novelas es algo normal. ¡Y doy gracias por ello! Porque, como te he comentado, con ellas me liberé. Y no soy la única. Nos ha pasado a muchas mujeres. Estos libros nos han enseñado y mostrado un mundo que desconocíamos por completo. Ahora mis amigas y yo hablamos de sexo, por primera vez en nuestras vidas, como debe ser, de un modo abierto, sin

tabúes y sin complejos.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—Y lo harás más cuando los leas. Tienes mucho donde elegir, el campo es infinito. ¡Oh, Dios mío! Tienes que leerlos. Te aseguro que verás el sexo de otra forma y te liberarás de muchos tabúes.

—No sé. Supongo que tienes razón. Aunque hay cosas que aún me cuesta entender.

—¿Como qué?

—El intercambio de parejas, por ejemplo.

Soledad ríe antes de contestar.

—Ese tema es un poco más complejo. Yo antes lo veía como tú, algo impensable e incluso obsceno. Pero te aseguro que, después de leer ciertas novelas, mi perspectiva es otra muy distinta. Es una modalidad de sexo como cualquier otra. Puede hacerse en privado o en locales que hay especializados para ello. Allí eligen a otras parejas o a una sola persona con la que compartir un cuarto y experimentar cosas nuevas. Habiendo acuerdo entre ambas partes, ¿quién puede cuestionar lo que una pareja haga en su intimidad? Créeme, lo entenderás cuando los leas. Lo que ahora pueda parecerte impensable después puede convertirse en tu mayor deseo. No es ninguna locura y está a la orden del día.

—Y ¿eso no afecta a la pareja?

—Y ¿por qué habría de hacerlo si es algo que quieren los dos? Peor que probar cosas nuevas y vivir el sexo de un modo morboso es la rutina. ¡Ésa sí que afecta a un matrimonio! Lo aniquila y lo mata sin que haya remedio.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿De verdad no te molestaría que tu marido se acostase con otra?

—Y ¿por qué iba a hacerlo si mientras él lo hace yo me tiro a otro?

Ambas reímos tras su respuesta. Habla del tema con tal naturalidad que, pese a que yo soy más joven que ella, hace que me sienta como una neandertal a su lado.

—Deduzco que a tu marido no le van ese tipo de cosas.

—Deduces bien. Ni te imaginas la de discusiones que hemos tenido por

culpa de los libros. Dice que me han lavado el cerebro. Estoy segura de que, de ser sacerdote, los compararía con el mismísimo demonio.

Sonríó al oírla. Esta mujer es una caja de sorpresas.

—Mis hijos no saben nada del tema, por supuesto. El mayor pondría el grito en el cielo. En cambio, mi hija creo que me entendería y me apoyaría en mi postura.

—¿No ha habido forma de convencer a tu marido?

—Lo he intentado todo, créeme. Pero él siempre llega cansado del trabajo, y es a él a quien le duele la cabeza. En más de una ocasión lo he recibido semidesnuda al llegar a casa, aunque nada ha dado resultado. Un día, incluso, dispuesta a tener una noche desenfundada, lo esperé preparada con toda la artillería. Puse música erótica de fondo, me atavié con el conjunto de lencería que más le gusta, uno de encaje negro que poco deja a la imaginación, y encendí velas por todo el salón. Al entrar por la puerta, lo único que se le ocurrió soltar fue: «¿Quién se ha muerto?». De buena gana me lo habría cargado allí mismo, y ahora estaríamos hablando de homicidio en primer grado.

Río con su comentario. Ambas lo hacemos. Esta mujer es increíble y me cae mejor a medida que la voy conociendo.

—¿Cada cuánto tiempo lo hacéis? Entiende que debo hacerte este tipo de preguntas por...

—Tú pregunta sin miedo. Tienes toda la libertad para hacerlo. ¿Ves? A esto me refería. Yo antes no era así, no era tan liberal como lo soy ahora. Si me hubieses formulado la pregunta hace unos años, me habría escandalizado e incluso molestado por tu osadía. En cambio, ahora hablo del sexo como lo que es, algo natural de lo que goza todo ser vivo sobre la Tierra. La respuesta a tu pregunta es bien sencilla: mi marido es un hombre almanaque.

—¿«Hombre almanaque»?

—Sí. ¿Sabes los días que en un calendario están en negro?

—Sí.

—Pues éstos no toca. Los únicos en los que puede caer algo son los rojos. Y no siempre.

—Vaya.

—Paula, quiero que seas tú quien lleve mi caso. Quiero que prepares la demanda, pero con una condición.

—Que me lea los libros.

—Sabía que no me equivocaba contigo. —De nuevo reímos—. Me transmites confianza.

—Me alegra oír eso, porque a mí me ocurre lo mismo contigo.

—Dime qué necesitas, porque estoy dispuesta a todo. Bueno, mi intención no es quitarle todo lo que tiene, me gustaría que lo supieras.

—Soledad, no vamos a por lo que tiene. Vamos a ir a por lo que te mereces. Si estás de acuerdo, claro.

—No podría estarlo más. Eso sí, los perros son míos.

—Dices que fue él quien te amenazó con quitártelos, ¿no?

—Sí. Los dos adoramos a esos pequeñajos.

—Sólo por hacerme una idea, ¿te has planteado quedarte tú con uno y él...?

—No sigas —me interrumpe—. No me importa que se quede con el chalet, que es lo más valioso que tenemos, pero los perros son míos. No pienso ceder en eso.

Nuestra charla continúa hasta bien entrada la noche. Tanto es así que acabamos cenando juntas en un restaurante de la capital. En todo ese tiempo, Soledad se convierte no sólo en mi clienta, sino también en una persona digna de admirar, y de la que aprendo muchas cosas en apenas unas horas. Su intención no era separarse de su marido, y mucho menos divorciarse. Ella sólo deseaba que él aceptara experimentar algo nuevo para avivar sus encuentros íntimos, pero su negativa la llevó a dar este paso. Acabar con la rutina y sentirse viva y joven de nuevo se han convertido en sus mayores ambiciones, y no piensa parar hasta conseguirlo. Y yo tengo intención de ayudarla.

Emplazándola para que me haga llegar todos los documentos necesarios para preparar la demanda lo antes posible, me despido de ella en la puerta del restaurante antes de subirnos a nuestros respectivos taxis. Ya de camino a casa, y agotada por el intenso día, me dejo caer en el asiento trasero. Mientras observo a través de la ventanilla lo bonita que está la ciudad de noche, pienso en la cantidad de tareas pendientes que tengo. Son muchas, lo sé. Pero hay una

a la que debo dar prioridad para ganar este caso: pasarme por una librería.

Capítulo 19

El 5 de enero, de camino al despacho, Guille me llama por teléfono. Están encantados con el carricoche, y así me lo hace saber.

—Me alegro de que os guste.

—Es justo el que Angustias quería. ¿Cómo lo has sabido?

—Una tiene sus fuentes —comento orgullosa.

—Me alegra ver que cumples como madrina.

—Mientras pueda, haré todo lo que esté en mi mano, hermanito. Por cierto, ya va quedando menos. ¿Cómo lo lleváis?

—¿La verdad? Deseando que salga de una puñetera vez. Me tiene hasta los huevos. Me ha mandado a dormir al sofá, ¿te lo puedes creer?

—¿Y eso? —La idea me arranca una sonrisa.

—Dice que la molesto y que no puede dormir. Eso no se lo cree ni ella. Tendrías que oírla roncar por las noches. Yo creo que hasta se mueve el techo.

Esta vez, río a carcajadas.

—Bueno, hermanito, tengo que dejarte —le comunico al llegar al edificio—. Dales un beso a todos de mi parte.

—Otro para ti, hermanita.

En el gabinete ya empieza a haber mucha más vida que en los días anteriores. Hay más oficinas ocupadas y se oyen más voces en los pasillos. Tras echar un vistazo a la cafetería y comprobar que no hay nadie, continúo hasta llegar a mi despacho. De soslayo veo que Juanjo no está en el suyo, lo

que me tranquiliza. Aunque la sensación de paz dura menos de lo que esperaba. En cuanto enciendo el ordenador me doy cuenta de que algo no va bien. Introduzco la contraseña las dos veces que me veo obligada a reiniciar el equipo. El ratón no funciona, y lo más extraño de todo es que, al conseguir abrir un archivo del escritorio, ocurren cosas extrañas. Mi PC se ha vuelto loco, literalmente. Cuando pulso la tecla del espacio se borra la letra anterior, la de «Intro» me tabula y la de «Escape» abre la calculadora. Debo de tener un virus tan grande como una plaza de toros, y no tardo en ir en busca de Nelly para que me eche una mano.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con los ojos abiertos como platos cuando comprueba por ella misma lo que ocurre en mi escritorio.

—Te doy mi palabra de que no he entrado en ninguna página web extraña ni me he descargado nada. Me tomo mi trabajo demasiado en serio.

—¿Cómo vas a trabajar así?

—Está claro que es imposible. ¿Tu ordenador va bien?

—Sí, claro.

—Entonces es sólo cosa del mío.

—Me temo que sí —afirma, sin dejar de intentar solucionar el problema.

—¿Había ocurrido alguna vez?

—Jamás. Es lo más extraño que he visto nunca. Llamaré a la empresa de informática a ver qué pueden hacer.

—Te lo agradezco mucho.

Nelly se marcha y yo vuelvo a intentarlo tomando asiento en mi sillón. Por instinto, levanto el ratón inalámbrico por si tuviese la pila agotada, y entonces descubro algo chocante. En la base lleva pegadas dos tiras de celo. Al retirarlas, compruebo que vuelve a funcionar a la perfección. Empiezo a pensar que el virus no es tan grande como creía, y que sólo mide casi un metro noventa de altura. Con el ratón ya en marcha, accedo a la configuración del teclado y, tras comprobar que estoy en lo cierto, me apresuro a ir al despacho de Nelly.

—No llames al informático. Ya lo he solucionado.

—¿Qué le pasaba? —pregunta, colgando el teléfono.

—Ha sufrido una invasión. Aunque, tranquila, sólo ha sido una pequeña

batalla sin importancia. La gran guerra aún está por llegar.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, cosas mías... Por cierto, ¿podrías hacerme un último favor?

—Tú dirás.

—¿Podrías escribirme en una nota de las tuyas un recordatorio para llamar al señor León? Es un cliente muy importante y no querría que se me olvidara.

Nelly me estudia con el ceño fruncido, y yo me apresuro a responder.

—Es que tengo que ir al aseo con urgencia —me invento, cruzando las piernas y dando pequeños saltitos.

—Paula, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente. ¡Hazlo, por favor! —digo a voz en grito de camino al baño para acabar de representar mi actuación.

Una vez tengo la nota escrita por Nelly, y aprovechando que Juanjo aún no ha llegado, entro en su despacho para dejársela sobre su mesa. Le he añadido un número de teléfono, en concreto el del zoo de Madrid. Sé que no es gran cosa, pero no me gustaría perderme por nada del mundo la cara que se le va a quedar cuando sepa que un abogado de su categoría va a acabar pidiendo hablar con el mismísimo rey de la selva.

Hoy me reúno con Soledad. Tengo la demanda casi lista y quiero ser la primera en presentarla. Si Juanjo pensaba que con la distracción del teclado iba a adelantarme terreno, es que no me conoce. Las propiedades que ambos clientes poseen bajo el régimen de bienes gananciales son numerosas. Además de obras de arte, dos coches, una moto y un buen repertorio de joyas valoradas en miles de euros, tienen un chalet en La Moraleja, como domicilio habitual, un piso en el centro y un ático en la costa mallorquina. Todo ello sin contar los dos perros, que algo me dice que será el arma que Juanjo usará contra mi clienta. No pienso ceder y no pararé hasta conseguir que Soledad se quede con ambos animales. Está dispuesta incluso a ceder posesiones con tal de lograr su objetivo. Y yo debo hacer todo lo posible por que así sea.

Mientras imprimo la demanda, aun a sabiendas de que la otra parte no va a aceptarla en primera instancia, oigo a Juanjo saludar a alguien en el pasillo. Sin tiempo que perder, me levanto y me coloco lo más cerca posible del cristal. También he dejado la puerta abierta, quiero presenciarlo todo. De

soslayo lo veo entrar en su despacho sin decir ni una sola palabra. La impresora deja de escupir folios, y yo me dedico a disimular que los hojeo muy concentrada. Aunque toda mi atención está al otro lado del pasillo, observando cómo Juanjo no tarda en coger la nota de Nelly. Está escrita de su puño y letra, por lo que no ha dudado ni un segundo en descolgar el teléfono.

—Buenos días, soy el señor Garza —lo oigo decir aún sin tomar asiento—. ¿Podría hablar con el señor León? Tengo una nota de mi secretaria y supongo que querrá hablar conmigo.

El rostro de Juanjo comienza a cambiar en cuanto se da cuenta de lo que ha hecho. Desde aquí no puedo oír la conversación al completo, pero lo que sí puedo ver es la cara que pone y la mala leche que le está entrando.

—No ha sido mi intención moles... —Lo interrumpen. Su cabreo aumenta a cada segundo que pasa. Lo sé por la forma en que me está mirando desde el otro lado del cristal—. Está claro que se trata de un error... Sé que no es el día de los Inocentes...

¡Qué pena que esté tan enfadado! Yo me lo estoy pasando bomba.

—Por supuesto que me tomo en serio su trabajo, es sólo que... —continúa—. Le pido que acepte mis disculpas, caballero. Que tenga un buen día —remata.

Llega el momento de la segunda parte del plan. Imagino que vendrá hecho una furia, por lo que me apresuro a sacar mi móvil del bolsillo de mi falda preferida. Como el que no quiere la cosa y antes de volver a guardarlo, selecciono la segunda canción de la banda sonora de *El Rey León*. Cuando Juanjo sale de su despacho y llega al mío, tengo que hacer un gran esfuerzo por no partirme de risa delante de él.

—¿Te parece bonito lo que has hecho? —pregunta más tieso que un palo.

—«Yo voy a ser Rey León...» —canturreo—. Digo, buenos días.

—Qué suerte que estés tan contenta, porque te va a hacer falta al final del día.

—Deberías relajarte un poco, Aniquilador. Si lo dices por el caso, me temo que tendrás que ser tú quien lo haga. Dentro de unos minutos tendrás la demanda de mi clienta encima de tu mesa.

—Estoy seguro de que no la vamos a aceptar.

—¿«Vamos»? Ya veo por dónde vas —indico, dejando los folios sobre mi escritorio y volviéndome hacia él para hacerle frente—. Si vamos a ir en equipo, por mí perfecto. No viene mal un poco de emoción de vez en cuando.

—No deberías haber aceptado el caso —replica irritado por mi osadía. Noto la tensión en su cuerpo y en la forma en que aprieta los puños.

—No deberías haberme infravalorado delante de Domingo —respondo, aparentando tranquilidad. Si cree que se lo voy a poner fácil, va listo.

Debo de estar perdiendo el juicio, porque en cualquier otro momento me habría molestado e irritado con sus palabras. Pero, por alguna extraña razón, este juego me está poniendo cachonda. Ahora, el efecto que me causa es divergente. Mi vista se centra en su boca y me imagino mordiéndola y haciéndola mía. Me estremezco sólo de pensarlo. Cuanto mayor es su enfado, mayor es también mi deseo. Mi mente calenturienta está maquinando cómo despejaría la mesa de un solo movimiento y me subiría a ella para dejarlo hacer lo que lleva tiempo reclamándome.

Juanjo da un paso hacia mí con la firme intención de intimidarme. Es mucho más alto que yo, aunque su pretensión lo último que consigue es asustarme.

—Eres una maldita bruja —masculla en un susurro.

La entrepuerta me da una sacudida sólo con oír esas cuatro magníficas palabras. ¿Cómo puede ponerme tanto este hombre?

—Que bebe cerveza... Lo sé, capté el mensaje de tu colgante. —Me lo estoy pasando pipa.

Por un segundo me parece ver un amago de sonrisa en su rostro.

—No creo que captes todos los mensajes —murmura.

Su cuerpo cada vez está más cerca del mío, y mi aguante está llegando a su límite. Pero no me achanto, y sigo firme como una roca ante él.

—Ya veo que no sólo vas atrasado en el caso que tienes entre manos —afirmo al pensar que me lo comería entero aquí mismo.

—¿Estás segura de querer llevar el *caso* adelante? —pregunta, fijando la vista en mis labios.

Me he pasado los últimos días leyendo las novelas que me recomendó Soledad, y no puedo evitar mordirme el labio inferior. Tal vez sea un gesto

que podría haber hecho antes, pero ahora tiene un significado distinto para mí. Esa mujer tenía toda la razón y, por un motivo que ignoro, me siento mucho más liberada. He llegado a pensar incluso que las novelas romántico-eróticas tienen algún tipo de poder, porque no es normal sentirse como me estoy sintiendo ahora mismo. Puede que lleven implícito algún tipo de hechizo que consiga que me note más fuerte, más independiente y más mujer. O puede que, simplemente, esté loca por Juanjo y ya no me importe en qué situación se encuentre.

—Hasta sus últimas consecuencias —respondo con la doble intención que sólo ambos conocemos.

—¡Se acabó! —suelta, tragando saliva y arrastrándome con él hasta el archivo.

La felicidad curva mis labios mientras miro a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos ve. Juanjo abre la puerta con la llave y, una vez dentro, la cierra con el cerrojo para que nadie pueda interrumpirnos.

Sin mediar palabra, tira de mí hasta el último pasillo de la derecha, el del material de oficina donde días antes discutimos. En un rápido movimiento, me acorrala contra la estantería. No puedo creer lo guapo que es. Tal y como ocurrió días atrás en aquel restaurante, me quita las gafas. Aunque esta vez no se toma su tiempo en guardarlas. Con la misma fiereza con la que me mira, las deja sobre un estante que tengo a mi espalda y atrapa mi boca sin dilación. Me estremezco al sentir su cuerpo contra el mío. Noto su erección reclamándome tal y como lo hace su beso. Intenso. Firme. Salvaje.

—Vas a acabar conmigo —jadea en mi boca.

Su voz me hace temblar. Me hace percibir la lujuria. La misma con la que se atreve a meter la mano bajo mi falda y bajo mis bragas. Su lengua juega en mi boca como lo hacen sus dedos en mi parte íntima. Gimo dejándome llevar por su doble y lasciva destreza.

—Puedes estar seguro de que lo haré —acierto a decir entre sofocos.

Juanjo fricciona mi clítoris con una intensidad que jamás había sentido. Temo correrme mucho antes de lo previsto. Mis resuellos le conceden el permiso para penetrarme con el dedo. Lo hace de un modo tosco. Estoy tan excitada que siento cómo las piernas comienzan a flaquearme. Él nota mi

flojedad y me quita las bragas en un rápido movimiento. En el tiempo que él se desabrocha el pantalón y saca su miembro, aprovecho para tomar aire. La poca iluminación, proveniente de la luz de emergencia que hay en el techo, es suficiente para contemplarlo y ver la fuerza con la que me mira. La misma que usa para cogerme por las nalgas y subirme a horcajadas sobre él. Su potencia es tan brutal que logra izar me sin apenas esfuerzo. Abrazada a su nuca, atrapo su boca abriéndome para él. Noto su embate y no puedo evitar soltar un gutural jadeo. Ambos resollamos al ritmo de sus embestidas. En cada una de ellas, mi dorso golpea la estantería que tengo a mi espalda. El leve dolor que me produce no hace más que aumentar la lascivia que Juanjo me hace sentir.

—¿Dónde has estado todos estos años? —masculla con un nuevo empujón.

Sus palabras son música para mi alma. Siento tanto placer invadiendo cada poro de mi cuerpo que soy incapaz de formular una sola sílaba. El corazón me late con la fuerza de un toro bravo. Desbocado. Indómito.

Sus manos apresan mis caderas mientras yo me aferro a sus hombros. Cada embestida es más intensa y profunda. Siento tanto placer irrumpiéndome que temo enloquecer. Quiero más. Necesito más. Dejo mi cuerpo caer, asegurándome una mayor penetración. Deliro. Juanjo jadea una y otra vez en mi boca. Mis senos se oprimen contra su recio pecho, firme y duro como una roca. Mi mente se nubla dejándose llevar tan sólo por el anhelo y la pasión que me hace sentir. Noto la totalidad de su polla dentro de mí. Cada acometida es aún más intensa, más firme y despiadada.

—¡Joder! —brama en mi boca.

La pasión que siento brota de cada poro de mi piel en forma de sudor. Un sudor ardiente cargado de obscenidad y deseo prohibido. El morbo y la clandestinidad hacen que nuestro encuentro sea aún más lascivo. Más auténtico. Sus labios, insaciables, se apropian de los míos con cada embestida. Jadeo enloquecida.

—No puedo más —gimo, dejándome llevar por un devastador orgasmo.

—Eso es... Córrrete para mí.

Me convulsiono entre sus brazos. Mi corazón grita conmigo de felicidad por lo que estoy viviendo. Jamás en mis treinta años de vida había

experimentado algo semejante.

Juanjo continúa penetrándome con un par de embestidas más hasta que, a la tercera, noto cómo me abandona en un rápido movimiento. Arqueándose levemente hacia atrás, se deja ir con un ronco jadeo. Lo abrazo con fuerza, atrapando su espasmo cargado de deleite. Mi cuello acoge su resuello hasta que nuestros latidos logran calmarse de forma acompasada.

Imperturbable, me dejo arrastrar y logro dejar la mente en blanco. Siempre ha sido un torbellino cargado de ideas, incógnitas y respuestas. Pero ahora, y por primera vez en mi vida, sólo hay un sentimiento que la invade: la absoluta y plena felicidad.

Capítulo 20

Debo de haberme portado bien y haber sido una niña buena cuando los Reyes Magos me han traído semejante regalo. Ahora más que nunca entiendo lo que Soledad quería decirme cuando me contaba que deseaba vivir experiencias nuevas y saber lo que era un orgasmo. No puedo ni imaginar que una mujer pueda pasar años de su vida sin conocer un placer como éste. Por desgracia, hay muchas más de las que podamos pensar, y me apena enormemente. En épocas pasadas, a las mujeres se las educaba para que tuviesen decenas, por no decir miles, de prejuicios. Les estaban vedadas muchas de las cosas que a los hombres sí les estaban permitidas. Hemos sufrido durante miles de años la soberanía y la tiranía de ellos. Pero es ahora, en pleno siglo XXI, cuando la mujer comienza a estar en el lugar que le pertenece: en el mismo que el hombre. Y, pese a que mi situación no es la ideal ni la soñada, doy gracias por lo que acabo de sentir dentro de esas cuatro paredes repletas de expedientes de todo tipo de casos, como asesinatos, robos, divorcios o incesto entre otros. Todos ellos han sido únicos testigos de nuestro encuentro y la prueba de que la vida no es más que eso: un cóctel de diferentes situaciones en las que, de vez en cuando, una muy buena predomina sobre todas las demás y hace que merezca la pena vivirla.

Lo que siento tras mi encuentro con Juanjo me es imposible de ocultar. Una delatadora sonrisa me cruza la cara, y con ella paso el resto del día hasta que

llega la noche, momento en el que recibo un mensaje suyo.

Juanjo: Mi cliente quiere saber si es posible una audiencia para mañana por la tarde.

Sorprendida por la fecha en que su cliente quiere reunirse, no tardo en contestarle.

Paula: Mañana es festivo. Además, ¿cómo es posible que tengas ya la contrademanda? Te he entregado la demanda de mi clienta hoy.

Juanjo: Me refiero a mi otro cliente, ese que la tuya conoció hace diecisiete años.

Si la sonrisa que llevaba desde que he salido del gabinete me cruzaba la cara, la que tengo ahora me da la vuelta a la cabeza. Mi parte íntima se estremece al entender que es su forma de proponerme una cita. Me pongo nerviosa sólo de pensarlo. Debe de estar con ella y tal vez por eso me escribe en clave. La idea no sólo no me molesta, sino que además me produce un morbo indescriptible. Puede que me esté volviendo loca, pero en cuanto mis dedos logran calmarse un poco y el temblor me lo permite, vuelvo a escribirle.

Paula: Tenía entendido que tu cliente tenía una orden de alejamiento.

Confío en que sepa entender que me refiero a su prometida con lo de la orden. Me muerdo el labio, juguetona, a la espera de su respuesta.

Juanjo: Efectivamente, la orden de alejamiento la tiene en el salón, delante de sus narices.

Sonríó picarona.

Paula: Entonces me temo que será imposible llevar a cabo la audiencia previa.

Tampoco es cuestión de ponérselo fácil a la primera de cambio.

Juanjo: Puedo conseguir un receso. El juez de guardia es amigo mío.

Me encanta ver cómo se las ingenia para conseguir su objetivo. Y yo, literalmente, me derrito.

Paula: Lo hablaré con mi clienta. Puede que tenga que consultar su agenda. ¿A qué hora sería?

Juanjo: Sobre las siete de la tarde.

Paula: Veré qué puedo hacer para convencerla. Según tengo entendido, debía ocuparse de ciertos asuntos. Aunque, por otro lado, debo advertirte que mi clienta no está dispuesta a reunirse si no es para llegar a un acuerdo que la satisfaga.

¡Ay, Dios, lo que acabo de hacer! Me estoy volviendo una despendolada. Acabo de pedirle que tengamos una cita con final feliz incluido. A este paso, mi «jardín de las delicias» va a tener más visitas que en toda una década.

Juanjo: De ahí la urgencia de mi cliente.

Mi jardín, entrepierna o como quiera llamarlo está dándolo todo mientras lo leo. Siento como si tuviese una batería en pleno concierto.

Paula: ¿Nos vemos entonces en el gabinete?

Juanjo: No. Mi cliente quiere citarse con la tuya en donde le hizo entrega de la demanda.

Frunzo un poco el ceño intentando entender qué quiere decirme en su último mensaje.

Paula: No lo recuerdo.

Juanjo: Para ser abogada, no tienes mucha memoria.

«¡Será idiota!»

Paula: Es algo habitual cuando se llevan varios casos a la vez.

Juanjo: ¿Algún caso del que yo deba saber?

Paula: Para ser abogado, sueles errar muchas veces en los verbos que utilizas.

Si me busca, me encuentra.

Juanjo: Creía que tu único caso importante era éste.

Noto molestia en su última frase. ¿Se me ha puesto celoso? ¿Él, que está prometido? ¡Alucino!

Paula: Dime dónde tendrá lugar el encuentro o no perderé el tiempo en avisar a mi clienta.

Cinco segundos..., diez, y ninguna respuesta. Debe de haberse enfadado más de lo que creía.

Juanjo: Dile a tu clienta que, si sabe lo que le conviene, estará lista para esa hora. Hasta mañana.

No le contesto. ¡Soy bruja, no pitonisa, joder!

* * *

A las siete menos cinco, aguardo a que Juanjo venga a recogerme. En cuanto acabé de mensajearme con él anoche, caí en la cuenta de lo que había querido decir. Era al colgante a lo que se refería cuando había dicho aquello de la demanda. Me lo entregó en el portal del edificio, y es ahí adonde vendrá a recogerme dentro de apenas unos minutos.

—¿Lo llevas todo? —me pregunta Lola desde el sofá, lugar donde se pasa tumbada el día entero viendo una película tras otra.

—Si con «todo» te refieres a las llaves, el móvil y la cartera, sí, los llevo en el bolso.

—¿Y los condones?

—¡En mi vida he comprado tal cosa! Y mucho menos pienso llevarlos encima.

—¿Vas a hacerlo a pelo?

—¡Lola! —la increpo. Cuando se propone ser vulgar, no hay quien la gane.

—¿Qué? Miro por tu salud, eso es todo.

—No debo ser yo quien los lleve, ¿no crees?

—Pero mira que eres antigua. ¡Todo el mundo los lleva encima, sea del sexo que sea!

—Y ¿desde cuándo soy yo como todo el mundo?

—Ahí llevas razón. —Asiento victoriosa—. Pero ve a mi cuarto y coge uno de mi mesilla, por si acaso.

Aún recuerdo ese famoso cajón. Sé cómo calza Juanjo y, de ir, estoy segura de que cogería los marcados como «fiesta para el cuerpo».

—¡No pienso hacerlo! —sentencio al imaginarme la cara de él viendo la frasecita de marras.

—¿Vas a follar o no?

—¡Y yo qué sé!

—El «por si acaso» siempre está ahí. Así que haz el favor y haz lo que te digo.

A regañadientes, y tras regalarle un sonoro bufido, obedezco su orden.

—Por cierto, quedan tres minutos y aún estás a tiempo de cambiar de idea —comenta en cuanto estoy de vuelta en el salón. He cogido uno en el que pone «extragrande».

Lola se refiere a la ropa, que, para no variar, no ha dejado de insistir en que me quite para ponerme otra, más de su estilo; es decir, ceñida y sexy.

—¿Tengo que recordarte que lo que me ponga es cosa mía?

—Sí, pero a la hora de quitártela es cosa de él.

—No llevo bragas faja, si es lo que te preocupa.

—Eso es imposible, porque las dos que tenías te las tiré el otro día.

—¡Serás...! ¡Son ideales para los días que...!

—Para cuando seas octogenaria —me interrumpe—. Y para entonces ya habrá modelos nuevos —se mofa.

—Te odio —le suelto en cuanto suena el timbre del portal.

El corazón me da un vuelco. Si ya estaba nerviosa por la cita, ahora estoy literalmente hecha un flan. De huevo, para más señas.

—¿Adónde vas? —le pregunto en cuanto veo que se levanta y echa a andar dando saltos sobre su pierna buena.

—¡A ver si te crees que me voy a quedar sin ver lo bueno que está! —suelta de camino hacia la entrada.

Pese a que puedo impedirselo, acabo acompañándola.

—La verdad es que el tío está de toma pan y moja —afirma al verlo a través de la cámara. No ha abierto ni dicho nada. Yo tampoco lo hago.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —replico jocosa.

—Lo que más me pone de él es la cara de golfo que tiene.

—Te aseguro que aún es peor... en ciertos momentos —confieso picarona.

Juanjo vuelve a pulsar el timbre. Está empezando a impacientarse.

—He hecho bien en tirarte esas bragas horribles.

—¡La película ha terminado! ¡Al sofá! —le ordeno sonriente.

—Jo... —se queja.

—Bajo dentro de un minuto —le indico a través del telefonillo.

Sólo cuando Lola está tumbada con todo lo que necesita a su alcance, me despido de ella y bajo al encuentro de Juanjo. Aún no me he acostumbrado a llamarlo Jota Jota, aunque reconozco que es un apelativo que me gusta bastante. Está impresionante. En cuanto lo tengo frente a mí me doy cuenta de que ni mil cámaras podrían captar lo perfecto que es. A diferencia de las anteriores ocasiones, es la primera vez que lo veo sin traje chaqueta. Dejando

los formalismos a un lado, hoy ha escogido un pantalón vaquero y una chupa de cuero negra. Siento unas enormes ganas de relamerme, aunque logro contenerlas.

—Hola —me saluda al verme.

Yo le respondo de igual modo antes de dirigirnos hacia su coche. Una vez dentro, le pregunto adónde vamos.

—Es una sorpresa.

—Creo que es un buen momento para confesarte que no me gustan las sorpresas —afirmo.

—Yo de ti no diría eso en voz alta —asegura, arrancando el motor.

El lugar escogido es en pleno centro de Madrid. Concretamente, El Corte Inglés de Preciados.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto absorta como pocas veces en mi vida. No puedo creer que, de todos los lugares de la ciudad, haya elegido éste. Y aún más siendo tan concurrido.

—Lo sabrás en su momento.

Si me ha traído aquí para comprarme ropa o para intentar cambiar mi estilo, éste me va a oír, pero bien. Eso sería un regalo para cualquier mujer, mientras que para mí no deja de ser un maldito suplicio. Tal vez haya creído que venir aquí es una forma sutil de lanzarme una indirecta o una simple china, pero yo la veo del tamaño de un menhir al menos. ¿Cómo se atreve?

Conforme subimos en el ascensor, mi cabreo va en aumento. Apenas hemos hablado durante el trayecto hasta aquí. En mi caso, por lo nerviosa y emocionada que estaba por encontrarme de nuevo con él. En el suyo, lo desconozco, aunque puede que haya sido para mantener aún más la incógnita. Uno tras otro, vamos pasando por los diferentes pisos, haciendo paradas en casi todos ellos. Estar encerrada con él en un sitio como éste me hace recordar escenas de películas o novelas en las que el hombre se abalanza sobre la mujer cual macho alfa. No sé por qué me vienen ese tipo de pensamientos a la cabeza en un momento como éste, porque lo cierto es que estoy cabreada. Si intentase lo más mínimo, estoy segura de que sería yo quien se arrojaría sobre él, pero para mandarlo a la otra punta del ascensor.

—Ya hemos llegado —me comunica al llegar al último piso.

Inquieta, salgo del ascensor y lo acompaño hasta el que de verdad es nuestro destino: la cafetería. Mi cuerpo se relaja en cuanto veo las primeras mesas y oigo el bullicio de la gente. Tal vez no debería pensar mal de Juanjo, sino tan sólo dejarme llevar y sorprender por él. Pero no puedo engañarme a mí misma. No puedo olvidar que lo conozco desde hace muchos años, y que nuestra relación siempre se ha basado en fastidiarnos el uno al otro.

La cafetería está a rebosar de gente, aunque él se las ingenia para conseguir una mesa enseguida.

—¿Por qué has elegido este sitio? —le pregunto una vez que el camarero nos toma nota.

—Enseguida lo sabrás —responde misterioso.

Esa parte de él siempre me ha cautivado.

—¿Y si alguien nos ve?

—Ahí reside la gracia.

—¿Quieres que todo el mundo se entere de lo nuestro?

—Por supuesto que no. Pero precisamente la naturalidad es la que me puede salvar de que Susana se entere.

Que la nombre me revuelve el estómago. No me había dado cuenta hasta ahora mismo.

—¿Por qué estamos haciendo esto, Juanjo?

—Esperaba esa pregunta —admite un poco tenso. La fuerza con la que aprieta la mandíbula lo delata—. Soy consciente de mi situación, y sé que no debería hacer lo que estoy haciendo. Pero no pude ni quise evitar lo que ocurrió ayer.

Una sacudida me recorre el cuerpo al recordarlo.

—Creo que es justo que sepas —continúa— que aún no he tomado una decisión con respecto a Susana.

—Y yo, que sepas que no te he pedido tal cosa.

—Lo sé. Gestos como ése son justo los que me hacen replantearme mi situación.

La conversación es interrumpida durante unos segundos por el camarero, que nos sirve las bebidas.

—Ya te conté que no sabía nada de la fecha de boda.

—Sí, y no necesito detalles —afirmo, dando un trago a mi Coca-Cola. No me gusta que nuestra primera cita *formal*, por llamarlo de alguna manera, la empecemos hablando de esa mujer.

—No quiero dártelos, pero sí que sepas toda la verdad —explica—. El plan de estar con ella y formar algo en un futuro juntos me parecía bueno. Me gustaba verla feliz, y tomé esa decisión. Pero por nada del mundo habría apostado que llegaría a hacer tal cosa sin consultarme. Me molestó mucho.

—Es normal.

—Sí. Aunque no es sólo por eso por lo que me estoy replanteando si acabar o no la relación.

—No sabía que estuvieras haciéndolo —comento sorprendida.

—Paula —dice, inclinándose más hacia mí. Estamos frente a frente sentados a la mesa—. Estaba convencido de que tenía lo que quería hasta el momento en que apareciste. Me has hecho recordar el pasado y replantearme cuál debe ser mi futuro.

Mi estómago hoy no gana para sustos. Acabo de volver a sentir un vuelco. Este hombre me impresiona más que montarme en la noria.

—Hermosas palabras —acierto a decir en un susurro.

—Ven conmigo —suelta de pronto, levantándose.

Sin conocer sus intenciones, acato lo que me pide. En este momento obedecería todo lo que me dijese. Bueno, casi todo. Juanjo me guía hasta la terraza de la cafetería. Llevo años viviendo en Madrid y nunca había subido hasta aquí. En cuanto nos asomamos y observo las hermosas vistas, me doy cuenta de lo mucho que me he estado perdiendo todos estos años. A veces dedicamos demasiado tiempo a nuestro trabajo y no nos damos cuenta de que hay que trabajar para vivir, y no al revés. Esta ciudad es preciosa, pero aún lo es más en estas fechas, con tanta iluminación navideña. Desde aquí se puede ver el Kilómetro Cero de la Puerta del Sol y a los centenares de viandantes que pasean por la concurrida plaza, calle Preciados y Tetuán. El reloj de Sol, protagonista manifiesto de cada Nochevieja, marca los minutos que pasan de las ocho de la tarde.

—¿Te gusta? —me pregunta, colocándose detrás de mí.

Siento su cuerpo dándome calor. El frío gélido que hace aquí fuera merma

al notarlo tan cerca. La sensación es tan agradable que no puedo evitar cerrar los ojos para retener el instante en mi memoria.

—Mucho —respondo en un susurro.

Apenas me sale un hilo de voz. Juanjo sabe lo que me hace sentir y me empuja contra el cristal; la parte baja es de ladrillo. Las mesas de la terraza están vacías, y apenas hay gente haciendo lo mismo que nosotros.

—Así es como me siento cada vez que gano un caso —me confiesa al oído.

Sé lo que quiere decir.

—El mundo a tus pies —afirmo, sintiendo lo mismo que él.

—No podría decirlo mejor.

Las únicas personas que hay a nuestra izquierda, una pareja de mediana edad, se adentran en la cafetería, y es entonces cuando Juanjo aprovecha para abrazarme por la cintura. En un rápido gesto, me aboca hacia él para que note su erección en la parte baja de mi espalda. Me estremezco al notarlo. Apenas llevamos un par de minutos aquí y ya está excitado. Debe de ejercer algún poder sobre mí, porque yo me siento igual que él. Su aliento acaricia mi despejada nuca, cubierta sólo por la trenza que cae por el centro de mi espalda.

—Suéltate el pelo —me exige en tono autoritario y arrebatadoramente sexy.

Fiel a sus palabras, me recojo el pelo a un lado y me deshago de la goma que sujeta el final de la trenza. Entrelazando los dedos entre los mechones, consigo dejar suelta la melena ante su atenta mirada. Ya no noto su aliento en la nuca, pero él no tarda en paliar esa ausencia con su mano izquierda, que se adentra por la cintura en mi pantalón. Un suave gemido se me escapa de lo más profundo de la garganta.

—No te muevas —me demanda.

Juanjo me toca por encima de las bragas. Lo hace de forma tosca pero tremendamente acertada. Ahora sé por qué me ha pedido lo del pelo. Con él intento taparme la cara lo máximo que me es posible. Aún hay gente a nuestra derecha. Estoy tan excitada que tengo que apoyarme en el cristal para no desplomarme. Cuando su mano ya ha cogido la temperatura que mi parte

íntima le aporta, la introduce dentro de la tela.

—No gimas —suelta de pronto.

¿Cómo se le ocurre ordenarme tal cosa? De buena gana gritaría y me dejaría llevar por lo que me está haciendo sentir. Su cuerpo y mi abrigo nos aportan la intimidad necesaria pese a estar en una terraza acompañados de gente, a lo que habría que añadir las numerosas personas que pueden vernos desde el interior. Sus dedos juegan con mi parte íntima y yo me veo obligada a taparme la boca.

—Mira —dice, señalando hacia la plaza con la mano que le queda libre. Esa petición me cuesta mantenerla, al igual que permanecer erguida—. Sólo alguien como tú y como yo podemos saber lo que se siente. —Sus palabras en mi oído son las notas de una perfecta partitura. Cual director de orquesta, me dirige mientras me masturba de forma implacable el clítoris—. Cuando ganamos un caso tocamos el poder con los dedos. —Me sacudo al oírlo—. Nos envuelve... —su voz es extremadamente masculina y cautivadora— y nos excita —afirma sin dejar de acariciar mi clítoris. Lo noto hinchado y a punto de llegar al orgasmo—. No es la ley la que nos guía, sino nuestro instinto voraz y animal —«sí»—, ese que nos empuja a arrasar con todo y con todos con tal de conseguir lo que queremos. —Miro, no sin esfuerzo, hacia la plaza y entiendo cada una de las palabras que me susurra—. Autoridad. —Estoy al borde del clímax—. Dominio. —No puedo más—. Poder... —susurra alargando la última sílaba, a la que acompaño con un apasionante espasmo.

Juanjo me abraza apresurándose para no dejarme caer y acoger todo el placer que me está haciendo sentir. Mis convulsiones se calman entre sus brazos y su calor. Ni siquiera la gélida brisa que llega hasta nosotros logra menoscabar nuestra temperatura.

—Has vuelto a mi vida, y ya no puedo dejar que te marches —susurra en mi oído.

El corazón se me hincha dentro del pecho como nunca antes lo había hecho. Su confesión son mis pensamientos convertidos en palabras. Jamás había vivido un instante como éste, y en mi mente sólo anhelo una cosa: retener este momento y a él... para siempre.

Capítulo 21

—¿Quieres que cene sin saber lo que vamos a comer? —le pregunto en cuanto llegamos a la puerta del Dans le Noir?, un restaurante donde la comida se degusta completamente a oscuras.

—Cuando se come a ciegas, se agudizan el resto de los sentidos —afirma con una tranquilidad que me pone aún más nerviosa.

—No soy de preguntar este tipo de cosas, pero... ¿cuántas veces has venido?

—Ninguna.

—Entonces ¿cómo estás tan seguro?

—Me fío de la palabra de mis amigos.

—¿Y si en lugar de pollo nos ponen...? —Ni siquiera me atrevo a terminar la pregunta.

—Tienes la fea costumbre de no fiarte de mí —replica molesto.

—¿No será porque tu reputación te precede? —apunto socarrona.

—Las cosas han cambiado —asegura, guiñándome un ojo con su inconfundible y única mirada lobuna. Cuando me mira así no soy capaz de contradecirlo. Básicamente porque no quiero.

Ya en el interior del restaurante, al que hemos tardado en llegar apenas diez minutos paseando desde Sol, me llama la atención una pared en la que hay pintada una frase: DONDE SE APAGA LA LUZ, SE DESPIERTAN LOS SENTIDOS.

En la parte de abajo está la versión en braille.

Juanjo me explica que este restaurante también está en ciudades como Barcelona, Londres, San Petersburgo o París, entre otras. Sus camareros son invidentes o con una gran deficiencia visual, y el cincuenta por ciento de la plantilla trabaja aquí a través de un convenio con la ONCE. Conforme me va contando cosas, me voy enamorando más y más de este encantador local, abierto hace tan sólo un año.

Una vez que ya está formado el grupo, que previamente ha hecho reserva, nos colocan en fila para entrar en el salón a oscuras. Lo hacemos con la mano izquierda sobre el hombro de la persona que tenemos delante. En mi caso, tengo a una mujer de mediana edad. Juanjo se apoya en mi hombro. Guiados por los camareros, y tras una breve explicación, nos adentramos en la sala y nos sientan a diferentes mesas. El murmullo es general pero bastante bajo, algo que se agradece cuando pierdes el sentido de la vista.

—Estoy nerviosa —confieso en voz baja. Es cierto, no se ve nada en absoluto.

—Yo también —responde un hombre frente a mí. Su voz es mucho más aguda que la de Juanjo—. Nena, esto bien merece que no me mandes al sofá esta noche.

¡Ay, Dios! ¿A quién tengo yo delante? Estoy por sacarlo de su error y decirle que no soy quien él piensa, pero mi parte gamberra, desconozco con qué intención, opta por seguirle el rollo.

—Depende de ti, ya lo sabes.

—Nena, te prometo que esta noche haré lo que me has pedido.

—Más te vale —afirmo rotunda.

—Sé que te hacía ilusión venir aquí.

—Me hacía más que me obedecieras. —¡Lo que me está costando no descojonarme!

—Y lo haré, te lo juro. Por favor, créeme.

—Y ¿cómo piensas hacerlo? —pregunto con la esperanza de averiguar el pecado capital de este pobre hombre.

—Dejaré que me azotes todo lo que quieras.

¡Ay, Dios! ¡Es un sumiso! No puedo reprimirme más y me tapo la boca

para que no me oiga reír. Me lo imagino desnudo en medio del salón y a su mujer dándole para el pelo, y me parto.

—Perdone, caballero, creo que está sentado frente a mi mujer —interviene Juanjo de pronto.

Mientras ambos se intercambian, yo me agacho para recoger las bragas, que se me acaban de caer al suelo. ¡Ha dicho «mi mujer»! Ha sonado tan bien que... «¡Paula, por favor, para! Este sitio te está transformando. Tú no hablas así.»

—¿Te has divertido? —se queja Juanjo en un susurro. Mi anterior compañero ya charla con su mujer en la mesa de al lado.

—Hasta la parte de los azotes, sí.

—¿No te va el sado?

¡Este hombre se ha vuelto loco! ¿Cómo me va a gustar que me peguen?

—No —respondo rotunda. No necesito adornar la frase; así no dejaré margen para la duda.

—Eso es porque aún no lo has probado —afirma con firmeza.

—Ni tengo la más mínima intención de hacerlo.

Como se le ocurra ponerme una mano encima, va a saber quién soy yo.

—¿Tú sí lo has hecho? —pregunto curiosa. Me tiemblan las piernas sólo de pensarlo.

—No —responde contundente. Resoplo aliviada. ¡Qué susto me ha dado! —. Aunque no voy a negar que me gustaría darte unos cachetes mientras te follo.

¡Virgen santísima, dame fuerzas! ¿Cómo me puede poner tanto? Definitivamente, me está haciendo perder la cabeza. Acaba de conseguir que algo que detesto se convierta en mi mayor y máxima prioridad en este momento. Su osadía acaba de recordarme lo mucho que me gusta que me toque.

Los camareros comienzan a servirnos el primer plato. Según nos explican, se trata de degustar y saborear la comida, agudizando el sentido del gusto y dejándonos llevar por el placer que aporta. A tientas, localizo los cubiertos, el plato y la copa que, según nos han informado, contiene un tipo de vino que el noventa por ciento de la gente no sabe distinguir de cuál se trata, si blanco,

rosado o tinto. Yo no entiendo de vinos, y estoy tan nerviosa que me tomo media copa de un solo trago.

La primera vez que me llevo el tenedor a la boca, está vacío y me doy un golpe en la comisura de los labios. No soy de decir tacos, pero de buena gana soltaría unos cuantos ahora mismo.

—Agudiza el tacto —me indica Juanjo a mi tercer intento.

Antes de entrar pensaba que cuando la pupila se adaptara a la falta de luz lograría ver lo suficiente para poder comer como lo suelo hacer. Pero estaba del todo equivocada. No veo tres montados en un burro, y a estas alturas creo que me he hecho una herida en la boca. Siguiendo su consejo, toco con la punta de los dedos la comida y consigo pincharla. Sin soltar el trozo, y usando una segunda mano de guía, logro probarla. A él lo oigo masticar desde hace rato.

Cuando llega el segundo plato ya le he cogido el tranquillo. Creo que todo el mundo está haciendo lo mismo que yo, pues se oyen chupetones como los que yo me doy en los dedos con los que toco la comida para guiarme.

—Si sigues haciendo eso —murmura inclinándose hacia mí, algo que deduzco al oírlo más cerca—, no responderé de mis actos y puede que no lleguemos al postre.

«¿Este hombre siempre está en celo o qué?»

—A ver, listo. Hazlo tú si crees que sabes tanto —digo, buscándole el rostro.

Lo hago desde abajo para no meterle un dedo en el ojo. Una vez que doy con su boca, le introduzco el índice, impregnado de salsa. No sé en qué momento he podido pensar que simplemente chuparía para limpiar el dedo. Su intención es mucho menos inocente y, antes de que me dé cuenta, Juanjo me lo lame de forma lasciva. Me revuelvo inquieta sobre la silla intentando no dejarme cautivar por su poder. Me es imposible. Un resuello sale imparable de mi garganta, provocando un silencio en la sala.

—¡Mmm, qué rico está! —acierto a decir para disimular—. Deberíamos pedirle la receta.

Mi patético intento surte efecto, porque enseguida vuelven a oírse a nuestro alrededor las suaves voces del resto de los comensales.

—¡Para! —increpo a Juanjo, quitándole el dedo de la boca.

—Pues no me provoques.

¡Me lo cargo! Pero tiene razón. He sido yo la que...

—Da gracias porque no te estoy haciendo por debajo de la mesa lo que tengo en mente —me advierte.

A estas alturas tengo claro que me tiene poseída. Incluso a ciegas me parece verlo, clavándome su inquietante mirada, esa que tanto me gusta y saca mi lado más oscuro. Se supone que, de los dos, soy yo la de los poderes, aunque últimamente no dejo de ponerlo en duda.

Mientras degustamos el segundo plato, noto su mano sobre mi rodilla. Me ha pillado desprevenida y casi me atraganto, algo en lo que ya empiezo a considerarme experta.

—Estate quieto —le imploro.

Pero Juanjo tiene ganas de juego, y su mano comienza a subir escalones. Sé a qué planta quiere ascender, y lo corto en seco de un manotazo.

—¿Y si tienen gafas de visión nocturna? —pregunto en un leve susurro. Todo el tiempo hablamos así en realidad.

—Doy por hecho que alguien las llevará.

—Eres un desvergonzado.

—Eso es algo que también doy por hecho. Lo extraño es que tú no lo des también.

—¿Sabes cómo me estás poniendo?

—De eso se trata.

No sé si partirle la cara o abalanzarme sobre él para comérmelo a besos.

—Aquí no —puntualizo. Mejor la tercera opción.

Juanjo resopla y desiste de su intento. Tal vez piense que no me apetece que lo haga, pero no es el caso. En realidad, lo hago para no volver a llamar la atención del resto. Aún no llevo bien lo de dominar mis jadeos.

Ya más calmados, y con el estómago igual de sosegado por el hambre, salimos del restaurante y nos dirigimos hacia el aparcamiento. La brisa fría de horas antes es ahora bastante tenue. El cielo está cubierto de nubes rojas, y eso provoca que haga menos frío.

—Ha sido una experiencia extraña —digo mientras paseamos.

Me muero de ganas de cogerlo de la mano, pero sé que es algo impensable

a lo que debo acostumbrarme y aceptarlo.

—Estoy totalmente de acuerdo. Eso sí, el vino era tinto.

—¿Cómo lo sabes, si han dicho que casi nadie acierta?

—Dejémoslo en que tú eres experta en cerveza y yo en vinos.

—¡Yo no soy experta en cerveza! —me quejo, dándole un suave golpe en el brazo. Juanjo ríe. Ambos lo hacemos—. Por cierto —añado unos pasos más adelante—, llevo tu colgante.

Su rostro se ilumina en cuanto se lo digo.

—No te haces una idea de lo que significa para mí que lo lleves.

—¿Por qué no me das una pista? —Quiero oírlo.

—Ese colgante es la representación de lo que eres para mí.

—¿Una loca borracha sobre una escoba? —me mofo.

Él sonríe, y responde:

—Una bruja que me hechizó hace años y a la que hoy en día sigo sin poder quitarme de la cabeza. —Me estremezco al oírlo. Y tiemblo—. Lo de la cerveza venía con el lote, aunque dio en el clavo —añade.

De nuevo le doy un suave golpe. Pero esta vez para poder tocarlo.

—He de ser sincera contigo —confieso al cabo de unos cuantos metros—. Hace seis días volví a hacerte un conjuro.

—¿Cómo? —pregunta, parándose en seco.

Tiene los ojos tan abiertos que no puedo evitar partirme de risa.

—Estaba tan enfadada contigo que preparé un hechizo para alejarte de mí —explico excusándome.

—No quiero ser descortés, pero...

—Sé lo que vas a decir —lo interrumpo—. No ha surtido mucho efecto, soy consciente de ello.

—Bueno, si sirve de algo, el manotazo que me has dado durante la cena sí es eficaz.

Los dos reímos a carcajadas.

Apenas quedan unas manzanas para llegar hasta el coche cuando su mano roza la mía al caminar.

—¿Te das cuenta de que apenas sé nada de ti? —pregunto con cierto tono de nostalgia.

—Responderé a todo cuanto quieras saber.

—Soy una chica con suerte, un hombre dispuesto a contestar preguntas — me mofo. Juanjo sonrío—. ¿Cuál es tu color favorito?

—Trascendental pregunta.

—Es lo primero que me ha venido a la cabeza. Para romper el hielo, ya sabes.

—No es precisamente hielo lo que hay entre nosotros, ¿no crees?

Guardo silencio.

—Azul marino —responde a los pocos segundos.

—Bonito color.

—Déjame adivinar el tuyo —comenta mirándome con el ceño levemente fruncido, como si a estas alturas necesitase estudiarme—. El negro.

—Al final voy a cuestionarme si no tienes poderes en realidad. —El muy sinvergüenza ha acertado de pleno.

—Bueno, si llamas *poderes* a conocer el color del disfraz de bruja...

De nuevo lo golpeo, pero esta vez retengo mi mano unos segundos. Estamos en plena calle, alguien podría vernos, pero ardo en deseos de sentirlo.

—¿Música? —Retomo el cuestionario.

—Eso ya lo sabes. La clásica de los años cincuenta y sesenta.

—Cierto —digo, recordando nuestra primera cita en aquel maravilloso local.

—¿Cuántos novios has tenido? —pregunta de pronto.

—Define la palabra *novio*.

—¿No has tenido ninguno? —Su asombro me molesta sobremanera.

—Digamos que no soy virgen, cosa que ya sabes, pero no les he presentado a ningún chico a mis padres.

—¿Han sido muchos?

—Se suponía que las preguntas las iba a hacer yo.

—Si dejases de preguntar cosas triviales, tal vez serías tú la que llevaría la voz cantante del interrogatorio.

La mirada asesina que le dedico lo hace reír. Pero el muy jodido tiene razón. Otra vez, y eso me enerva.

—Los suficientes —respondo al fin—. ¿Y tú?

—Las suficientes.

—¡Tienes un morro que te lo pisas!

Esta vez, cuando voy a golpearlo, Juanjo para mi mano. El mero hecho de sentir su tacto logra erizarme. Nuestros pies se detienen y ambos utilizamos este breve pero intenso espacio de tiempo para mirarnos a los ojos. Me estremezco al ver la forma en que él lo hace. Siento cómo el corazón me late con fuerza y un inquietante cosquilleo recorriéndome la espalda. Ardo en deseos de besarlo cuando mi vista divaga hacia su impúdica boca. Noto cómo su respiración se acelera y la mía responde de igual forma, acompasándose y acoplándose a la suya. Estamos entrelazados, conectados desde que éramos unos críos. Nuestros sentimientos se remontan a años atrás, sobrepasando la línea del tiempo. Ahora puedo verlo con claridad. Lo que hay entre Juanjo y yo no es un capricho momentáneo. Va mucho más allá. Ambos somos conscientes de la situación en la que él se encuentra, pero estar con él, aunque sea con esta condición, es infinitamente mejor que no haber estado a su lado en todos estos años.

—¿*Hobbies*? —pregunta, retomando la marcha y poniendo fin al mágico momento. Los dos sabemos por qué.

—La brujería, las amigas, ver películas hasta quedarme dormida y leer novelas románticas —confieso, todavía con el temblor en el cuerpo por lo que acabamos de vivir.

—Prefiero las de aventuras.

—¿Acaso el amor no es la mayor aventura?

Él vuelve a clavar la vista en mí. Aunque esta vez no se detiene. Ni siquiera contesta o comenta lo que acabo de decirle. Puede que haya abierto la caja de Pandora sin pretenderlo y haya provocado su devastador silencio.

Ya en el coche, Juanjo decide llevarme a casa. No logro entender su reacción. El buen rollo que había entre nosotros parece haber quedado atrás. Nuestro íntimo paseo ha dado paso a un cambio de actitud que consigue ponerme nerviosa. ¿Qué ha ocurrido para que acabemos así? Creía que había quedado claro que aceptaba mi situación.

A falta de unas pocas manzanas para llegar a mi edificio, en la radio

comienza a sonar *Stand by Me*, de 4 the Cause. Juanjo da un volantazo y para el motor a un lado de la calle.

—¿Qué ocurre? —pregunto absorta por su insólita reacción.

—Sal del coche —ordena.

Por extraño que parezca, hago lo que me pide. Él baja la ventanilla de mi puerta y sube un poco más el volumen de la radio. Tras salir y rodear el capó, llega hasta mí y me coge por la cintura.

—Baila conmigo —propone.

Estos cambios de humor me desconciertan, pero acabo sucumbiendo ante la aniquiladora seguridad que tanto lo caracteriza. La hermosa canción que sale del interior de su coche es una versión moderna al más puro estilo *funky* del clásico de Ben E. King.

—Cada vez que escucho esta canción, me acuerdo de ti —confiesa en un susurro a escasos centímetros de mi boca.

El corazón se me hincha con su declaración.

—Si antes he dicho algo que te molestara, yo...

—No eres tú quien me molesta —afirma sin dejar de mirarme—. Es mi situación la que me tiene entre la espada y la pared. No me hago a la idea de no estar contigo, pero también sé que no es justo para ti, y que no debería estar haciendo esto.

—No voy a pedirte que la dejes. No soy egoísta.

—Lo sé, y eso lo hace aún más difícil.

—He aceptado sin condiciones esta situación. Aunque, si te soy sincera, no es plato de buen gusto para mí ser la otra.

—Para mí eres mucho más que eso.

—Tus ojos me confesaron eso hace tiempo —murmuro.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás a punto de cambiar mi vida?

—Y ¿qué hay de malo?

Juanjo aprieta los párpados con fuerza antes de contestar.

—Para mí no es fácil romper una promesa.

—Ninguno de los dos sabe infravalorar la honestidad.

—Ese tipo de respuestas tuyas son las que me enloquecen de ti. Conviertes lo fácil en un reto, y yo no hago más que caer en tu trampa.

—¿Acaso crees que tú no haces lo mismo conmigo?

Juanjo se abalanza sobre mí y me besa con fuerza. Cogiéndome el rostro entre las manos, se deshace en caricias en mi boca. Guiada por su influjo, respondo al beso aferrándome a su ancha espalda. Apenas hay unas cuantas personas caminando por la calle, aunque eso no parece importarle. A mí, mucho menos. Desconozco adónde nos llevará nuestra situación y si habrá un final que nos satisfaga a ambos. Pero prefiero no pensar en eso y centrarme en lo único que en este instante me importa: él, él y sólo él.

Capítulo 22

Son las nueve en punto de la mañana cuando Soledad llega a mi despacho. Hoy es el día en que tendrá lugar la audiencia previa. Como era de esperar, la otra parte no ha aceptado la demanda que presentamos hace varios días, y Juanjo nos ha citado para vernos hoy en la sala de juntas.

—Buenos días —me saluda al entrar.

—Buenos días —respondo atónita al ver que lleva un bolso enorme colgado del hombro. Por lo que la conozco, es una mujer que acostumbra a ir a la moda, y me asombra verla con un complemento de semejante tamaño.

—Espero que no me pongas reparo por habérmelos traído, pero es que no me fio de ese hombre —comenta, tomando asiento al otro lado de la mesa.

—¿De qué hablamos exactamente? —Cada vez entiendo menos.

Soledad se inclina un poco hacia mí, abre su bolso y me muestra lo que contiene.

—¡Oh, por favor! ¡Son más bonitos en directo! —comento al ver a los dos perros abrazados, mirándome con una ternura que me llega al alma.

Sin pensarlo dos veces, me levanto y me voy hacia ellos. Nunca he tenido perro, pero sé que antes de tocarlos es bueno que te huelan. Les acerco la mano y, cuando ven que no soy una amenaza, comienzo a acariciarlos.

—No me extraña que les tengas tanto cariño —afirmo al comprobar lo mimosos que son.

—Mucho. Por eso no quiero dejarlos en casa. Es capaz de llevárselos, y

no pienso permitírselo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto al observar su actitud. Es la primera vez que la veo así, y no dudo en sentarme a su lado para hablar con ella antes de la reunión.

—Tuvimos una discusión tremenda el día de Reyes. Los chicos vinieron a comer a casa, y se armó la de San Quintín. Su padre intentó ponerlos en mi contra. Aunque, por suerte, no lo consiguió con mi hija; ella es la única que está de mi lado.

—Siento oír eso.

—No le hablo desde entonces. Y, por supuesto, ni le cocino ni le lavo su ropa. ¡Si se queda sin calzoncillos, que se compre otros, porque yo no pienso lavárselos!

Su comentario curva mis labios.

—Sigues en el domicilio conyugal como te dije, ¿no?

—Sí. No voy a darle el gusto de que me denuncie por abandono del hogar. Pero no sabes lo que me está costando.

—Imagino.

—Lo he mandado a dormir a la habitación de invitados.

—Y ¿ha aceptado?

—Claro. He simulado que tenía pesadillas y se ha llevado algún que otro guantazo mientras dormía.

Ambas reímos. Esta mujer me tiene cada día más rendida. Y es por eso por lo que pienso ganar el caso.

—Bueno, ¿preparada para el careo?

—No tengo más remedio. ¿Sabemos algo de lo que quiere?

—Nada en absoluto. Aunque, por lo que comentas, me espero cualquier cosa.

—Nuestra demanda era justa. No entiendo por qué no la aceptó sin más.

—En este tipo de casos, no suelen hacerlo. Pero, tranquila, que para eso estoy yo aquí. ¿Vamos?

Soledad acepta mi invitación y, tras coger lo necesario, nos dirigimos hacia la sala de juntas.

Las fiestas de Navidad ya han terminado y en el gabinete hay bastante

actividad. No he visto a Juanjo en toda la mañana. Aunque, a decir verdad, no lo he visto desde hace días. En concreto, desde nuestra cita. Esa noche me di cuenta de que estoy profundamente enamorada de él. Y, pese a que mi corazón ya lo sabía mucho antes, yo no fui consciente de ello hasta que bailamos en plena calle nuestra canción. He estado a punto de llamarlo en más de una ocasión durante este tiempo. No ha sido fácil tener que reprimirme y no escribirle o llamarlo. Lo único que he sabido de él fue ayer, cuando me envió un correo electrónico para informarme acerca de la cita para la audiencia previa con nuestros clientes. Lola ha sido la que me ha ayudado a mantenerme firme y con los pies en la tierra. No es que tuviese intención de ir tras él como un perrito faldero ni nada por el estilo, pero ella ha sabido apoyarme y darme buenos consejos para que no cayera en la tentación de hacer algo que pudiera ser perjudicial para ambos. También me ha asesorado sobre ser la amante, algo de lo que no me siento orgullosa. Recuerdo cuando le conté que me había liado con Juanjo en el archivo. Esperaba que me riñera por ser una despendolada, pero erré en mi vaticinio. Lola enloqueció y, pese a estar aún convaleciente por el esguince, se levantó y comenzó a dar saltos sobre su pierna buena. Yo me dejé arrastrar por su entusiasmo, y las dos acabamos saltando y gritando como locas. Fue un momento emotivo, como el que sentí cuando me soltó aquella frase: «Si te quiere con esas pintas y sin maquillaje, te merece con vestido y tacones».

Al principio provocó que mi genio saliera a la luz. Deseé estrangularla por volver a reincidir en su intención por cambiar mi fondo de armario. Aunque reconozco que esas palabras, y acordarme de Juanjo, me hicieron pensar que tal vez debiera empezar a obedecer sus consejos acerca de mi vestuario.

* * *

Al llegar a la sala de reuniones del gabinete, ellos ya están dentro. Leandro, sentado junto a Juanjo, es tal y como lo esperaba. En la recta final de los cincuenta y con el pelo del todo canoso, es un hombre de semblante excesivamente serio. Nada que ver con la alegría que derrocha Soledad.

—Buenos días —saludo al entrar.

Ambos me responden, algo que no consigue mi clienta, a la que su todavía esposo decide no contestar.

Durante el tiempo en que tomamos asiento, veo de soslayo cómo Juanjo mantiene la mirada fija en el expediente que tiene sobre la mesa. Me sentía fuerte y tranquila hasta el instante en que he entrado y lo he visto. Su indiferencia no hace más que lograr que mis piernas flaqueen al comprobar que no hay ni rastro en él del Juanjo al que tanto he echado de menos todos estos días. A quien tengo delante ahora es a Jota Jota, al famoso Aniquilador, frío como el hielo y duro como una roca.

—Aquí tenéis la contrademanda —anuncia de forma seca y tajante al entregarnos una copia a cada una.

Soledad me mira, y le hago un gesto para indicarle que yo me encargaré. Ella, aliviada, deja el bolso a un lado en el suelo y yo comienzo a leerla bajo la atenta mirada de un inalterable Juanjo.

El primer párrafo, en donde se nombra a ambas partes y que es tan sencillo y común como mascar chicle, me cuesta horrores leerlo. Hasta dos veces tengo que hacerlo para poder enterarme de algo. No imaginaba que me fuera a costar tanto concentrarme teniéndolo a él frente a mí tan guapo e impresionante. El traje que lleva y su impoluta camisa blanca no hacen sino acentuar el moreno de su piel. Con su pelo engominado hacia atrás y esos ojos verdes que me atraviesan hasta el alma, tengo que obligarme a respirar. Su intensa mirada es muy parecida a la que usa conmigo cuando se abalanza hacia mí y atrapa mi boca. Me muerdo el labio y me estremezco sólo de pensarlo. Mi diablillo interno se lo está pasando en grande mostrándome una escena dentro de mi cabeza. Me veo a mí misma subida encima de la mesa, caminando cual gata en celo para llegar hasta él y besarlo hasta hacerme heridas en la piel.

—¿No está lo suficientemente clara para ti? —suelta de pronto en tono cruel.

Mi parte bruja acaba de cargarse al diablillo de un escobazo. Ahora sólo me imagino arañándole su perfecta e impoluta cara.

—Me gusta tomarme mi tiempo para las cosas que me importan —respondo de igual forma. Tengo que ponerme en mi sitio o el Aniquilador acabará conmigo en el primer *round*.

En cuanto llego al apartado sexto, gracias a la ayuda de la rabia que siento, que ha sido la única en mantenerse firme y con algo de raciocinio, me doy cuenta de que no vamos a alcanzar un entendimiento.

—¿De verdad piensas que vamos a aceptar esto? —pregunto al llegar a la parte donde dice que todos los inmuebles son para él.

Soledad me mira implorándome que le aclare a qué hago alusión con mi alegato.

—Puesto que es tu clienta quien no está contenta con su matrimonio, mi cliente no está dispuesto a ceder algo que, según entendemos ambos, corresponde a quien sí lo está.

—De estar contento, no habría solicitado los servicios del gabinete —replico.

—Eso es obvio. Sigue leyendo.

De buena gana le tirarí­a el expediente para que se lo metiera por donde amargan los pepinos. Pero me debo a mi obligaci3n como letrada y tengo que acabar de leer, adem1s de que una parte de m3 necesita saber hasta d3nde es capaz de llegar.

Debo dominar la situaci3n. No pienso darle el gusto de que vea lo nerviosa que estoy. As3 pues, me armo de valor y, con toda la parsimonia de la que soy capaz, retomo la lectura de la contrademanda, tom1ndome todo el tiempo del mundo. La tensi3n en la sala de juntas es palpable, aunque por mi parte intento que no se note lo m1s m3nimo. Los minutos van pasando y siento c3mo comienzan a impacientarse. Y no s3lo lo est1n ellos. Los perros parecen captar la energ3a que desprendemos, y son los primeros en revolverse dentro del bolso de Soledad.

—¿Te has tra3do a los perros? —la increpa Leandro fuera de s3—. ¡Lo que me faltaba!

—Paula, haz el favor de decirle que puedo llevarlos de paseo adonde me plazca.

Cuando voy a repetir sus palabras, Leandro le responde:

—Demasiadas cosas te placen 3ltimamente.

Ese golpe ha sido bastante bajo. Quito la vista de los papeles por un momento y me sorprendo al ver que Juanjo no piensa hacer nada para detener

a su cliente. Bueno, rectifico: Jota Jota.

—Dile que, a diferencia de él, yo sí sé apreciar los placeres de la vida, y que, lo que me quede de ésta, pienso exprimirla al máximo.

—Exprimir es lo que sabes hacer muy bien. Pero yo no soy ninguna naranja, y no pienso dejar que me saques ni una gota de mi jugo.

—Dile que su jugo hace tiempo que está caducado.

Estas últimas frases me arrancan una sonrisa. La misma que logro ver en el rostro de Jota Jota. Por fin veo un rastro de humanidad en él.

—No puedo creer lo que has cambiado. ¡Esos libros te han comido el cerebro!

—¡Esos libros me han enseñado la vida! —le responde Soledad. Es la primera vez que no me utiliza de intermediaria. Aunque, en realidad, no lo he sido en ningún momento—. ¡Una vida que tú te niegas a ver!

—¿Cómo no me voy a negar? Son depravados y obscenos hasta la saciedad.

—¿Los has leído, acaso?

—¡Ni loco lo haría!

—Entonces ¿por qué juzgas antes de saber de lo que hablas?

—¿Tan difícil es recuperar a mi mujer?

—Y ¿tan difícil es que evoluciones y abras los ojos al mundo?

—¡Eres tú la que vive en un mundo de fantasía! Porque eso es lo que son: fantasía. La realidad es bien distinta.

—¡La realidad es que eres un neandertal, ésa es la realidad! Incapaz de ver lo que tienes ante tus ojos.

No sé cómo lo hago, pero por fin termino de leer la contrademanda y, con ello, logro poner fin a la discusión que ambos mantienen.

—No vamos a aceptar —intervengo, mirando fijamente a los ojos de Jota Jota.

—Es el mejor acuerdo que vais a obtener —me responde él de igual forma. La tirantez y la frialdad de ambos es más que evidente.

—¿Qué es lo que pide? —me pregunta Soledad.

—Te deja sólo el piso del centro y un coche.

—¡De eso nada! —le grita al que aún es su marido.

En ese instante, Jota Jota decide intervenir.

—Mi cliente no está dispuesto a...

—¡Tu cliente es un idiota! —lo interrumpe ella.

—Soledad, cálmate —le pido.

—Déjala, que diga lo que quiera —interviene Leandro—. Porque es lo único que va a conseguir: hablar.

—Me temo que tendrán que aflojar la cartera, porque no parece que vayamos a llegar a ningún acuerdo. Nos veremos en el juzgado —digo, haciendo ademán de levantarme.

—Seis meses de uso y disfrute de la casa de la playa —suelta el Aniquilador de pronto para detenerme. Ambos sabemos cómo quiere Domingo que se resuelva este caso, y el contencioso no entra precisamente en sus planes. Sus órdenes fueron claras a ese respecto.

—Y los perros —añado, volviendo a sentarme.

Él mira a su cliente, y éste niega con la cabeza.

—El piso del centro, seis meses, el coche y dinero.

—Y los perros —insisto.

—No va a ceder en eso —manifiesta molesto.

—Ella tampoco —respondo en su mismo tono.

El enfrentamiento entre ambas partes ha dado paso a un enfrentamiento entre Jota Jota y yo. Su frialdad y su dureza no hacen más que provocar mi lado más salvaje. Nunca antes había trabajado con alguien como él. Y debo reconocer que me encanta. Nuestra rivalidad llevada al terreno profesional es un nuevo aliciente entre ambos.

—Dos coches, el piso, seis meses y cien mil euros.

—Y los perros —insisto de nuevo. A este paso voy a convertirme en un disco rayado. Pero no me importa si con ello consigo enfurecerlo como lo estoy haciendo.

—¡Lo anterior y trescientos mil euros! —brama, sin dejar de mirarme a los ojos. Nuestros clientes son meros testigos de nuestro particular duelo.

—Y los perros —suelto con voz calmada. Cuanto más tranquila le hablo, más aumenta su cabreo.

—Cuatrocientos mil euros.

—Esto..., Jota Jota, yo... —interviene Leandro. Pero él hace caso omiso.

—Y los pe-rros —digo, separando cada sílaba para hacer más hincapié.

—Pon una cifra —exige, lanzándome su bolígrafo.

Sin pensarlo dos veces y sin dejar de mirarlo ni por un mínimo instante, coloco los dedos sobre el boli y, de forma extremadamente lenta, lo arrastro sobre la mesa hasta dejarlo ante él al tiempo que le suelto un provocativo y sensual «No».

Jota Jota, alias *Aniquilador* y el motivo de mis desvelos, tensa la mandíbula y, enfurecido como pocas veces lo he visto, arrastra la silla hacia atrás y se pone en pie en un rápido movimiento.

—Necesito hablar contigo a solas. ¡Ya! —me suelta, abrochándose el botón de la chaqueta y saliendo del despacho como alma que lleva el diablo.

—Concedednos unos minutos —les digo a ambos.

—Sí, sí, no te preocupes —responde Soledad.

—Sí, mejor —añade Leandro.

En cuanto salgo de la sala de juntas, me dirijo en dirección al ala de civil, hacia donde Jota Jota se ha encaminado. Me sorprende al no encontrarlo en su despacho. En el mío tampoco está. En el pasillo, miro hacia todos lados hasta que, de pronto, me doy cuenta de que la puerta del archivo está entreabierta. Sonrío rebelde y me adentro en él con un cosquilleo recorriéndome el cuerpo. Sólo la luz de emergencia brilla al fondo de la estancia. Cuando voy a darle al interruptor para encender el resto de las bombillas, la puerta se cierra tras de mí y unas fuertes manos me dan la vuelta y me empotran contra ella.

—¿Eres consciente de cómo me has puesto? —masculla Juanjo en mi oído, agarrándome los pechos con fuerza.

Me estremezco en cuanto su aliento roza el lóbulo de mi oreja.

—Tanto como lo soy de que no vas a ganar este caso —lo reto en tono juguetón.

—Yo sólo juego para ganar —me hace saber, desabrochándose el pantalón.

La sonrisa lasciva que cruza mi cara desaparece en cuanto comienza a morderme el cuello. Siento el contraste de la suavidad de sus labios con la bravura de sus dientes. La doble sensación de placer y dolor logran

arrancarme un hondo jadeo que sale imparabile de mi garganta. Juanjo enloquece en cuanto lo oye. Sus manos inquietas descienden hasta mi pantalón, del que no tarda en deshacerse, como yo lo hago de mis botas. Mis bragas corren la misma suerte y acaban desparramadas en el suelo.

—Bésame —me exige, y me obliga a girar el cuello hacia atrás, pero me impide volverme hacia él.

Hago lo que me pide apoyándome contra la puerta con una mano mientras le sujeto la cabeza con la otra. Su obscena lengua entra voraz en mi boca como lo hacen sus dedos en mi parte íntima. Por un instante, las rodillas me fallan y él no tarda en izarme. Me besa. Me besa como si le fuese la vida en ello. Como si llevase años deseando hacerlo, como sólo él... sabe hacer. Nuestros cuerpos se restriegan inquietos, ávidos de tocarse el uno al otro. Ávidos por recuperar los días y las horas en las que hemos estado separados.

—Ven aquí —masculla, dándome la vuelta y subiéndome a horcajadas.

Invadida por la lujuria y por el placer que sólo él me hace sentir, me agarro a su nuca con la poca fuerza que me queda. Voy a atrapar su boca cuando siento cómo me penetra de un sólo empujón. Gimo enloquecida ante tanto erotismo. Siento cómo mi parte íntima acoge su miembro con el mismo anhelo con el que un sediento recibiría un vaso de agua bajo los sofocantes rayos de sol en un día de extremo calor.

—Llevo demasiado tiempo deseando follarte —masculla en mi boca.

Una fuerte embestida me empotra con más ímpetu contra la puerta. Resuello sin poder contener el deseo y la impudicia que me hace sentir. La cordura es algo que no tengo en este momento ni echo de menos. Sólo lo quiero a él y la forma en la que me aporta placer. Un placer más allá de lo meramente carnal. Nuestras almas están destinadas desde hace años a estar juntas, y sólo cuando llevamos a cabo la unión de nuestros cuerpos es cuando ambos alcanzamos la plenitud.

—Te quiero, Lita —confiesa mientras me penetra aún con más fuerza, mirándome a los ojos y demostrándome la veracidad de cada letra.

—Y yo a ti.

Juanjo coge mi rostro y me besa con fiereza al tiempo que me embiste y me penetra de un modo más salvaje. Ambos jadeamos en la boca del otro.

Nuestros resuellos son mitigados por los movimientos y las caricias de nuestras lenguas. Voy a estallar. Se lo hago saber al tensarme y estremecerme aferrada a su cuello. Sólo entonces es cuando él se deja ir en mi interior, abrazándome y estrechándome contra sí.

—Estoy hecho para ti, Lita.

Llena y completa de felicidad, acojo esas palabras, que logran hincharme el corazón. Un corazón que aletea y vibra con la misma intensidad con la que ambos volvemos a besarnos y a demostrarnos que ya nada podrá separarnos. Nuestro destino está escrito, y nadie podrá impedirlo.

Capítulo 23

Juanjo

Lo que Lita está haciendo conmigo no sé muy bien cómo catalogarlo. Y eso que soy hombre de doctas palabras. En cuanto acabamos, me abalanzo de nuevo sobre ella. Me vuelve loco esa pequeña boca que tiene. Nunca se la maquilla, lo que me permite ver los surcos que forman sus redondos labios. Tengo que hacer un gran esfuerzo por no morderlos. Son suaves y carnosos..., y míos. Ni siquiera creo que ella sea consciente del magnetismo que irradia. La combinación que forman la ternura de sus labios y las impetuosas e inteligentes palabras que salen de su boca me vuelven loco. Me hace perder la razón como nunca antes la había perdido con nadie. Es lista como ninguna otra mujer y una rival digna de mi máxima admiración. Me empalmo cada vez que lo pienso. Despierta mis instintos más básicos de un modo que me cuesta entender. La azotaría y me la follaría al mismo tiempo. ¿Estaré perdiendo la razón?

—Debemos volver —carraspeo apartándome de ella, no sin esfuerzo.

—Estoy de acuerdo —responde, y comienza a vestirse, clavando sus ojos verdes grisáceos en mí. Hasta su color es distinto del de todas las demás. Todo en ella lo es.

—No me mires así —le pido mientras me abrocho el pantalón.

—¿Cómo te miro? —pregunta juguetona.

—Eres una maldita bruja, ¿lo sabías?

—De los dos, eras tú el único que no estaba al tanto.

De nuevo, otra provocación. Y de nuevo me abalanzo sobre ella. La agarro y la abrazo con fuerza para hacerme con su deliciosa boca, que tanto me hostiga y me excita al mismo tiempo. Es un deseo bipolar, plagado de sentimientos encontrados que van a parar a un solo camino..., ella. Lita se ha convertido en mi mayor obsesión. Y no hay nada que pueda impedirlo. Excepto yo.

Vuelvo a apartarme de ella cuando el remordimiento y la culpabilidad regresan a mi puta cabeza.

—Aguarda unos segundos y sal después de mí —suelto de golpe, abriendo la puerta y marchándome a toda prisa.

No he podido mirarla a la cara cuando lo he dicho, aunque imagino sus ojos clavados en mí de un modo inquisitivo y cargado de reproche. Es lícito, y no la culpo. Yo haría lo mismo.

Me voy directo a la cafetería para prepararme un café bien cargado. No encuentro a nadie al entrar y me enfurezco aún más. Me habría gustado que estuviese Eulogio; necesito pagar el cabreo que llevo con alguien y él es mi blanco favorito. La maldita cafetera va demasiado lenta y la golpeo para que aligere la velocidad de goteo.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? —pregunta Nelly al entrar, cerrando la puerta tras de sí.

—Va demasiado lenta —me justifico, sin levantar la vista de la dichosa máquina.

—¡No me refiero a la cafetera, sino a ella!

—¿De qué diablos estás hablando? —pregunto con el ceño fruncido. Si quería llamar mi atención, lo ha conseguido.

—El otro día os escapasteis de milagro, pero hoy he tenido que salir disparada del despacho para detener a Domingo cuando iba de camino al archivo. Por tu culpa, ahora tendré que tirarme horas allí encerrada buscando un maldito expediente.

Casi se me cae la taza al suelo. No puedo creer que nos haya descubierto. Por si no estaba lo suficientemente molesto conmigo mismo..., sólo me faltaba esto.

—Verás, Nelly, Paula y yo...

—Jugabais al parchís —articula de forma irónica—. Jota Jota, no me tomes por tonta. No es propio de ti.

Tiene razón. No lo es.

—¿Lo sabe alguien más?

—Vuestro secreto está a salvo conmigo. Va implícito en mi forma de ser y en el contrato.

—No sé cómo agradecértelo.

—No seas condescendiente. Estoy enfadada contigo.

—No estarás celosa...

—¡Los hombres siempre pensando que sois el ombligo del mundo! —manifiesta molesta, poniendo los ojos en blanco.

—Si es por el expediente, te echaré una mano.

—Por eso mismo he venido a advertirte. A veces no te das cuenta de lo que tienes delante, aunque esté ante tus propias narices.

Ahora sí que me he perdido.

—Cancela la boda —suelta de pronto.

—¡No recuerdo haberte dado permiso para meterte en mi vida privada!

—Lo que hagas en tu tiempo libre o en tu vida no me atañe —asegura—. Pero Paula me cae bien, y no quiero que le hagas daño.

—¿Acaso crees que yo sí?! —bramo enfurecido.

—Te recuerdo que la bigamia está prohibida en este país.

—Con el debido respeto, no te contraté para que te inmiscuyeras en mis asuntos.

—Con el debido respeto, tal vez no lo haría si no te empeñaras en traer tu vida privada al trabajo —responde, acercándose con firmeza a mí—. Mira, Jota Jota, llevo contigo los suficientes años para conocerte. Sé quién y cómo eres. Y por eso puedo asegurar que Paula está hecha por y para ti. Pero he venido a advertirte que no pienso cubrirte más. No veo bien lo que estás haciendo con ella, y no pienso ser partícipe de ello.

—Nadie te ha pedido que me cubras —suelto molesto. Me está dando donde más me duele y no es nada agradable.

—¡Eres un maldito cabezota! ¿No ves que estoy de tu parte?

—Si lo estuvieras, no habrías venido aquí a darme un sermón —digo defendiéndome.

—Precisamente por tu respuesta necesitabas que lo hiciera. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo?

—¡Basta! —No pienso seguir escuchándola.

—Como quieras. Pero creo que en este momento lo que más necesitas es tener a alguien de tu lado y, sobre todo, que te ayude a abrir los ojos. Estaré en mi despacho por si cambias de opinión —suelta justo antes de abrir la puerta y marcharse ante mi furiosa mirada.

Bebo el resto de café que me queda y dejo la taza de mala gana en el fregadero, aunque lo que me apetece en este momento es estamparla contra la pared. ¿Quién cojones le ha dado potestad para convertirse en mi pepito grillo particular? ¿Acaso no conoce los límites laborales?

Molesto con ella, y aún más conmigo mismo, regreso a la sala de juntas. Lo hago en unas pocas zancadas, con la esperanza de acabar y poder salir de aquí cuanto antes para tomarme una copa. Cuando entro, Paula ya está con ellos. Ella también está molesta. Mi forma de despedirme no le ha sentado bien. Tengo la sensación de que no dejo de cagarla últimamente. Con el semblante serio, me enderezo y me obligo a mí mismo a acabar lo que he empezado. Tomo asiento junto a Leandro, mi cliente, y retomo el careo tras disculparme por haberlos hecho esperar.

—¿Vais a aceptar la contrademanda?

—Por supuesto que no —responde Paula.

Su tono denota que está más molesta de lo que en un principio pensaba que estaría. Me viene bien que esté así conmigo; eso la distanciará aún más de mí, que es justo lo que más necesito ahora mismo. Tenerla cerca no ayuda mucho a despejarme las ideas, y más cuando lo único que me apetece es estrecharla entre mis brazos y decirle una y otra vez lo que siento por ella.

—Es la mejor oferta que vais a recibir por nuestra parte —afirmo contundente—. Si no estáis de acuerdo, ya sabes lo que te toca hacer.

—No necesito que me recuerdes cómo hacer mi trabajo.

—Pues si no tienes nada más que añadir, doy por terminada esta reunión —digo, levantándome de la silla e invitando a Leandro a que haga lo mismo

que yo.

—Tendrás noticias nuestras muy pronto —responde, imitando mi gesto—. Hasta la próxima, Leandro. Vámonos —le indica a su clienta.

Las dos mujeres salen disparadas hacia el despacho de mi compañera. No puedo evitar mirarle el culo mientras se dirige hacia él.

—Veo que Domingo no se equivocó cuando me dijo cómo te llamaban en el bufete —comenta Leandro en cuanto nos quedamos a solas.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Lo es.

—Me alegro.

—Aunque...

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Si es algo que afecta al caso, debes decírmelo.

—No estoy seguro de estar haciendo lo correcto.

Su confesión me deja sin habla un instante.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—No estoy seguro de querer hacerle daño a mi mujer.

—Mi intención es defender tus intereses, y hasta donde yo sé estabas de acuerdo con la contrademanda.

—Y lo estaba, créeme. Pero te he visto en acción y...

—Te recuerdo que es ella la que no está contenta con tu forma de ser.

—Y tal vez lleve algo de razón.

¡No me puedo creer lo que estoy oyendo!

—¿Tienes algo que hacer los próximos sesenta minutos?

—Que yo recuerde, no. ¿Por qué?

—Perfecto. Vente conmigo. Sé lo que necesitas.

Acompañado de Leandro, paso por mi despacho a dejar el expediente antes de dirigirnos al ascensor. Frente a él, nos encontramos con Paula y Soledad. Ninguno dice nada, y así permanecemos hasta llegar a la puerta del edificio. Pero, nada más poner un pie en la calle, nos encontramos con algo con lo que no habíamos contado, pese a la advertencia de Domingo.

—¡Señora Gálvez, cuéntenos! ¿Es verdad que van a divorciarse? —

pregunta uno de los *paparazzi* afincados en la acera. Hay al menos diez, cargados con cámaras, móviles y micrófonos en mano.

—Señora Gálvez, ¿es cierto lo que se rumorea de que su marido tiene una aventura?

Paula intenta proteger a su clienta en vano. Los periodistas son como alimañas abalanzándose sobre ellas, sin apenas dejarles espacio para respirar.

—Señor Montenegro, ¿han firmado ya el acuerdo de divorcio?

—Señora Gálvez, ¿hay posibilidad de reconciliación? ¿Qué opinan sus hijos al respecto?

Los cuatro intentamos avanzar entre la muchedumbre, pero no logramos movernos del portón del edificio. A través de las numerosas cámaras que nos rodean, consigo ver a Paula. Está cada vez más agobiada. Las preguntas le llegan en forma de bombardeo, la tensión es palpable y su rostro refleja la angustia que le están haciendo sentir.

—Guarda silencio y mantente detrás de mí —le indico a Leandro.

—¿Qué vas a hacer?

—Confía en mí. ¡Hola a todos! —digo, dirigiéndome a los periodistas—. Soy Juanjo Garza, abogado del señor Montenegro. Hagan las preguntas de uno en uno, por favor.

Mi convocatoria surte efecto y, en apenas unos segundos, todos los *paparazzi* centran la atención en mí. Durante un buen rato, contesto a las preguntas que me van haciendo sin dar muchos detalles. Mis respuestas son ambiguas, algo que llevo practicando años y en lo que soy verdaderamente experto. Sólo cuando veo que Paula, su clienta y los perros están a salvo, a varios metros de nosotros, consigo relajarme y atenderlos, tal y como he hecho en numerosas ocasiones a lo largo de mi carrera.

* * *

El bar al que llevo a Leandro está cerca del bufete. He tardado un poco más de lo previsto en quitarme a los pesados periodistas y sus infumables preguntas sin sentido de encima, y cuando nos sentamos a la barra ya ha pasado más de media hora desde que le propuse venir.

—Si éste era tu plan para sacarme información, he de felicitarte — confiesa, mirando su segunda copa de vino.

—*In vino veritas*.

—Soy hombre de ciencias, el latín no es lo mío —asevera.

—En el vino está la verdad —traduzco.

—Brindo por ello.

Sin llegar a chocar las copas, ambos las alzamos antes de darles un nuevo trago.

—¿Cuánto tiempo llevas enamorado de esa mujer? —pregunta de pronto.

—¿Cómo dices?

—Soy perro viejo, Jota Jota.

—Y un romántico empedernido, por lo que veo.

—Eso también.

—El venir aquí era por ti, no por mí, ¿recuerdas? —suelto jocosamente.

—Me da que los dos lo necesitábamos.

Medito su respuesta. Es un tipo directo, como yo, y me cae bien. Suficiente para sincerarme con él.

—Eres el segundo que me descubre en la última hora, así que no me andaré con rodeos —afirmo sin dejar de mirar la base de la copa, con la que juego apoyado a la barra—. Toda la vida. Aunque he tardado en darme cuenta; si me descuido, soy el último en hacerlo.

—El cornudo es el último en enterarse.

—No es mi caso.

—Que tú sepas —dice, alzando la ceja derecha.

—He visto demasiados casos de infidelidad como para no saber reconocerlos.

—No es lo mismo ver el toro desde la barrera que desde el ruedo.

—Ambos sabemos que el tema de la cornamenta no nos atañe a ninguno. ¿Puedo preguntarte por qué quieres divorciarte? Y, esta vez, dime la verdad.

—No quiero.

—Te recuerdo que la confidencialidad está totalmente asegurada con el...

—No quiero divorciarme —me aclara.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—En el fondo sé que mi mujer tiene razón. Pero me jode tener que dársela.

—No sabes lo mucho que te comprendo.

Leandro y yo nos miramos y asentimos.

—Las mujeres son unas brujas —afirma antes de dar otro sorbo.

Una sonrisa curva mis labios en cuanto me acuerdo de Lita. Aunque vuelven a su posición inicial tan pronto como la imagen de Susana se me cruza por la mente.

—La monotonía me ha consumido —añade—. Ella quiere más, y yo...

—Y ¿por qué no se lo das? —me atrevo a preguntar. A estas alturas no veo necesario andarme con tapujos.

—Eso mismo llevo preguntándome las últimas semanas.

—¿Cuál es el problema?

—Su afán por hacer cosas nuevas conlleva salir de mi zona de confort. Me he acostumbrado a esta vida, sin más complicaciones que las necesarias, y no veo por qué debo cambiar algo que ya está bien.

—Cambiar es bueno —afirmo, dedicándome esas palabras a mí mismo más que a él. Oírme me está haciendo que me replantee más cosas de lo esperado.

—¿Y si no funciona? ¿Y si al probar cosas nuevas eso hace que la relación se rompa?

—Te recuerdo que soy tu abogado y que ya has iniciado ese camino.

—Pues precisamente como abogado deberías aconsejarme lo contrario, ¿no?

—Un cliente contento es siempre mucho más importante que una comisión.

—En eso debo darte la razón. Ponnos otro tinto, por favor —le pide al camarero.

—La última, o no podré conducir —declaro.

—Y tú, ¿qué? ¿Qué piensas hacer con esa abogada?

—Aún no hemos terminado contigo.

—Los dos bebemos, los dos hablamos —argumenta—. He visto cómo la has librado de los periodistas. Y eso sólo lo hace un hombre enamorado.

—Veo que lo has pillado.

—Hasta un ciego lo habría visto.

—No estoy siendo justo con ella —confieso bebiendo de mi copa, rellena por tercera vez.

—¿Le has prometido algo que no puedes cumplir?

—Al contrario. No le he prometido nada en absoluto. Y ella tampoco me lo ha pedido.

—Lo hará. Las mujeres siempre lo hacen.

—Ella no es como las demás.

—Eso pensaba yo de mi Soledad. Hasta que los malditos libros me la cambiaron.

—Leandro, permíteme la licencia de decirte que no creo que lo que haya en esos libros no esté inventado de antes.

—Lo sé. Pero le han mostrado un mundo que ella desconocía, y ahora...

—¿De qué tienes miedo en realidad?

—De que se enamore de otro más joven que yo. Las mujeres inteligentes nunca buscan a viejos. ¿No te has dado cuenta?

Nunca lo había visto de esa forma. Puede que tenga razón.

—¿Quieres un consejo? —pregunto, mirándolo de soslayo.

—Si es bueno, sí.

—No sé si es bueno —admito—, pero es el que puedo darte. —Leandro asiente para concederme el permiso—. Dale lo que quiere. No tienes nada que perder. Igual hasta acaba gustándote —suelto risueño.

—Me temo que tendré que hacerte caso, amigo.

—No sólo lo hago por vosotros.

—Me da que tiene que ver algo con esa abogada.

—Me muero por ver la cara que pone cuando rechazemos su demanda.

Ambos reímos a carcajadas. Unas risas que logran darnos la tranquilidad que tanto necesitábamos. Así estamos un rato más, hasta que me incorporo y saco la cartera para pagar la cuenta.

—De eso nada. A esto invito yo —afirma, parándome con la mano.

—No tienes por qué, Leandro.

—Ya lo creo que sí. Aunque, antes de irnos, me gustaría darte una cosa.

—¿El qué? —pregunto sorprendido.

—Un consejo, si me permites la licencia.

Sonrío y acepto encantado.

—Sea lo que sea lo que le estés haciendo a esa chica, deja de hacerlo. Por lo que he visto y he podido conocer de ella, es un buen partido.

—Te agradezco el consejo.

—¿Lo llevarás a cabo?

—Es mucho más complicado, no sé si...

—Deja de poner excusas, Jota Jota —remata, poniéndose de pie frente a mí y cogiéndome del hombro con la mano—. Sea lo que sea lo que tengas que hacer, hazlo ya. Hay trenes que sólo pasan una vez, querido amigo. Tenlo en cuenta y no lo pierdas o te quedarás con cara de gilipollas al verlo marchar.

—¿Y tu tren?

—Yo ya estoy en él, muchacho. Sólo tengo que cambiar de vagón.

La charla con Leandro es justo lo que necesitaba para dar el paso que llevo tiempo postergando. Tras mi despedida, decido caminar. El aire frío me ayudará a despejarme y a aclararme un poco más las ideas. Han pasado apenas unos días desde que Paula ha vuelto a mi vida, pero ha logrado ponerla patas arriba en un abrir y cerrar de ojos. Sé que no me ha pedido nada, pero no estoy siendo justo con ella. Si fuera al revés, no consentiría que nadie la tocara. Cierro los ojos y aligero el paso sin percatarme de ello. Me hierve la sangre sólo de imaginarme a otro tío tocándola, besándola o simplemente cogiéndola de la mano. ¡He de arreglar mi situación con Susana cuanto antes! No he querido verlo hasta ahora, pero lo nuestro está acabado desde hace mucho tiempo. O tal vez nunca llegó a empezar en realidad. Pese a que he llevado cientos de casos, en ninguno me había visto tan reflejado como en el de Leandro. Yo también estaba a gusto con mi rutina y con mi acomodada vida junto a ella. Resulta fácil dejarse llevar por el confort y la seguridad que el hábito diario te aporta. Y, a estas alturas, es imposible que me engañe a mí mismo: estoy loco por Lita, mi Lita. Siempre lo he estado. Y no es justo para ella. Aunque no me va a ser fácil subir a ese tren, como bien ha dicho mi nuevo amigo. Puedo llegar a ser un cabrón y un hijo de puta cuando me lo propongo, pero jamás he sido deshonesto. Me debo a la lealtad y a la promesa que en su día le hice a Susana. No me va a resultar fácil faltar a mi palabra. Nunca lo he hecho, y tampoco creo que ella me vaya a allanar mucho el

camino.

Me paso las manos por el pelo y camino. Camino hasta que los malditos zapatos comienzan a molestarme. Es sólo entonces cuando decido regresar a por mi coche. Aún me quedan muchos pasos hasta el aparcamiento; aunque hay un paso que, pese a ser único, es el más complicado. Uno que, por mucho que me cueste, estoy en la obligación de dar..., le pese a quien le pese.

Capítulo 24

Acompaño a Soledad y a sus perros hasta alejarnos lo suficiente de los periodistas. El asedio ha sido inesperado para mí, y bastante molesto, a decir verdad. Me cuesta creer que la gente famosa pueda sentirse cómoda con este tipo de cosas. Nunca he sido fan de los programas del corazón, y mucho menos ahora. Porque esos periodistas no estaban ahí para buscar la noticia que abre un telediario, sino la de una portada de cualquier revista, de esas que Lola me obliga a llevarle a casa.

Con la promesa de que no tardaré en preparar una contrademanda que cumpla todo lo que Soledad se merece, me despido de ella antes de verla subir a un taxi. Yo sigo caminando un poco más hasta la estación de Atocha. Hace mucho frío, aunque no lo suficiente para calmar la alta temperatura que me corroe por dentro. ¿Cómo puede ser tan cabrón? Mientras camino, me permito recrearme en mis más íntimos pensamientos. Esos que, por más que lo intente o me niegue, siempre tienen el mismo denominador común: Juanjo. Aprieto los puños al recordar lo que me ha hecho en el archivo. No lo primero, es obvio. Esa primera parte me estremecería hasta en los lugares más insospechados. Me refiero a la parte en la que me deja tirada tras declararme y demostrarme lo que siente por mí. Además, se ha dignado a hacerlo dándome una orden de macho alfa, sabiendo lo que me cuesta aceptar tales imposiciones. Esperaba un beso de despedida, una caricia o un «luego te llamo». Cualquier cosa menos un «aguarda unos segundos y sal después de

mí». ¿Perdona? ¿Por qué no puedo ser yo la que salga antes? O ¿por qué no podemos salir juntos? El hecho de salir por turnos llama más la atención que hacerlo a la vez y con naturalidad. Eso sin contar lo que ha hecho después. Ha estado tan feo que me cuesta hasta recordarlo. El muy sinvergüenza, como el que se fuma un cigarro tras hacer el amor, va y se larga a tomarse un café para celebrarlo. ¡Y encima sin invitar a nadie! Tiene el ego tan grande que no sé ni cómo puede andar, por aquello que dicen de que los hombres lo tienen en la entrepierna. Los tres hemos tenido que esperar a que el señorito acabase sus minutos de descanso para poder continuar con el careo. Su soberbia es inacabable, kilométrica, infinita. Aunque la guinda del pastel la ha puesto al salir del gabinete. Es tan ególatra, chulo y vanidoso que no ha podido evitar ser el centro de atención ante tanto paparazzi. Entre la foto del *¡Hola!* y esto, me ha dejado bien claro que somos de mundos distintos. Yo sigo sintiéndome la misma de siempre, la chica de pueblo que trabaja en lo que le apasiona y poco más. En cambio, él se encuentra a otro nivel, en otra cota a la que yo no podría ni quiero llegar.

Con estos pensamientos, y maldiciéndolo por estar tan bueno, besar tan bien y ser el puñetero centro de mi universo, llego a casa más agotada que de costumbre.

—¡Uy, qué mala cara tienes! —suelta Lola nada más verme aparecer en el salón.

—¡No estoy para juegucitos! —bramo de mala gana, dirigiéndome hacia la cocina a servirme un gran vaso de agua.

Mi amiga apaga la tele y aguarda a que me reúna con ella. Lo hago al cabo de un rato, cuando cojo una cerveza y un kit completo de supervivencia del armario.

—¿Qué te pasa? —quiere saber mientras dejo los cuencos de frutos secos sobre la mesa.

—¡Odio a los hombres! —protesto, dejándome caer sobre el sillón que hay a su lado.

—No es cierto.

—¿Vas a escucharme o a hablar por mí? —pregunto con el botellín en la mano. No sé por qué he cogido algo de comer, porque tengo el estómago

cerrado y nada de hambre.

—Vale, te escucho —afirma, mostrando las palmas en señal de rendición—. Aunque podría decir lo que te pasa.

—¿Ah, sí, lista? Venga, sorpréndeme.

—Ni siquiera en tu peor caso, ése en el que tu cliente fue aquel tipo que se dedicaba a ponerle los cuernos a su mujer cibernéticamente, te pusiste así. De modo que tu cabreo sólo puede estar motivado por una causa: Juanjo.

—Es el abogado defensor de la parte contraria, no era difícil de adivinar.

—Eres demasiado inteligente como para perder el caso, por lo que doy por hecho que tu enfado no se debe a éste, sino a él.

—Y ¿en qué te basas?

—En que estás enamorada hasta las trancas.

—¡Eso no es cierto! —suelto llena de ira.

—Recuérdame que en la mesilla tengo la tarjeta de mi psiquiatra, porque te va a hacer falta. Pero ¿tú eres tonta o estás en prácticas? ¿Qué problema tienes ahora?

—¡Él es mi problema!

—Ya sabías que tenía pareja. No sirve de nada lamentarse ahora.

—Gracias por recordármelo, porque eso es justo lo que me faltaba para acabar de odiarlo aún más.

—¿Qué te ha hecho?

Lola escucha con atención lo que le cuento que ha pasado con Juanjo esta mañana. Mientras lo hago, puedo apreciar cómo sus labios se curvan en un amago de sonrisa. Todo lo contrario que yo, pues conforme avanzo en el relato de la historia mi cabreo va en aumento.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —pregunto molesta nada más acabar de contárselo. Su sonrisita me está poniendo de los nervios.

—Me hace gracia que estés tan ciega como para no ver que ese hombre es el amor de tu vida.

—A estas alturas puedo afirmar que el amor de mi vida es ésta —digo, alzando la botellita de cerveza.

—¿Cómo puede ser que no veas lo loco que está por ti?

—En serio, voy a traer la tarjeta de tu psiquiatra, pero para pedirte cita a

ti.

—No me hace falta pedirle una cita. Me lo tiro cada vez que quiero — afirma con una sonrisa picarona.

—Ahora sí que no podría ir a su consulta ni a rastras. Dime que no lo habéis hecho en el diván...

—Fue el primer sitio.

—Eres una golfa.

—Te equivocas. Soy dueña de mis actos y de mi vida.

—Un punto a tu favor —claudico, dando un nuevo sorbo a mi oro líquido.

—Gracias. Pero, volviendo al tema que nos atañe, ¿tanto te cuesta ver que lo que ha hecho en la puerta del gabinete lo ha hecho por ti?

—¿Qué pasa?, ¿yo soy la que bebo y tú a la que se le sube a la cabeza? ¿Cómo puedes decir eso? ¿No ves lo narcisista que es?

—No lo ha hecho por narcisismo, sino para librarte de ellos.

—¡Qué estupidez!

—No lo es.

—¡Y qué rebuscado! ¿Por qué lo defiendes?

—Porque no tienes razón.

—Se supone que eres mi amiga.

—Precisamente por eso debo abrirte los ojos. Paula, ese hombre está tan colado por ti como tú por él.

—¿Y la forma en que me ha dejado tirada en el archivo? ¿O su desfachatez y su falta de educación al marcharse a la cafetería? ¡Venga, Lola, no fastidies! ¡Ese hombre es pura vanidad, y en eso somos como la noche y el día!

—Y juntos formáis un eclipse.

—¡No quiero seguir hablando del tema! Voy a darme una ducha —digo poniéndome en pie.

—¡Huyes del escenario del crimen! —suelta divertida.

—El crimen lo voy a cometer yo como no te calles —afirmo sin volverme hacia ella, camino del baño.

—«¡Qué bonito es el amor, más que nunca en primavera...!» —canturrea.

—¡Estamos en invierno! —remato desapareciendo de su vista y, de paso, de sus absurdas frases.

A mediodía, mientras comemos viendo la televisión, ya estoy más calmada. La ducha me ha sentado de maravilla. Y, por supuesto, el haber hablado con Lola. No estoy de acuerdo con ninguna de las cosas que ha dicho, pero he de reconocer que su ingenio y su verborrea me hacen reír. Aunque mi estado de ánimo no es precisamente alegre, y menos cuando tengo que tragarme el programa del corazón previo a las noticias.

—¿Es necesario ver esto? —pregunto con desgana, harta de tanta absurdidad de sucesos marujiles. Me recuerdan a los vecinos del pueblo.

—¡Por supuesto! —afirma con la boca llena.

—¿No te das cuenta de que esa pobre gente vive asediada a diario?

—¿«Pobre gente»? ¡Venga a mí la pobreza! —manifiesta, alzando los brazos y mirando al techo.

—Si ser rico conlleva eso, prefiero quedarme como estoy —afirmo al recordar el incómodo momento de la salida del gabinete.

—¿Qué más dan unas cuantas alcachofas cuando tienes la cuenta del banco llena? —Lo de la alcachofa va por los micrófonos.

Niego con la cabeza, rindiéndome ante su absurda teoría, y he retomado mi almuerzo sin dirigir la vista a la pantalla cuando, de pronto, Lola enloquece.

—¡Ay, Dios mío! ¡Mírate! ¡Estás ahí!

Casi me atraganto del grito que pega. Miro la televisión y no logro verme. Imposible hacerlo con Juanjo en primer plano. ¡Qué escandalosamente guapo es! Intento tragar lo que tengo en la boca y me veo obligada a echar mano de la bebida para conseguirlo. Ese hombre me pone nerviosa incluso sin tenerlo delante. Por fin me veo al fondo a la izquierda. Apenas son unos segundos, pues enseguida Soledad y yo desaparecemos del recuadro. Ahora es el turno del Aniquilador, que chupa pantalla para mostrarse a sí mismo y al resto del mundo lo mucho que vale. ¡No quiero ver esto! Me levanto y me voy a la cocina.

—¿Adónde vas?

—Iría a perderme a una isla desierta, pero en lugar de eso voy a por otra cerveza. ¿Quieres algo?

—Sí, que vengas aquí para demostrarte que tengo razón.

—No pienso ver la cara de ese cretino engreído. Demasiado tengo con

verlo en la oficina.

—¡Si no te callas, no puedo oír lo que dice! —me grita, subiendo el volumen con el mando.

—¿Estás sorda? ¡Baja eso!

—¿Te quieres callar?

—Vale. Pero no me obligarás a escuchar —digo, tapándome los oídos con los dedos y canturreando por lo bajini para no enterarme de nada. La canción que me viene a la cabeza no es otra que la que Juanjo y yo bailamos un par de veces y que considero como «la nuestra»—. ¡Mierda! —suelto al tiempo que me marcho a mi cuarto, molesta conmigo misma y con el maldito destino.

Una vez dentro, doy vueltas intentando encontrar una explicación, una salida para no sentirme así. ¿Cómo voy a olvidarme de él si me lo encuentro hasta en la sopa? Vale, tal vez *olvidar* no sea el verbo correcto por lo imposible que me resultaría, pero, por el amor de Dios, necesito alejarme de él, poner tierra de por medio o... ¡hacer un ritual! ¡Eso es!

A estas alturas tengo claro que nuestro sino es encontrarnos una y otra vez, pero puedo cambiar la ventura si hago uso de mis poderes. Emocionada por haber hallado la solución a mi problema, me apresuro a regresar al salón en busca de mi libro.

—Tenemos que hablar —anuncia Lola al verme.

—No tengo tiempo ahora —digo sin mirarla siquiera.

Abro el cajón. Papel, lápiz...

—¿Vas a escribirle una carta? ¡Qué romántico! ¡Me encanta la idea!

Recuerdo haber visto el hechizo que busco hace poco. «¡Aquí está!» Lo leo con atención y cierro el libro cuando sé lo que tengo que hacer. Lola continúa diciendo sandeces acerca del amor y el enamoramiento. Yo la dejo que malgaste saliva mientras escribo nuestros nombres en dos trozos de papel antes de doblarlos e iniciar el conjuro.

—«Año nuevo, vida nueva...» —Comienzo a pronunciarlo susurrando y poniéndome en pie—. «Pasado pisado. Lo bueno, guardado...» —En esta parte, guardo mi nombre dentro del sujetador para dejarlo lo más cerca posible del corazón—. «Y lo malo, aplastado» —remato, tirando al suelo su papel y chafándolo con el pie.

—¿Te ha *dao* ahora por el flamenco? —suelta al ver cómo pisoteo el suelo.

—¿Eres consciente de lo difícil que es concentrarse con alguien que no para de dar por culo?

—¿No estarás...? ¡Ay, Dios! —Lola se echa las manos a la cabeza. Yo se las echaría a la bocaza que tiene.

—Ahora tengo que quemar el papel, así que haz el favor de no distraerme —le exijo, agachándome para recogerlo.

Lo he dejado negro como el carbón por la suela de mis botas y por las ganas con las que lo he pisado. Me vuelvo a la cocina, cojo una cerilla del primer cajón y le pego fuego en el fregadero.

—¿Cuando termines de hacer el gilipollas, ven, que te contaré lo que ha dicho!

Hago lo posible por no escucharla, pese a que me es imposible no hacerlo. El papel arde hasta que sólo quedan los restos oscuros, que hago desaparecer abriendo el grifo.

—¡Listo! —anuncio, regresando al salón, satisfecha por lo que acabo de hacer y con una sonrisa que me cruza toda la cara.

—Bienvenida a la realidad. Ahora, si no te importa, siéntate, que te cuento.

—Es que no quiero que me cuentes nada.

—Puede que no quieras, pero necesitas saber lo que ha dicho, Paula.

—No necesito saberlo porque acabo de resolverlo.

—Y ¿qué has resuelto, según tú, si puede saberse?

—Acabo de hacerle una finta al destino. Un quiebro que hará que Juanjo y yo seamos sólo amigos.

—¡Joder, Paula! —grita fuera de sí.

—Y ¿a ti qué diablos te pasa ahora?

—¡Deja de ser tan ingenua y espabila de una vez! ¡Ese hombre está loco por ti! ¡Ha hablado maravillas de ti y del gabinete! ¡Y te aseguro que la mirada que te ha echado al marcharte es de un hombre completamente enamorado! ¡Así que haz de una vez por todas el puñetero favor de darte cuenta de lo afortunada que eres! ¡Ve a por ese hombre, porque te aseguro que, como no

hagas algo pronto, esa arpía acabará casándose con él y tú te arrepentirás el resto de tu vida!

Su enfado es tan monumental y su rostro muestra tanta convicción que, por primera vez en mucho tiempo, consigue algo inimaginable: que me quede en silencio y no le rebata. Lola es una mujer libre y liberal, pero fuerte y firme como una roca cuando se lo propone. Su seguridad es tal que logra que acabe cuestionándome si debo seguir su consejo. En el fondo sé que tiene razón y que no hay otro hombre como él. Nunca lo ha habido y nunca lo habrá. Pero su situación actual es la que me impide avanzar. Me oprime el pecho cada vez que lo medito, y todos los caminos acaban en el mismo punto: Susana. En más de una ocasión me he preguntado qué ha podido ver en esa despiadada mujer. Lo poco que estuve con ella me bastó para conocerla y saber que no es una buena persona, y mucho menos merecedora de alguien como él. Somos tan distintas que me cuestiono cómo es posible que Juanjo pueda sentir algo por las dos. Entiendo a Lola cuando me empuja a luchar por lo que cree y considera que es mío. Y lo cierto es que yo también lo creo así. He estado engañándome a mí misma pensando que bastaría con alejarlo de mí y que así acabaría dejando de sentir lo que siento por él. Era sólo un espejismo. En el fondo, lo sé. Pero es mi única escapatoria ante la realidad que me consume. Juanjo está prometido, y yo sólo soy... la otra. Ése es el hecho que me ha llevado a esta situación, a rozar la desesperación por intentar alejarme de él, a luchar en vano por dejar de quererlo y desearlo como lo hago. Tal y como la droga afecta al ser humano creando una dependencia, él ha forjado en mí una supeditación ante su influjo. Me confieso total y profundamente enamorada de ese hombre. Aunque aún hay algo a lo que me siento más unida y a lo que me debo en mayor medida: mi honestidad. Por más que lo quiera, por más enamorada que esté de él, y por más que sepa a ciencia cierta que es el hombre de mi vida, no puedo pedirle que abandone a la que va a ser su mujer por mí. Jamás lo haría, y jamás lo haré. Que él decida quedarse conmigo debe ser por pura convicción, por sincera determinación y por el más profundo amor hacia mí. Es por eso por lo que no pienso ser yo quien le pida que dé el paso. No mientras siga convencida de que es él quien debe mover ficha, pese a que la partida no es sencilla de ganar y a que el tablero está más que

tambaleante.

Así pues, con la firmeza de que no voy a pedirle nada, y de que mi ficha seguirá en su casilla esperando un movimiento suyo que consiga el jaque a la reina, saco el papel que me he guardado momentos antes en el pecho y lo desdoble con la plena intención de concederle el mismo final que al otro. Sin embargo, me quedo perpleja al comprobar lo que hay escrito en él. Lola ve mi cara de asombro y me arranca el papel de las manos para saber qué ocurre. Yo sigo sin poder moverme, estática como una piedra. ¡Eso mismo me tiraría a la cabeza! ¡Una enorme y gigantesca piedra, a ver si así aprendo! Mi amiga, que lleva un buen rato aguardando a que diga algo tras la megabronca que me ha echado, lee el papel y comienza a partirse de risa. Al principio me siento molesta por su actitud, aunque pronto consigue que me una a ella y, sin que apenas me dé cuenta, las dos acabamos riéndonos a carcajadas. Llevo años ejerciendo de bruja, tengo una carrera de la que me licencié con matrícula de honor y, sin embargo, a la hora de escribir un par de míseros papeles y distribuirlos como es debido, he cometido el error de hacerlo justo al revés. El nombre que hay en el papel que Lola sujeta en sus manos es el del responsable de mis suspiros, y el que he pisoteado, quemado y tirado por el desagüe no era otro más que el mío. Las risas y el buen rollo que hay de nuevo entre ambas nos hacen acabar tronchándonos juntas en el sofá. Continuamos durante un buen rato, hasta que alguien llama con los nudillos a la puerta de entrada.

Me levanto para ver de quién se trata sin reparar en que no ha llamado al telefonillo de abajo. Aún sonrío cuando, para mi sorpresa, y borrando la curvatura de mis labios en seco, me encuentro con un sobre negro que alguien ha deslizado por debajo de la puerta.

Capítulo 25

Abro la puerta todo lo deprisa que puedo y salgo escopetada al rellano. Ni siquiera me paro a coger el sobre del suelo. He visto uno como ése antes y creo saber quién ha sido la persona que lo ha traído. Es la mujer misteriosa con la que me crucé en el gabinete y que vi salir del despacho de Juanjo. Me asomo a la escalera y no logro ver a nadie. Es muy escurridiza. Me atrevo a bajar a la planta inferior por si estuviese escondida allí. Tampoco la encuentro. ¿Cómo es posible que haya desaparecido tan pronto? Y, lo más importante, ¿cómo sabe dónde vivo?

Molesta por no mantener a salvo mi privacidad y la de Lola, subo de nuevo hasta encontrarme con el dichoso sobre frente a mí. Por un segundo dudo entre cogerlo o dejarlo ahí mismo, tirado en el suelo como si fuese una simple mota de polvo.

—¿Quién era? —pregunta Lola desde el sofá.

La puerta del piso aún está abierta y no le contesto para no dar que hablar a los vecinos. Una vez dentro, y con el cerrojo echado, a lo que le sumo la cadenita de hierro que lleva incorporada debajo, recojo el sobre del suelo y regreso al salón con ella.

—No he visto a nadie.

—¿Qué es eso?

—Un sobre —digo mostrándoselo.

—Hasta ahí llego. Pero ¿qué contiene?

—No lo sé, ni quiero saberlo.

—¿Cómo que no? Definitivamente, se te ha ido la olla.

—No pienso abrirlo, así que ve borrando la idea de tu preciosa cabeza.

—Gracias por lo de preciosa, pero... ¿no te pica la curiosidad?

—No.

—Un hombre misterioso te deja un sobre por debajo de la puerta y... ¡Un momento! ¿Cómo sabes que es para ti? ¿Y si es para mí? Trae aquí ese sobre.

—Es para mí.

—¿Lleva nombre?

—No lo sé —admito, echándole una nueva ojeada. En el reverso, encuentro mi nombre pintado con rotulador plateado—. Sí lo lleva. Y es el mío.

—Vale, ya tenemos resuelto el primer misterio. Vayamos a por el segundo. Ábrelo.

—No.

—Pero ¿por qué?

—Porque no quiero saber lo que hay dentro.

—Tú sabes algo —afirma entornando los ojos, dudando de mí.

—Anda, vuelve a poner la tele mientras termino de recoger esto —indico, y dejo la misteriosa carta sobre la mesa grande del salón para empezar a llevar los platos de la comida a la cocina.

—¿Por qué no quieres decírmelo?

—Porque no es importante.

—Tiene que ver con él, ¿a que sí?

—Eres demasiado maruja, ¿lo sabías?

—Es el deporte nacional por encima del fútbol. No sé de qué te extrañas.

—Afortunadamente, aún existimos algunos a los que nos gusta el baloncesto.

—Como metáfora y como desvío del tema no está mal, pero pongo en tu conocimiento que no te ha servido un pimiento.

—¡Siento que no te valga, porque es lo que vas a obtener! —grito agachada desde la cocina mientras coloco los platos en el lavavajillas. Hay bastantes, pese a que somos sólo dos personas, y me lleva un buen rato—. ¡En

serio, Lola, no me interesa lo que haya dentro de ese sobre, y espero que lo comprendas porque... ¡Lola! ¿Lola?

Cuando me incorporo, me doy cuenta de que la muy pécora me ha dejado hablando sola. No está en el sofá. Mi siguiente reacción es mirar hacia la mesa. ¡Lo sabía, se ha largado con el sobre!

—¡Lola, no estoy para bromas! —bramo, saliendo de la cocina en dirección a su cuarto—. ¡Espero que sepas que no me hace la menor gracia lo que estás haciendo!

Pero al entrar compruebo que no está allí. ¿Qué pasa?, ¿yo soy la bruja y todo el mundo desaparece menos yo?

—¡Lola! ¿Dónde estás?

La busco dentro del armario e incluso debajo de la cama. No hay ni rastro de ella. Con el corazón atronándome en el pecho, continúo mi búsqueda por el resto de las estancias hasta llegar a su baño. Se ha encerrado dentro.

—¡Lola, abre! —Golpeo la puerta—. No estoy para juegos, ¿o es que no lo ves? ¡Lola!

Así permanezco durante un rato, llamándola, aporreando la puerta sin respuesta, hasta que oigo cómo descorre el pestillo. Doy un paso hacia atrás y me preparo, poniendo los brazos en jarras, para echarle una bronca monumental. Pero, de entre todas las reacciones posibles, la que veo en su cara es la que menos podía imaginar. Está pálida como la nieve, y su rostro refleja... ¿miedo?

—Tienes que leer lo que pone —balbucea con dificultad.

—No te vas a librar de una reprimenda por mucha cara extraña que me pongas. Dame el sobre, y lo digo en serio —mascullo con la suficiente rotundidad para lograr mi objetivo.

—Pensaba dártelo de todos modos —suelta para estropearme el momento mientras se escabulle dando saltos sobre una pierna en dirección al salón.

—¿No te han enseñado que es delito leer la correspondencia de otras personas?

—No lleva sello, así que no se considera correspondencia —apostilla para desarmar mi alegato.

—¡Eres incorregible! —suelto yendo tras ella.

—Si fuese una sumisa, no sería yo —aclara—. Por favor, Paula, hazme caso y lee lo que hay dentro del sobre.

Ni siquiera estando tumbada pierde firmeza y rotundidad a la hora de hablarme.

—Pero ¿por qué es tan importante?

—Si te lo dijese, no me creerías. En serio, debes verlo por ti misma.

—Sé que tiene que ver con Juanjo, y por eso mismo no me interesa saber de qué se trata.

—Has acertado de pleno en la primera parte, pero en la segunda te aseguro que te equivocas.

—¿Por qué insistes tanto? Te he dicho que no me importa lo que haya aquí dentro.

—¡¡¡Lee el maldito sobre, joder!!!

Su grito logra ponerme los pelos de punta. Lola es única para hacerme reaccionar. Ni siquiera mi familia es capaz de hacerlo. De hecho, incluso a Manuela la gana en eso. La fuerza arrolladora de mi compañera de piso es muy superior a la del resto de la gente que conozco. Sin contar a Juanjo, claro. Harta de su insistencia y, sobre todo, de que vuelva a levantarme la voz, me siento a su lado y accedo a abrir el maldito sobre. No veo qué importancia puede tener lo que haya dentro, y más viniendo de una de sus ex. Ella aguarda sin quitarme ojo mientras saco el papel que contiene. Quiere asegurarse de que voy a leerlo. Es una hoja tamaño cuartilla, escrita a mano con una letra preciosa.

Debo hablar urgentemente con usted. La vida de su compañero corre peligro.

Póngase en contacto conmigo cuanto antes y se lo explicaré todo.

Atentamente,

María

Lo que viene a continuación es un número de teléfono. Uno que me es desconocido, como el resto del contenido del texto.

—¿No piensas hacer nada? —dice cuando me ve dejarlo sobre la mesa y echarme hacia atrás en el sillón como si nada.

—No.

—¿Por qué? —pregunta fuera de sí con los ojos abiertos como platos.

—Porque no.

—¡Tía, no te conozco! ¿Cómo puedes amar a ese hombre y no inmutarte cuando te están diciendo que pueden matarlo?

—Ves demasiadas películas. ¿En serio te crees lo que dice? ¿No te das cuenta de que es una ex que intenta llamar su atención?

—Si quisiera llamar su atención, no te habría escrito a ti.

—Sí, si lo ha intentado antes con él y no lo ha conseguido.

—¡Desde luego, no hay peor ciego que el que no quiere ver!

—¡Lola, basta! —digo poniéndome en pie. Su persistencia me impide quedarme quieta y me está tocando las narices, por no decir otra parte de mi anatomía.

—Te estás equivocando —asegura.

—Y tú estás siendo muy pesada.

—Pues cuéntame todo lo que sepas de ella. Tal vez así logres que piense como tú.

Por primera vez Lola me da una tregua, y la aprovecho para relatarle lo que sucedió en el gabinete. Lo hago con todo lujo de detalles: cómo la vi salir del despacho, cómo me llamó la atención su ropa, el sobre que dejó encima de la mesa y lo veloz que fue para desaparecer ante mis ojos, igual que lo ha sido hace un momento aquí, en casa.

—¿Y si estás equivocada? ¿Y si no es una ex de él, sino la de un antiguo cliente despechado?

—Lola, por favor, no llevamos casos de penal. Nuestros casos no son de asesinatos ni nada parecido. Son simples divorcios.

—¿Y si, tras el divorcio, lo arruinó y quiere vengarse?

—Estar de baja no te está sentando bien. ¿Cómo puedes pensar que es cierto?

—Por la misma razón que tú desconfías de que lo sea.

Sé que no vamos a llegar a ninguna parte si seguimos así. La conozco lo suficiente para saber cuán terca puede ser cuando se lo propone. Algo que también me ocurre a mí cuando me empeño en algo. Sólo discutí una vez con Lola. Fue hace años. Recuerdo que fue por una tontería, aunque, debido a nuestros fuertes caracteres y nuestra cabezonería, acabamos sin dirigirnos la palabra durante días. Tras la reconciliación, las dos acordamos que no volveríamos a dar lugar a que ocurriera algo así entre nosotras. Ambas lo pasamos muy mal en aquella ocasión, y nos hicimos la promesa de que lo evitaríamos a toda costa. Ésta es una de esas ocasiones. Había pensado avanzar trabajo en casa para acompañarla en su convalecencia, pero, tras lo ocurrido, creo que lo mejor será que ponga distancia de por medio. No quiero que la cosa llegue a más, así que recojo mis cosas, me despido de ella y regreso al bufete.

* * *

De camino al despacho, repaso mentalmente todo lo que ha ocurrido hoy. Parece mentira cómo en unas pocas horas puede cambiar tu perspectiva a la hora de ver lo que sucede a tu alrededor. Lo analizo todo desde varios puntos de vista, y entonces me suena el teléfono. Por un segundo se me pasa por la cabeza que pueda ser Lola arrepintiéndose de su actitud, pero mi rostro cambia en cuanto leo el nombre que hay en la pantalla.

—Dime, mamá.

—¡Lita! ¡Que te hemos visto por la tele! ¡Ay, Dios mío, no sabes la que tenemos aquí montada! Tengo aquí a las vecinas, que han venido corriendo a decirnos que te han visto. ¡Hija, te estás haciendo famosa, qué alegría más grande!

«Creía que ya lo era... En el pueblo, quiero decir, claro.»

Durante un buen rato escucho a la enardecida de mi progenitora hablar de mí como si fuese la mismísima reina de corazones. Está como loca por haberme visto unos segundos, y eso que ni siquiera he salido diciendo una sola palabra. Su alegría es tal que no me deja ni hablar. Apenas unos monosílabos

es lo único que me permite responderle. Aunque, como es una de las pocas veces que la veo sentirse orgullosa de mí, le dejo soltar todo lo que quiera.

Tras oír todas las maravillosas maravillas de su inconmensurable hija, hablo un poco con mi padre y mi hermano. A mi cuñada la oigo de fondo, dice que está demasiado ocupada leyendo una revista como para ponerse al teléfono. Dolida y hundida por no haber podido escuchar su hermosa voz y ser privada de su espléndida inteligencia —nótese la ironía—, llego al despacho, momento en que me despido de mi madre, que es la que ha orquestado esta gran conferencia.

Nada más salir del ascensor, ya en la planta del bufete, noto una punzada en el estómago. La sensación es tan fuerte que hasta me veo obligada a detenerme para apoyarme en la pared. El dolor persiste más de lo esperado, y es por ello por lo que acabo preocupándome y poniéndome en alerta. Una vez merma lo suficiente para poder retomar la marcha, logro llegar hasta la puerta arrastrando los pies. De igual modo, camino hasta el baño, situado en el pasillo izquierdo. En recepción no hay nadie, algo que agradezco. A estas alturas tengo claro que no hay ninguna persona que ocupe tal puesto.

Nada más entrar en el baño, me encuentro con Nelly.

—¿Qué te ocurre? —pregunta, y se apresura a ayudarme. Debo de ser la reencarnación de la niña de *El exorcista*, por la cara que pone al verme.

—Ha sido de repente —acierto a decir con la mano en el bajo vientre.

Me sujeta por el brazo para ayudarme a llegar al lavabo, donde ella se encontraba retocándose el carmín.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias. Creo que se me está pasando.

—¿Dónde te duele?

Inclinándome un poco hacia atrás, le muestro la zona exacta, donde tengo la mano.

—¡Oh, oh...! —suelta con cara de circunstancias.

—¿Qué pasa? —pregunto con mi lado hipocondríaco en todo lo alto.

—La última vez que tuve ese dolor estaba...

—No estoy con el período, aunque el dolor es igual.

—No iba a decir eso, sino todo lo contrario.

Tengo a Nelly en gran estima por lo inteligente que es, aunque lo de disimular con las caras que pone no es su fuerte.

—¡No puede ser! —afirmo en cuanto caigo en la cuenta de a qué se está refiriendo.

—Sí, si no habéis utilizado medios.

«¡Joder, joder, joder! ¡No, me niego! ¡Es demasiado pronto... y una locura!»

—¿Cuándo te pasó? —pregunto con un hilo de voz.

—A las cinco semanas de quedarme embarazada.

—Entonces es imposible que se trate de lo mismo —aseguro, volviéndome hacia el lavabo. El susto que me acabo de llevar bien merece un poco de agua en la cara.

—Por la cuenta que os trae, espero que así sea —manifiesta segura, mirándome a través del espejo.

Su confesión me deja sin habla. Yo también la miro a través del cristal, mucho más pálida de lo que está ella. Está claro que se ha enterado de lo nuestro, y no pienso insultar su inteligencia inventándome mil excusas o mintiéndole al respecto.

—¿Qué sabes? —pregunto con una taquicardia asaltándome en el pecho.

—Lo suficiente para advertiros que debéis tener más cuidado.

No salgo de mi asombro.

—¿Has hablado con Juanjo?

—Sí. Esta misma mañana.

Me pregunto en qué momento ha sucedido tal cosa.

—Paula, no soy nadie para meterme en vuestros asuntos, pero debéis tener cuidado. Si yo me he enterado, puede que alguien de la oficina también lo haga.

—Gracias por tu discreción. Aunque no va a volver a ocurrir —afirmo tras una breve pausa.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Demasiadas cosas en un día. Dejémoslo ahí.

Ya me encuentro mejor, el dolor ha remitido por completo. Lo mismo que mi cara, que parece haber retomado su color habitual.

—Quizá sea mejor así. ¿Tú estás bien?

Sé que se refiere a poner fin a lo mío con Juanjo, más que al desaparecido dolor.

—Lo estaré. Tienes mi palabra.

—Me alegra oírtelo decir. Cuenta conmigo para lo que necesites, ¿de acuerdo?

—Eres un ángel caído del cielo, ¿lo sabías?

Nelly suelta una carcajada.

—Te aseguro que, si me enjuiciaran por mis hechos, lo último que me concederían sería un par de alas.

Su pícaro comentario nos hace reír a ambas. Me recuerda mucho a Lola, lo cual me encanta. Soy una afortunada al trabajar con alguien así. Y doy gracias por ello.

—Debo volver al trabajo. Jota Jota quiere un expediente listo para esta tarde. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—Lo mismo digo. Y gracias.

Nelly me regala una sonrisa antes de coger su barra de labios y marcharse. Respiro profundamente y me miro al espejo, satisfecha por saber que la tengo a ella y, sobre todo, por convencerme de que he tomado la decisión más acertada. Mi aventura con Juanjo ha llegado a su fin. Debo hacerlo, no sólo por él, sino también por mí misma. Él es lo mejor que me ha pasado nunca, pero también puede llegar a ser la persona que más daño me haga. «Estás haciendo lo correcto», me animo a mí misma mientras contemplo mi reflejo. Ahora más que nunca necesito reafirmarme en mi decisión, impulsarme e incitarme a dar por terminado lo nuestro, a seguir adelante y a...

—Así que eras tú —oigo que dice una voz tras de mí al tiempo que la puerta de uno de los baños privados se abre.

El corazón se me acelera de nuevo en cuanto me doy cuenta de que ha estado ahí dentro todo el tiempo. Noto cómo la boca se me seca y la lengua me araña el paladar.

—Sí —admito desde mi posición. Ella camina hacia mí, y yo me veo obligada a adelantarme en mi propósito—. Siento lo que ha pasado —confieso sin que me tiemble la voz. Le debo una disculpa, pese a que sé que viene dada

más bien por empatía femenina que por a quién va dirigida.

Susana se detiene a un par de pasos para examinarme de arriba abajo. Lo hace con arrogancia, con desaire y tomándose su tiempo. La aterradora calma con la que se recrea logra ponerme el vello de punta.

—Yo también lo sentiría —manifiesta con perversa calma—. Debe de ser difícil levantarse cada día y encontrarse en el espejo a alguien tan desagradable y repugnante como tú.

Su inhumano desprecio consigue que pronto me arrepienta de haberle pedido perdón. Respiro hondo para intentar calmar la agitación que siento por dentro. La rabia y la furia me corroen y tensan cada músculo de mi cuerpo.

—No todos los ojos están capacitados para ver —manifiesto con la mano en el bolsillo, con la certeza de estar ante la viva demostración de alguien que sólo es capaz de ver lo superfluo.

—Debes de ser una auténtica ramera en la cama para que haya elegido a alguien de tan baja clase social.

—Hoy no es tu día de suerte. No me van las mujeres y no podrás averiguarlo por ti misma.

—He de reconocer que estoy sorprendida —suelta de pronto en tono cínico—. No me esperaba que Juanjo reparase en alguien... así —dice, señalándome con la mano—. Me pregunto qué se le habrá podido pasar por la cabeza, porque no hay más que verte para saber que eres la antítesis de la feminidad y el buen gusto.

—Por suerte, hay gente que tiene criterio a la hora de elegir —declaro sin que me tiemble la voz. Intenta herirme a toda costa y no pienso allanarle el camino.

—¿Has creído por un solo segundo que tú podías gustarle a él? —Susana rompe a reír con maliciosas carcajadas. El sonido llega hasta mis oídos como dardos envenenados, calcinándome por dentro—. Sólo eres una más en su larga lista de escauceos.

La sola idea de haber sido un mero pasatiempo para Juanjo me despedaza el alma.

—Aunque, si crees que voy a dejarlo pasar —continúa—, por muy insignificante que seas para él, es que no me conoces.

—Ni tú a mí, si crees que te lo voy a permitir —aseguro, manteniéndome firme como una roca. Es en instantes como éste cuando más me reafirmo como lo que soy, pues sólo una bruja auténtica y que se precie de catalogarse como tal es capaz de afrontar un duelo como éste—. No me das miedo —añado.

—Deberías tenerlo, porque pienso hundirte hasta lo más hondo. Acabaré contigo como se aplasta a una cucaracha. Porque eso es lo que eres, un mero insecto —manifiesta con cara de asco.

—La ignorancia habla por ti cuando al afirmar tal cosa demuestras no tener idea de lo que ese tipo de animal es capaz de lograr —afirmo acercándome más a ella. No pienso amilanarme. No con ella.

—Tienes razón —admite de pronto, y retrocede un paso. El hecho me desconcierta tanto que me quedo inmóvil—. No sé nada de insectos porque no necesito saberlo —asegura con altanería. El tono de amenaza ha dejado paso a uno de soberbia—. Sólo los de tu clase debéis de estar acostumbrados a convivir con ellos.

—Dudo que haya un entomólogo en tu agenda para saber a qué clase pertenecen —afirmo, devolviendo la pelota a su propio tejado. Y también porque tengo la convicción de que no sabe ni lo que significa.

—Pero que no esté familiarizada con ellos —continúa, haciendo oídos sordos a mi frase— no implica que no sepa aplastarlos —profiere al tiempo que arrastra cada sílaba de la última palabra.

—Te harían falta algo más que tacones para poder intentarlo siquiera. Los de mi clase, como tú nos llamas, no tememos a los de la tuya. Cuando se está abajo del todo, la única salida es hacia arriba. No lo olvides.

—¡Eres la culpable de todo! —brama fuera de sí. Mis réplicas han logrado enfurecerla.

—No soy yo la que te debía lealtad —me defiendo con una apatía que no siento.

—¡No te saldrás con la tuya! —grita de igual forma—. ¡Juanjo volverá conmigo y tú pasarás a formar parte del pasado!

—¿Qué quieres decir con eso de que «volverá»? —pregunto al intuir un halo de esperanza.

—¡Voy a destruirte y a hacer que desaparezcas! —amenaza a voz en grito.

Su última frase me enmudece. La probabilidad de que ella también sea alguien como yo me provoca una corriente eléctrica que me recorre la columna vertebral. Pongo más atención en sus ojos y me sorprendo con lo que me encuentro. Maldad es lo único que hay en ellos. La oscuridad más tenebrosa que jamás haya contemplado se esconde tras esos dos iris a los que me enfrento. Como la lóbreguez en una noche cerrada, su iniquidad, intensa y desmesurada, anula el color marrón del que realmente son. Todos mis sentidos se mantienen en alerta, mi corazón se desboca y mis manos rezuman la angustia que me hace sentir. El dolor que he notado al llegar regresa confirmándome que lo único que se estaba gestando en mi bajo vientre era una advertencia. Una que me asegura que no se dará por satisfecha, y que esto no va a quedar aquí.

—No pienso ir a ninguna parte, por mucho que lo intentes —manifiesto con toda la rabia que guardo en mi interior.

Susana da un tosco paso, colocándose a escasos centímetros de mí. Noto su aliento introduciéndose en cada poro de mi rostro como si de cuchillos se tratara. Aunque nada comparado con sus hirientes palabras, que son como cañones penetrando en lo más recóndito de mi ser.

—¿Sabes qué es lo más curioso de todo esto? —pregunta con una malintencionada sonrisa—. Que no voy a ser yo quien lo haga, sino él.

Nada más acabar la frase, y sin opción a réplica por mi parte, Susana se vuelve hacia el lavabo y, en un raudo movimiento, se golpea la cabeza contra el espejo. El cristal se resquebraja y los trozos rotos comienzan a caer sobre la piedra de mármol que cubre el lavabo. El impacto logra que estallen y acaben esparcidos por toda la zona, formando miles de pedazos. El sonido es desgarrador, y me estremezco por la dentera que me provoca. Todo ocurre muy rápido. Demasiado para haber podido evitarlo.

—¿Qué has hecho?! —grito, apartándome de ella.

La mujer se vuelve hacia mí, y me sobrecojo al ver cómo la sangre le cae por el lado izquierdo de la cabeza. Su hasta entonces impoluto pelo rubio, recogido en una alta y estirada coleta, empieza ahora a teñirse de un rojo oscuro.

—¡Tapa la herida, por el amor de Dios! —profiero exasperada al ver

cómo la sangre sale a borbotones.

No me paro a pensar quién es, ni en la maldad que contiene su alma. Mi instinto me hace acercarme al lavabo para poder ayudarla. Pero, al hacerlo, uno de los cristales que hay junto al grifo me produce un gran corte en el dedo.

—¡Mierda! —suelto en cuanto siento el dolor.

Con la otra mano, me apresuro a repetir la acción para meter el dedo bajo el chorro de agua y detener la hemorragia. En ese instante, la oigo hablar por teléfono.

—¡Cariño, ven al despacho, te necesito! —chilla encolerizada sin apartar la vista de mí—. ¡Me duele mucho! ¡Hay demasiada sangre! —Su voz no va acorde con su rostro, dominado por una pérfida sonrisa—. ¡Se ha vuelto loca! ¡Me ha atacado —asegura—, Paula me ha atacado!

Sin dejar de sonreír, se aparta el móvil de la oreja y es entonces cuando me dejo ir realmente.

—¡¡¡Te odio!!! —bramo enfurecida ante tanto dolor.

Con una inquina cruel y sin cambiar su perverso semblante, Susana me muestra la pantalla del teléfono para que vea con mis propios ojos cómo finaliza la llamada. Ambas sabemos que acabo de cometer un gran error.

—Comienza la batalla —afirma, guardándose con tranquilidad el móvil en el bolso, aún con la curvatura de la sonrisa en sus labios y sin importarle que la sangre siga manchando su impoluta ropa.

Si por un momento he podido pensar que esta mujer no iba en serio con sus amenazas, acaba de despejar cualquier duda plausible. Tengo ante mí al mismísimo diablo, y hasta donde yo sé no hay hechizo o conjuro alguno que pueda aniquilarlo.

Capítulo 26

Juanjo

¡No sé qué cojones ha podido pasar! La llamada de Susana acaba de joderme la copa que me estaba tomando en la barra del pub. Es la segunda vez hoy que vengo a este sitio. La primera ha sido con Leandro, para sonsacarle información y así poder ayudarlo. Aunque la cosa no ha sucedido tal y como esperaba, pues ha sido él quien ha acabado ayudándome a mí.

Me despido del camarero tras pagarle la cuenta y me largo en dirección al despacho. Lo hago dando enormes zancadas mientras los gritos de Susana y, sobre todo, las palabras «sangre», «ataque» y «Paula» me acompañan atormentándome. Se repiten una y otra vez en mi cerebro, tal como una puta taladradora hace un agujero en la pared. Pero Lita no ha podido hacerle daño; no es propio de ella. ¡Es imposible! No tiene sentido, y mucho menos ahora que Susana y yo hemos roto.

Aún me quedan un par de manzanas para llegar al despacho. Hace un frío de narices, pese a que no lo siento. Veo a la gente caminando encorvada, en contraste con el modo en que lo hago yo. El temor y la duda me aportan el suficiente calor para no notar las gélidas temperaturas a las que nos encontramos. Avanzo haciendo cavilaciones y mis propias composiciones de lo que ha podido ocurrir, aunque no logro hallar la respuesta a ninguna de ellas. No tiene sentido que hayan discutido. Susana no sabe que el verdadero motivo de que la haya dejado ha sido Paula. He tenido cuidado de no

pronunciar su nombre cuando he roto con ella. Ha sido hace escasamente una hora. El recuerdo aún está fresco en mi memoria. Nada más despedirme de Leandro, he ido a recogerla a su oficina para invitarla a comer. Me sentía incómodo y muy nervioso por lo que iba a hacer, así que he decidido llevarla a su lugar favorito, uno de los más lujosos de Madrid, acorde con sus gustos caros y su inclinación hacia lo excéntrico.

—Tenemos que hablar —he dicho cuando el camarero nos ha servido el postre, interrumpiendo su monólogo acerca de la boda. Tal vez debería haber sido más original, pero ha sido lo primero que me ha salido.

—Ya lo estamos haciendo —ha respondido, mirando con disimulo a nuestro alrededor. Ella siempre ha dado mucha importancia a la imagen pública.

—No quiero una boda extravagante ni nada por el estilo.

—Cariño, ya lo hemos hablado. A mí me hace ilusión que...

—Pero a mí no, y no pienso aceptarla —la he interrumpido.

Ella me ha observado durante unos segundos en silencio, intentando averiguar mis intenciones. No lo ha logrado, o no ha querido hacerlo, no lo tengo claro.

—Debes de haber tenido una mala mañana en el trabajo —ha comentado, poniendo su mano sobre la mía. Estaba frente a mí, a escasos centímetros, y, sin embargo, yo la sentía a miles de kilómetros.

—Te equivocas, ha sido muy buena.

—¿Te ha llamado tu padre dándote un disgusto? —No sé por qué lo ha sacado a relucir.

—Mi padre no tiene nada que ver en esto. Se trata de ti y de mí.

—Cariño, si es por lo de la revista, ya te pedí perdón.

—Me mentiste.

—Sólo fue una pequeña mentira.

—Con pequeñas mentiras se pierden grandes personas.

—No creí que le darías tanta importancia. No volverá a ocurrir.

—Eso lo tengo claro, porque no quiero seguir con lo nuestro.

Por fin me he armado de valor y le he soltado lo que llevaba días intentando decir. No lo había visto claro hasta el momento de mi charla con

Leandro.

—¿Qué quieres decir? —Su rostro ha cambiado y las lágrimas no se han hecho esperar. Odiaba esta parte.

—Hemos de dejarlo aquí. No quiero una boda, ni siquiera seguir adelante con esta pantomima.

—¿Llamas *pantomima* a nuestro compromiso?

—Somos muy distintos; eso es algo que no es nuevo para ti.

—Pero nos compenetramos de maravilla —ha comentado, rozándome la pierna con su pie y lanzándome una mirada provocadora.

—¿No te das cuenta de lo que quiero decirte? —he mascullado en voz baja, apartando la pierna a un lado.

—Estoy segura de que podremos solucionarlo.

Intentaba arreglarlo como siempre lo había hecho: con sexo. Susana lo usaba tras cualquier discusión, y he de reconocer que le daba resultado. Yo nunca me negaba. No me había dado cuenta hasta ese instante.

—Sé que tú no eres la definitiva —he sentenciado para que desistiera de su patético intento.

Me dolía ver cómo se arrastraba cuando lo que estaba intentando decirle era que no es la mujer a la que amo.

—¿Quién es ella?! —ha bramado reclinándose hacia atrás, poniendo distancia de por medio.

—No creo que sea necesario...

—¿Quién... es... ella? —ha insistido.

He guardado silencio mientras la observaba. Me preguntaba cómo había podido estar tan ciego para no darme cuenta de que nunca la había amado. Hubo un tiempo en que creí hacerlo. Pero estaba equivocado. La apreciaba y le tenía un cariño especial, aunque nada comparado con lo que siempre he sentido por Lita.

—No voy a decírtelo por más que insistas. Lo importante no es de quién me haya podido enamorar, sino el no hacernos daño. Te respeto y he intentado hacerlo todo este tiempo. Es por eso mismo por lo que debo ser honesto contigo. No quiero hacerte daño, y seguir con esta mentira sería muy cruel por mi parte.

—En este instante lo estás siendo.

—Eso no es justo.

—¿Quieres hablar de lo que es justo? Dime, ¿cuántas veces te has acostado con ella?

—Ninguna.

No he mentado. La pregunta incluía una horizontalidad que aún no había existido.

—Y ¿cómo sabes que te dará lo que sólo yo soy capaz de darte?

He guardado silencio de nuevo. No estaba dispuesto a darle más información. No quería destruirla, sólo acabar con nuestro compromiso y con nuestra relación.

—No todo está en el sexo —he argumentado.

—Te conozco, y sé que no puedes vivir sin él —ha afirmado, inclinándose de nuevo hacia mí—. Nadie puede darte lo que yo te doy —Su pie ha vuelto a rozarme, seductor y sugerente.

—Se acabó —he manifestado contundente, apartándola una vez más—. No quiero ser descortés, y te pido que no me obligues a serlo.

Ella por fin ha captado el mensaje. Su rostro ha vuelto a ser taciturno y a mostrar el verdadero disgusto que sentía. No la culpaba por ello.

—Lo siento mucho, Susana, pero es lo mejor para los dos. Y, aunque ahora no puedas verlo, sé que lo harás en un futuro, porque eres una mujer lo suficientemente inteligente para ello. —Estaba deseando salir de allí cuanto antes y he intentado hacerlo lo mejor que he podido.

—Sé que volverás a mí —ha soltado de pronto.

—Susana, por el cariño que te tengo, no te hagas esto a ti misma.

—Lo harás. Y ¿sabes por qué? Porque soy tu droga y tu mejor fármaco.

Un fármaco era lo que ella necesitaba. He acallado mi pensamiento.

—Tienes la llave de mi casa. Recoge tus cosas y déjala en la cocina —he expuesto, dejando sobre la mesa varios billetes para pagar la cuenta.

—Espera, no te vayas —ha suplicado, agarrándome del brazo en cuanto me he puesto en pie.

—Puede que algún día podamos ser amigos —he rematado justo antes de largarme de allí.

La he dejado atrás como dejaba una relación que había durado años y que acababa de vivir su último capítulo.

La escena del restaurante me acompaña hasta que llego a la recepción del gabinete, donde Nelly me recibe nerviosa.

—¿Dónde está? —pregunto con el corazón en la garganta.

—Jota Jota, debo advertirte antes de que entres ahí —farfulla, caminando tras mis pasos. Me dirijo decidido hacia el despacho de Paula—. No están aquí —añade, provocando que me detenga en seco y me vuelva hacia ella.

—¿Dime dónde cojones está! —le exijo alzándole la voz. No estoy para más charlas.

—Domingo está con ellos.

—¿Ellos?

—Paula le ha pedido a Eulogio que la represente.

—¿De qué demonios estás hablando?

Tengo el corazón golpeándome en el pecho. Hacía años que no sentía el miedo, y ya no recordaba lo mucho que duele.

—Tu prometida va a querellarse contra Paula por agresión.

—Nelly, por favor, dime dónde están.

—En el despacho de Domingo —afirma, haciéndose a un lado.

Como alma que lleva el diablo, recorro los dos pasillos. La puerta de la oficina está abierta, y entro exhalando el último aliento por la carrera. La imagen que me encuentro es desoladora. Paula está a la izquierda, de pie junto a Eulogio, mientras que Susana está sentada en el sillón de Domingo, acompañada por él.

—¡Cariño! —suelta de pronto esta última, alargando los brazos hacia mí. El vendaje que lleva en la cabeza y su triste mirada logran encogerme.

Pero mis pies se quedan anclados en el suelo cuando veo que Lita también lleva una venda en la mano.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —pregunto, mirando a cada uno de ellos. Incluso a Nelly, que acaba de entrar tras de mí y se ha colocado junto a Paula.

—Creo que es mejor que sea yo quien te lo cuente, si me lo permitís — responde Domingo mirando al resto. Todos asienten con la cabeza—. Verás, Jota Jota, lo primero es confirmarte que la ambulancia ya está en camino. Va a

necesitar algunos puntos para cerrar la herida —declara, dirigiendo la vista al vendaje de Susana—. Hemos conseguido parar la hemorragia, pero...

—¡Al grano! —le exijo.

—Cálmate, porque ambas están bien.

—Cumple con tu parte y yo haré lo mismo con la mía. Desembucha.

—Paula y ella han discutido en el baño. Al parecer, la discusión se les ha ido de las manos y ha acabado en esto.

—¡Ella me ha atacado! ¡Está loca! —grita Susana rompiendo a llorar.

—Eso tendrás que probarlo —interviene Eulogio con voz firme. Es la vez que más masculino lo he visto.

—Según tu prometida, Paula la ha atacado y la ha estrellado contra el espejo del baño —aclara Domingo—. De ahí los cortes.

Su acusación es tan grave que apenas si puedo mantenerme en pie. Mientras Susana llora desconsolada, mi vista se centra en Lita. Necesito ver en sus ojos si es cierto lo que acabo de oír. Pero estoy demasiado confuso, demasiado nervioso como para lograr ver algo.

—¿Es eso cierto? —pregunto tajante.

—Mi clienta no dirá nada más —responde Eulogio por ella.

—¡No estoy hablando contigo! —bramo, adelantándome un paso—. Lita, dímelo —le imploro—, ¿es cierto?

Veo la humedad en sus ojos, y me rompe literalmente el corazón. No soporto verla así. Daría lo que fuera por abalanzarme sobre ella y estrecharla entre mis brazos para mantenerla a salvo conmigo. Pero su silencio me desarma y me destroza como la peor paliza que pudieran darme en un callejón oscuro.

—Necesito oírtelo decir —susurro casi sin fuerzas al no oír su voz. Necesito oírla, que me confirme que está bien y que todo ha sido fruto de un error.

—Mi clienta niega los hechos —insiste Eulogio.

Su voz penetra en mí como el sonido de unas uñas rasgando una pizarra. Me molesta y me enfurece tanto no obtener lo que quiero que acabo dándole un puñetazo en toda la cara.

—¡Juanjo! —grita Lita, arrojándose hacia él.

—Jota Jota, ¿te has vuelto loco? —me increpa Domingo.

—¡Ella no ha sido! —brama Nelly, enfrentándose a mí.

—¡Pienso demandarte por esto! —suelta Eulogio con la mano en la boca. Le he partido el labio y sangra como un cerdo.

—¡Así no vamos a solucionar nada! —oigo que dice Domingo al acercarse a mí para cogerme del brazo y obligarme a retroceder y a alejarme de mi compañero.

—¡Dímelo! —vuelvo a pedirle a Lita. ¿Por qué nadie entiende que sólo me importa lo que ella tenga que decirme?

No logro descifrar su mirada. No sé si es odio, rabia o decepción lo que veo en sus ojos. Abro y cierro la mano por el daño que me he hecho al golpear a Eulogio. El mismo dolor que siento por la tensión de cada uno de mis músculos. Pero nada comparado con la tortura de su silencio.

—¿Tú qué crees? —pregunta, logrando desconcertarme aún más.

—¡Claro que ha sido ella! —insiste Susana a voz en grito—. ¿Cómo crees que se ha hecho ese corte en la mano? ¡Ha sido al empujarme y estrellarme contra el espejo!

Miro a ambas mujeres y me sorprendo al ver tan dispares reacciones. Por un lado, mi exprometida le grita llena de ira y de rabia por lo que ella asegura que ha ocurrido. Por otro, Lita aguarda paciente, sin un atisbo de furia en la mirada. Más bien es pena lo que logro ver en su rostro. Mi mente es un hervidero de preguntas sin respuesta. Me echo las manos a la cabeza. Lo hago cuando las cosas se me escapan de las manos, como me está ocurriendo ahora mismo. Procuro descifrar el motivo que haya podido tener Lita para atacarla. Pero aún me cuesta más encontrar el que tendría Susana para inventarse tal cosa. ¡No tiene sentido!

Mis pensamientos se acallan en cuanto los del servicio de urgencias entran por la puerta. El caos que se produce durante los siguientes minutos le es difícil de controlar incluso al propio Domingo, que es el encargado de responder cada una de las preguntas que el doctor les va haciendo.

—¿Van a poner denuncia en la comisaría? —pregunta éste en un momento dado.

—Somos abogados, no se preocupe.

—Ya sabe que estamos obligados a dar parte.

—Lo sé. Le doy mi palabra de que cumpliremos con lo que dicta la ley.

—Está bien —acepta finalmente.

Como abogado, sé el tipo de contestación que le ha dado Domingo. Él mismo me enseñó a ser persuasivo en mis respuestas.

Mientras le colocan grapas a Susana en la cabeza, me acerco a ella para consolarla. Su insistencia ha sido demasiado tenaz como para no hacerlo. Puede que no sea la mujer de mi vida, e incluso que ya no exista nada entre nosotros, pero soy lo más parecido a una familia para ella y lo único que tiene. La que hasta hace poco más de una hora era mi prometida me agarra la mano como si le fuera la vida en ello, regalándome miradas de pena que logran que me sienta aún peor por haberla dejado. Miro a Lita para excusarme por no estar a su lado. Necesito que sepa que lo siento; ella no debería estar siendo testigo de cómo Susana me toca, y mucho menos oír las múltiples palabras cariñosas que no deja de decirme. La situación me inquieta, el despacho está repleto de gente, y no creo que sea el momento de tener que decirle que se está sobrepasando. No cuando la están curando y haciendo rabiar de dolor.

Antes de que el servicio médico se marche, lo hacen Eulogio, Nelly y Lita en completo silencio. Mi vista se centra en esta última, a la espera de que se vuelva o me diga algo. Daría cualquier cosa por ser yo quien se marchase con ella. Aún no he oído una respuesta de su boca, y la necesito más que nunca; hay demasiadas cosas pendientes que debemos resolver. Pero ella no se vuelve ni dice nada. Tan sólo se larga del despacho, dejándome con la amarga sensación y el extenuante dolor de que acaba de apartarme de su lado.

Capítulo 27

Me moría por salir de allí y alejarme de la arpía de Susana. Me cuesta entender que alguien pueda ser tan cruel. En cuanto me he dado cuenta de lo que había sucedido y hasta dónde era capaz de llegar, me he sacado el teléfono del bolsillo y he llamado a Eulogio. Él mismo se ha quedado de piedra al entrar en el baño y encontrarse con la escena. Ha hecho unas cuantas fotos con su móvil y me ha acompañado al despacho de Domingo. Allí los he puesto al corriente a ambos, y ha sido entonces cuando ha comenzado mi posición como cliente. Sabía que la prometida de Juanjo haría todo lo que estuviera en su mano para destruirme, y debía estar preparada. Una vez les he expuesto los hechos tal y como habían sucedido, Domingo se ha apresurado a ir al baño en busca de Susana. Como era de esperar, ella ha dado una versión muy distinta. Sus argumentos eran completamente falsos y con una única culpable: yo. He de reconocer que Eulogio nunca había sido santo de mi devoción, pero verlo actuar defendiéndome me ha hecho cambiar de idea.

La llegada de Juanjo al despacho era lo que más esperaba. Necesitaba comprobar su reacción al vernos a ambas en la situación en la que nos encontrábamos. Pensaba que iría corriendo al lado de su prometida, aunque, por cierto, no tengo claro si a estas alturas sigue siéndolo. Por fortuna, me he equivocado. Me ha sorprendido que no lo hiciera. Aunque lo que más me ha extrañado y dolido es que no supiera ver en mis ojos la respuesta a su pregunta, como en muchas otras ocasiones había hecho. Todo ha cambiado

entre nosotros, y sé que este día es el fin de una etapa y el principio de otra.

Eulogio y Nelly me muestran su incondicional apoyo, arropándome y mimándome en la cafetería. Esta última, al enterarse de lo ocurrido, no ha tardado en posicionarse de mi lado y en hacerme la promesa de que me ayudará en lo que esté en su mano. A ella nunca le ha caído bien la señorita Ramos, o la futura señora Garza, como bien se encargó ella de corregirme hace unos días. Al amparo de mis dos compañeros, les agradezco todo lo que están haciendo por mí mientras me aferro a la taza de café que me ofrecen. Necesito el calor que me aporta, aunque en mi subconsciente el único calor que quiero es el de él. Por un momento dejo de escuchar sus consejos para imaginarme entre los brazos de Juanjo, recibiendo su cariño y su protección. Pero no es conmigo con quien está, ni es a mí a quien consuela. Por primera vez soy consciente de la situación en la que me encuentro, y duele. Demasiado.

Excusándome por no encontrarme bien, logro marcharme del gabinete, haciendo caso al consejo de ellos dos y de Domingo, que se ha pasado por la cafetería para pedirme que coja unos días libres. Acepto de buen grado, y más tras su obstinación por que me tome las vacaciones que no tuve en Navidad. Reconozco que estoy agotada, aunque lo que más me convence es que pondré distancia entre Juanjo y yo.

El trayecto hasta casa me permite repasar cada escena, que analizo y estudio con detenimiento. Por experiencia sé que los detalles son demasiado importantes como para dejarlos pasar. Puede que me enfrente a una demanda de Susana, y debo estar preparada. A punto de llegar a mi última parada, caigo en la cuenta de algo en lo que aún no había reparado: ¡el espejo! ¡Dios mío! Todo el mundo sabe que romper un espejo son siete años de mala suerte, no hace falta ser bruja para conocer tal hecho. Miro hacia delante, como si pudiese decirle con la mente al conductor que se dé más prisa en llegar. Tengo que hacerme una limpieza cuanto antes. «No lo has roto tú», me digo. Sin embargo, me he herido con uno de los cristales, y no sé hasta qué punto su mala energía ha podido atravesarme.

Me coloco en la puerta del metro para ser la primera en salir. Lo hago disparada, del mismo modo que abro la puerta al llegar a casa.

—¡Lola, tienes que ayudarme! —anuncio, dejando mis cosas en el

recibidor.

—Ahora no estoy para nadie —me responde desde el salón, adonde me dirijo.

—¿Qué haces ahí? —pregunto al verla sentada mirando por la ventana.

—Estoy quemando calorías.

—¿Sentada? —cuestiono al tiempo que me acerco a su lado.

—Claro. He leído que ver ciertas escenas te hace quemar calorías.

—Leí algo al respecto yo también. Pero era al ver películas de miedo. ¡No me digas que...!

—Hombre, miedo lo que se dice miedo no me da lo que estoy viendo.

—¿Prismáticos? —pregunto al verla al más puro estilo de *La ventana indiscreta*, la película de Hitchcock.

—No, es un bistec de ternera. ¡Pues claro que son prismáticos! ¿No lo ves?

—Me estás empezando a preocupar. Anda, deja eso y ayúdame.

—A no ser que te estés muriendo, no pienso moverme de aquí.

—¿Se puede saber qué estás mirando para no querer ayudarme? —pregunto molesta. No sé qué bicho le ha picado, pero ni siquiera se ha dignado a mirarme desde que he entrado por la puerta.

—Compruébalo tú misma —responde, cediéndome los prismáticos—. ¿Qué te ha pasado? —Acaba de ver mi mano vendada.

—Nada grave. Luego te lo cuento. ¿Planta? —Necesito saber a qué ventana mirar del edificio de enfrente.

—Creo que la sexta.

De pie junto a ella, me coloco los anteojos y cuento una a una las plantas hasta llegar a la que me indica. Sólo veo cortinas o persianas echadas. Giro a un lado y luego a otro para dar con el objetivo que tan ensimismada la tiene, hasta que de pronto me encuentro con una imagen bastante desagradable.

—¡No me puedo creer que te dediques a ver a viejas en pelotas! ¡Eres una depravada! —declaro, devolviéndole el artilugio.

—¿Viejas en pelotas?

—Pobre mujer, está intentando hacer sus cosas íntimas, y vas tú y... En serio, Lola, tienes que ir a un fisioterapeuta que te cure cuanto antes esa

pierna, porque como sigas aquí mucho tiempo más acabarás volviéndote loca, y a mí también.

—Pero ¿de qué hablas?! ¡Trae aquí!

Mi amiga vuelve a mirar a través de la ventana y no tarda en revelarme que se ha equivocado de planta.

—Es la quinta —asegura, ofreciéndome de nuevo el aparato—. No me mires así —se defiende.

Sin la menor gana de seguir con esta tontería, accedo a hacerle caso. Es la última vez que...

—¡Ahí va!

—¿Lo entiendes ahora?

—Ya te digo.

—Me he *enamorado* —comenta tras un hondo suspiro.

—¡Como para no hacerlo! ¡Está tremendo!

Es un hombre de unos treinta y tantos años, con un cuerpo de infarto, haciendo flexiones de barra en ropa interior.

—¡Un momento! ¿Desde cuándo eres tan despendolada?

Su pregunta me hace gracia. ¡Como si no lo supiera!

—Anda, ven conmigo, que te necesito.

Una vez la he convencido y he pasado por la cocina a por un huevo de la nevera, me dirijo al cuarto de baño, donde comienzo a desnudarme. Lola está detrás de mí, apoyada en el lavabo para no perder el equilibrio.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que te haga palmas mientras te duchas?

—Te necesito para después —afirmo, al tiempo que me introduzco en la bañera y le propongo que tome asiento en el taburete.

Mientras me ducho, le cuento todo lo que ha sucedido en el gabinete.

—¡Qué hija de la gran puta! —suelta a voz en grito. Esta vez no pienso corregirla. Está en lo cierto, y puede que incluso se quede corta—. ¡Esa tía está loca! —añade—. ¡Deberían encerrarla!

—Ojalá lo hicieran —digo después de darme el último enjuague y mientras descorro la puerta de la mampara—. Ya he terminado. Ahora, coge ese huevo que hay sobre el lavabo y pásamelo por el cuerpo, de arriba abajo.

—¿Que te pase qué?

—El huevo.

—Retiro lo dicho. Ella es una puta. La loca eres tú.

—¿Quieres, por favor, hacerme caso por una vez? —Tengo demasiado frío como para perder el tiempo.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta con el huevo en la mano, colocándose frente a mí.

—Debes pasármelo como te he dicho, de arriba abajo. Yo iré dándome la vuelta poco a poco.

—Sé que es una de tus brujerías, pero ¿puedo saber para qué es exactamente? —pregunta pasándome el huevo por el hombro.

—Es para limpiarme de las posibles malas energías —aclaro—. ¿Qué parte de «de arriba abajo» no entiendes? ¡Empieza por la cabeza!

—Eres una marimandona de cuidado cuando te lo propones —suelta a regañadientes.

—Concéntrate, no vayamos a liarla.

—¿Concentrarme en qué? ¿En pasarte un huevo?

—Claro. Tienes que pensar en limpiar las energías negativas. El huevo las recogerá.

—Vale, vale. Pero es que esto me recuerda demasiado a...

—¿A qué?

—¡La tierra es redonda y se demuestra así! —suelta justo antes de estrellarme el huevo en la cabeza.

—Pero ¡!!!¿qué haces?!!!

—No he podido evitarlo —responde partiéndose de risa. Yo, en cambio, siento repugnancia al notar la clara y la yema resbalándose por el pelo y la cara.

—¡Eres incorregible! ¡Ve a por otro huevo! —le exijo.

—Encantada —responde entre carcajadas.

¡Menudo día llevo! Debo de estar sufriendo la penitencia por los errores cometidos, porque nada de lo que me está pasando me parece normal.

Lola regresa dando saltos sobre su pierna buena con la huevera entera en la mano.

—¿Adónde vas con eso? —Intuyo cuáles son sus intenciones.

—Tranquila, es por si se me cayera alguno, para no tener que volver.

Estoy a punto de decirle que no creo una sola palabra de lo que me ha dicho, pero prefiero guardar silencio. Mientras ella ha ido a la cocina, yo he logrado deshacerme del huevo y ya vuelvo a estar totalmente limpia.

—Venga, concéntrate y al lío —digo con la esperanza de poder acabar cuanto antes. Me estoy congelando.

—¿Sabes qué pasó en 1492?

—Se descubrió América, ¿por...?

—Exacto. Colón viajó con tres carabelas y al llegar allí...

—¡No, no, no! —grito al recordar la historia del huevo de Colón.

De nuevo ella, mi mejor amiga, y puede que la próxima víctima a manos de su compañera de piso, me estrella un segundo huevo en la cabeza. La acústica de las cuatro paredes del baño aumenta el volumen de sus risotadas, tal y como lo hace la mala leche que llevo encima.

—¡Eres una cabrona!

—No se dicen palabrotas —me riñe partiéndose de risa.

—¡Yo me lo haré! —bramo molesta—. Dame un huevo.

Desternillándose, coge otro y me lo entrega. En cuanto lo tengo en la mano, no lo pienso dos veces. Alargo el brazo y se lo chafó en la cabeza, uniéndome a ella en la juerga.

—Te hacía falta una buena mascarilla.

Ahora es ella la que deja de reír y yo la que se troncha. Aunque la forma en que me mira es tan dura que acaba cortándome en seco. Por un instante nos observamos imperturbables. Ninguna dice nada, pese a tener la cara y el pelo pegajosos de huevo. La escena es demasiado rocambolesca como para soportar un segundo más sin reírnos. Primero, un amago suyo, seguido de uno mío. Al final, no aguantamos más y las dos acabamos descojonándonos.

* * *

Llevo días trabajando desde casa. Desde que me vine del pueblo tras el nacimiento de mi sobrina. Sólo pasé una noche allí, y fue más que suficiente. Pensé en contarles lo de Juanjo —ellos aún desconocen que no tuve nada que

ver con su desaparición—, pero no tuve ocasión. Todos estaban locos con la niña, a la que, por supuesto, le han puesto de nombre Paula. Aunque la que casi acabó loca con tanto gentío y visitas fui yo. No veía la hora de volver a Madrid, y regresé en cuanto me fue posible.

Empiezo a acostumbrarme a esto de no tener que madrugar, puede que incluso demasiado. Tanto es así que hasta la propia Lola hoy se ha levantado antes que yo. Al llegar a la cocina, me la encuentro sentada a la mesa frente a un montón de cachivaches.

—Buenos días. ¿Qué haces?

—Preparando todo lo que necesitamos para la misión —responde cuando termina de repasar la lista que tiene en la mano.

—¡Alto ahí, hermana! —digo, sentándome frente a ella con el café que me acabo de servir—. ¿De qué estás hablando?

—No pienso dejarte sola en esto. Iremos juntas a ver a María.

Lola lleva días insistiendo en que debo hablar con la misteriosa mujer que me trajo el sobre negro a casa. A mí me duele la boca de negarme, pero ella sigue sin darse por vencida. Si ni siquiera yo quiero hacer esto, mucho menos voy a permitir que mi mejor amiga se inmiscuya.

—Ni hablar. Tú no vas a ninguna parte.

—Perdona, chata, pero yo soy libre de ir a donde me dé la real gana.

—Vale, pero conmigo no vienes.

—Y ¿por qué no? A ver.

—Porque no quiero meterte en mis problemas.

—Después de lo que viví el otro día en el baño, creo que ya nada podrá superarlo.

Su comentario me arranca una sonrisa.

—En serio, Paula, déjame ayudarte. Estar aquí encerrada va a acabar conmigo. Y si he de perder la razón por estar entre cuatro paredes, prefiero hacerlo ayudándote.

Reflexiono. Y vuelvo a hacerlo sopesando lo positivo y lo negativo que podría ocurrir si acepto. Puede que tenga razón y sea hora de averiguar de qué va todo esto.

—De acuerdo.

—¡Bien!

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—No tengo ni idea de qué es lo que tiene que decirme esa misteriosa mujer. Pero, sea lo que sea, y pase lo que pase, Susana es mía. No quiero que te enfrentes a ella.

—No pensaba hacerlo. En batallas verbales no hay quien te gane. Eso lo aprendí hace mucho tiempo.

Sonrío de nuevo.

Lola me enseña uno a uno sus «utensilios de espía», como ella misma los denomina. Sobre la mesa hay dos pelucas, a cuál más fea; los prismáticos con los que últimamente espía al vecino cachondo, un spray de pimienta antivioladores, una libreta pequeña y un bolígrafo. Grabadora y cámara de fotos no harán falta porque las lleva el móvil.

—Yo había pensado en limitarme a quedar a tomar café con la mujer —aclaro ante tanto trasto.

—Llevaremos esto en un bolso por si acaso. Nunca se sabe.

—Ves demasiadas películas —afirmo, agachando la cabeza.

—Lo sé.

—Me alegro.

* * *

Reviso la contrademanda de Soledad cuando me entra un mensaje de Juanjo en el móvil. He perdido la cuenta de las veces que me ha llamado o escrito. Y aunque mi respuesta siempre ha sido ignorarlo, en esta ocasión decido no hacerlo.

Juanjo: Necesito verte.

Paula: Y yo que me dejes en paz.

Juanjo: Tengo que hablar contigo.

Paula: Y yo alejarme de ti.

Juanjo: Ambos sabemos que eso es imposible.

Paula: Ambos sabemos que es lo mejor.

Juanjo: ¿Lo mejor para quién? ¿Para ella? Lo nuestro terminó justo antes de lo que sucedió en la oficina.

Paula: No es lo que pareció cuando te quedaste con ella.

Igual es demasiado tarde para reprocharle lo que hizo, pero él se lo ha buscado.

Juanjo: Habría hecho lo mismo por ti.

Paula: ¿Dudar, por ejemplo?

Juanjo: Debía preguntártelo.

Paula: Deberías haber sabido la respuesta sin hacer la pregunta.

El ritmo de nuestros mensajes se detiene. Debe de haber comprendido que estoy en lo cierto.

Juanjo: El médico dijo que debía estar en observación, y me la traje a casa.

Ahora soy yo la que se niega a escribir. El dolor que siento en la boca del estómago me impide pensar con claridad. Cierro los ojos y los imagino retozando. ¡Mierda! Vuelvo a abrirlos y a tomar las riendas.

Paula: Se acabó, Juanjo.

Esa frase me duele a mí tanto como a él.

Juanjo: Lita, por favor.

Paula: Has elegido, Juanjo. Es hora de aceptarlo.

Juanjo: La situación me ha obligado a elegir.

Paula: La situación viene impuesta, la elección es libre. Y tú ya has elegido.

Por mucho que me duela admitirlo, esto último es cierto.

Juanjo: Lita, déjame explicarme en persona.

Me tomo mi tiempo en responder.

Paula: Ahora no.

Necesito más tiempo.

Juanjo: Está bien.

No sé cuánto estaremos sin vernos, y necesito saber algo.

Paula: Sólo dime una cosa.

Juanjo: Lo que quieras.

Paula: ¿Por qué dudaste de mí?

De nuevo, silencio. Que tenga que pensar la respuesta es la confirmación de que lo hizo. Hundo la cabeza como lo hace mi alma.

Juanjo: Me siento dividido, Lita. Mi corazón me dicta una cosa y mi cabeza otra.

Paula: ¿Qué parte me corresponde a mí?

Juanjo: La que late.

Su confesión humedece mis ojos. Sé que en el fondo siempre ha sabido que yo era inocente. Y no quiero ni imaginar qué tretas debe de estar usando esa mujer para hacerle dudar de mí del modo en que lo está haciendo. ¡La odio con toda mi alma! Y es precisamente ese mismo odio el que me hace tomar la decisión. Ha llegado el momento de hacerle caso a Lola y averiguar qué es lo que tiene que decirme María. Puede que nuestro destino no sea el estar juntos, pero juro por lo más sagrado que llegaré al fondo de esta cuestión, me cueste lo que me cueste. Es por eso, y por lo mucho que sé que lo amo, por lo que le escribo un último mensaje.

Paula: Dame un poco tiempo. Cuando esté preparada, podremos vernos. Tienes mi palabra.

Capítulo 28

La cita es a las cuatro en una cafetería a un par de manzanas de aquí. En apenas unas cuantas frases que he intercambiado con la tal María, he podido apreciar que se trata de una mujer culta y con una educación exquisita. Lola está entusiasmada de acompañarme, aunque no deja de quejarse y yo estoy a punto de pisarle el pie que le queda sano.

—Estas muletas están rotas. —Acabamos de salir y ya es la tercera vez que lo dice.

—¿No serás tú, que no sabes utilizarlas?

Me ha obligado a ir a la farmacia a comprarle las mejores.

—¡Me hacen daño en las manos!

—Porque no están acostumbradas al esfuerzo. Tal vez deberíamos haber vendado las empuñaduras.

—Y ¿no se te ha podido ocurrir antes? —me increpa.

La discusión es por culpa de lo nerviosas que estamos. No sabemos lo que nos espera y eso nos inquieta más de lo que querríamos reconocer.

A regañadientes, y a una velocidad que hasta los caracoles derraparían al adelantarnos, conseguimos llegar a tiempo a nuestra cita. Hemos salido con bastante antelación, y eso ha hecho que nos hayan sobrado, incluso, unos pocos minutos. Al entrar compruebo que María aún no ha llegado. Lola y yo aprovechamos para elegir una de las mesas más apartadas del local.

—Tengo la grabadora preparada —anuncia mi amiga en un susurro cuando

tomamos asiento, colocando el móvil junto al servilletero.

—¿Por qué hablas tan bajo? —pregunto, volviéndome para verla. Nos hemos sentado a este lado de la mesa para dejar que nuestra invitada use una de las sillas de enfrente.

—En el espionaje hay que ser precavido.

—Esto no es una misión, es una cita.

—De eso nada. —Su tono de voz vuelve a ser el habitual—. Mis citas nunca son con mujeres, y te aseguro que acaban de forma muy distinta.

Sonríó al oírla. Lola es muy activa sexualmente, y me imagino por lo que debe de estar pasando.

Una mujer entra entonces en el local, llamando mi atención. La reconozco en cuanto nuestras miradas se encuentran. Alzo la mano y la invito a unirse a nosotras. Mientras se acerca, me percató de que sujeta una carpeta. Me gusta que sea puntual, y que venga preparada.

—Buenas tardes —saluda al llegar.

Mi amiga y yo respondemos, y ella toma asiento.

—Ella es Lola, mi mejor amiga, y alguien en quien se puede confiar —me adelanto para que sepa a quién tiene delante.

—Encantada de conocerlas a ambas.

—¿Quiere tomar algo?

—Un café solo me vendría bien.

Una vez roto el hielo, y con nuestras consumiciones sobre la mesa, decido ir directa al grano con ella.

—¿Qué significa esta carta? —pregunto, dejando el sobre negro junto a mi taza.

—Lo que voy a contarles debe quedar entre nosotras.

—Tiene mi palabra.

—Y la mía —añade Lola con la boca llena. Se está metiendo un enorme trozo de *brownie* entre pecho y espalda.

—Mi marido murió hace ocho años —comienza a relatar. Puedo notar el dolor del recuerdo en su voz—. Éramos un matrimonio muy feliz, con una posición económica más que acomodada y dos hijos maravillosos en plena adolescencia. Pocos meses antes de fallecer, su actitud cambió. Se mostraba

más arisco conmigo y con los niños.

Fue esto último lo que me hizo sospechar que algo grave ocurría. No me equivoqué. Sin que me diese cuenta, de la noche a la mañana, mi esposo se enamoró de una mujer a la que había conocido en el club de golf y nos abandonó a mis hijos y a mí.

Me pregunto qué tiene que ver toda esa historia conmigo o con Juanjo.

—Mi marido era dueño de una empresa de microchips —prosigue—. Él fue el creador y el inventor de aquel sistema que abrió paso a una nueva era. Nos hicimos millonarios con el éxito que alcanzó aquel dispositivo. Yo pasé a formar parte de la empresa, éramos un equipo, dentro y fuera de ella. Hasta que esa mujer apareció. En apenas unos meses, estábamos divorciados, y mis hijos y yo en la calle. Siempre había confiado en él, y firmaba los documentos que me daba sin leerlos siquiera. Grave error por mi parte. —Asiento con la cabeza—. El último dossier que me trajo para que firmara era el del divorcio. Recibí una copia días más tarde. Cuando quise darme cuenta de lo que había ocurrido y arreglar en la medida de lo posible el equívoco, mi marido falleció.

—Lo siento —manifiesto en un susurro.

—Yo también —añade Lola con la barbilla manchada de chocolate.

—Prosiga.

—En la lectura del testamento estaba ella. Ese día me enteré de que se habían casado en secreto y de que todos nuestros bienes pasaban a ser de esa maldita mujer.

—Qué extraño.

—Hablé con el notario en cuanto nos quedamos a solas y le pregunté qué había ocurrido. Hasta donde yo sabía, mi marido nos había incluido en el testamento. Él no quiso darme ninguna información, pero supe que escondía algo.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé leer el lenguaje corporal. Apartaba la vista cada vez que me acercaba al meollo del asunto.

—Entiendo. Prosiga.

—Sólo pude averiguar que unos días antes de su fallecimiento estuvo allí

para modificar el testamento. Y lo hizo acompañado de ella.

—Debe de odiarla mucho —interviene mi amiga.

—Le aseguro que lo que siento por ella va más allá del odio. Es algo que no logro describir, ni creo que exista una palabra que lo defina.

—La entiendo.

—Disculpe que la interrumpa —intervengo—, pero no entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Usted aparece al final de la historia, que, por desgracia, es mucho más larga.

—Prosiga entonces —apostilla Lola—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Empiezo a pensar que ha sido un error traerla conmigo.

—Mi marido amaba a su familia, y no tenía sentido que nos dejara en la calle. En el acuerdo de divorcio, la cláusula estaba bien clara: yo renunciaba a toda su fortuna y sólo recibiría cien euros mensuales por hijo en concepto de manutención.

—¡Qué cerdo!

—¡Lola! —la increpo.

—Lo siento. Ya me callo. Siga, por favor.

—El testamento fue aún peor. Las casas, la empresa y el resto de los bienes pasaban a nombre de su nueva esposa por expreso deseo de él. Era un documento irrevocable, y yo había firmado el consentimiento previo.

—¿No pudo hacer nada? —A estas alturas tengo claro que Lola está aquí más por maruja que por espía.

—Me quedé sin trabajo al día siguiente de la lectura del testamento. Ella pasó a ser la dueña de la empresa y me despidió alegando incumplimiento de contrato. No teníamos dinero ni para llegar a final de mes, así que ni siquiera pude contemplar la posibilidad de buscarme un abogado. Trabajaba en cualquier cosa que encontraba para poder alimentar a mis hijos y salir adelante.

—Me temo que ya no se puede hacer nada al respecto —intervengo.

—Mi intención no es recuperar el dinero —aclara.

Su confesión me deja aún más confusa.

—Mi marido no murió de un infarto, como aseguró el forense al hacer la autopsia. Lo asesinó esa mujer.

—¡Ahí va, la leche! —Esta vez no corrijo a Lola ni le digo nada.

—¿Tiene pruebas para hacer una acusación tan firme? —pregunto con semblante serio.

—Unas semanas antes de que falleciera, recibí esta nota. —La mujer abre la carpeta y me entrega un sobre con una carta dentro—. Está escrita del puño y letra de mi marido.

Ambas mujeres me observan mientras leo el contenido. Es una corta pero significativa carta de su marido, en la que le agradece haberle dado unos hijos maravillosos y en la que le da a entender que lo más probable es que no vuelvan a verse.

—¿Cree que su marido sabía que estaba en peligro?

—Me temo que sí.

—Y ¿por qué no hizo nada para impedirlo? ¿Por qué no fue a la policía, o a...?

—Estaba completamente ciego y cegado por esa mujer. Ella era quien manejaba los hilos, y él sólo era su títere.

—¡Qué hija de puta! —Mi amiga vuelve a la carga. No la freno, ni siquiera le dedico un gesto de molestia. Opino lo mismo que ella.

—Fuimos tirando como pudimos. Mis hijos aún no habían cumplido la mayoría de edad, y no podían trabajar para aportar dinero a la casa. Tuvimos que mudarnos en diferentes ocasiones por no tener cómo pagar el alquiler, y nos vimos obligados a trasladarnos a un pueblo a las afueras. Allí todo es más barato y conseguimos salir adelante. Los dos primeros años fueron los peores, pero la suerte volvió a llamar a mi puerta cuando me contrataron en una modesta oficina. Volvía a haber comida en la mesa, y hasta me permití ir a la peluquería, un lugar al que no iba desde... —La mujer hace una breve pausa antes de continuar—. Un día, hojeando una revista mientras aguardaba a que el tinte hiciera su trabajo, vi una fotografía que me paralizó. Creí que el mundo se me venía encima y que mi pesadilla se hacía realidad. Era ella, anunciando su compromiso con un viejo amigo de la familia que había heredado mucho dinero tras el fallecimiento de sus padres en un accidente de avión.

Lola me da un golpe por debajo de la mesa, que yo no tardo en devolverle. Demasiadas coincidencias para que no esté hablando de la misma persona. Si es cierto todo cuanto nos está relatando, el tema es más serio de lo que me imaginaba.

—¿Qué pasó entonces? —pregunto intrigada.

—Tras quedarme sin dinero, la mayoría de las amistades me habían dejado de lado. Aunque había algunos con los que seguía manteniendo el contacto. Él era uno de ellos. Y lo llamé.

—Y ¿qué le dijo?

—No me dio tiempo a decirle nada. Siempre que intentaba hablar con él, ella se interponía y lograba impedirlo. En un mes se casaron, y al cabo de tres semanas él murió después de una terrible caída por la escalera.

Lola yo nos echamos las manos a la boca. Imposible inventarse una historia tan triste y malvada como la que nos está contando.

—Caída por la somnolencia producida por los calmantes que llevaba en el cuerpo fue lo que dijeron los periódicos. No tenía hijos, así que toda su fortuna pasó a manos de ella. No conocía la rutina de nuestro amigo, pero puedo asegurarles que era un hombre sano. Dudo mucho que estuviese enganchado a los analgésicos.

—La creo —afirmo contundente pese a sentir el miedo en el cuerpo. Imagino el final de este relato y me cuesta hasta respirar.

—Fue entonces cuando comencé a investigarla. Estaba segura de que, si lo había hecho dos veces, volvería a repetirlo. Sigue siempre un patrón, y eso me ayudó a dar con ella. Lo único que lamento —aclara— es haber descuidado mi trabajo, y en cierto modo a mis hijos. Perseguirla y vigilarla se convirtió en una obsesión..., tanto que estuve a punto de perder la custodia.

—¡Dios mío! —resuello.

—Mi hijo menor —continúa— pasó un año en una silla de ruedas por una caída que sufrió en la cocina mientras intentaba alcanzar uno de los muebles altos. Yo estaba ese día aquí, en Madrid, persiguiendo a esa mujer.

—No sabe cuánto lo siento.

—Se lo agradezco. En el hospital me juré que no volvería a ocurrir, pero también que acabaría con ella.

—¿Piensa matarla? —Si Lola es menos sutil, revienta.

—No puede tomarse la justicia por su mano —manifiesto.

—Destruyó a mi familia y mató a mi marido, pero no soy una asesina. Hay otras formas de acabar con una persona, y una de ellas es impedir que se salga con la suya. Pensarán igual que yo cuando les cuente el resto.

—¿Aún hay más? —pregunta mi amiga—. Esa zorra no tiene límites.

—Ahí estamos de acuerdo —admito—. Prosiga, por favor.

—Su codicia y su afán por hacerse famosa la llevó a anunciar también su siguiente compromiso. En esta ocasión eligió a un inglés, dueño de una famosa cadena de hoteles en su país. Debía hacer algo para que no se repitiera lo de las anteriores ocasiones, y se me ocurrió la idea de enviarle un sobre.

—Negro —aclaro.

—Exacto. No quería que pasara desapercibido con el resto del correo.

—¿Qué ocurrió?

—Richard, que así es como se llama el hombre, leyó mi carta y tuvimos una cita. Por aquel entonces ya había recogido toda la documentación de la que aún dispongo, y se la mostré.

—Dígame que llegó a tiempo.

—Lo hice. —Su respuesta nos arranca un profundo suspiro—. Rompió su compromiso y desapareció antes de que ella pudiese impedirlo. Lo último que supe de él es que vive retirado en un pueblo costero de Alicante. Vendió todos sus hoteles y abrió uno nuevo mucho más modesto a orillas del Mediterráneo. Era su sueño, y lo cumplió.

—No se imagina lo que me alegra oír eso.

María asiente agradecida.

—Aún no nos ha dicho el nombre de esa mujer —digo, aun a sabiendas de que sé de quién se trata. Tal vez lo hago por albergar la esperanza de que esté equivocada y de que no sea Juanjo su próxima víctima.

—Hija, Paula, pareces tonta. ¿Quién va a ser?... La golfa.

Mi cuello se gira hacia mi amiga con la firme intención de asesinarla. Me imagino estrangulándola con las manos y estampándole la cabeza contra la mesa. En lugar de eso, me conformo con darle un pisotón de los buenos en su pie sano.

—Las tres sabemos que hablamos de Susana —interviene María—, la prometida de su compañero.

—Era sólo por confirmar —aseguro, volviendo a recolocarme en mi sitio.

—Dentro de esta carpeta tiene toda la información de lo que les he contado —afirma entregándomela—, incluida la dirección de Richard.

—Y ¿qué cree que puedo hacer yo?

—La única forma de parar a esa mujer es impidiendo su objetivo. Es astuta y muy lista. Sabe camelarse a los hombres con una maestría que ni yo logro entender. Es por eso por lo que la necesito. Le llevé personalmente el sobre a su compañero, pero él no se puso en contacto conmigo.

—Recuerdo ese día. Puede que ella lo cogiera.

—Creo que sabe que hay alguien vigilándola. Cuando convencí a Richard de sus intenciones, ella supo del sobre negro, según me contó él.

—¿Sabe que es usted?

—Lo dudo.

—¿Puedo preguntarle cómo se le ocurrió que yo podía...?

—¿Ayudarme? —Asiento—. Estaba junto a los paparazzi el día que los asaltaron en la puerta del gabinete. Había venido a la capital por unos asuntos y quise aprovechar el viaje para volver a intentarlo. Fue entonces cuando lo oí hablando de usted a los medios. En ese instante supe que debía hacer algo... y la seguí.

—Uau, esto es mejor que estar en el sofá viendo una película.

Me vuelvo de nuevo para mirar a Lola y ella hace el gesto con los dedos de sellar su boca como el que cierra una cremallera.

—Entienda que me resulte extraño que me persigan —aclaro.

—Sí. Y debo pedirle disculpas por ello. Pero fue la única fórmula que se me ocurrió para llegar hasta usted. Cambié el interior del sobre, aguardé a que alguien entrara en el edificio y me colé. En el buzón estaba su nombre y el piso. Lo siguiente ya lo conoce.

—Sí, pero hay un hecho que no cuadra en todo esto.

—¿Cuál?

—Sí, eso, ¿cuál?

Acabo de anotar en mi agenda «matar a Lola cuando salga de aquí».

—Juanjo no es millonario y, según el patrón de esa mujer, sólo amasa fortunas.

—Tiene una buena casa y un buen trabajo. Eso sin contar que, de todos sus objetivos, es el más guapo y atractivo de todos.

—No es tonta, quiere retirarse con el que está más bueno.

Esta vez no me vuelvo ni le digo nada a Lola. Directamente, le doy otro pisotón. Ella vuelve a disimular y a soportar en silencio el dolor.

—¿Ha estado en su casa? —pregunto curiosa.

—Lo hice antes de ir a la oficina el día que me crucé con usted. Vive en un precioso chalet en una urbanización de lujo a las afueras. Logré colarme, pero los de seguridad no tardaron en dar conmigo y en *invitarme* a marcharme.

—Esto es una locura —suelto tras darle un millón de vueltas a la cabeza. Esa mujer es mucho más peligrosa de lo que creía. Yo misma la he visto en acción y he sufrido en mis carnes lo mala que es. Pero llegar hasta donde ha llegado... es demasiado para mí.

—Debe ayudar a su amigo si quiere que no acabe como mi marido y...

—¡Estamos hablando de homicidio, por el amor de Dios! —mascullo en voz baja. Doy gracias por haber elegido la última mesa del local.

—Sí, pero usted es la única que puede impedirlo —insiste.

—No me creerá.

—Puede que a usted no, pero sí a Richard.

—¿Propone que me lo lleve a Alicante a hablar con él?

—Estoy segura de que, si le dice que va de mi parte, no va a tener ningún problema.

—Yo me voy también —añade Lola.

—Tú te vas, pero adonde yo me sé —digo, evitando nombrar cierto sitio. Las personas solemos mandar a la gente tantas veces allí que me lo imagino con un ambientazo de la leche.

—Le ruego, por favor, que lo reconsidere —insiste la mujer—. Puede que tal vez no tenga los medios ni las pruebas suficientes para meter a esa mujer entre rejas, pero al menos me sentiré mejor si logra salvar la vida de su amigo.

—Créame cuando le digo que lo último que querría en este mundo es que le ocurriera algo.

Sólo de pensarlo siento una punzada en la boca del estómago.

—Me alegra oír eso. Confío en que lo conseguirá.

—Espero que esté en lo cierto.

—Tiene mi número de teléfono. Si me necesita, ya sabe cómo localizarme.

—Lo mismo digo.

La mujer va a sacar su cartera cuando la detengo y, con un leve gesto, le indico que yo me encargo de pagar la cuenta. Ella asiente y cierra los párpados en señal de agradecimiento.

—¡María! —La llamo cuando ya está en pie, dispuesta a marcharse—. Gracias.

—A usted, siempre.

Y así, con la imagen de ella alejándose, dejo caer los hombros y suelto un hondo suspiro. Lo que acaba de ocurrir es demasiado intenso como para poder asumirlo en poco tiempo. Y eso es precisamente lo que no tengo. Debo estudiar y analizar bien lo que contiene esta carpeta y, sobre todo, contemplar la posibilidad de rematar lo que esa encantadora mujer empezó años atrás. Susana debe pagar por lo que ha hecho, y haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

—¡Coño, la grabación me ha agotado la batería! —suelta Lola con el móvil en la mano.

Cambio de planes. Primer paso: matar a mi mejor amiga.

Capítulo 29

Llevo encerrado varios días cuidando a Susana. Como siga mucho más tiempo en casa, perderé la cabeza, si es que no lo he hecho ya. Desde el incidente me la traje a casa porque me es más cómodo que estar en la suya. El médico dijo que los mareos podrían ser algo habitual en estos casos y que era aconsejable que hubiese alguien con ella para garantizar su seguridad. El golpe fue lo bastante fuerte como para provocarle incluso vértigos que, según ella, tiene constantemente. Debo acompañarla hasta para ir al baño. En otro momento no me habría importado cuidar de ella, pero ahora me siento preso en mi propia casa. Es una maldita obligación que me he impuesto por no dejarla sola. No tiene a nadie, y me daba pena abandonarla en una situación así. No había otra salida, no podía hacer otra cosa, nada más que lo que llevo haciendo varios malditos días. Los mismos que llevo sin ver a Lita. Si por mí fuese, saldría corriendo a recogerla. Me la traería a rastras si hiciera falta. Es a ella a la que quiero tener en casa, a la que no me importaría cuidar y a la que deseo proteger. No he sabido de ella hasta hoy, cuando por fin me ha contestado a uno de los muchos mensajes que le he enviado. Me ha pedido tiempo..., y se lo he concedido.

Deambulo de la cocina al salón y del salón a la cocina, desquiciado por estar entre estas cuatro paredes. Adoro mi casa, pero se me está echando encima de una forma que no imaginaba. A menudo salgo al jardín pese al frío que hace. Necesito que me dé el puto aire. Me siento enjaulado, agobiado, y

no precisamente con la compañía que quiero.

Susana vuelve a llamarme. Respiro hondo y acudo a su grito.

—¿Qué necesitas? —pregunto en cuanto llego a su lado. Está tumbada en mi sofá de piel como si de la reina de Egipto se tratara.

—¿Puedes traerme una copa de vino?

—Ya sabes que no es bueno mezclar alcohol con medicamentos.

—Será sólo una copa —insiste con tono provocador.

Susana no deja de insinuarse desde que la traje a casa. Aprovecha la menor ocasión para rozarme o mostrarse desnuda ante mí. Desde que tuvo lugar el incidente, he visto más posturas provocativas que en los últimos años. Hace tan sólo un mes me habría sentido tentado de follármela. Tiene un cuerpo de infarto, pese a ser unos años mayor que yo. Es una mujer escultural que sabe mantenerse en forma y con una salud envidiable. Pero ahora soy como un témpano de hielo. Y lo único que siento por ella es pena.

—No voy a traértela por mucho que insistas. Con ella sólo lograrás marearte aún más.

—Abrázame —me pide.

—Si tienes frío, subo la calefacción. —Ni siquiera sé por qué he dicho eso. Aquí hace un calor de cojones.

—Sólo será un segundo. Necesito tu calor.

Su gesto de «tierno perrito pachón» reclamando algo de cariño logra conmoverme.

—¿Así mejor? —pregunto, arrojándola con la manta.

—Mucho mejor. Gracias —susurra, cogiéndome la mano.

El contacto, lejos de agradarme, me incomoda.

—¿Qué quieres, Susana? —pregunto al tiempo que me aparto de ella.

—A ti.

—Ya hemos hablado muchas veces de eso. Por favor, no insistas.

—Sé que aún hay esperanza.

Cómo me gustaría que dejase de arrastrarse como lo hace.

—No es precisamente eso lo que hay entre nosotros. ¿No te das cuenta?

—¡Esa mujer me atacó! —brama, alzando la voz.

—Y ¿por qué iba a hacer tal cosa?

—¿Acaso no ves que está enamorada de ti? ¡Por el amor de Dios, con lo horrible que es!

—¡No voy a consentir que hables así de ella, y menos en mi propia casa!

—Hace apenas unas semanas esta casa también iba a ser mía.

—Las cosas han cambiado.

—¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿No ves que esto es justo lo que ella quiere? Esa mujer es una buscavidas que sólo desea tu fortuna.

—¡No sabes lo que estás diciendo!

—Soy mujer y sé de lo que hablo. No hay más que verla para saber que pretende acceder a nuestra posición. Tú sólo eres el medio para lograrlo.

—¡Basta! —grito, echándome las manos a la cabeza. Que piense algo así de ella me repugna.

—Ella no es como nosotros, Juanjo. ¿No te das cuenta?

—De eso estoy seguro.

Lita nos da cien vueltas a los dos, aunque prefiero omitir el comentario.

Mi móvil suena interrumpiendo la conversación. Por un segundo albergo la esperanza de que sea ella, pero una vez más mi deseo no se cumple.

—Dime, Domingo —comento en cuanto acepto la llamada, marchándome de nuevo al jardín.

—¡Jota Jota, buenas noticias!

—Falta me hacen. Desembucha.

—Este año los beneficios han aumentado un once por ciento.

—¡Enhorabuena!

—No me la des, compañero. Esto es fruto de un trabajo en equipo. He querido decírtelo a ti el primero. Como segundo socio mayoritario, estás en tu derecho.

Su tono jovial logra curvar mis labios.

—Este año quiero que tiremos la casa por la ventana —continúa—. ¿Qué te parece?

Se refiere a la fiesta de beneficios, una fiesta que damos todos los años entre los socios y nuestros mejores clientes.

—Mientras no gastemos ese once por ciento, tienes mi permiso.

Lo oigo reír al otro lado.

—¡Qué malo es conocerse! Había pensado que este año podríamos hacerlo en el Círculo Palace.

—¿Te has vuelto loco?

—Sabes que siempre me ha gustado ese salón.

—Y a mí viajar a la Luna.

—Pero lo mío es factible.

—Dame tiempo y verás.

Ambos reímos.

—Además, había pensado también que...

—¿Hoy te ha dado por pensar? —me burlo.

—Según mi mujer, lo hago una vez al año. Puede que hoy sea el día.

Adoro a este hombre.

—¿Qué te parece que este año la fiesta sea de máscaras?

—Tío, ¿te encuentras bien? —Definitivamente, se le ha ido la olla.

—Estoy de maravilla, mamonazo.

—Vale, ahora viene cuando me dices la verdad —suelto socarrón.

—¿Te he dicho alguna vez que odio que me conozcas tanto?

—En el fondo, te pone.

Risas de nuevo.

—Está bien, lo admito —confiesa—. Ha sido cosa de ella. Ya sabes lo pesada que se pone cuando se le mete algo en la cabeza.

—Dime, al menos, que no serán venecianas de las que cubren toda la cara, que dan mucho calor.

—Estás de suerte, amigo mío. Ha aceptado las habituales.

—Menos mal que te permites el lujo de llevar los pantalones en casa de vez en cuando.

Nos conocemos lo suficiente para saber que estoy en lo cierto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Nelly ya tiene las invitaciones.

—Entonces ¿para qué me has preguntado?

—Quería conocer tu opinión.

—Total, para lo que te ha servido...

—Hay otra cosa de la que también quería hablarte.

Su tono ahora es mucho más serio. Cojo una bocanada de aire antes de

responderle.

—Tú dirás.

—He convencido a Eulogio para que no te demande.

—Por mí, como si se tira de un puente.

—Jota Jota, esto es más serio de lo que crees.

—¿Qué quieres decir?

—Deberías haber visto cómo quedó el baño. Aquello parecía el escenario de un crimen. —Oírlo de su boca me deja de piedra—. Había cristales por todas partes... y mucha sangre.

—¿Qué dijo ella?

—Eso es lo curioso del caso. Paula no dijo nada.

—¿Crees que lo hizo?

—La pregunta es si lo crees tú.

—No. La conozco y no la creo capaz de algo así.

—Yo no la conozco tanto como tú, pero opino lo mismo. Nelly y Eulogio también.

—De Eulogio me lo esperaba: es su abogado.

—Debes pedirle perdón, Jota Jota. Le he dado mi palabra de que lo harías si no te demandaba.

—Eres un cabrón. ¿Cómo puedes prometerle algo así sin consultarme?

—Porque sé adónde puede llevarte esto y porque miro por el bien del gabinete. ¿Te parecen motivos suficientes?

—Me reitero en lo dicho..., eres un cabrón. —Puedo sentir su sonrisa al otro lado del teléfono.

—Por cierto, no te he preguntado... ¿Cómo está Susana?

—Volviéndome loco. Aparte de eso, está bien. Tuvo suerte de que la herida fuese sólo superficial.

—¿Qué crees que ocurrió realmente?

—No lo sé, Domingo. No lo sé.

—Bueno, he de dejarte. Apáñatelas como puedas, pero ven cuanto antes. He dado mi palabra y sabes de sobra que me gusta cumplirla.

—Una cosa más.

—Tú dirás.

—Estoy seguro de que conocerás su punto débil. No me iría mal que me echaras un cable.

—Whisky caro.

—¡Joder con el *heteropero*!

—¿El qué? —Domingo se troncha de risa.

—Nelly me contó que Li... Paula le puso ese mote. Ya sabes, es hetero, pero...

Sus carcajadas me obligan a separarme un poco el teléfono de la oreja.

—Esa tía es una máquina —comenta entre risas.

—Nos vemos dentro de un rato.

—Hasta ahora, mamonazo. *Heteropero...*, ¡qué bueno! —repite entre risas antes de finalizar la llamada.

Deshacerme de Susana no me es tarea fácil, aunque lo consigo cuando la convenzo de que debo hacer lo que me ha pedido Domingo. Le he dejado sobre la mesita de centro todo lo que pueda necesitar mientras estoy fuera de casa.

El trayecto se me hace más largo de lo habitual. No veo la hora de llegar al despacho y encontrarme con ella. Una vez he dejado el coche en la plaza que tengo alquilada, llego al bufete con la botella en la mano. La he cogido de la bodega que tengo en el sótano de casa, donde guardo verdaderas reliquias.

El primer sitio al que me dirijo es al despacho de Lita. Noto cómo las pulsaciones se me aceleran conforme me acerco. Pero pronto me doy de bruces con la realidad cuando no la encuentro allí.

—No está —oigo a Nelly detrás de mí.

—¿Sabes si va a venir?

—Ha llamado hace un rato. Viene para acá.

Sus palabras son música para mis oídos. No sé por qué, pero me siento como un chiquillo queriendo dar saltos.

—Se te echa de menos —añade.

—No creí que diría esto jamás, pero yo sí que añoro estar aquí.

—¿Te está haciendo la vida imposible?

—No te haces una idea.

—Nunca me ha caído bien esa mujer.

—Lo sé.

—No creo su versión.

—Eso también lo sé. Lo dejaste bien claro.

—¿Y tú?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

—¿Tal vez porque eres el motivo y la causa del caso?

—¡Ya jode bastante saberlo como para que me lo recuerden! —apostillo, echando a andar hacia el pasillo de penal.

—Jota Jota.

—¿Qué? —Me detengo y me vuelvo hacia ella.

Nelly da un paso hasta mí y, con firmeza, me aclara:

—No sé qué pasó en realidad allí dentro, aunque apostarí cualquier cosa a que Paula no fue quien la atacó.

—Ella sí te cae bien.

—Sí. Y eso también lo sabes.

—Dime una cosa, ¿cómo estás tan segura?

—Sólo tuve que mirarla a los ojos para saberlo.

Su respuesta me quema por dentro. Eso es precisamente lo que intenté en cuanto entré en el despacho, pero no lo conseguí. Puede que estuviese ciego o que el momento me sobrepasara, pero me molesta que ella supiera verlo, y me odio a mí mismo por no haberlo hecho yo.

—Sé que Susana miente —admito antes de volverme de nuevo y retomar mi marcha.

Debo darme prisa si quiero llevar a cabo mi plan. Lo he orquestado de camino aquí. No me es plato de buen gusto, aunque la palabra de mi amigo bien merece que pase por ello.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunto al entrar en el despacho.

Eulogio está sentado al otro de la mesa. Al verme, se estira en el sillón para aparentar lo que no es: mejor que yo.

—¿Qué quieres?

—Lo primero, darte esto —digo, entregándole la botella y regresando a mi sitio. No me apetece sentarme. O tal vez lo haga para dejarle bien claro quién es el mejor de los dos. Y lo digo con doble o triple sentido.

—¿Piensas comprarme con whisky?

—No es uno cualquiera —me defiende de mala gana. Si por mí fuese, le quitaría la botella de las manos y le partiría la otra parte del labio para que hiciese juego con la primera.

—No suelo dejarme sobornar.

—No es un soborno. Es mi forma de pedirte disculpas.

—Perdona, hace un poco de viento y no te he oído bien. ¿Podrías repetirlo?

Este tío es gilipollas. Respiro y me tomo unos segundos para calmarme. La llamada de Domingo se repite en mi cabeza una y otra vez.

—Me has oído perfectamente.

—Acabo de pasar un resfriado. Puede que me haya quedado algo de sordera en este oído —afirma señalándose el izquierdo.

En mi mente me imagino dándole otro puñetazo. Éste, de regalo.

—Lo siento, Eulogio. Siento haberte pegado. No estuvo bien por mi parte. No debería haber perdido los papeles como lo hice.

¡Ya está hecho! Al final no ha sido tan difícil como creía. Imaginármelo tirado en el suelo como una nenaza tras mi último golpe ha ayudado bastante.

—Acepto tus disculpas.

—Gracias.

Eulogio coge su móvil de encima de la mesa, se vuelve de espaldas y hace un selfi.

—¿Se puede saber qué haces?

—Inmortalizar el momento. No todos los días el Aniquilador viene a tu despacho arrastrándose.

Vale, a estas alturas ya sólo me apetece darle una paliza. Un par de puñetazos no son suficientes.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo para verlo borrar esa sonrisa de imbécil.

—Claro. En este momento te permito cualquier cosa.

Su tono acaba de sonar un poco más amariposado de lo habitual. Como me esté tirando los trastos, juro que al final le daré.

—¿Qué te dijo Paula que ocurrió?

—Por tu trabajo, deberías conocer el secreto profesional abogado-cliente.

—¡Eulogio, no me jodas! Somos compañeros.

—Y abogados. No se te olvide.

—No necesito detalles.

—No pensaba dártelos.

—Te creo lo bastante inteligente para darme una pista sin necesidad de romperlo.

«A ver si así cuele...»

—No sé si con un selfi será suficiente. Me estoy replanteando grabar la conversación.

«¡Que le doy!»

—Por favor —digo en un susurro. Esto lo negaré el resto de mi vida.

—No puedo darte ni siquiera eso, porque no me dijo absolutamente nada.

—¿Qué?

La cara de asombro que debo de tener seguramente será digna de otra foto. Por fortuna, el móvil del *heteroperero* descansa junto a su teclado.

—Lo que oyes —responde—. Me llamó y me pidió que fuese al baño. Hice fotos y llamé a Domingo. El resto ya lo conoces.

—¿Puedo ver esas fotos?

—No.

A estas alturas ya no me apetece disimular la mala hostia que me provoca.

—¿Puedo darte mi opinión? —añade.

—No —respondo antes de volverme y marcharme como alma que lleva el diablo.

Dando zancadas, atravieso el pasillo y llego hasta el despacho de Paula. Está vacío, y la vista se me pierde entre sus cosas. En entonces cuando me viene una idea a la mente. Sólo espero que lo capte y que dé resultado. Me acerco hasta su mesa y recojo todos los bolígrafos, lápices y demás utensilios de oficina que le permitan escribir. Cojo también el ratón inalámbrico por si acaso. Sin ser visto, o eso es lo que intento, me escabullo y me escondo en el archivo con la luz apagada. Todo cuanto he cogido de su mesa lo dejo en la estantería que tengo más a mano. El corazón me late con fuerza, casi con ansia. La misma que siento yo por la necesidad de encontrarme al fin con ella.

* * *

Debe de haber pasado al menos media hora desde que he entrado por la puerta. Empiezo a tener la sensación de que estoy haciendo el idiota. Pero no se me ha ocurrido otra cosa para poder verla y cumplir mi palabra al mismo tiempo. Oigo la cerradura. Debe de ser ella. Las luces se encienden. Me asomo por encima de las cajas de expedientes para ver si estoy en lo cierto. Respiro aliviado al comprobar que no me he equivocado. Lleva puesta esa horrible falda que tanto detesto y a la que tanto apego le tengo al mismo tiempo. La sigo con la mirada mientras se dirige al lado derecho donde guardamos el material de oficina. Es entonces cuando aprovecho para cerrar la puerta con llave. Necesito asegurarme de que nadie va a molestarnos. Lo hago en completo silencio. No pretendo asustarla, aunque sí sorprenderla. Camino por el pasillo anterior al suyo hasta colocarme a unos pasos de distancia.

—Me preguntaba cuánto tardarías en aparecer —comenta, deteniendo su abastecimiento de material.

—No quería alargarlo más. Llevo esperando demasiado.

—Pero eso es precisamente lo que te pedí..., tiempo.

—Para verme —le aclaro—. No incumpliré mi palabra si no te vuelves.

Lita guarda silencio un instante.

—Te felicito por tu idea de los bolis —señala más relajada.

Su frase me aporta la suficiente confianza para acercarme un poco más a ella. Desde aquí ya puedo olerla.

—No son cumplidos lo que he venido a buscar.

—Y ¿qué es, Juanjo? —Su voz vuelve a sonar distante.

—A ti —afirmo sin titubeos.

—Necesito algo más de tiempo.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

—Todo.

—Lo que siento por ti no ha cambiado —me atrevo a admitir, acercándome aún más—. Dime que tú no sientes lo mismo que yo y me marcharé por esa maldita puerta.

Lita guarda silencio. Me muero por abrazarla. Pero de momento he de conformarme con rozar con mi aliento su nuca despejada por la trenza.

—Pero si sientes lo mismo que yo —continúo—, y me consta que es así, déjame amarte.

Lita se apoya sobre la estantería que tiene delante. Su mutismo me desconcierta y me enfurece al mismo tiempo. La mera posibilidad de que no quiera volver a verme me consume por dentro.

—Esto no está siendo fácil para ninguno de los dos —admito—. Tenerla en casa me está volviendo loco, aunque nada comparado con lo mucho que te echo de menos.

—Me juré que no te pediría que la dejases por mí —declara al fin.

—No hará falta, porque ya lo hice.

El silencio del lugar me permite oír su grito ahogado.

—Fue el mismo día del accidente, ya lo sabes —prosigo—. Pero ella no se dio por vencida y vino al despacho a intentar arreglarlo.

Su mutismo me atormenta, y doy un paso más. Necesito tocarla y acaricio su hombro. Si no está de mi parte, sentiré que todo ha sido en vano.

—Lo último que quería era tenerla en casa —me justifico—. Es algo pasajero y fruto de...

—Tu honestidad. —Lita acaba la frase por mí. La forma en que me conoce me pone los pelos de punta.

—Dime qué ocurrió —le pido, rozando su cuerpo con el mío. Deseaba tanto tenerla cerca que me cuesta creer que sea cierto—. Estoy harto de oír su versión; la que necesito es la tuya.

Ella toma aire y lo expulsa de forma pausada antes de responder.

—Al llegar al bufete —comienza a relatar—, sentí un dolor intenso en el bajo vientre y fui directa al baño. Nelly estaba allí cuando entré. Me habló de lo nuestro y me advirtió de que tuviésemos cuidado. —Sé que es cierto porque a mí me dijo lo mismo esa mañana en la cafetería—. Cuando el dolor remitió y nuestra charla acabó —prosigue—, Nelly se marchó a preparar un expediente que tú le habías pedido. —Lo recuerdo. Es de un caso que esperaba cerrar esa misma semana—. Yo aguardé un poco más hasta reponerme por completo. Fue entonces cuando Susana salió del baño. Lo había oído todo.

Puedo sentir su dolor y me decido a abrazarla. Sea lo que sea lo que vaya a contarme, debe saber que estoy de su lado. Noto su agitada respiración cuando lo hago.

—Lo que pasó después no fue fácil para ninguna de las dos —confiesa—. En su caso, porque ante ella estaba la mujer que había estado tirándose a su prometido. En el mío, porque no dejé de recibir innumerables insultos y vejaciones por su parte. Necesito que sepas que no la culpo por ello —aclara—; tal vez de estar en su posición yo habría hecho algo parecido. Intentó ofenderme y ultrajarme, aunque pronto comprobó por sí misma que enfrentarse a mí en el campo verbal no era tarea fácil.

Sé a qué se refiere. Conozco a pocas personas capaces de hacer lo que Lita hace. Es muy buena en ese aspecto.

—Conseguí llevarla al límite, me amenazó con hacerme desaparecer y con que serías tú quien acabaría apartándome de tu lado.

—Eso nunca ocurrirá —asevero, cerrando los ojos de rabia.

—Acto seguido... —continúa—, se abalanzó sobre el lavabo y estampó la cabeza contra el espejo. Sucedió todo muy rápido, apenas me dio tiempo a reaccionar. No sabía qué hacer, y lo primero que pensé fue en lavarme las manos para ayudarla a tapan la herida. Había cristales por todas partes, y me corté con uno al abrir el grifo. Fue entonces cuando la oí hablando contigo. Pidió auxilio con una malvada sonrisa cruzándole la cara, la misma que me había dedicado tras acusarme falsamente. Grité encolerizada y, después..., se limitó a colgar.

—¡Lita! —Pronuncio su nombre aumentando la fuerza de mi abrazo.

Me siento culpable y me destroza pensar cómo debe de haberlo pasado todo este tiempo. No sólo ha vivido uno de los peores episodios, sino que, además, tiene que soportar que yo tenga a Susana en mi casa.

—Ahora ya sabes la verdad.

—Lo siento —manifiesto en un susurro.

—Tú no pudiste hacer nada, no estabas allí.

—Pero yo lo propicié.

—No digas eso. —Noto su mano en mi brazo—. Fuimos los dos.

Sé que está en lo cierto, lo que no quita que siga sintiéndome el mayor

responsable.

—Tampoco he podido hacer nada para convencerla de que no te demande —confieso lleno de rabia y dolor.

—Eso es justo lo que quiero que haga —afirma con rotundidad.

—¿Has perdido el juicio? —pregunto, obligándola a que me mire. Me importa una mierda que no quiera verme, esto es mucho más importante.

—Necesito que ella crea que estás de su lado.

—No estás hablando en serio... ¿Cómo puedes pedirme eso después de lo que te ha hecho?

—Porque es lo mejor para los dos. Necesito que confíes en mí.

—Pero me estás pidiendo que...

—Que vuelvas con ella. O, al menos, que ella piense que lo has hecho.

Sus palabras me hacen retroceder. No puedo creer que haya sido capaz siquiera de decirlo en voz alta.

—¡Lita, no puedes pedirme que vuelva con ella! ¡Es a ti a quien quiero!

—Lo sé, amor mío.

—Una cosa es que me jureses que no me exigirías romper con ella —mascullo sin entender lo que está ocurriendo—, y otra muy distinta que quieras que vuelva con ella. Desde ya te digo que no pienso hacerlo.

—Por esto mismo te dije que necesitaba algo de tiempo.

—No sabes lo difícil que fue para mí romper la relación para que vengas tú ahora a pedirme que rehaga lo que ya está roto.

—Juanjo, mírame —me ruega agarrándome de los brazos—. Si de verdad quieres ayudarme, si de verdad quieres que estemos juntos, necesito que le hagas creer que lo nuestro sigue adelante. Confía en mí, sé lo que me hago.

Por un momento pienso que fue ella la que se golpeó en la cabeza.

—Todo esto no tiene sentido. También quieres que la impulse a demandarte. Será tu palabra contra la suya, y su argumento se sostiene con las heridas de ambas. ¿Acaso no lo ves?

—Eulogio sabrá hacer su trabajo.

—Permíteme que lo dude.

Lita hace un mohín.

—Y ¿qué me dices de mí? Tendré que declarar lo que oí; me usarán como

testigo de la acusación.

—Y lo harás. Tal y como sucedió.

—Hablamos de algo muy serio, Lita. Podrías acabar en la cárcel.

—Créeme, no lo haré.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo sabrás en su debido momento.

Su determinación logra estremecerme. No tengo la menor idea de qué puede estar rondándole por esa mente privilegiada que tiene, pero la miro a los ojos y algo dentro de mí me dice que debo confiar en ella y hacer lo que me pide. Es en momentos como éste cuando creo que realmente es bruja y yo su hechizado siervo. Niego con la cabeza segundos antes de acercarme en un rápido gesto a ella para besarla como nunca lo he hecho. La abrazo con todas mis fuerzas y es sólo al estrecharla entre mis brazos cuando logro la calma que tanto ansío. Debo de estar perdiendo el juicio si accedo a su petición. Igual incluso lo he perdido ya. Pero por ella. Sólo por ella.

—Haré lo que me pides —digo, aprovechando el instante en que se quita las gafas.

Mi boca busca con anhelo la suya. Demasiados días sin probarla.

—Me había prometido no volver a besarte —susurra entre mis labios.

—Soy yo quien te besa.

Mi lengua invade la suya, reclamando lo que me pertenece.

—A partir de ahora debemos tener mucho más cuidado —añade—. Nadie debe saber lo nuestro, y mucho menos ella.

—No dejas de pedirme cosas que rozan lo imposible.

—Juanjo —me para en seco apartándose de mí—, hablo en serio; no debe enterarse o todo se irá al traste.

Puedo ver en sus ojos que está siendo sincera. Su mirada me implora que debo cumplir con mi cometido.

—Confía tú en mí. No lo hará —confirmo, sabiendo que haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo—. Pero, por lo que más quieras, ahora bésame.

Lita me agarra la nuca y es entonces cuando apreso con pasión sus labios. Ella es como el agua que necesito para subsistir. He añorado sus besos tanto como respirar. Acaricio sus mejillas antes de tomarla a horcajadas. Necesito

hacerla mía, sentirme dentro de ella para saber que es real. Giro sobre mí antes de empotrarla contra la pared. Mientras la esperaba escondido me imaginaba follándola sin que me viese. No quería que incumpliese su palabra y tenía pensado hacerlo por detrás, de un modo tan salvaje que hasta mi entrepierna se alegraba sólo de imaginarlo. Ahora, en cambio, todo es distinto. Necesito ver sus ojos y verme reflejado en ellos.

—Te quiero dentro de mí —me apremia con un jadeo.

Enloquezco al oírla. Ambos deseamos lo mismo, y no veo por qué habría de alargarlo más. En un rápido movimiento, me deshago de la tela que me separa de ella. Mi polla arde como lo hago yo por dentro. No existe nada en el mundo que desee más ahora mismo que darle lo que me pide. Aprovechando que la empujo con más fuerza contra pared, echo sus bragas a un lado con los dedos. Me deshago en jadeos en cuanto la penetro. Me fundo en ella como la niebla lo hace entre las montañas. Lita gime en mi boca y ambos perdemos la razón.

—¿Qué habrá ahí dentro? —le pregunto, enredando mi mano en su pelo. Su inteligencia es lo que más me atrae de ella.

La penetro fuerte. Una y otra vez sin descanso. Mirándola a los ojos y absorbiendo cada uno de los gemidos que libera en mi boca. Empiezo a sentir cómo el calor me abrasa por dentro, tal y como la lava calcina todo cuanto encuentra a su paso. Me enorgullezco al ver el placer en su cara. Y me complace saber que soy el responsable. Aumento las embestidas. Lita saca la parte más ruda de mí. Enloquezco, y sé que no podré contenerme por mucho tiempo más. Se lo hago saber con un hondo jadeo, con el que me fundo en ella y me dejo arrastrar por el increíble orgasmo que me alcanza. Soy mucho más alto que ella, más fuerte y puede que incluso más corpulento, pero siento que estoy a sus pies, rendido ante tan extraordinario influjo. Haré lo que me pide, lo sé, pero sin renunciar a lo que más quiero: a ella.

Capítulo 30

Cuando salgo del archivo tengo la firme certeza de que ir contra el destino es algo irracional y una sinrazón. Por más que intente alejarme de él o que trate de no hacer caso a mis sentimientos, lo que hay entre Juanjo y yo es mucho más solemne. Es inútil ir contracorriente como lo es luchar contra nuestro sino, escrito desde hace diecisiete años. Centrarme en mi trabajo como lo he hecho todos estos días sólo me ha servido para echarlo más de menos. He añorado cada segundo sin estar a su lado, sin poder verlo o simplemente oír su voz. De nada me ha servido alejarme de él. Ahora lo sé.

Me recompongo y regreso a mi despacho dispuesta a seguir adelante con mi plan. Imagino lo que debe de haberle sorprendido la petición que le he hecho ahí dentro, pero es la única opción que me queda si quiero que salga todo como tengo planeado.

En estos días he cerrado casos que tenía pendientes, como el de la señora De Gea, y he abierto otros cuatro. Lola insiste en que tiene mucho que ver la aparición de Juanjo en los medios. Yo prefiero pensar que es sólo debido a mi trabajo.

—Nelly, estaré fuera el resto del día —la informo desde la puerta al pasar frente a su despacho—. Si necesitas algo, me llamas al móvil, ¿de acuerdo?

—Vale. ¡Espera! Tengo algo para ti.

Me acerco a su mesa para coger un sobre que me ofrece.

—¿Qué es? —pregunto curiosa al verlo. Es elegante y me recuerda a una

invitación de boda.

—Ábrelo y lo sabrás —responde juguetona.

Dentro hay una invitación. Pero no la que me esperaba, sino a una fiesta. En concreto, la fiesta de beneficios, que tendrá lugar el sábado anterior a San Valentín. En la última línea se hace mención al uso de máscaras.

—¿Esto es cierto? —pregunto sorprendida. Jamás había oído hablar de una celebración así. El despacho de Leo, en el que trabajaba, era demasiado modesto para permitirse cosas como ésta.

—Por supuesto que sí —responde con una sonrisa de oreja a oreja. Está claro que a ella le gusta—. Domingo fue el precursor hace años. Fue su forma de festejar los beneficios que el gabinete había obtenido, y desde entonces la hacemos cada mes de febrero.

—Es bueno saber que el bufete siempre cierra con buenas cifras.

—Este año, al parecer, han aumentado, porque mira dónde se celebra.

—En el hotel Palace —comento, volviendo a ojear la invitación.

—¡Ni más ni menos! Siempre he querido pasar una noche allí —fantasea soñadora—. Pero no es fácil encontrar a alguien que esté dispuesto a pagar mil quinientos euros la noche.

—Vaya, con ese precio no me extraña.

—¿Con quién vas a ir?

—¿Cuándo?

—¿Cómo que cuándo? ¡A la fiesta, mujer!

—No creo que vaya.

—¿Perdona?

Nelly se levanta, rodea su mesa y se coloca frente a mí.

—Tú irás a esa fiesta. Todos lo haremos —aclara.

—Aquí dice que hay que llevar acompañante, y no pienso ser la única que vaya sola.

—Tráete a una amiga.

Pienso en Lola, aunque no sé cómo estará para esa fecha. Aún faltan unos días.

—Bueno, ya veré.

—No voy a aceptar un «no» por respuesta. Lo sabes, ¿verdad?

Esta mujer es increíble. Me conoce como si fuésemos amigas de toda la vida.

—Pues no me obligues a mentirte.

—No lo harás porque vendrás a la fiesta.

—No me veo yendo, y mucho menos con máscara.

—Eso es algo nuevo de este año —puntualiza—. Aunque no me negarás que no le aporta un toque de misterio sugerente —comenta risueña alzando las cejas.

—A mí me sugiere más mi sofá y una buena película —miento.

—Rodeada de gatos.

—No tengo.

—¡Gracias a Dios! —suelta mirando al techo.

—Oye, ¿a qué viene...?

—Tengo mucho trabajo —me interrumpe, volviendo a su sillón—. Ve buscándote acompañante, porque a esa fiesta van los clientes más importantes, todo el bufete, y tú. Puedes marcharte —anuncia, haciéndome un gesto con la mano.

—Ya veremos quién gana la partida —la reto riendo al salir.

—¡Que no se te olvide la máscara! —suelta a voz en grito en tono divertido.

* * *

Tengo una cita con Leo. He quedado con él para hablar de un viejo amigo suyo. Al estudiar con detenimiento el contenido de la carpeta que me entregó María, me di cuenta de que el apellido del notario que leyó el testamento de su exmarido me era familiar. Consulté en mi agenda y confirmé mis sospechas: se trataba del mismo hombre. Al principio dudé si debía involucrar a mi antiguo jefe en la investigación que estoy llevando a cabo desde aquel día, pero no sabía de qué otra forma podía llegar hasta él sin levantar sospechas. Es por eso por lo que le pedí a Leo que hablase con él, puesto que su amistad se remonta a años atrás, de cuando fueron compañeros de carrera.

—Te veo distinta —comenta tras el saludo inicial. Él y el bufete, en cambio, están exactamente igual que cuando me marché.

—Son los ojos que me miran —manifiesto condescendiente al tomar asiento frente a su mesa.

—¿Te tratan bien en el gabinete?

—Demasiado bien —digo al recordar mis visitas al archivo. Debo contenerme o la capa de Caperucita se quedará en nada comparada con mis mejillas.

—Me alegra oír eso.

—Gracias.

—Ayer estuve con mi viejo amigo, como me pediste.

—¿Y...?

—Siempre he confiado en tu instinto, y en esta ocasión no iba a ser menos.

—¿Qué te dijo?

Leo nota mi impaciencia y se apresura a responder:

—Recuerda a ese hombre porque ese día lo encontró un poco raro.

—¿Qué quieres decir?

—Al principio no quiso hablar del tema, pero al final me confesó que el hombre se presentó algo mareado y que, al parecer, deliraba un poco. — Ahogo un grito al oírlo—. La mujer que lo acompañaba, una señora exuberante de pelo rubio y muy bien vestida, le aseguró que se debía a una enfermedad degenerativa y que era un síntoma habitual de ésta.

Noto cómo la sangre me arde en el interior del cuerpo. Recuerdo perfectamente cómo María nos aseguró a Lola y a mí que su marido, hasta dar con Susana, era un hombre sano.

—¿Qué más te dijo?

—El matrimonio presentó todo tipo de documentos, incluida la cláusula de divorcio donde su primera mujer renunciaba a todos los bienes. Así pues, el cambio de testamento no le resultó extraño. Lo había visto en anteriores ocasiones, y no era algo por lo que alarmarse.

—Y ¿por qué entonces no quiso darle esa información a su primera mujer?

—Pensó, según sus propias palabras, que debía de tratarse de una exesposa que deseaba recuperar la fortuna a la que había renunciado. No quiso entrar en conflictos, y prefirió dejarlo correr.

—Me has sido de gran ayuda, Leo. No sé cómo darte las gracias.

—Teniendo cuidado.

—Ya lo hago.

—Paula, cariño, si es cierto lo que sé que estás pensando, debes vigilar tus pasos. He conocido gente capaz de todo. La mente humana, a veces, no conoce límites.

—Lo sé. Pero te doy mi palabra de que sé lo que me hago.

—¿Y lo de la demanda?

Leo está al corriente de lo que sucedió. Confío en él plenamente y decidí contarle toda la verdad por si me ocurría algo.

—Me he asegurado de que me la interponga.

—Buena chica. Y a tu abogado, ¿cuándo piensas contarle tus intenciones?

—Es mejor que aún no lo sepa. Los únicos que lo sabemos somos Lola, tú y yo, y quiero que siga siendo así. Al menos, de momento.

—Confío en que sabes lo que haces.

—He de marcharme. Gracias por todo, Leo.

Él se levanta y rodea la mesa para acompañarme.

—Lláname con cualquier novedad. Para lo que necesites, ya sabes dónde encontrarme.

—Eres el mejor jefe que se pueda tener.

—Anda, vete, que me vas a emocionar y podría perder mi reputación en el bufete —suelta socarrón.

Siempre que me despido de Leo me entra cierta congoja. Y hoy no iba a ser menos. Cuando lo he necesitado he podido contar con él. Ha sido y es un hombre muy importante en mi vida, y lo llevo guardado en el corazón.

* * *

Mi siguiente cita es con Soledad. He quedado con ella para vernos en su clínica, pues, desde que salió en los medios la noticia de su reconciliación, su fama ha aumentado aún más, y apenas tiene tiempo. Sus clientes son gente con un alto poder adquisitivo, por no hablar del gran número de famosos que han pasado y siguen pasando por sus manos. En la sala de espera, aguardo hasta que su secretaria médica me nombra. En cuanto pronuncia mi apellido, el resto

de los pacientes que están allí conmigo comienzan a reír por lo bajini. Estoy acostumbrada y, sin importarme lo más mínimo, me levanto y me dirijo al despacho de Soledad, donde ella me recibe con un cálido abrazo.

—¿Cómo está mi abogada favorita?

—Agotada, pero bien. ¿Y tú?

—Más viva y joven que nunca —afirma picarona con una sonrisa cruzándole el rostro.

—No sabes cuánto me alegra oír eso.

—Y todo te lo debo a ti.

—¿A mí?

—Bueno, a ti y a Jota Jota —aclara, sentándose en una de las sillas que hay frente a su mesa. A mí me invita a hacer lo mismo en la otra. El hecho de que decida hacerlo de este modo refleja la confianza que hay entre ambas—. Los dos lograsteis abrirle los ojos a Leandro.

No tengo ni idea de a qué se refiere. Hasta donde yo sé, la demanda de divorcio se archivó el día que Soledad me llamó. Recuerdo ese día como si fuese ayer. Estaba feliz y hablaba como si fuese una quinceañera. Me contó que, al llegar a casa la noche anterior, su marido la sorprendió con una preciosa carta de amor y una cena romántica. Ella pensó que sería una simple treta para convencerla de no seguir adelante con el divorcio. Pero la velada escondía un lascivo secreto. Esa noche, según me confesó, hubo sexo como nunca antes entre ellos. Leandro había abierto los ojos y le demostró que estaba dispuesto a todo con tal de recuperarla.

—Y ¿cómo fue? —le pregunto curiosa.

—Tu compañero y Leandro mantuvieron una charla tras nuestra reunión en el gabinete. Al parecer, mi marido se vio reflejado en vosotros dos, y desde entonces se ha convertido en un hombre nuevo.

Tengo la sensación de que a estas alturas todo el mundo sabe de lo mío con Juanjo. Por un lado, me halaga que sea así, pero por otro temo que llegue a oídos de quien no debe.

—Me alegro muchísimo de que hayáis arreglado lo vuestro. No sabes cuánto. —Ella sonrío agradecida—. Verás, Soledad, he de ser sincera contigo, y no quiero importunarte más de lo necesario. ¿Te importa si voy al grano?

—Claro, dime, ¿qué quieres hacerte?

—¿Hacerme? —No salgo de mi asombro.

—No es necesario que me lo digas. Veamos. Tu calidad ósea es muy buena —afirma, cogiéndome la barbilla para examinarme—. Tu nariz está dentro de los cánones actuales. Tus pómulos aún no están flácidos, tus labios tienen el tamaño justo y aún eres demasiado joven para tener arrugas.

—No he venido para retocarme la cara —aclaro para sacarla de su error.

—Ya veo por dónde vas. A ver, déjame ver lo que necesitas. —Cuando me quiero dar cuenta, Soledad me está magreando los pechos por encima de la ropa—. Las mamas están igualadas, no tienes ninguna más grande que la otra. —«¡Menos mal!», pienso para mis adentros. Mi primera idea era pararla, pero siempre viene bien un pequeño chequeo—. No creo que debas aumentártelos. —¡Ni se me había pasado por la cabeza hacer tal cosa! Sólo de pensar en el dolor de espalda que eso me produciría, me pongo nerviosa—. Se nota que sabes cuidarte —añade, continuando con el examen—; hacer deporte para mantenerlos así de duros y firmes es lo mejor. —«¿Tengo las tetas así? Últimamente es cierto que las tengo algo más duras de lo habitual. Aunque también más sensibles, y su magreo empieza a ponerme cachonda—. Si aceptas mi consejo —sentencia al soltarme—, yo los dejaría tal y como están.

—Gracias por tu consejo —digo tras un hondo suspiro—, pero tampoco he venido por eso.

—Entonces ¿qué es lo que quieres operarte?

—Nada. He venido para preguntarte algo relacionado con la medicina.

—¡Haberlo dicho antes! —suelta, levantándose para dirigirse a su sillón, al otro lado de la mesa—. Al menos te has llevado un diagnóstico gratis —se mofa al tomar asiento. Sonríe al oírla—. Dime, ¿qué necesitas?

—Verás, Soledad, necesito tu opinión como profesional. Es un tema delicado y no quiero ponerte en un aprieto, así que tendrás que confiar en mí.

—¿De qué se trata?

—Necesito que me des tu palabra de que lo que hablemos no saldrá de estas cuatro paredes.

—La tienes.

Tomo aire antes de comenzar.

—Verás, necesito saber si existe algún tipo de veneno que provoque un infarto.

—¿Quieres suicidarte?

—¡No!

—¿Matar a alguien?

—Soledad, por favor. Es importante.

—Saber si vas a convertirte en asesina también lo es. Hasta donde yo sé, eres abogada especializada en divorcios.

—Intento aclarar un hecho que ocurrió hace años. Me temo que no puedo decirte nada más.

—Está bien. Respondiendo a tu pregunta..., existen varios y variados.

—¿Y que pasen desapercibidos en una autopsia?

—Eso ya es más complicado. Hoy día es difícil que a un buen médico forense se le pase por alto. Los análisis son muy específicos en ese aspecto.

—¿Suelen ser fáciles de conseguir?

—En serio, Paula, me estás asustando.

—No es mi intención, créeme. Pero necesito saber si es algo que puede estar al alcance de cualquiera.

—Ahora, con internet, es mucho más fácil que antes, eso puedo asegurártelo. De todas formas, no es mi campo ni mi especialidad, así que...

—Una cosa más. ¿Puede que ese mismo veneno cause delirio o enajenación mental transitoria?

—Se me viene a la cabeza la belladona, aunque, como te he dicho antes, hoy día es fácil de detectar en una autopsia.

—¿Existe antídoto para ese veneno?

—Casi ningún veneno lo tiene. Dependiendo de la cantidad que entre en contacto con el organismo, los efectos, sea cual sea el tóxico en cuestión, pueden ser muchos, y sólo con la dosis adecuada puede llegar a producir la muerte. Obviamente, hay algunos más letales que otros.

—Gracias por tu ayuda, Soledad.

—Siento no haber podido ayudarte en más.

—Ha sido suficiente, créeme.

—¿Puedo quedarme tranquila?

—Sí —afirmo sonriendo—, tienes mi palabra.

—Con eso me basta.

La visita acaba tal y como ha empezado, con un tierno abrazo de mi antigua clienta y nueva amiga. Puede que deseara saber algo más sobre lo que estoy investigando, pero creo que es mejor para ella que no sepa nada. Por fortuna, parece haberse conformado con lo que le he dicho, y yo me llevo algo más de información. El día ha sido agotador, y no veo la hora de llegar a casa.

Capítulo 31

—Tienes que ver esto —me anuncia Lola desde la mesa del salón.

Está echando una ojeada a su portátil mientras yo preparo la cena.

—Debo darle la vuelta al pescado; no puedo ir ahora.

—Hazme caso y ven ya. Te aseguro que merece la pena.

—Y yo te aseguro que, como no le dé la vuelta a esto, vas a comer merluza chamuscada.

—¡Vale, como quieras! ¡«Ser bruja consiste en encontrar tu sabiduría interior —comienza a recitar— y en aprender a utilizarla a tu favor»!

Con las tres primeras palabras, bajo el fuego y salgo disparada a su encuentro.

—¿De dónde has sacado eso?

—Hombre, por fin has venido —se mofa.

—Contesta o te cambio el menú —digo, amenazándola con hacerle tragar las pinzas que llevo en la mano y que me he traído de la cocina.

—Míralo tú misma. Es una página que he encontrado en Facebook. Se llama «La intuición de las brujas».

—Toma, ve y dale la vuelta —le ordeno, entregándole las pinzas y sentándome en la silla que hay a su lado para hacerme con el portátil.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! La cena la haces tú, que yo estoy malita.

—¡*Morritis* y *caraduritis* es lo que tienes! Está todo hecho, sólo has de darle la vuelta y apagar el fuego cuando veas que está en su punto.

—Desde luego, ten amigas para esto. ¡Ya no hay respeto por los enfermos! —se queja al marcharse—. ¡Así va el país! ¡Los tullidos debemos conformarnos...!

Dejo de escucharla y me concentro en lo que muestra la pantalla. Llevo años en esta red social y nunca había encontrado nada que me atrajera o me interesara tanto como lo está haciendo esta página. Conforme leo los posts, me enamoro más y más de ella. No puedo dejar de sonreír con cada publicación. Es la primera vez que encuentro a alguien que define a la perfección lo que es ser bruja. Me veo reflejada en cada una de las descripciones que estoy leyendo. A lo largo de la historia, la imagen de la bruja se ha denigrado hasta el punto de que todo el mundo sólo imagina un caldero, una escoba y una verruga al pensar en una. Pero aquí se define lo que en verdad es: una mujer adelantada a su tiempo, valiente y capaz de salir adelante por sí misma. Su fuerza interior es mucho más sólida y firme de lo que muchos puedan creer. Y es precisamente por eso, por esa fuerza y esa inteligencia, por lo que los hombres necesitaron crear una imagen distorsionada de ella. Sabían que el verdadero peligro no procedía de los más altos o los más fornidos, sino de los más inteligentes, y eso es justo lo que eran las brujas. Su defensa fue infundir temor, el suficiente para que el pueblo las odiase en vez de concederles el lugar que en realidad les correspondía.

—¡Gracias! —grito desde mi silla. Estoy tan emocionada que me pondría a dar saltos por todo el salón.

—¡Si lo sé, no te digo nada, mala pécora! ¡Me has dejado sola ante el peligro!

—Pero mira que te gusta quejarte —comento al llegar junto a Lola—. Sabes tan bien como yo que el médico te va a dar el alta mañana.

—¡No me lo recuerdes! —brama con la voz de la niña de *El exorcista*.

—Llevas más de un mes de baja. ¡Ya está bien que vuelvas a la civilización!

—No quiero pensar en la que me espera cuando vuelva. Me he perdido la temporada más fuerte y el jefe de mi departamento debe de estar que trina.

—No creo que sea para tanto.

—¿Que no? ¡Cómo se nota que eres de otro mundo! Las rebajas de enero,

querida amiga, son las de mayor fama y ventas de todo el año.

—Hasta ahí llego. Me refiero a lo de tu jefe.

La conversación dura incluso durante la cena. Lola está empeñada en que le va a caer una buena bronca en cuanto se reincorpore, cuando la única que está sufriendo una retahíla soy yo.

—Hoy me ha llegado la demanda de Susana al despacho —suelto de pronto para desviar el monotema.

—¡Qué hija de puta!

—Todo va según lo planeado.

—Juanjo ha tenido mucho que ver, supongo.

—Supones bien. Lo está pasando mal de verdad con todo esto.

—¡Eh, un momento! Y ¿tú qué? ¿Acaso se te olvida que tú te estás llevando también una buena parte del pastel?

—Yo no tengo que convivir con esa arpía.

—Ahí llevas razón. Y ¿qué toca ahora?

—Dejaremos que la denuncia siga su curso. Nos conviene que crea que tiene la sartén por el mango para cuando yo la demande por falso testimonio.

—Es lista. Pero no sabe que tú aún lo eres más.

—Gracias por el cumplido. Y, hablando de listas..., ¿has averiguado algo más?

—¡Dios mío! Se me había olvidado. Recoge y te cuento.

—¡Qué morro tienes!

—Si es mi último día, como tú aseguras, no te costará mucho mimarme.

No sé cómo la aguanto a veces. Se ha pasado semanas a la bartola, viendo películas, espiando al vecino y sintiéndose como una verdadera reina. Aunque bien es cierto que también me ha ayudado desde que María me entregó el expediente. Lola no ha dejado de echarme una mano, investigando y repasando una y otra vez cada documento de la carpeta. A veces creo que se equivocó al escoger su profesión. Ella asegura que su función de detective privado la hace por no dejarme sola. Yo me reafirmo en que lo hace porque le pone.

—Venga, cuéntame todo lo que has conseguido —la apremio cuando acabo de recogerlo todo y me siento junto a ella a la mesa del salón.

—A ver. ¿A qué se supone que se dedica esa mujer?

—Es dueña de una empresa importadora de productos cosméticos de alta gama. Recuerdo que Nelly me lo comentó un día mientras charlábamos en la cafetería.

—¡*Mec*, falso! Según Cándido, el tío al que me tiré la noche que llevaba el vestido negro de...

—Al grano —la interrumpo.

—¡Ay, vale! Bueno, según Cándido, que trabaja en la Tesorería General de la Seguridad Social, la susodicha no tiene ninguna empresa puesta a su nombre. Es más, ni siquiera tiene vida laboral.

—¡Eso es imposible!

—¿Estás poniendo en duda mi capacidad de sacar información a un buen polvete?

—¡No, no, no! Es sólo que...

—Ya. Es raro. A mí también me lo pareció. Pero, ya ves, hay gente con estrella y gente que nace *estrellá*. La tía no ha dado un palo al agua en toda su vida. Toma, aquí lo tienes.

Lola me entrega una hoja en la que, en efecto, la vida laboral de Susana Ramos aparece en blanco.

—Es alucinante —apostillo.

—Pero ahí no queda la cosa —anuncia cogiendo otro papel que también me entrega—. ¿Cuántas casas se supone que tiene?

—Juanjo sólo sabe de un chalet en La Moraleja.

—¡*Mec*, error otra vez! Según me ha informado mi amigo Lisardo, que trabaja en el catastro, no existe ninguna propiedad inmobiliaria a su nombre.

—¿Puedo preguntar quién es ese amigo que...? ¿Cómo dices que se llama?

—Lisardo.

—¿No puedes tener amigos con nombres más comunes?

—Y ¿yo qué quieres que haga, si ninguna de las madres de los tíos que me cepillo tiene buen gusto?

—¿También te has tirado a ése?

A estas alturas no sé si cantarle las cuarenta o ponerle un altar para adorarla.

—¡Por supuesto que sí! Aunque de éste no guardo un grato recuerdo.

—¿Por...? —Tengo curiosidad.

—Era un tío muy acostumbrado a usar a las mujeres. Vamos, de los que te ponen el anzuelo para que caigas rendida a sus pies y darte una patada a la primera de cambio. Lo vi venir desde el primer momento y decidí no darle el gusto. Así que, nada más terminar el polvo, y para no darle la oportunidad de que me echara de su propia casa, me levanté de un salto de su cama y comencé a recoger mi ropa, que estaba tirada en el suelo. Él no esperaba mi reacción, y recuerdo que me preguntó «¿qué haces?». Ni corta ni perezosa, me escondí el tanga en la mano y le pedí que me ayudara a encontrarlo. El muy idiota se pasó más de diez minutos en pelotas buscándolo por toda la habitación mientras yo me vestía. Cuando ya me cansé de verle sus partes colgando, le di un pico y me marché. Desde entonces ha sido él quien ha insistido en vernos.

Decidido, le pongo el puñetero altar.

—Con eso tenemos más que suficiente para presentarnos ante el juez.

—¿Piensas que aquí acaba la cosa? ¡No se vayan todavía, aún hay más! —suelta, volviendo a la carpeta. Esta vez, para sacar un grueso de papeles grapados, que me entrega.

—¿Qué es esto?

—La señorita Ramos quiere que parezca que ha dilapidado toda su fortuna. Apenas tiene unos pocos miles de euros en su cuenta del banco.

Frente a mí tengo largos extractos bancarios de diferentes entidades a su nombre. Soy de letras y me mareo ante tanta cifra.

—¡Esto no es bueno! Se supone que es una cazafortunas...

—Viuda negra —me aclara.

—Da igual cómo la llamemos. Si se supone que ha heredado dos fortunas, ¿cómo es posible que no le quede nada?

—¡*Mec*, tercer error!

—Empiezas a tocarme las narices con el *mec*, ¿lo sabías?

—Llevo varios días recopilando información, ¡no vengas ahora a fastidiarme la presentación!

Alzo una ceja y ladeo la cabeza para no decirle cuatro cosas bien dichas.

—Está bien, no lo digo más —accede—. Si te fijas, en las páginas marcadas con un doblez en la esquina, aparecen las transferencias que ha ido

haciendo a diferentes bancos, todos ellos paraísos fiscales, según mi amigo Paulino.

—En serio, lo tuyo no es normal —me mofó al oír ese nombre—. ¿A ése también te lo tiraste?

—No, ése se me tiró a mí. Es un empotrador en toda regla. ¿Recuerdas hace un par de años cuando estuve unos días fastidiada con el menisco?

—Sí.

—Pues eso.

—¿No jodas que...?

Lola y yo nos tronchamos de risa. Recuerdo que la muy pécora me contó que se había hecho daño al bajar de la pasarela del escaparate.

—Eres incorregible —afirmo entre carcajadas.

—Ya sabes lo que dicen: empotradores... hasta en el infierno.

Su versión de la popular frase sobre la amistad nos hace reír aún más a ambas. Y así nos tiramos un buen rato, hasta que se me ocurre sacar de nuevo el tema de la fiesta del gabinete. La primera vez, la cosa no acabó muy bien.

—Sé que no quieres ir, Paula, pero creo que deberías replanteártelo.

—De eso mismo quería hablarte. Ya lo he hecho.

—¿Y...?

Su cara de niña pequeña me conmueve.

—He decidido que ha llegado el momento de hacerte caso.

—¡Bien! Ya te dije que debías ir. No todos los días la invitan a una a un lugar como ése. Y que ella vaya a estar no debería importarte, porque...

—Tienes que ayudarme.

—Cuenta conmigo. La entretendremos para que... ¡Un momento! ¿Estás hablando de lo que creo que estás hablando?

—Sí —afirmo con mi mejor cara.

—¡¡¡Por fin!!! —Lola se pone en pie y comienza a bailar por el salón—.

¡¡¡Un cambio radical!!! ¡¡¡Sí, sí, sí!!! —vocifera alargando la última vocal.

—¿Tú no estabas tullida? —me mofó.

—¡Oh, Dios mío! ¡¡¡Milagro, milagro!!! —grita, alzando los brazos.

Me parto de risa al verla.

—¿Crees que podrás lograrlo conmigo también?

—Tú no necesitas un milagro —afirma, y vuelve a sentarse a mi lado más emocionada que nunca—. Con pasar por chapa y pintura es más que suficiente. ¡Voy a dejarte tan guapa que no te va a reconocer nadie!

—Él sí lo hará —manifiesto con seguridad.

—¿Alguna vez te ha visto..., tú ya me entiendes...?

—Sabes que no me he visto ni yo; ¿a qué viene esa pregunta?

—Pues se va a caer de culo, ya te lo digo yo.

—Creo que me voy a arrepentir de lo que voy a decir, pero... tienes que acompañarme a por un vestido. —Odio las compras; ella lo sabe tanto como yo.

—Ay, sí, tenemos que ir a comprarme uno.

—¡No hablo de ti, sino de mí!

—Vuelves a equivocarte. Tú ya tienes vestido.

—¿Yo? Te recuerdo que mi armario es como el baúl de atrezo de una obra de Federico García Lorca.

—¡Sea quien sea el que se ha apoderado del cuerpo de mi amiga, que no se vaya, por lo que más quiera...! —suelta entusiasmada, ganándose un cariñoso golpe en el brazo—. ¿Recuerdas el vestido dorado?

—Sí.

—Pues no hace falta que busques más.

La cara se me ilumina con sólo recordarlo. Fue el que me probé en Nochevieja.

—Y ¿qué hacemos con el resto?

—Eso déjame a mí. Aún quedan unos días para la fiesta. Me da tiempo a pedir cita en la peluquería. Las dos lo necesitamos —afirma, haciéndole ascos a un mechón de su pelo.

—¿Puedo confesarte algo?

—Claro.

—Estoy nerviosa —admito en un susurro.

—Es normal. Irán juntos a la fiesta y no será plato de buen gusto verlos.

—No podré ni acercarme a él —manifiesto apenada.

—¡De eso nada, monada! Ya nos encargaremos nosotros de que puedas. ¿Has hablado con Domingo?

—Sí. Ya está al tanto de todo y ha accedido a colaborar.

—¡Genial! Eso ayudará a que ella esté más relajada.

—No creo que a Juanjo le guste la idea de lo que voy a proponerle.

—Pero lo hará, estoy segura de ello. Ese hombre haría cualquier cosa por ti.

—Sólo quiero lo mejor para él.

—Lo sé. —Lola coge mi mano mostrándome su apoyo—. Todo lo que estás haciendo es para salvarle la vida. Y él te lo agradecerá en cuanto esté al tanto de todo, créeme. Debes seguir adelante con el plan; es la única forma de acabar con esa mujer y de que los dos podáis estar juntos.

—Quiero pensar que será así.

—¡Eh, arriba ese ánimo! ¿No se supone que las brujas sois fuertes?

—¿Ya crees que soy una bruja?

—Lo cierto es que sí. Aunque en lo que siempre he creído es en tu fuerza interior y en lo mucho que vales.

—Me vas a emocionar.

—Pues hazlo, que yo te acompaño.

—Te quiero mucho, loca Lola.

—Y yo a ti, bruja Paula.

* * *

Cuando salgo de la óptica, no me reconozco ni yo. Lola se empeñó en que debía usar lentillas. Al principio me ha costado horrores meterme esa cosa en los ojos, pero al final el sacrificio ha merecido la pena. Es la primera vez que me veo la cara con nitidez, sin gafas de por medio. Empiezo a cogerle el gusto a esto del cambio. No quiero decírselo a ella, demasiado enloqueció cuando salimos de la peluquería el otro día. Casi le da un síncope al verme con las mechas castañas y el peinado que me hicieron.

El último paso es la máscara. Los zapatos y el vestido que me pondré serán los de Lola. Ella se ha comprado un par de vestidos en cuanto ha vuelto al trabajo. No hubo bronca del jefe como ella presagiaba, aunque su regreso a la vida rutinaria se le está haciendo un poco cuesta arriba. Su turno ha acabado

hace unos minutos, y juntas miramos en la sección de complementos de fiesta. ¡Es increíble la cantidad de accesorios que hay aquí! Necesitaría varias vidas para poder usar tantos chismes. ¿De verdad las mujeres necesitan todo esto para gustarle a un hombre? Conozco la respuesta, así que no hago comentario alguno al respecto.

—¿Qué tal ésta? —le pregunto a Lola, mostrándole una bonita y simple máscara negra de encaje.

—Ésa no, demasiado simple.

—Por eso me gusta.

—Quítate la idea de la cabeza porque no pienso permitirte que vayas como todo el mundo.

—Y yo no pienso ponerme algo como esto —digo, probándome una máscara que me cubre toda la cara.

—¡Un fantasma sin ópera! —suelta al verme.

Río con su salida. Lola siempre tiene alguna frase que te anima.

—¡Las encontré! —anuncia con una sonrisa de oreja a oreja—. Ten, pruébatela.

Cuando me miro al espejo, compruebo lo mucho que ella entiende de moda. Ha elegido un modelo precioso de metal tallado en colores negro y dorado con piedras engarzadas. Me gusta no sólo el estilo y el glamur que tiene, sino que además es de las que dejan la nariz al aire libre para poder respirar.

—Has acertado de lleno —admito al mirar también su máscara y ver lo bien que le queda. La suya es muy similar, en tonos negros y plateados, como los dos vestidos que se ha comprado.

Con las bolsas llenas y con la cartera algo más vacía que cuando hemos llegado, nos marchamos a casa para seguir ultimando detalles. Lola está mucho más entusiasmada que yo, pues no puedo quitarme de la cabeza que Susana estará allí y no me pondrá nada fácil acercarme a Juanjo. Lo echo mucho de menos, y cuento los días y las horas para llevar a cabo mi plan y que todo esto acabe. Mi vida sin él no tiene ningún sentido, y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para complacer al destino, aunque eso me suponga tener que empujarlo, de momento, a los brazos de esa mujer.

Capítulo 32

Juanjo

Ayer me llamó Lita. Lo que me pidió que hiciera me ha mantenido despierto casi toda la noche, y ahora tengo un puto dolor de cabeza que no consigo quitarme. Llevo un par de aspirinas, y creo que, aunque me tomase toda la caja, no lograría aliviármelo. Bajo al gimnasio que instalé en el sótano y aprovecho la rabia que siento para machacar el saco de boxeo. Con cada golpe pienso en cómo decírselo a Susana. Doy un derechazo tan fuerte que hasta me hago daño en el hombro. La adrenalina me permite continuar. No creo que me haya roto nada. Lo que Lita me ha pedido aún duele más.

—Debe creer que quieres seguir adelante con la boda —me pidió sin siquiera titubear. Estaba completamente convencida de que esa estúpida idea era lo mejor para los dos. La conversación la tengo tan reciente que la recuerdo con todo lujo de detalles.

No lograba entenderla, y me negué en rotundo. Recuerdo que hasta tuve que detener el coche de camino a casa.

—Confía en mí. Necesitamos que crea que entre tú y yo ya no hay nada.

—Pero ¿por qué, Lita? —pregunté fuera de mis casillas—. Ella ya está casi recuperada y volverá pronto a casa. ¿Qué necesidad hay de seguir con esta representación?

—Más de la que puedas imaginar.

—Dímelo, Lita. Dime por qué.

—Aún no puedo, Juanjo.

Es terca como una mula, y por más que lo intenté no logré que me dijese qué estaba tramando. «Confía en mí», no dejó de repetir en el tiempo que duró la maldita llamada. No hubo manera de convencerla, pese a que insistí en que pronto volvería a ser un hombre libre. No había nada que nos impidiera estar juntos, y no me entraba en la cabeza por qué debía volver con ella después de lo que había hecho. La mujer a la que amo me estaba arrojando a los brazos de otra.

—¿Te has parado a pensar por un momento que lo que me estás pidiendo me pone en una situación comprometida? —pregunté desesperado.

—Sí. Pero debes ser fuerte y confiar en mí.

—Dime sólo una cosa —le pedí por último—. Todo esto que estás tramando, sea lo que sea, ¿es para que tú y yo acabemos juntos o separados?

—Siempre juntos, amor mío.

Esas cuatro palabras lograron calmarme. La dulzura en su voz apaciguó mi malestar, y fue entonces cuando supe que debía hacer lo que me pedía por mucho que me costase. Si el premio era mi Lita, merecería la pena la carrera.

* * *

Cuando pille a Domingo se va a enterar. Por ser un calzonazos tengo que llevar esta estúpida máscara durante toda la puta noche. Llevamos años organizando esta fiesta y nunca había hecho falta disfrazarse. Irónicamente, me echo a reír cuando caigo en la cuenta de que no deja de ser un elemento más en la farsa que tengo montada. Me ha costado horrores tener que pedirle a Susana que me acompañase, aunque nada comparado con lo que he tenido que vivir esta mañana al decirle que sentía todo lo ocurrido y que deseaba seguir adelante con lo nuestro. Lo de localizar a la mejor empresa organizadora de bodas de todo Madrid ha ayudado bastante. Desconozco el plan que tiene Lita, pero he de reconocer que está consiguiendo su objetivo. Susana está más dulce y cariñosa de lo que lo estaba siendo en los últimos meses. Viendo su comportamiento, cualquiera pondría la mano en el fuego por lo que ella aseguró que ocurrió aquel día en el baño. Me enfurezco sólo de pensarlo.

—Este lugar es precioso —comenta asombrada Susana nada más entrar en el Círculo Palace.

Y no le quito razón. El salón es realmente precioso. Tiene forma redonda, como su propio nombre indica. Entiendo por qué a Domingo le hacía ilusión celebrar la fiesta aquí. La iluminación en tonos azules le da un ambiente acogedor. En la parte superior hay una balconada con vistas a toda la sala. Imagino que desde allí se debe de apreciar mucho más el suelo que hay bajo nuestros pies, con forma de espiral. Sobre nuestras cabezas, y presidiendo el salón, hay una gran lámpara blanca que emula los pétalos de una flor. El marco lo forman unas cuantas columnas con la base plateada y unas cortinas en los alrededores de la sala que conceden intimidad a la estancia.

La gente charla de forma animada alrededor de las diferentes mesas altas que hay repartidas bordeando el salón. Aunque yo me fijo en la barra que hay a la derecha, a la que me dirijo con Susana cogida de mi brazo.

—¿No te parece el sitio ideal para celebrar la boda?

Necesito un trago. Su pregunta acaba de secarme la garganta.

—Lo que tú veas me parece bien. —Odio tener que representar este papel.

Me es difícil reconocer a la mitad de las personas con las que nos vamos cruzando. El salón está repleto de máscaras, aunque sé que tras ellas no está la única que quiero ver.

—Está claro que el dinero no va de la mano con el estilo. Casi todas las mujeres de tus clientes carecen de buen gusto —murmura Susana, mirando a nuestro alrededor.

En cualquier otro momento su comentario me habría arrancado una sonrisa, y más cuando está en lo cierto; no hay ninguna mujer a la que le sienta tan bien el vestido como le sienta a ella el suyo. Hoy se ha decantado por uno de color negro para que, según ella, vayamos a juego. Pero ahora no me hace gracia, y lo único que me apetece es ponerle un bozal.

—Tienes razón, querida —admito, no sin esfuerzo. Espero de verdad que Lita esté segura de lo que hace, porque tengo la continua sensación de estar comportándome como un imbécil.

Por fin llegamos a la barra y me hago con ese cubata que tanto necesito.

—Deberías sentirte orgulloso —comenta sin dejar de hacerme carantoñas

—. Eres el más afortunado de todos cuantos hay aquí.

Es curioso, yo me siento el más gilipollas.

—Claro que lo soy —miento.

Miro el reloj. Han pasado diez minutos desde que hemos llegado y aún no hay ni rastro de ella. Empiezo a preguntarme si no va a venir. Al otro lado de la sala, y en una buena posición para divisarlo todo, veo a Domingo. En cuanto le propongo a Susana que nos acerquemos, ella acepta encantada.

—¡Aquí está la pareja del año! —suelta Domingo al vernos. Su querida esposa lo acompaña cogida del brazo.

«¿A qué coño ha venido eso?»

—Una fiesta preciosa —afirmo, estrechándole la mano.

Mi socio y amigo, tras agradecerme el cumplido, se deshace en elogios hacia ellas.

—Somos afortunados, amigo mío, tenemos unas mujeres que bien valen su peso en oro.

—Eso mismo le decía yo hace un rato, ¿a que sí, cariño? —comenta Susana orgullosa.

—Al menos, este año me has hecho caso en cuanto a la música —declaro al oír a Sinatra de fondo, con la firme intención de desviar el tema y, de paso, mirar a mi socio a los ojos para advertirle que deje de tocarme los cojones.

—Has tenido suerte de que a mi mujer también le guste este tipo de música.

—Al menos uno de los dos tiene buen gusto. Nunca has sido un melómano, y lo sabes.

—No se puede ser perfecto en todo, amigo mío.

Los dos sonreímos.

—Por cierto, con el jaleo de la fiesta se me ha pasado llamarte. El lunes irás a Alicante para ver a un cliente.

Su frase llama la atención de todos.

—¡Venga, no me jodas! ¿Qué se me ha perdido a mí allí?

—Me he comprometido con él y le he dado mi palabra de que enviaría a mi mejor hombre.

—No pienses ni por un segundo que tu cumplido va a conseguir que no me

moleste.

—Debería, si tenemos en cuenta que es cierto.

—Eso no es nuevo; que me mandes allí, sí.

—Sólo serán un par de días. Con que hagas una noche será más que suficiente. El martes estarás aquí de vuelta.

—Pero el martes es San Valentín —interviene Susana—. Tengo programada una cena y...

—Está previsto que el avión llegue a Madrid a las siete de la tarde —le responde—, así que no habrá problema en que acuda a la cita. Se trata de alguien muy importante —me asegura—, y su cuenta será más que beneficiosa para el bufete. Créeme, es imprescindible que vayas.

—Siento tener que decírtelo —digo mirando a su mujer—, pero tu esposo es un capullo.

—Cariño, no hables así de Domingo. —Ahora es mi prometida la que media por él—. Ha dicho que llegarás a tiempo. Además, te vendrá bien despejarte antes de la boda, y a mí ultimar los detalles con la organizadora.

—¿Ves cómo no es tan grave? —apostilla mi socio, agarrándome del hombro—. Hazles caso a las mujeres, que son sabias.

Los tres sonrían.

—Te enviaré un e-mail esta misma noche con los billetes y con todo lo que necesitas saber. ¡Ahora, divirtámonos, que esto es una fiesta!

Cuantas más vueltas le doy, menos entiendo lo que está ocurriendo. Tengo la horrible sensación de que todo se está volviendo en mi contra. Nunca he tenido que salir de la capital para ir a ver a ningún cliente, y mucho menos había visto a Domingo tan condescendiente con Susana. Esto me huele a chamusquina y empiezo a pensar que hay algo o alguien detrás.

De pronto, todos mis sentidos se centran en una imagen que procede de la entrada. Noto cómo el corazón se me acelera dentro del pecho. Es un resplandor lo bastante potente como para llamar la atención de medio salón. Y no precisamente por el brillo de su vestido dorado, que es más que evidente, sino por lo hermosa que está. Es pura magia. Siempre he sabido que era preciosa, aunque lo que tengo ante mí supera cualquier expectativa que haya podido crearme. Ese espectacular vestido color oro muestra y confirma lo que

mis manos sabían desde hace tiempo: Lita tiene una figura excepcional. Me pregunto por qué ha tardado tanto.

—¿Quiénes son? —pregunta la mujer de mi amigo. Por las caras y los gestos del resto de la sala, sé que no es la única que quiere saberlo. Yo, en cambio, la reconocería entre un millón.

No puedo responderle. Estoy demasiado ocupado intentando retener mis pies anclados al suelo para no salir disparado hacia ella. La sacaría a rastras de aquí si hiciese falta. El deseo de hacerlo aumenta cuando veo el modo en que la miran.

—No tengo ni idea —responde Domingo.

Lita y Lola intentan abrirse camino entre la gente, sabiéndose observadas y el centro de atención de cuantos estamos aquí.

—Pues tú has enviado las invitaciones —declara su esposa con tono molesto.

—Deben de ser personas importantes para lucir unos vestidos como éstos —afirma Susana.

—Son realmente preciosos —la secunda la otra.

Las dos continúan su charla mientras yo siento la humedad en mis ojos. Me he emocionado como un chiquillo sólo con verla. Daría todo lo que tengo por poder borrar del mapa a toda esta maldita gente y quedarme a solas con ella.

De pronto las veo acercarse a nosotros, y mi tortura aumenta cuando Susana se aferra con más fuerza a mi brazo.

—Buenas noches —saluda al llegar—. Una fiesta preciosa, Domingo. Mis felicitaciones.

De cerca está aún más impresionante. Ya no me queda más bebida en la copa y me veo obligado a limitarme a tragar saliva. Lita mantiene el tipo con maestría sin mostrar un ápice de nerviosismo. Yo, en cambio, he de esforzarme para que no se note que tiemblo. Intento atrapar su mirada, pero ella me esquivo, lo que me enciende aún más.

—Gracias —responde mi socio sin reconocerla.

—Ella es Lola, mi mejor amiga.

Todos la saludamos, aunque yo sigo intentando que la mujer de mi vida me mire.

—Perdone, señorita, ¿le importaría bailar conmigo? —Reconocería esa voz en cualquier parte. Es el idiota de Eulogio, que ha venido a llevársela.

Miro tras de mí y me doy cuenta de que ya hay gente bailando en mitad de la sala. Con unas terribles ganas de partirle la cara y prohibirle siquiera acercarse a ella, veo cómo Lita accede y ambos se marchan.

Otro hombre, al que no logro conocer por la máscara, llega segundos después y hace lo mismo con Lola. Los cuatro observamos la escena en silencio.

—¿Quién es esa mujer, Domingo? —pregunta de nuevo la esposa de mi socio.

—No lo sé, cariño.

—Está claro que te conoce, así que no niegues la evidencia.

—Es Paula —anuncia Susana con su inconfundible tono de ira.

—¿Paula? ¿Nuestra Paula?

Mi amigo no sale de su asombro, el mismo que muestra Eulogio mientras baila con ella. Por la cara que pone, debe de haberle dicho quién es.

—Tampoco hay que darle mayor importancia —replico, dándome la vuelta para no verlos.

Susana, sorprendida por mi reacción, me coge por la nuca y me susurra:

—Me alegra ver que por fin has abierto los ojos.

Acto seguido, me acerca hacia ella y me besa delante de todos. Sus labios son como troncos ardiendo en mi boca. Echaría a correr y saldría de aquí sin mirar atrás. Correría hasta quedar exhausto, tal y como me siento ahora por no poder estar con ella y tener que seguir representando este condenado papel.

Los minutos siguientes no son mucho más sencillos de sobrellevar. Lita y Lola se han convertido en el objetivo de todos los malditos hombres de la sala. Sin poder hacer nada, tengo que soportar ser testigo de cómo, uno a uno, piden bailar con ellas. Incluso Domingo se atreve a hacerlo tras recibir la aprobación de su mujer. El camarero que pasea ofreciendo entremeses por las mesas se convierte en mi mayor aliado cuando le pido una copa tras otra. Pero ni siquiera el alcohol puede quitarme la condenada sensación de sentirme atrapado dentro de una jaula de oro. No soporto verla en brazos de un hombre después de otro mientras yo me dedico simplemente a mantenerme en pie. Son

hienas al acecho de una misma presa..., ¡mi presa! Noto el corazón latiéndome cada vez con más fuerza y temo no poder seguir soportándolo.

—Baila con ella —suelta de pronto Susana.

—¿Qué? —pregunto tan extrañado que creo que hasta me ha salido un gallo.

—Hazlo y demuéstrame que entre tú y ella ya no hay nada.

—¿Acaso no te fías de mi palabra?

—Las mujeres necesitamos hechos, más que palabras.

La cabeza me da vueltas. Tal vez debería haber aceptado alguna de las tapas que me ha ido ofreciendo el camarero para paliar tanta ingesta de alcohol. Noto brasas quemándome por dentro. Me sudan las manos y me cuesta incluso respirar.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —pregunto aún sin entender qué pretende con todo esto.

—Sí. Es lo último que te pediré, y lo que de verdad me confirmará que es cierto que lo vuestro se ha terminado.

—Como quieras —sentencio antes de darle un ligero beso en los labios.

Si antes pensaba que estaba perdiendo el juicio, ahora sé que ya no me queda ni un ápice. El mundo se ha vuelto loco. Y yo con él. Camino con paso firme hacia el centro de la pista, donde los hombres la asedian sin descanso. Me estiro la chaqueta del esmoquin avanzando un paso tras otro sin apartar la vista de ella. La admiro como sólo un fiel puede adorar a su dios. Porque eso es justo lo que soy, un devoto ante su diosa suprema.

—¿Me permite?

Mi tono es cortante. Estoy harto de disimular ser quien no soy. Demasiada función para una sola noche.

—Sí, claro —responde el hombre bajo con el que bailaba. No sé quién es..., ni me importa.

Lita se queda paralizada al verme, y yo me apresuro a cogerla para reanudar el baile.

—No te quedes parada —le exijo, marcando los pasos.

—No he podido hacerlo en toda la noche —se queja.

Todo el mundo a nuestro alrededor baila de la forma habitual, mientras que

yo me esfuerzo por mantenerla lo más alejada de mí estirando los brazos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sin mirarme—. Tienes que seguir el plan para...

—El plan ha cambiado —la corto sin poder apartar la vista de ella.

—Teníamos un acuerdo. No podemos fastidiarlo ahora.

—Me ha enviado ella.

Lita ahoga un grito y yo tengo que esforzarme por obligarla a seguir mis pasos.

—Es más lista de lo que pensé —remata.

—¿Quieres decir que lo entiendes?

—Te está poniendo a prueba.

—¿Cómo? ¿Mandándome a estar contigo? Entre las dos me estáis volviendo loco.

—Eres hombre; no voy a pedirte que lo entiendas —se mofa. No sé de dónde saca fuerzas para el humor. Eso es justo lo que menos conservo ahora—. Quiere leer tus gestos estando conmigo.

Su aclaración lo explica todo, y me recuerda que debo asegurarme de seguir guardando las distancias. Me están evaluando y he de pasar el examen.

—Supongo que muchos te lo habrán dicho ya, pero quiero que lo oigas de mí —susurro, bailando al ritmo de la música. Aún no he conseguido que me mire ni una sola vez.

—¿El qué?

—Esta noche estás increíblemente hermosa.

Por fin logro mi objetivo. Los tonos de su máscara acentúan el color de sus increíbles ojos verdes grisáceos. Me perdería en ellos sin pensarlo. Por primera vez desde que ha entrado por esa puerta, nuestras miradas se encuentran, y mi cuerpo logra relajarse con ello. El suyo también lo hace.

—Gracias. Aunque ninguno lo ha dicho como tú.

—Eso espero.

Lita sonríe.

La última canción da paso a una que hacía años que no escuchaba: *I Believe I Can Fly*, de R. Kelly. Su letra, que narra la historia de alguien que se ha superado a sí mismo y que ahora se ve capaz de volar hacia lo más alto, me

recuerda a nosotros.

—¿Conoces la letra de esta canción? —le pregunto, observado por medio salón... y por Susana.

—Sí —me asegura—. Es justo como estaremos nosotros.

—No voy a malgastar el tiempo en tratar de averiguar de nuevo qué te traes entre manos.

—Te lo agradezco. Aunque sé que no está siendo fácil.

—¿Fácil? Es lo más duro que he tenido que hacer en toda mi jodida vida.

—Pronto acabará todo, te lo prometo.

—No sé cuánto más podré soportarlo —confieso falto de aliento.

—Debes hacerlo.

—Dices que me quieres, pero me mandas a vivir una maldita tortura —mascullo.

—¿Dudas de que te quiero?

—Nunca. Es sólo que...

—Imagina que me tocas —propone de pronto.

—¿Qué?

—Sé que nos vigilan —murmura—. Pero que no podamos tocarnos no significa que no podamos hacer volar nuestra imaginación. Juanjo, hagamos como dice la canción y volemós juntos.

Su proposición me desconcierta. No sé muy bien qué pretende con esto. Aunque la seguridad que veo en el brillo de sus ojos logra convencerme.

—Te rozaría las mejillas —digo con cierto tono desganado.

—Puedes hacerlo mejor. Inténtalo de nuevo.

Lita parece estar tan entusiasmada que acabo poniendo algo más de mi parte.

—Te rozo las mejillas —susurro de forma suave, dejándome llevar.

—Lo noto.

Su dulce respuesta logra enmudecerme. Por extraño que pueda parecer, esto empieza a tener sentido.

—Te cojo la cara —me atrevo a añadir.

—Lo siento. Siento tus manos cogiéndome el rostro.

Me emociono sólo con mirarla. No creí que se pudiera admirar y querer

tanto a alguien como lo estoy haciendo ahora.

—Me deshago al hacerlo —admito.

—Puedo sentirlo.

Cierro los ojos por el enorme esfuerzo que me supone no abalanzarme sobre ella. Respiro hondo y vuelvo a estirar los brazos para asegurarme de que mantengo la distancia adecuada. Noto la forma en que su larga melena me roza la mano que tengo a su espalda. El contacto logra erizarme.

—Sigue, amor mío —me pide con voz oscilante.

Me estremezco al oírla. Y lo hago aún más al centrar la vista en su apetecible boca, maquillada de un rojo intenso.

—Acaricio tus labios.

—Lo noto.

—Son sedosos y suaves.

—Sí.

—Te beso. Joder, te beso como nunca lo he hecho —confieso con un esfuerzo indecible.

Lita sonrío al tiempo que una lágrima le cae bajo la máscara.

—No, no llores, por favor —le ruego con el alma rota, acercándome a ella.

—Tranquilo, estoy bien —afirma, apartándose para que no nos descubran —. Es sólo que tu beso... ha sido maravilloso.

Tenso la mandíbula hasta notar el dolor. Jamás creí que se pudiese amar a alguien de este modo. El corazón se me rompe en pedazos al no poder hacer lo que mi voz dice por mí.

—Te estrecho entre mis brazos —continúo para que deje de llorar.

Nuestros susurros son lo suficientemente delicados como para que nadie pueda oírnos y nuestra intimidad se mantenga a salvo.

—Siento tu calor —asevera.

—Quiero hacerlo de verdad.

—Lo estás haciendo, cariño. Recuérdalo: no estamos aquí; estamos volando.

Su serenidad es ahora la que logra calmarme a mí.

—Tomo tus labios de nuevo hasta fundirme en ellos.

—Siento tu amor en ese beso.

Vuelvo a estirarme para no caer en la incitadora tentación de acercarme a ella. Esto está siendo para mí la peor tortura.

—No puedo dejar de besarte —admito, sintiendo todo cuanto pronuncio.

—No lo hagas —me pide.

—Estás hecha para mí. Siempre lo he sabido.

—Lo sé, amor mío.

La canción sigue sonando. Por fortuna, mis pies marcan el paso con autonomía, porque yo no puedo hacer otra cosa que pensar en ella.

—Imagina que acaricio tu lengua —musito incapaz de parar.

—La noto.

—Es tan cálida como tú.

—Y tan firme como lo eres tú.

—Rozo tu cuello y te atraigo más hacia mí.

—Siempre hacia ti.

Lita cierra los ojos y deja caer una nueva lágrima. Yo hago lo mismo lleno de rabia.

—Te beso y seco esa humedad con mis labios —me apresuro a decir para calmarla.

—Tu cuidado me sobrecoge.

—Te abrazo con fuerza.

—Lo siento. Siento tu protección.

—Lo hago tan fuerte que temo hacerte daño.

—Nunca lo permitirías.

—No, Lita. Nunca.

—Lo sé.

Miro hacia arriba para no dejar caer la humedad que me nubla la vista. Pese a haber estado con ella en numerosas ocasiones y haber entrado en su interior, jamás la he sentido tan cerca como ahora. Aún seguimos siendo observados, pero, como ella misma dice, nadie puede librarnos de nuestra libertad de volar como lo estamos haciendo. Tal vez ésta sea la mayor incongruencia que jamás haya vivido. Puede que sí, pero al mismo tiempo me siento más libre que nunca. Libre de amarla. De demostrarle sin tocarla que

nuestras almas están unidas, que siempre lo han estado, y que nuestro destino lleva escrito demasiado tiempo.

—Imagina lo que siento al tenerte tan cerca —murmuro.

—Lo hago. Puedo oír tus latidos.

—No te haces una idea de lo que estás consiguiendo que sienta en este momento, Lita.

—Dímelo.

—Tenías razón. Estamos volando. Y, por primera vez en semanas, me siento libre. Libre de poder estar contigo y demostrarte cuánto te quiero sin ni siquiera tocarte.

—Puede que nuestros cuerpos estén separados, pero no así nuestras almas.

—Te amo con locura, Lita —susurro incapaz de contener la emoción.

—Y yo a ti, amor mío.

La canción está acabando y sé que se acerca el final de este momento mágico entre nosotros. De entre todos los bailes posibles, éste es, sin duda, el más importante para ambos.

—Tengo que irme un par de días de la ciudad. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Creo que no estás pensando con la cabeza. Podrían vernos juntos.

—Pensar con claridad no es precisamente lo que más me preocupa en este momento.

—Que lo echemos todo a perder después de todo lo que hemos pasado sí lo es.

En el fondo sé que tiene razón, por lo que no insisto.

—Asegúrame que te veré a mi vuelta —le imploro.

—Mi palabra es tuya de nuevo.

—Quiero mucho más que eso de ti.

—Lo tendrás. Un placer bailar contigo, Jota Jota.

Lita me estrecha la mano y, en un rápido movimiento, desaparece entre la gente.

De regreso al lugar donde Susana me aguarda vigilante, pienso en lo diferente que ha sido este baile para según qué ojos. Para mi expareja ha sido la prueba que tanto esperaba; la forma en que me mira me lo confirma. Para

mis compañeros y el resto de los asistentes ha sido un simple baile más. Pero para Lita y para mí ha sido la forma más bonita de demostrar nuestro amor. Gracias al encuentro que acabamos de vivir, mi confianza en mí mismo vuelve a afianzarse. Es hora de continuar con la función, de seguir representando el papel que me corresponde y de esperar que caiga el telón para que ella y yo, tal y como dice la canción, podamos echar a volar..., juntos y para siempre.

Capítulo 33

La fría arena acaricia mis pies, cubriéndolos a cada paso que doy. Deseaba hacer esto desde que salí de Madrid. Hacía años que no paseaba por la playa, y mucho menos en esta época del año. El pueblo está muy tranquilo, algo que agradezco y que necesitaba. Con las botas en la mano, me acerco a la orilla para sentir el agua del mar. Aquí, mis pies ya no se hunden. Una ola me alcanza y logra hacerme tiritar. ¡Está helada, pero me encanta! Sonrío y reanudo mi paseo con la seguridad de que estoy en el lugar en el que quiero estar. Me permito dedicarme un tiempo a mí misma sintiéndome parte de la naturaleza, dejando que la brisa marina me golpee en la cara con su inconfundible olor a sal. El sol me acaricia de lado mientras echo la vista atrás en mis pensamientos. Desde que dejé a Leo y acepté este nuevo trabajo, nada ha vuelto a ser lo mismo. Ni siquiera yo soy la misma de antes. Llevo desde siempre defendiendo un modo de vida y, lo que es peor, menospreciando otro del que ahora me siento parte integrante. Las últimas semanas han sido claves para que se produjera el cambio. No sé si catalogarlo como un mérito, pero, de hacerlo, tampoco podría adjudicárselo a una sola persona. Ha sido fruto de un conglomerado de situaciones y vivencias que me han llevado hasta donde estoy ahora. He conocido una parte de mí que desconocía y que, por qué no admitirlo, ahora me fascina. Sonrío al acordarme de mi inseparable trenza, esa que durante tantos años me ha acompañado y que consideraba un sello de mi identidad. Por no hablar de las gafas, que guardo y

utilizo sólo en las horas de descanso de las lentillas que ahora uso. Mi armario también ha sufrido un buen cambio. Éste sí que tiene un nombre propio: Lola. Ella me ha ayudado a desprenderme de lo viejo y a apreciar lo nuevo. Aún recuerdo lo entusiasmada que se mostró al convertirse por unos días en mi *personal shopper*. Para ella no supuso ningún esfuerzo, al contrario; más bien fue lo más parecido a un regalo. Fue su recompensa a años de insistencia y negativas por mi parte.

Una pareja cogida de la mano con la que me cruzo paseando por la playa interrumpe mis pensamientos y trae otros nuevos a mi mente. Tomo aire con sabor a sal y me abrazo con fuerza al evocar a Juanjo. Aún puedo sentirlo bailando conmigo en la fiesta de anoche, guiando mis pasos y amándome con su intensa mirada verde. Fue pura magia. Estaba terriblemente guapo con aquel esmoquin y aquella máscara negra. Jamás olvidaré lo nerviosa que estaba. Lola me aseguró que no se me notaba, aunque por dentro recuerdo haber sentido que se fraguaba una batalla. Nada más entrar en aquella preciosa sala del hotel Palace lo divisé. Sabía que Susana lo acompañaría, y aun así el estómago me dio un vuelco al verlos juntos. No sé de dónde saqué las fuerzas para acercarme a ellos. Río sin darme cuenta al acordarme de la cara que puso Domingo. Lola tenía razón..., estaba irreconocible. El socio mayoritario del bufete no fue el único. Incluso Eulogio se quedó de piedra cuando supo que era yo mientras bailábamos en el centro de la pista. Tras él llegaron muchos más, la mayoría desconocidos para mí. Hasta que llegó Juanjo y pude vivir el mejor y más romántico momento de toda mi vida. Sé que pasamos la prueba por cómo se comportó Susana con él el resto de la noche. No hizo falta que volviéramos a hablar durante el tiempo que duró la fiesta; pude sentir su intensa mirada en más de una ocasión, y con eso me fue suficiente.

La fiesta de beneficios fue increíble. Me gustó charlar con gente como May, la limpiadora del gabinete. Estaba preciosa, y me costó reconocerla sin el uniforme y con la máscara puesta. *Deslumbrante* es la palabra que definía a Nelly, que vino muy bien acompañada por un hombre francamente atractivo. No dejó de hacerle carantoñas, como las que un cliente, al parecer importante, le estuvo haciendo a Lola durante toda la velada. Nunca olvidaré esa noche, y no sólo por lo maravillosa que fue, sino también por el dolor con el que llegué

a casa bien entrada la madrugada. Puede que haya modificado mi armario y que me haya adaptado con asombrosa rapidez a ciertos cambios en mi forma de vestir, pero hay cosas a las que todavía me cuesta adaptarme: los dichosos tacones. Por suerte, la crema anestésica que mi compañera de piso me prestó ayudó bastante.

—Os prometo que no os haré sufrir en un tiempo —les digo a mis pies mientras camino—. La tita Lola es mala, lo sé.

Río a carcajadas al oírme.

Cuando ya creo que he andado lo suficiente, doy media vuelta para volver sobre mis pasos. Lo hago sin dejar de sonreír. Ya sólo queda la última parte del plan, y me encuentro preparada para llevarla a cabo. Necesito estar positiva y creer en mí para que todo salga según lo programado. La paz que me rodea y que siento aquí es justo lo que precisaba para conseguirlo.

Durante el resto del trayecto hasta el hotel, decido llamar a mi familia. No quiero ni pensar en la reacción de Guille y Angustias cuando me vean. Sé que mi queridísima cuñada se caerá de culo el día que le presente a la nueva Paula. En casa, según me cuenta mi padre al otro lado del teléfono, la vida les ha cambiado bastante. Ahora gira en torno a la nieta. Están como locos con la llegada de la niña, aunque se pasan todo el día discutiendo con mi hermano y su mujer. Al parecer, ésta se dedica a estar todo el día fuera de casa luciendo a mi sobrina sin importarle el frío y las bajas temperaturas que hay en el pueblo. Temen que cojan una pulmonía, pero a ella no parece preocuparle.

En cuanto termino de hablar con mi padre, decido llamar a Manuela. No recuerdo la última vez que hablé con ella, y desconozco cómo va su relación con el caradura de Lázaro.

—¡Paula! ¡Cuánto tiempo sin hablar contigo! Debes de estar muy ocupada para no llamarme más a menudo.

Ahora que caigo, ella también podría haberlo hecho.

—¿Cómo estás?

—Bien. Liada con el trabajo y eso.

—¿Y la boda? —pregunto asombrada. Con lo entusiasmada que estaba, me extraña que ni siquiera la nombre.

—Hemos decidido no casarnos y gastarnos el dinero de la ceremonia en un

buen viaje.

—¡Eso es fantástico! ¿Adónde pensáis ir?

Durante unos minutos, Manuela me cuenta que quieren viajar a distintos continentes, quieren conocer diferentes culturas y estarán fuera unas semanas. La noticia me provoca una perenne sonrisa que no puedo ni quiero borrar de la cara. Es un alivio saber que sus propiedades seguirán a su nombre y que él ha aceptado ese tipo de vida.

—Tenías razón, Paula —me confiesa cuando estoy a punto de colgar—. Siempre has sido mucho más inteligente que yo, y has sabido ver cosas donde ni yo, ni casi nadie, podía verlas.

Me enorgullezco al oírla.

—Me alegra que seas feliz. Es lo que siempre he querido para ti.

—Y yo para ti, amiga mía.

La conversación me deja un buen sabor de boca. La amistad que había entre ella y yo ya no es la misma, pero me encanta saber que aún seguimos manteniéndola pese al paso de los años y a la distancia. Guardo el móvil y continúo mi paseo hasta que, al cabo de un rato, me suena en el bolsillo.

—¿Dónde está mi bruja favorita?

Es Lola, tan divertida y alocada como siempre. Lo primero que me viene a la cabeza es lo distintas que son mis dos mejores amigas y lo afortunada que soy yo de tenerlas a ambas.

—No es por darte envidia, pero... paseando por la orilla de la playa.

—¡Retiro lo de «mi favorita» y me quedo sólo con lo de «bruja»!

Las dos soltamos una carcajada.

—¿Qué tal el vuelo?

—Horrible —confieso.

—¿Y eso?

—Me lo he pasado con angustia todo el tiempo. No sé cómo a la gente le gusta volar. Prefiero mil veces el tren.

—Eso es porque no estás acostumbrada. ¿Tu primer vuelo fue igual?

—Éste ha sido mi primer vuelo.

—¿Qué? ¿Nunca habías volado?

Su pregunta me recuerda a cierto vuelo que hice acompañada anoche.

—En avión, no.

—¿Acaso lo has hecho en zepelín?

—No —río—. Éste ha sido mi primer vuelo.

—*Oh, my God!* Cómo se nota que eres de pueblo.

—No puedo negarlo —admito.

—¿Has dormido algo? —pregunta en tono maternal. Sabe que apenas dos horas después de acostarnos debía levantarme para llegar a tiempo al aeropuerto.

—Lo haré esta noche.

—Debes descansar y estar preparada para mañana.

—Lo estaré, ya lo verás.

—¡No, ése es problema, que no lo veré! —se queja alzando la voz—. ¡Estoy contigo en esto desde el principio y ahora que llega lo bueno vas y me dejas atrás! ¡Tú ni eres amiga ni eres nada!

Su tono es tan forzado que acabo partiéndome de risa.

—¡Yo no me río! —grita carcajeándose conmigo—. Menuda estás hecha para dejarme aquí en Madrid y tú ahí, dándoles de comer a las gaviotas.

—No me he traído pan, si eso te consuela —me mofo.

—Lástima que no se cague ninguna encima de ti para castigarte por ello.

Ambas reímos de nuevo.

—Ya veo cuánto me quieres.

—Mucho. Todo lo contrario que tú a mí, que me dejas tirada como a una colilla. Después del sacrificio que he tenido que hacer para llenar tu armario de estilo y glamur, vestirme de gala para ir a una fiesta de ensueño y ligarme al tío más bueno de todos. Eso sin contar el martirio que me supuso conseguirte la información que le faltaba al expediente.

Ya no puedo soportarlo más y me detengo para doblarme de la risa que me entra.

—Claro —continúa de forma atropellada—, y como una es bien agradecida, ahora me veo en la obligación de tirármelos a todos de nuevo para devolverles el favor. ¿Crees que eso es ser una buena amiga?

Lola se une a mí y las dos nos tronchamos durante un buen rato.

—¿Y el de la fiesta? —le pregunto como buenamente puedo.

—¿Ése? Otro más que añadir a la lista. Me he tirado más de un mes fuera del mercado y ahora, por tu culpa, se me amontona la faena. Una no puede llegar así como así y besar el santo. Necesito mi tiempo para organizarme, ¿lo sabías?

Adoro a Lola como a ninguna otra persona en el mundo. Es increíble lo feliz que me hace sentir y lo importante que es en mi vida. Con su sonrisa, sus salidas y su incombustible alegría, regreso al hotel, donde, tras comer algo en el restaurante, me dejo caer en la cama y me quedo dormida con una sola imagen en mente..., Juanjo.

* * *

El móvil vibra sobre la mesilla y me despierta muy temprano. Al menos he tenido la oportunidad de descansar y dormir lo suficiente para recuperar el sueño que llevaba atrasado.

—Dime, Eulogio.

—¡Paula, tienes que venir al despacho ahora mismo!

—Me temo que eso no va a ser posible. No estoy en Madrid.

—¿Dónde estás?

—En Alicante.

En cuanto oigo las palabras que salen de mi boca me arrepiento. Siempre he necesitado un buen café para reactivar el cerebro.

—Pues me temo que tenemos un problema. Deberías venir si quieres tener alguna oportunidad en el juicio.

—¿Qué ocurre?

—El abogado de Susana ha sumado al parte de lesiones el testimonio de varios testigos que te vieron acercarte a ella en la fiesta.

Frunzo los labios turbada por la maldad de esa mujer.

—Sólo me acerqué a saludar a Domingo y a su esposa —aclaro en tono sosegado para intentar calmarlo.

—Eso es lo que afirma él, pero su abogado me ha llamado esta mañana y asegura que van a testificar que fuiste tú la que se acercó.

—Eso es cierto.

—Domingo está dispuesto a testificar lo que ocurrió realmente. No obstante, he de ser sincero contigo: la cosa pinta muy fea. —Su voz suena muy nerviosa. Mi sosiego no parece haber causado ningún efecto en él—. Su versión de los hechos se confirma con el parte y con las personas que afirmarán haberte visto bailando con él.

—Todo eso son hechos irrelevantes.

—¡No cuando está en juego tu libertad! —masculla alzando la voz.

—Eulogio, cálmate.

—¿Cómo puedes pedirme que me calme cuando tú no haces nada por ganar este caso? Tu defensa pende de un hilo y lo único que se te ocurrió fue acercarte a donde estaba él.

—No sucedió de ese modo, y lo sabes.

—¡Yo puedo saber latín, pero el caso está perdido como no hagamos algo!

—Confío en ti.

—Te agradezco el cumplido, pero es muy egoísta por tu parte. ¡No vamos a ganar este caso! Y ¿sabes qué es lo que más me fastidia de todo?

—¿El qué?

—Tu actitud —me reprocha—. Me cuesta creer que, sabiendo cómo están las cosas, te muestres tan tranquila. ¡Ni siquiera vienes al despacho cuando te lo pido! Si no me vas a tomar en serio, me temo que tendrás que buscarte otro abogado, porque yo no estoy dispuesto a...

—Tengo la prueba que me exculpa. —Lo interrumpo para que deje de hacerse el mártir.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¿Qué prueba? ¿De qué cojones hablas?

—Te lo diré si dejas de gritarme.

Eulogio se toma unos segundos para coger aire y escuchar lo que tengo que decirle. Puedo oír su respiración a través del teléfono.

—Está bien. Adelante.

—Siempre llevo el móvil en el bolsillo. Ese día también lo llevaba. Hace años me bajé una aplicación para grabar conversaciones sin necesidad de desbloquear la pantalla. Se activa con un par de sencillos pasos. Supuse que alguna vez me haría falta, y la usé por primera vez en aquel baño. La puse en marcha en cuanto Susana y yo cruzamos un par de frases. En ella se demuestra

que mi versión cuenta la única verdad.

—Y ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Era la carta que me guardaba bajo la manga.

—Y ¿cuándo pensabas sacarla?

—El mismo día de la vista. Quería que ella se confiara para poder demandarla por falso testimonio.

—¡Eres la hostia! —grita entusiasmado—. ¿Lo sabe alguien más?

—Sólo un par de personas. Y ahora tú.

—Eso lo explica y lo cambia todo.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Secreto cliente-abogado, ¿recuerdas?

Ambos sonreímos.

—Por cierto —añade—, ¿qué haces en Alicante?

—Me temo que no puedo decírtelo.

—Eres una mujer rodeada de misterios.

—Me pasaré por el despacho dentro de un par de días a llevarte la grabación.

—Perfecto. Nos vemos entonces. ¡Ah!, una cosa más.

—Tú dirás.

—Anoche estabas espectacular. La antigua Paula me caía bien..., pero ésta es cojonuda.

—Gracias, Eulogio. —Me despido de él para meterme en la ducha y terminar lo que he venido a hacer aquí.

Capítulo 34

Juanjo

El e-mail de Domingo apenas contenía información. Tan sólo aparecía la dirección de un hotel, en el que hay una reserva hecha a mi nombre, y los billetes de ida y vuelta a Alicante. Lo he llamado esta mañana temprano, justo antes de subir al avión para preguntarle más datos acerca de lo que debo hacer, pero ha sido muy parco en palabras, lo mismo que su correo. Me ha asegurado que todo lo que necesito saber lo tendré nada más aterrizar allí.

Me resulta extraño tanta precipitación y misterio, y por más vueltas que le doy durante el vuelo, no logro dar con una respuesta convincente.

Una vez en el aeropuerto veo un cartel en el que dice SR. GARZA. Está tan alto que no logro ver quién lo sujeta, aunque por los *leggings* que lleva sé que se trata de una mujer. Camino hacia ella con mi bolsa de viaje en la mano y sonrío al recordar lo que decía mi padre: «Los borrachos, los niños y los *leggings* siempre dicen la verdad». ¡Qué razón tiene! Menudo cuerpo el de esa mujer. El cliente al que voy a visitar tiene mucha suerte de contar con alguien así, aunque me pregunto cómo cojones podrá concentrarse.

—Buenos días, soy el señor Garza.

Ella baja el cartel y me regala su increíble sonrisa.

—¿Lita? —No me puedo creer que esté aquí.

—Para usted, señorita Cardo —responde picarona, volviéndose y echando a andar hacia la salida.

Aguardo un instante para mirarle el culo. ¡Joder, qué buena está! De un par de zancadas, la alcanzo y la obligo a detenerse.

—¿Cree que puede tratarme así, señorita Cardo? —pregunto, estrechándola entre mis brazos y abalanzándome para besarla.

¡Dios, qué bien sabe! La abrazo con la misma intensidad con que apreso sus labios y le introduzco la lengua. Necesito sentirla y saber que esto es real y no un mero sueño.

—Estamos en un lugar público, señor Garza.

—¡Me importa una mierda que nos vean! —bramo, ansioso por volver a atrapar sus dulces y tiernos labios.

El beso se alarga más de lo debido, pero no puedo parar. La he echado tanto de menos que ahora me es imposible soltarla.

—Será mejor que me acompañe, señor Garza. Nos están esperando.

Lita ha logrado escabullirse, aunque pronto le hago saber que no será por mucho tiempo. Un taxi nos aguarda en la puerta, y ella le da la dirección del hotel que Domingo me indicó en su e-mail.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto en un susurro para que el taxista no pueda oírnos. No consigo dejar de mirarla. Debo de ser el tío más embobado de todo Alicante.

—Necesito que sepas algo.

—Existe una cosa llamada *teléfono* —me mofa, dándole pequeños besos en el cuello. Vale, lo admito, no puedo estar quieto.

—Señor Garza —dice, arrastrándose sobre el asiento para alejarse—, es mejor que mantenga las distancias hasta llegar a nuestro destino.

—Yo no necesito ir a ninguna parte —aseguro al tiempo que la acerco de nuevo hacia mí—. Ya tengo lo que quiero. —No es cierto; de poder, la follaría aquí mismo.

—Me temo que está en un error —responde risueña. Cuánto adoro a esta mujer.

—Ya habrá tiempo para que me aclare qué hago aquí, señorita Cardo. Pero ahora déjeme demostrarle lo agradecido que estoy por que haya venido a recogerme al aeropuerto.

—Si ésta es su forma de agradecer los detalles, puede que empiece a

preocuparme.

—Le aseguro, señorita, que lo último que deseo es preocuparla.

—Y ¿qué es lo que desea, señor Garza?

—Se acabó el juego —remato, para atraerla hacia mí y besarla con todo el anhelo que me provoca.

El trayecto se me hace demasiado corto. Cuando el taxista nos indica que ya estamos en el hotel, le pago la carrera y me apresuro a llegar cuanto antes a la habitación. No veo la hora de quitarle esos *leggings* para comprobar qué hay debajo. De hecho, ahora que recuerdo, nunca la he visto desnuda. Me empalmo sólo de pensarlo.

—¿Al salón? —pregunto al ver que nos dirigimos hacia allí tras coger la llave en recepción.

—Sí. Debo decirte algo.

—Ese algo puede esperar. Nosotros no —sentencio, arrastrándola hasta el ascensor.

Una vez que pulso el botón de la planta y las puertas se cierran, vuelvo a besarla. No estoy dispuesto a perder ni un solo segundo.

—Pero es... importante —se queja mientras la acorralo.

Ignoro sus palabras. No veo que haya nada más importante que ella ahora mismo. El timbre nos avisa de que hemos llegado a la planta y decido darle algo de espacio. Le cedo el paso y me coloco a su lado agarrándola por la cintura.

—Ésta no es mi habitación —comento al ver que entramos en la que hay justo al lado de la mía.

—No se le escapa una, ¿eh, señor Garza?

Su burla me incita aún más y me lanzo hacia ella para que calle. No ha dejado de provocarme desde que he bajado del maldito avión, y ha llegado la hora de que conozca cuál es el precio que debe pagar. Cierro dando un portazo y la subo a horcajadas para llevarla hasta la cama. Ella ríe en mi boca. Su risa me hace cosquillas, y yo me derrito. Debo de haber soltado la bolsa de viaje en algún momento, porque mis dos manos se recrean en su culo, que estrujo con ansia.

—Desnúdate —le exijo, lanzándola sobre la cama. Estoy demasiado

excitado como para pensar en comportarme como un caballero.

—Es usted un descarado, señor Garza —manifiesta de forma provocativa mientras se desprende de su nueva chaqueta.

—Deja de llamarme así o no respondo —mascullo, y me quito a toda prisa la ropa. No veo la hora de hacerla mía.

—Ni siquiera nos han presentado y ya está usted dándome órdenes. ¡Menuda forma de tratar a una desconocida!

Su juego me está llevando al límite. Ese tono y esa cara de pura provocación van a acabar conmigo.

—Me llamo Jota Jota —afirmo a la vez que me despojo de la última prenda.

Estoy a los pies de la cama, completamente desnudo y con la polla apuntándola. Lita se desviste sin dejar de mirarme, convirtiendo cada gesto en morbosa tentación. Trago saliva al descubrir el increíble cuerpo que tiene. Enmudezco al verla. Mis manos habían sido las únicas en testificar qué había bajo tanta ropa. Ahora es el turno de comprobarlo con mis propios ojos, por lo que me tomo mi tiempo para contemplarla.

—Me llamo Juanjo —balbuceo sin poder apartar la vista de ella. Ya no puedo resistirme más y me acerco a ella gateando sobre la cama—. Aunque todos me conocen como Jota Jota —aclaro.

—Un nombre muy folclórico, ¿no le parece?

Lita ríe a carcajadas y su sonido no hace más que incrementar mi deseo. Soy incapaz de hacer daño a una mujer, pero me cuesta quitarme de la cabeza la idea de darle un buen azote por su osadía.

—Y ¿cuál es el suyo, señorita Cardo?

La tengo tumbada bajo mi cuerpo. He podido ver cómo me miraba la entrepierna y eso me excita todavía más.

—Me llamo Paula, pero cierto cavernícola que conozco desde hace años me llama Lita.

—Y a ese cavernícola... ¿no ha pensado en enseñarle modales? Tal vez así se acomode más a sus gustos.

No puedo soportarlo más y acaricio su monte de Venus con la punta de mi miembro al tiempo que le doy un bocado en el hombro.

—¿He dicho *cavernícola*, no *canibal*!

Estoy llegando a mi límite.

—¿Acaso tú estabas allí para saber lo que comían?

Esta vez, el bocado se lo doy muy cerca de uno de sus pechos.

—¡Au! ¡Vale, vale! —grita tronchándose de risa.

—¿Sigues pensando que soy un cavernícola?

Lita me araña la espalda. No sé cuánto tiempo más podré soportarlo.

—Sí. Aunque he de confesar que la edad de piedra está infravalorada — admite, clavándome su lasciva mirada, que yo entiendo como la señal que me da permiso.

Me dejo caer sobre ella. Atrapo su boca y me recreo en su cuerpo como si no hubiese un mañana. El mundo puede esperar. Mis manos, igual de ansiosas que yo, la acarician sin encontrar consuelo. Necesito más. La he deseado durante tanto tiempo que temo incluso hacerle daño. Pero ella me demuestra que está dispuesta a mi tosquedad elevando la pelvis. Con una mano, le abro las piernas y la penetro de un solo empujón. Lita arquea la espalda y jadea de placer. Su sonido me lleva hasta el séptimo cielo. Esto sí que es volar, y lo hago con ella mientras la penetro sin dejar de besarla. El placer es tan intenso que incluso noto un cosquilleo recorriéndome el cuerpo.

—No sabes el tiempo que llevo esperando este momento —confieso, cogiéndole la cara. Quiero mirarla a los ojos mientras lo hago.

Lita sonrío regalándome la mirada más cariñosa que he visto jamás. Amo a esta mujer con toda el alma. Llevo haciéndolo toda mi vida. Su genio fue lo primero que me encandiló, su valentía lo que me cautivó, y su inteligencia lo que me enamoró.

—Eres tan bonita por fuera como por dentro —afirmo sin poder apartar la vista de ella—. Te quiero —susurro separando cada una de las sílabas.

—Y yo a ti, Juanjo.

—¡Vaya —suelto, penetrándola una vez más—, ya me he ganado el tuteo! Veamos qué premio me llevo cuando acabe contigo.

Estar con ella siempre ha sido un reto, y en este instante no lo iba a ser menos.

—Ve subiendo al pódium, ya estás recogiendo el premio.

Lita es ahora quien coge mi rostro y me besa. Siento sus labios suaves acariciando los míos de un modo que logra erizarme. Enredo mis dedos en su pelo, que cae esparcido a ambos lados de su cabeza. Está más guapa que nunca, así, al natural, tal y como es ella. Estar a su lado es como una ducha relajante tras horas de gimnasio. Ella es la calma que tanto ansío, el eslabón que necesito y mi otra mitad, que tanto echaba en falta. El mero hecho de no haberla visto en todo este tiempo me suponía un castigo, una penitencia que debía pagar por no haberme cruzado antes en su camino. Me introduzco en ella con más fuerza, la misma con la que la beso, y me recuerdo a mí mismo lo afortunado que soy por tenerla.

—No me obligues a dejarte. Otra vez no, porque no podría aunque quisiera —le imploro en un hilo de voz.

Lita me mira a los ojos y siento cómo nuestras miradas hacen el amor de la misma forma que lo hacemos nosotros.

—No lo haré, amor mío. Ya no.

Su respuesta es como la llave de la prisión de un reo condenado a cadena perpetua. Es la liberación convertida en palabra, que llega a mis oídos como la mejor música que pueda oír. La beso. La beso de nuevo y me introduzco en su interior con ansia e incluso con rabia por no poder fundirme en ella. Los días se convierten en horas, y los minutos en segundos cuando estoy con ella. Con Lita. Mi Lita.

* * *

Pierdo la noción del tiempo cuando anochece y juntos nos asomamos al balcón. Me he negado a salir de la habitación pese a su insistencia de bajar al restaurante.

—Para eso está el servicio de habitaciones —me quejé en su momento.

Ella claudicó y volví a hacerle el amor una vez más.

Las vistas desde aquí son maravillosas. Y contemplarlas abrazado a ella aún lo es más. Vestidos tan sólo con un albornoz, la abrazo por detrás mientras vemos las olas del mar llegando a la orilla.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurra con dulzura.

—Lo que quieras.

—¿Por qué nunca hemos usado medios?

Respiro hondo antes de responder.

—Yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces. Podría decir que ha ocurrido por no poder controlarme..., pero no es cierto.

—¿Sabías en todo momento lo que hacías?

—¿Acaso tú no?

Lita se vuelve para mirarme y asiente con la cabeza.

—Los dos éramos conscientes de lo que hacíamos —admito.

—Pero la pregunta es... ¿por qué?

—Porque te quiero. Porque no es que sólo que no me importaría tener un hijo contigo, sino que me encantaría.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Tan seguro como que estoy aquí contigo. —Por un instante, suelto su cintura para cogerle el rostro—. Sería la hostia tener una Paulita pequeña.

—¡Ah, no! De tener un hijo, ya te digo yo que sería un Jotilla Jotilla.

Río a carcajadas. ¡Esta mujer es increíble!

—Punto número uno —digo, volviendo a abrazarla por la cintura para acercarla más a mí y empujarla contra mi nuevamente despierta entrepierna—, ese mote no se lo pondría jamás a un hijo mío. —Lita hace un mohín—. Y punto número dos..., ¿cómo estás tan segura de que sería un niño?

—Tengo una teoría al respecto.

La forma en que lo dice me arranca varias carcajadas.

—Ilumíname —le pido aún con la sonrisa en la cara.

—Verás. El hombre es el único en tener cromosomas X e Y. Así que, si el carácter predominante de la pareja es el hombre, nacen niñas. Si la que predomina es la mujer, nacen niños.

Ahora sí que me descojono literalmente. Lo hago tan fuerte que hasta me gano un puñetazo en el pecho.

—¿Cómo puedes estar tan loca? Esa teoría es...

—¿Maravillosa? —suelta sonriente, mostrándome cada uno de sus dientes.

No puedo resistirme más y la beso. Esta mujer está loca de verdad, y yo más loco aún por ella.

* * *

Cuando me despierto, Lita ya está en la ducha. Me estiro sobre la sábana y me levanto para ir en su busca. El cristal de la mampara me permite verla con claridad. No sé cómo diablos lo hace, pero me empalmo sólo con verla.

—Buenos días, cavernícola —me saluda al darse cuenta de mi presencia —. Dúchate, que debemos ir a ver a alguien.

—¿Lo del cliente no era una farsa para venir aquí? —pregunto, metiéndome en la ducha con ella.

—Domingo era uno de mis compinches para traerte, pero estar conmigo no es el único motivo.

—Y ¿cuál es, si puede saberse?

El agua cae sobre nuestras cabezas en forma de lluvia, aunque yo ni siquiera me doy cuenta cuando tengo delante lo que tengo. Ayer no paramos en todo el día y estoy algo cansado, pero no me importaría repetirlo.

—Te lo cuento durante el desayuno.

Su cara y su gesto me dicen que algo no va bien.

—¿Quién es? —pregunto de forma seca. No me apetece andar con misterios que me estropeen el viaje.

—Confía en mí. Lo sabrás enseguida.

—Lita, ¿qué ocurre? —insisto cuando veo su intención de marcharse.

Puede que me esté pasando al cogerla del brazo del modo en que lo estoy haciendo, pero es que desde hace días no deja de decirme que confíe en ella, y nada más. La expresión de mi cara debe de ser más que clara cuando ella accede a quedarse en la ducha conmigo. Lita cierra el grifo y yo consigo soltarla, un poco más relajado.

—Llevo semanas investigando a Susana.

—¡Joder, lo sabía! ¡Sabía que incluso aquí ella estaría presente!

—Ella es el motivo de este viaje.

—¡Venga, no me jodas!

Descorro la mampara, pero ella me detiene para que no me marche. Yo he hecho lo mismo antes y creo que lo justo es que me quede.

—Quise decírtelo en cuanto llegaste, pero entendí que podía dejarlo para más tarde. La cita es hoy y no puedo posponerla más.

—¿Has preparado todo esto para hacerme una encerrona con ella?! —bramo, pasándome las manos por el pelo.

—¡Por supuesto que no! Juanjo, cariño, confía en mí.

—¡Estoy hasta los huevos de que me pidas siempre lo mismo! ¿Acaso no llevo haciéndolo semanas sin rechistar?

—Es la última vez.

—Claro que es la última vez, porque no pienso ir a ciegas sin que me digas qué coño te traes entre manos.

—¡Intento decírtelo, pero tú te niegas a escuchar! Con lo grande que es la habitación, no pensaba que el mejor sitio para hacerlo fuese la ducha precisamente.

—¡No, no lo es!

Aún no sé ni cómo ha empezado esta discusión. Necesito un puto café para poder pensar. Lita y yo acordamos vestirnos y continuar la charla en el restaurante, tal y como ella me propone.

El local está lleno de extranjeros, todos ellos de habla inglesa y escocesa. Lita me guía hasta una de las mesas que hay junto a las ventanas. Desde aquí las vistas son igual de espectaculares que desde nuestra habitación, pero ahora las que más me preocupan están a este lado del cristal.

—Voy a por un par de cafés y te lo cuento todo.

Lita se levanta y deja sobre la mesa la carpeta que ha cogido del escritorio de la suite. Siento curiosidad, y me inclino para ver si hay algo escrito que me dé una ligera pista de qué va todo esto. No logro ver nada y ella ya está de vuelta antes de que quiera darme cuenta.

—Quiero que me prometas que mantendrás la mente abierta para lo que tengo que decirte.

—Tienes mi palabra una vez más.

—Gracias —dice, acariciándome la mano por encima de la mesa. No sé qué ocurre, pero prefiero callar para que me lo diga cuanto antes—. Hace semanas pillé a una mujer saliendo de tu despacho. Me llamó la atención la forma en que lo hizo y entré para averiguar qué había hecho allí. Encontré un

sobre negro que ella te había dejado encima de la mesa.

—¿Un sobre negro? —pregunto haciendo memoria. Creo recordar haber visto uno hace poco en alguna parte.

—Sí. No logré hablar con ella esa vez, pero lo conseguí semanas más tarde. Fue el día en que los paparazzi nos esperaban en la puerta del bufete.

—¿Ella es uno de los paparazzi?

—¿Cuentas tú la historia o lo hago yo?

—Perdona, sigue.

—El primer sobre no llegó a ti porque Susana lo cogió.

«Ahora que lo dice...»

—Recuerdo haber visto un sobre así en su bolso. Lo dejó abierto encima de la mesa y lo vi al pasar cuando íbamos a...

«¡Joder, casi la cago!»

—Tranquilo.

Por cosas como ésta adoro a esta mujer.

—Al ver que no te llegaba el sobre —prosigue—, quiso intentarlo por segunda vez ese día. Lo que menos se esperaba era encontrarnos en la puerta. Y cuando te oyó hablando de mí a los medios, decidió que la mejor opción para que el sobre llegase a ti sería yo. Me siguió hasta casa y me lo metió por debajo de la puerta.

—¿Qué contiene para no haberme llamado o localizado de cualquier otra forma?

—En ese sobre, María, que así es como se llama la mujer, me advertía de que estabas en peligro.

Si su última frase me sorprende, aún logran hacerlo más las siguientes. Durante un buen rato Lita me pone al corriente de cómo y quién es Susana, de sus antiguos maridos, de la fortuna que posee en distintos países y del motivo real por el que hemos venido a Alicante.

—¿Me estás diciendo que es una asesina?

No logro quedarme quieto y me remuevo en la silla sin saber muy bien qué decir o hacer.

—Sé que no es fácil de asimilar, pero aquí tengo todo lo que avala lo que te estoy contando.

—¿Cuánto tiempo llevas con esto?

—Semanas.

La cabeza me va a estallar. No consigo dejar de darle vueltas.

—Pero yo no tengo una gran fortuna —me defiende en una tentativa de negación.

—Al parecer, ella se enamoró realmente de ti.

—¡Joder!

—María quiso advertirte para que no te ocurriera lo mismo que a su marido... y al siguiente.

—Y ¿dices que tienes pruebas de todo?

—No las suficientes para incriminarla.

—O sea, que puede que estéis equivocadas. ¡Esto es el colmo!

Me echo hacia atrás en el respaldo. No puedo creer que lo que parecía ser una escapada romántica se convierta en algo tan enredado como esto.

—El que iba a ser su tercer marido logró escapar, y es el dueño de este hotel.

—¿Me has traído aquí para hablar con él?

—Entre otras cosas. Quise hacerlo nada más llegar, pero... ya sabes lo que ocurrió. Así que lo postergué para hoy.

—¿Me pides que confíe en ti y, en cambio, me traes a un testigo? ¿No crees que es una incongruencia?

—No lo mires así. He tardado semanas en recopilar toda la información y quería que tú la tuvieras de primera mano. Si esa mujer te hiciera algo, yo...

—¿Te das cuenta de que me has empujado a estar con ella durante semanas? ¿Y si hubiese conseguido su objetivo antes? ¿Qué habría pasado?

—Entiendo que lo mires de esa forma, pero...

—Y ¿de qué otra forma quieres que lo mire, Lita? Me has empujado a estar con una mujer que, según tú, es una asesina que se carga a sus maridos.

—¡No es «según yo»! ¡Es la verdad! Aquí tienes todo lo que he podido recopilar durante este tiempo. Y, créeme, no ha sido fácil.

—Y ¿te parece que ha sido fácil para mí tener que convivir con ella?

—De haberlo sabido, no habrías accedido a hacerlo.

—¡Por supuesto que no!

—Sé que ahora no puedes verlo, pero intentaba salvarte la vida.

—Obligándome a estar con ella... Lo siento, Lita, pero no puedo entenderlo.

Me levanto y me largo a grandes zancadas. Necesito salir de aquí, tomar el aire y pensar en todo lo que me ha dicho. Me rompe el alma dejarla con los ojos húmedos y a punto de llorar. Pero debo alejarme todo lo que pueda porque, ahora, el que necesita llorar... soy yo.

Capítulo 35

No puedo culparlo por su reacción, ni siquiera por pensar eso de mí. Tiene parte de razón al afirmar que lo envié a los brazos de Susana sabiendo quién era ella. Su respuesta era una de las muchas posibilidades que había contemplado. Tal vez en un cuento perfecto él me habría estrechado entre sus brazos y me habría prometido a la luz de la luna que siempre estaríamos juntos y ella desaparecida. Pero ni hay luna ni esto es un cuento.

Me limpio las lágrimas con la mano antes de levantarme y marcharme igual que ha hecho él. No sé dónde puede estar. Su reacción es lícita, y sé que debo dejarle tiempo para asimilar todo lo que le he contado.

Hoy el día es un poco más caluroso que el de ayer. Dentro de unas horas sale mi avión, y decido aprovechar hasta el último minuto para pasear por la orilla. Me calma y me ayuda a pensar. El mar está lleno de misterios que ni el ser humano ha logrado descubrir hoy en día, pero yo me conformo con saber que me tranquiliza y me cautiva. El sol ya pega con fuerza y se alza por encima de la playa. Me habría gustado ver amanecer, aunque me temo que tendré que dejarlo para otra ocasión. De nuevo con las botas en la mano, paseo sin rumbo fijo sólo por el placer de sentir la arena bajo mis pies y el agua convirtiéndola en barro. Apenas hay unos cuantos corredores con los que me cruzo. Debe de ser apasionante vivir en un sitio como éste y poder correr por la playa antes de ir al trabajo. Echo la vista hacia la avenida principal y compruebo que hay varios pisos que se alquilan. Puede que le plantee a Lola que vengamos aquí a

pasar nuestras vacaciones de verano.

De pronto veo la silueta de Juanjo caminar hacia mí. No sé de dónde he sacado la idea de que estaría en la habitación recogiendo sus cosas. Él también me ha visto, y se detiene al hacerlo. Yo lo imito. Debemos de estar a más de veinte metros de distancia. En momentos como éste me gustaría tener un manual que me indicase qué hacer. Por un lado, echaría a correr en su dirección, me subiría a horcajadas de él y me engancharía de su cuello para decirle cuánto lo quiero y lo importante que es para mí. En cambio, finalmente opto por el otro, y me quedo quieta a esperar su reacción. Le he soltado la bomba hace escasos minutos y sé que debe asimilarlo. Sólo espero que pueda perdonarme y que entienda el motivo por el que lo hice. Jamás permitiría que le pasase algo, y mucho menos por mi culpa.

Juanjo da un primer paso y comienza a andar muy despacio hacia mí. Puede que sea la señal que estaba esperando. Adelanto un pie y hago lo mismo que él. La distancia entre ambos es cada vez menor. Noto el corazón latiéndome con fuerza. Los rayos del sol me impiden ver la expresión de su rostro, y eso me inquieta aún más. Trago saliva y hago acopio de todas mis fuerzas para seguir adelante. Seis metros. Cuatro. Uno. Juanjo se detiene a escasos centímetros de mí. Ahora puedo verle la cara. Y, por extraño que parezca..., no logro distinguir nada en ella. No tengo la menor idea de qué puede estar pensando. Por primera vez desde que lo conozco, no consigo leer sus ojos. Me inquieta la posibilidad de haber perdido mis poderes, y aún más no saber qué le puede estar pasando por la mente. Su mirada no es oscura, su semblante no es serio ni su ceño está fruncido. Pero tampoco sonrío, tampoco mantiene la cara relajada, y mucho menos me mira como yo desearía que lo hiciera. Su silencio aumenta mi desazón, convirtiendo el momento en una auténtica tortura. Respiro hondo sin apartar la vista de él. Necesito una señal, algo que me confirme que seguimos estando juntos y que todo sigue igual entre nosotros. Cierro los ojos e imploro a las fuerzas de la Tierra, de la energía y de todo el universo que me den una maldita señal que logre calmarme. Una pista que me... ¡Una gaviota acaba de cagarse en mi cabeza! Juanjo empieza a partirse de risa mientras que yo tengo la brillante idea de tocar la mierda con la mano. Sus carcajadas son lo único que oigo tras de mí cuando me adentro en

el agua para limpiarme. «¡No era precisamente este tipo de señal la que pedía!», me quejo para mis adentros.

—¡Deja de reírte! —le pido cabreada.

—Iba a decirte algo romántico, pero ahora todo lo que me viene a la cabeza es... «¡vaya mierda!».

Juanjo vuelve a la carga con sus risotadas y yo estoy cada vez más molesta. Tengo el pelo con heces, arena y agua de mar. Con lo grande que es la playa, y ha tenido que venir la muy idiota a cagarse en mi puñetera cabeza.

—No vas a conseguir nada así.

—Para ti es fácil decirlo; no tienes una cagada encima.

—Tampoco es para tanto.

—¿Ah, no? —digo volviéndome hacia él—. Demuéstramelo. Abrázame.

—No hace falta.

Juanjo retrocede un paso y yo me acerco cada vez más.

—Según tú, no es para tanto, así que no veo el problema.

Él camina hacia atrás partiéndose de risa.

—Ten en cuenta que yo soy mucho más alto.

—¿Y...? ¿Dónde está el problema?

El muy descarado huye de mí, aunque yo no desisto y lo persigo implacable.

—Si te abrazo, esa cosa irá a parar a mi boca. ¿No te basta con que te diga que te quiero?

Sus risas me han calmado hace un buen rato, pero me lo estoy pasando en grande.

—Las palabras se las lleva el viento. Prefiero los hechos. Abrázame.

Durante un buen rato jugamos al gato y al ratón, hasta que, de pronto, Juanjo se detiene en seco.

—Está bien. Ven aquí —dice abriendo los brazos.

Me pilla tan de sorpresa que me quedo paralizada.

—Esta mañana me he despertado con una idea en la cabeza para que tú y yo pasáramos el día de los enamorados juntos. —¡Es cierto! Se me había olvidado. ¡Hoy es San Valentín!—. Y te aseguro que nada está saliendo como había planeado.

—Siento haberte aguado la fiesta —manifiesto.

—Porque está saliendo mucho mejor —añade.

Su comentario me deja de piedra.

—Definitivamente, estás loco. No te habrá dado por beber agua del mar, ¿verdad? Suele provocar alucinaciones y tal.

—Ven aquí. —Juanjo me abraza y me estrecha contra su pecho. Es el lugar que más me gusta del mundo—. Perdona por mi reacción de antes.

—Siento haber sido yo quien te soltara todo ese...

—No debes sentirlo —asegura, cogiéndome por la barbilla para que lo mire—. Soy yo el que debe agradecerte todo lo que has hecho por mí. No ha sido fácil para ninguno de los dos. Ahora lo sé. Necesitaba unos minutos para asimilarlo, eso es todo.

—Lo último que quería era hacerte daño.

—Lita, debes sentirte orgullosa. Nadie ha hecho por mí lo que tú has hecho durante todas estas semanas. Me apartaste de tu lado y tuviste que ver cómo me entregaba a otra mujer sólo por salvarme la vida. Renunciar a tenerme fue tu mayor demostración de amor. Amar a una persona es querer su felicidad, y eso es lo único que has estado haciendo desde el principio.

—Sí —admito en un susurro. Apenas puedo hablar por el intenso nudo que tengo en la garganta.

—Te amo, Lita. Te amo como nunca he amado a nadie. Y te prometo que tú y yo siempre estaremos juntos, pase lo que pase. Hoy mismo regreso a Madrid y pongo fin a esto. Tienes mi palabra.

—¿Y Richard, el dueño del hotel?

—No necesito hablar con él. Con lo que me has contado tengo más que suficiente.

—Hay algo más que debes saber.

—¿Más?

—Lo que ocurrió en el baño del gabinete..., lo grabé en el móvil.

—Y ¿por qué no me lo dijiste? —Su ceño fruncido me corrobora que no le gustan los secretos.

—Necesitaba que confiaras en mí, en mi palabra.

—Siempre lo he hecho, Lita. Pero no voy a negar que me habrías ahorrado

unos buenos quebraderos de cabeza.

—Lo sé. Y lo siento.

Juanjo me abraza con más fuerza. Sé que es su forma de aceptar mis disculpas y de concederme su perdón.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—No he dejado de darle vueltas durante el paseo —afirma—. Es hora de que todo esto acabe. Ahora me toca a mí mover ficha y a ti confiar en mí. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que sí.

—¡Dios!

Juanjo me estrecha de nuevo y me besa. Lo hace con auténtica pasión, como si temiese que al soltarme me desintegrara o me pulverizara. El amor que hay en sus besos y en cada una de sus palabras penetra en mi alma de un modo mágico. Él es mi otra mitad, mi destino y mi alma gemela. Llora mientras sus labios se funden con los míos. Dicen que la palabra *amor* es etérea y que no tiene forma física. Para mí sí la tiene, y se llama Juanjo.

Abrazados, regresamos paseando camino al hotel cuando me suena el móvil.

—Es mi padre —indico al ver su nombre en la pantalla.

—Dale recuerdos de mis partes.

—Tonto —digo, dándole un ligero golpe en el costado—. Dime, papá.

—¡Paula! ¿A que no sabes a quién tenemos aquí? —Su tono es bastante jovial, por lo que deduzco que debe de tratarse de Manuela.

—¿Qué hace en el pueblo? —pregunto extrañada. Ayer mismo hablé con ella y no me dijo que tuviera pensado ir.

—Ha venido para darle una sorpresa a su prometido. Está recogiendo información y fotos para hacerle un vídeo para el convite.

—Papá, no van a casarse —le confirmo—. Prefieren gastarse el dinero de la boda en viajar.

—No, hija, no. Va a casarse y dentro de muy poco. Por cierto, ¡qué callado te lo tenías! ¡Ya hablaremos tú y yo! Mira, ahora mismo está aquí, hablando con tu madre. Espera, que te la paso.

Mientras aguardo a que Manuela coja el teléfono, pongo al corriente a

Juanjo. No entiendo a qué viene ese cambio de última hora, y no sé si debo alegrarme por ella.

—Hola, Paula —me saluda con su inconfundible voz.

Estaba equivocada. No es quien yo creía. ¡Es... Susana!

Capítulo 36

Al oírla, me detengo en seco incapaz de dar un paso más. El corazón se me acelera latiéndome de un modo brutal en el pecho. Apenas logro respirar.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Juanjo al ver mi reacción.

No puedo responder. Tomar aire es el primer punto en mi lista de planes.

—¿Qué haces ahí? —pregunto cuando reúno la fuerza suficiente.

—He venido de visita. Este pueblo es precioso; no me esperaba que fuese tan bonito. Aunque hace mucho frío, por no hablar de las placas de hielo que había en la carretera. Me han dado algún que otro susto al llegar.

—Es normal en esta época del año —oigo a mi hermano responder de fondo.

—¿Qué quieres? —pregunto con la tensión agarrotándome por dentro.

—No sé por qué te lo tenías tan callado. —Su tono es igual de teatrero que el que empleó conmigo aquel día en el baño—. Por cierto, tengo que felicitarte: tienes una familia encantadora.

—¡¡¡Aléjate de ellos!!! —bramo fuera de mis casillas.

—Y tu sobrina es preciosa. —Susana continúa como si nada. La idea de que esté en mi casa con la gente a la que más quiero me revuelve el estómago—. Se parece a ti. Me pregunto si saldrá igual de... *lista* que su tía. ¿Tú qué crees, *Lita*?

Tanto el adjetivo como mi nombre los pronuncia en un tono diferente. Ambas sabemos el desprecio que encierran.

—¿Qué coño ocurre?! —Juanjo se impacienta y me grita poseído por los nervios.

—¿Qué quieres? —mascullo sin hacer caso de su reclamo.

Las carcajadas de Susana son como puñales que se me clavan en lo más profundo. Realmente tengo miedo, y mucho.

—Nada. Sólo quería saludarte. Espero que lo estéis pasando bien en Alicante. Estoy segura de que allí el tiempo es mucho más apacible que aquí. Estamos a sólo un grado, ¿te lo puedes creer? Bueno, no te entretengo más. Un placer hablar contigo. Chao.

* * *

La hora y media de trayecto hasta Cuenca en el AVE nos permite a Juanjo y a mí repasar punto por punto nuestro objetivo. Tenerlo a mi lado es lo mejor que podía pasarme, dadas las circunstancias. En cuanto le he contado lo que estaba ocurriendo, se ha apresurado a ayudarme. En menos tiempo de lo previsto, ya teníamos los billetes, me había vuelto a duchar, habíamos recogido nuestras cosas y habíamos urdido un plan para poner a salvo a mi familia. No sé qué habría ocurrido de no estar él allí conmigo. El mundo se me ha venido encima en el instante en el que he sabido que Susana estaba en mi casa. Aún no sé las veces que he llorado al pensar lo que esa mujer es capaz de hacerles.

—Intenta sacar tu fuerza interior, Lita, porque te necesito como nunca antes.

—¿Cómo ha podido saber que yo también estaba en Alicante? Procuré tener el mayor cuidado para...

«¡Eulogio!», pienso al acordarme de su llamada de ayer. Al hablar con su abogado debió de decirle dónde estaba. Sé que no es santo de devoción de Juanjo, y decido guardármelo para mí.

—Eso no importa ahora —declara con firmeza—. Debemos centrarnos en lo que hemos hablado. Necesito que saques tu bruja interior, ésa de la que tanto te enorgulleces. Prométeme que lo harás.

La dulzura con la que me mira logra calmarme. Él es mi verdadera fuerza

interior, el pilar que tanto necesito en este preciso instante. Sé que está tan preocupado y nervioso como yo, pero al menos él mantiene la firmeza necesaria para levantarme incluso a mí.

—Tienes razón. Lo haré. Te lo prometo.

Parte del plan es la llamada que Juanjo le ha hecho a mi cuñada nada más salir del hotel. Cuando me ha venido la idea a la cabeza, he pensado que era descabellada, pero al comentársela a él me he dado cuenta de que era lo mejor que podíamos hacer, dadas las circunstancias. Ambos así lo hemos creído. Angustias es la persona idónea para la ocasión, y que fuese él quien la llamase y no yo ha sido la mejor alternativa. Al principio le ha costado entender qué estaba ocurriendo, pero él ha sabido ganársela rememorando momentos vividos por ambos en el pasado.

* * *

Soy de viejas costumbres, y por ello guardo una copia de las llaves de casa en el bolso. Abro la puerta que hay junto a la panadería y subimos la escalera. Es mediodía, y doy por hecho que deben de estar comiendo. Se oyen voces provenientes del salón. Juanjo me da un fuerte apretón de manos antes de subir los últimos escalones. Es su forma de infundirme ánimos antes de hacer nuestra entrada definitiva. Todo el mundo se sorprende y hace comentarios al vernos, excepto mi cuñada y Susana, que está sentada a la izquierda de mi padre. Ni siquiera damos lugar a los saludos, Angustias sabe lo que tiene que hacer y lo lleva a cabo.

—¡Ay, Dios mío, la niña...! —grita, fingiendo sentirse asustada al asomarse al carricoche, que está a su lado.

—¿Qué le pasa? —Guillermo, mi hermano, se levanta de un salto para ir a socorrerla.

Todo el mundo lo hace al oír los innumerables gritos de mi teatrera cuñada.

—¡Hay que llevarla al médico! ¡Deprisa!

El caos y el temor por la salud de la niña pronto se apoderan de cada miembro de mi familia. Gritos, desesperación y nervios nos rodean mientras

que Susana, Juanjo y yo permanecemos impasibles sin dejar de observarnos.

—Será mejor que vayáis todos. Angustias está demasiado asustada para que la dejéis sola —comento para asegurarme de que se marchan.

—Claro, claro —dice mi hermano, yendo en busca de las llaves del coche.

Entre tanto alboroto, miro a mi cuñada a la espera de una señal que me confirme que ha cumplido con su cometido antes de nuestra llegada. Juanjo le ha advertido que debía vigilar a Susana y mantenerla alejada en la medida de lo posible de cualquier comida o bebida de todos ellos. La señal llega en forma de guiño, y yo asiento en respuesta.

El plan ha salido tal y como esperábamos, y antes incluso de lo que había imaginado, los tres nos quedamos completamente a solas. Mi familia va camino del hospital y al menos allí sé que estarán a salvo.

—Vaya, vaya, vaya... —La primera en romper el hielo es Susana, que, con una frialdad que logra ponerme los pelos de punta, se levanta y comienza a caminar hacia nosotros—. Dos horas y media —afirma, mirándose el reloj de la muñeca—. Todo un récord.

—¡Susana, has perdido el juicio! —suelta Juanjo, adelantándose un paso hacia ella.

—Puede que éste sí —replica señalándose la cabeza—, pero será el único. El más importante lo voy a ganar, y lo celebraremos con champán en nuestra luna de miel mientras ella está entre rejas.

—Eso no va a suceder nunca.

—No es precisamente eso lo que me ha confirmado mi abogado. —Susana rodea la mesa y se coloca frente a nosotros, firme y fría como el hielo—. Las pruebas son irrefutables, y tengo una lesión que lo avala.

—Te autolesionaste. Ella no tuvo nada que ver.

—¿Y tú la crees? —Sus malignas carcajadas me abrasan por dentro—. Ya veo que esta mocosa te tiene demasiado ciego para ver la realidad.

—No puedo creer en quién te has convertido.

—¿Yo? Es curioso. Es justo lo que yo me pregunto de ti. Antes de que ella apareciera eras más desconfiado y sagaz de lo que lo eres ahora. Me cuesta creer que alguien como ella haya podido cambiarte tanto. —Susana está siendo déspota y cruel.

—¡Ya quisieras tú ser la mitad de lo que lo es ella!

La forma en que Juanjo me defiende me enorgullece de un modo indescriptible. Pero está tan nervioso que me veo obligada a sujetarlo del brazo y a darle un suave apretón para pedirle que mantenga la calma. Conozco a Susana, y sé que a lo que más miedo le tiene es justo a eso, a un rival sosegado que sepa dominar la batalla verbal.

—Tengo la prueba irrefutable de que tu testimonio es del todo falso — intervengo con toda la tranquilidad que puedo aparentar.

—¿Cuál? ¿Tu palabra? ¡No me hagas reír! ¡Todo el mundo sabe que no vale nada y que lo único que quieres es arrebatarme lo que es mío! Primero el baile, después la escapada a Alicante, y ahora esto. Demasiada gente puede testificar que estoy en lo cierto, incluso tu familia.

Ni siquiera el diablo es tan perverso como lo es ella. Pero tal vez cometí el error de subestimarme al pensar que una bruja no podría enfrentarse al mismísimo demonio.

—Sí, es cierto —claudico—. Estamos juntos. Y toda esa gente lo único que podrá testificar es que es verdad.

—¡¡¡Eres una zorra!!! —grita fuera de sí.

—Susana, ¿por qué te haces esto? —Juanjo intenta mediar entre las dos.

—¿Yo? ¡Vosotros me lo estáis haciendo a mí!

—Tiene razón —suelto de pronto, ganándome la mirada reprochadora de él, y la de sorpresa de ella—. Juanjo era tu pareja. Pero ya no lo es.

—¡¡¡Porque tú me lo robaste!!!

—Ella no te robó nada —interviene él—. Fui yo quien decidió poner fin a lo nuestro.

—¡Mentira! ¡Me hiciste falsas promesas y me hiciste creer que la boda seguía adelante!

—Eso es culpa mía —admito.

—Lita, no.

—Sí, Juanjo. Fue idea mía que volvieras con ella. Te debo una disculpa — digo mirándola a los ojos.

—¡Me debes mucho más que eso! ¡Quiero que te pudras en la cárcel y que desaparezcas de mi vida de una vez por todas!

De nuevo, el verbo *desaparecer* me recuerda el hechizo que hice hace quince años. En el fondo tiene razón, y de no haberme cruzado en el camino de ambos ninguno nos encontraríamos en esta situación. Aunque no puedo cambiar el pasado ni lo que hay entre Juanjo y yo. Nuestro destino está escrito desde que éramos unos críos y no existe nada ni nadie que pueda impedirlo, pese a que ello suponga que alguien deba salir herido.

—Soy yo el que debe disculparse. —Juanjo ha captado mi intención, y se une a mí para purgar su parte de culpa—. Siento haberte engañado, y siento no haber sido sincero contigo.

Sus palabras logran emocionar a Susana, cuyos ojos brillan cargados de humedad.

—No es suficiente.

—¿Cómo?

—¡Lo que has oído! ¡No es suficiente! —De nuevo los gritos salen de su boca.

—Ya nos hemos disculpado, ¿qué más quieres de nosotros?

—¡Quiero que pague por todo lo que me ha hecho!

—Susana, por favor. Acepta que lo nuestro se ha acabado.

—No, cariño. No se ha acabado. —Su tono vuelve a ser conciliador al adelantarse hasta Juanjo para cogerlo por la nuca—. Tú y yo podemos volver a empezar. —Su bipolaridad me mantiene en vilo.

—Susana —susurra, invadido por la pena que siente al verla de ese modo.

—Nos iremos lejos, los dos solos. Ahora no puedes verlo porque te tiene hechizado. Yo lo sé.

—Susana, por favor.

Juanjo le sujeta los brazos para intentar apartarla, pero ella no desiste de su empeño.

—Tú y yo estamos hecho el uno para el otro. Créeme, cariño, lo sé. Somos de otra clase. Sólo tienes que mirar a tu alrededor para darte cuenta. Aquí no hay nada que tenga que ver con nuestra vida, ¿no te das cuenta?

—¿Por qué te haces esto?

La escena y la pena con la que Juanjo la mira me destrozan hasta el último rincón del alma.

—Puede que ahora no lo veas porque ella te tiene hechizado —continúa con los ojos perdidos en él—, pero debes confiar en mí, como siempre has hecho. Lo nuestro no tiene por qué acabar. Sólo debemos librarnos de ella, y yo sé cómo hacerlo.

Ahogo un grito ante su osadía. Su enfermedad va más lejos que su maldad.

—Necesitas ayuda —reconoce Juanjo al darse cuenta como yo.

—No, cariño, te necesito a ti, ¿no lo ves? Contigo estaría bien. Acabemos con esto y vuelve conmigo a casa.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. Siento que hayamos llegado a esta situación, pero no hay marcha atrás. Debes seguir adelante sin mí, Susana. Puede que al principio te cueste aceptarlo, pero sé que eres una mujer fuerte y que podrás superarlo. No es necesario que continúes haciéndote daño de esta forma. Sigue con tu vida y déjame a mí vivir la mía.

—¡¡¡Ella no es mejor que yo!!! —grita apartándose de él, retrocediendo un paso hacia la mesa.

—No necesitas compararte con nadie. Detente, por favor.

—¡¡¡No hasta verla pagar por lo que me ha hecho!!! —masculla fuera de sí.

De nuevo su estado emocional ha cambiado y temo su reacción. Llevo demasiado tiempo fingiendo una calma que no siento, y me veo obligada a apoyarme en el aparador que tengo a mi lado.

—¡¡¡Basta!!! —Juanjo estalla y suelta un grito tan fuerte que nos sobresalta a ambas—. ¡He intentado hacerte razonar, te he pedido disculpas, pero todo tiene un límite! —Desde aquí puedo ver con qué fuerza cierra los puños—. ¡Se acabó! ¡Acéptalo de una puta vez!

La tensión es devastadora. Nunca lo había visto ponerse así. Ni siquiera cuando le dio el puñetazo a Eulogio en el despacho de Domingo.

—¡¡¡Eres una zorra!!! —brama Susana enfurecida con los ojos enrojecidos por la ira—. ¡¡¡Si pude acabar con ellos, contigo también!!!

El corazón me late a toda prisa, la misma con la que ella alarga el brazo, coge una botella de vino de la mesa y se abalanza enloquecida hacia mí.

—¡¡¡No!!!

El grito de Juanjo me eriza la piel. Incluso las lágrimas me impiden ver la

escena con total claridad. Con la firme intención de salvarme, él se interpone entre ambas y acaba recibiendo el fatídico golpe. El impacto es brutal. El sonido seco del cristal contra su cabeza me parte en dos. El amor de mi vida, el hombre al que he amado desde que era una niña, yace ahora en el suelo rodeado de un charco de sangre. Enloquecida y sin apartar la vista de mí, Susana deja caer el resto de la botella que aún lleva en la mano.

Mi respiración aumenta como lo hace el odio y la inquina que crecen en mi interior. No tengo miedo. Ahora no. Mi temperatura también se ve afectada, y el corazón me golpea en el pecho en lugar de latir. Noto incluso la potencia con que las venas bombean bajo mi cuello. Siento una energía resurgiendo dentro de mí convertida en un calor abrasador, y cómo ésta recorre cada parte de mi cuerpo, apoderándose de él de un modo devastador. Puedo sentir cómo la solidez de mi alma se ve acrecentada por el impulso de mi desprecio y cómo su maldad me arranca mi fuerza interior.

—No quiero volver a verte, ni que te acerques a ninguno de nosotros —mascullo, aproximándome lentamente a ella. La seguridad que siento en este instante jamás la había visto antes en un ser humano. Porque no me siento como un ser humano, sino como un animal salvaje. Capaz de todo y de enfrentarme al mayor enemigo que jamás haya existido—. Quiero que desaparezcas, y te aseguro que no voy a parar hasta verte pagar por lo que has hecho. Ahora vete. Vete y no vuelvas nunca. ¡Fuera!

Susana, asustada como pocas veces he visto a nadie, coge sus cosas y sale despavorida escaleras abajo sin decir una sola palabra. He podido ver el verdadero temor en sus ojos. Yo sigo envuelta en un halo indómito cuando saco el teléfono del bolsillo, paro la grabadora y marco el teléfono de emergencias. Juanjo aún respira cuando me arrodillo a su lado.

—Te pondrás bien, amor mío —digo cogiéndole la cabeza con cuidado—. Aguanta, por favor. No me dejes sola. Ahora no.

* * *

De noche, en el hospital, sólo consigo relajarme cuando el médico me da permiso para entrar en la habitación para verlo. Parte de mi familia me ha

acompañado durante las largas horas de angustia que hemos aguardado en la sala de espera. Por fortuna, nos han informado de que él está bien, y yo me muero por contarle todo lo que hasta este momento no he podido.

—Menudo día de San Valentín, ¿eh? —bromea al verme. Tiene buena cara, pese a llevar media cabeza vendada.

—Había pensado ponerte una peluca blanca para que al despertar creyeras que llevabas años ahí tumbado, pero tu venda me ha jodido el plan.

Me acerco hasta su cama y él me agarra el culo con la mano en la que no tiene la vía puesta.

—Éste me habría sacado de dudas.

—¿Mi culo? —pregunto riéndome. Me encanta que esté de buen humor.

—Es un reloj bastante fiable —asegura.

—Eres un sinvergüenza —murmuro, inclinándome para besarlo.

—Yo estoy convaleciente. Si alguien tiene la culpa eres tú, que vienes a provocarme.

Los dos sonreímos sin apartar la vista el uno del otro. No concibo que se pueda querer a alguien más de lo que yo lo quiero a él.

—¿Cómo estás? —pregunto en un susurro.

—Ahora que te veo, mucho mejor.

—Menudo susto nos has dado.

—¿«Nos»?

—Mi padre y Angustias están ahí fuera esperando para verte.

—Lo de tu padre lo puedo entender, pero lo de tu cuñada...

—No te hagas el tonto conmigo, chato. Sabes tan bien como yo que siempre estuvo colada por ti. ¿Por qué, si no, crees que te dije que la llamas para el plan?

—Hombre, un poco más guapo que tu hermano sí que soy —afirma vanidoso.

—Eres un chulito, ¿lo sabías?

Juanjo sonrío. Y yo me derribo.

Una vez me he asegurado de que está bien y de que tiene cuanto necesita, Juanjo saca el tema.

—¿Dónde está?

—Lo normal en este caso es que te preocuparas más de ti, ¿no te parece?
—digo para desviar la conversación.

—El médico ya me ha dicho que me pondré bien. ¡Ventajas de ser tan cabezón!

Sonrío con su comentario.

—Hazme hueco —le pido para sentarme a un lado de la cama. Tomo aire y lo exhalo antes de continuar—. Has tenido suerte de que el golpe haya sido limpio y no haya dañado ningún órgano.

—¿Voy a tener que obligarte a que me contestes?

—¡A ver si voy a tener que darte yo otro golpe para enseñarte modales!

—No, por favor. Venga, cuéntamelo.

—Has tenido suerte porque, de no haber sido así, no estarías aquí. La ambulancia ha tardado demasiado en llegar. Ha habido un accidente por el camino.

—El colmo de los colmos, que la propia ambulancia sea la que necesite ser atendida...

—No ha sido la ambulancia la que lo ha tenido, sino... Susana.

Juanjo enmudece al oír su nombre.

—Al parecer, iba demasiado rápido —continúo—, ha pisado una placa de hielo y ha perdido el control del coche. Ha acabado estrellándose contra un árbol.

—¿Está...?

—Sí. Ha muerto en el acto.

Juanjo me coge por el hombro y me inclina hacia él para poder abrazarme.

—La he echado de mi casa, ¿sabes?

—¿Qué ha ocurrido?

—Cuando te ha golpeado, he perdido los nervios. No sé qué me ha ocurrido. Era como si no fuese yo misma.

—Has sacado tu bruja interior.

—¿Tú crees? —Necesito ver la respuesta en sus ojos.

—Sí, cariño. Lo creo.

Me acaricia un lado de la cabeza. Me encanta cuando hunde los dedos en mi pelo.

—Recuerdo voces a lo lejos mientras estaba tirado en el suelo —anuncia.

—El médico ha dicho que has estado inconsciente.

—¿Quién estaba allí, él o yo?

—Tonto —suelto juguetona—. ¿Qué has oído?

—No me acuerdo con claridad. Sólo sé que eras tú. ¡Dios mío, llama al médico, si voy a oírte incluso estando inconsciente acabaré volviéndome loco!
—se mofa.

—¿Quieres ver cómo me voy y te dejo solo?

Hago ademán de levantarme y él me detiene cogiéndome por la cintura.

—Ven aquí, tonta.

Puede que sea tonta, pero no me resisto a hacer lo que me pide y, de paso, darle un beso en toda regla.

—¿Sabes una cosa? —pregunta tras un hondo suspiro.

—¿Qué?

—Tal vez corra el riesgo de que me veas como a un monstruo, pero lo cierto es que me siento aliviado. Ha hecho demasiado daño, y ha tenido el final que merecía.

—No corres ningún riesgo. A mí me pasa lo mismo —confieso en un hilo de voz—. Hasta mi padre opina que aquella placa estaba allí por algo.

De nuevo Juanjo me invita a recostarme sobre su pecho. Y, de nuevo, una mezcla de sentimientos se apodera de mi estado de ánimo. Su historia con Susana no ha acabado de la mejor forma, al menos para ella. Pero sí para las personas, como María y sus dos hijos, que sufrieron las duras consecuencias de la maldad de esa mujer. Su muerte es el punto final a una historia que ya pertenece al pasado. Ahora sólo queda mirar al presente y al futuro que nos aguarda a Juanjo y a mí. Lo que me recuerda que debo confesarle algo que sé desde hace una semana. Mi idea era darle la noticia cuando todo esto acabase y, aunque de un modo inesperado, ese momento ha llegado.

—He de decirte algo —comienzo en un suave murmullo.

—Lo que quieras.

Una vez más, me incorporo para mirarlo. No quiero perderme su cara por nada del mundo.

—Sigue siendo San Valentín.

Juanjo mira a su alrededor por toda la habitación en busca de algo.

—¡Coño con el suegro, que ni se ha estirado en comprarme flores!

—¿Pensabas darme un regalo que te hubiesen hecho a ti? ¡Eres un sinvergüenza, Juanjo Garza!

Él ríe a carcajadas y mi corazón aletea de felicidad.

—Por cierto, no veas cómo se ha quedado mi padre cuando le he contado toda la verdad.

—¿Se lo has contado todo?

—Sí. La sala de espera da para mucho.

—¿Se lo ha tomado bien o tengo que pedirle la mano como antiguamente?

—Se ha vuelto loco de contento. Y... ¿lo harías?

—Eso y mucho más.

Me abalanzo sobre él y lo beso con cuidado de no hacerle daño.

—Bueno, a lo que iba. Hoy es San Valentín y tengo un regalo para ti.

Juanjo me muestra la palma de la mano a la espera de que ponga algo sobre ella. Sonrío picarona al verlo aguardando. Es entonces cuando le cojo la mano y, sin dejar de mirarlo, me la llevo al vientre.

—¡Feliz día de los enamorados, amor mío!

Enmudecido, Juanjo me mira a los ojos y al vientre de forma alterna. Es incapaz de articular palabra, y así permanece hasta que las lágrimas le empañan la vista.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —confiesa con una amplia sonrisa al romper el tierno silencio.

—Me alegra saber que te gusta.

Ninguno de los dos puede dejar de sonreír. La oportunidad que se nos brinda nos lo impide. Enamorada de este hombre hasta el infinito, me fundo en su mirada, del mismo modo que mi alma está unida a la suya.

—¿Gustarme? Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. Ven aquí, joder.

Juanjo se incorpora y coge mi rostro entre las manos para besarme.

—Te amo, Lita —susurra clavando sus ojos en los míos—. Te amo como nunca un hombre ha amado a una mujer —Su boca vuelve a atrapar la mía con una pasión inaudita. Siento su amor en cada caricia y en cada envite de su

sabrosa lengua—. No sabes lo orgulloso que estoy de tu madre —dice dirigiéndose a mi aún lisa barriguita—. Vas a ser la niña más afortunada del mundo. —Lloro de felicidad al oírlo—. No se me ocurre mejor persona que ella para enseñarte los valores más importantes. Sé que te mostrará y te ayudará a ser fuerte en la vida, porque te servirá de ejemplo y siempre estará a tu lado. Aunque, cuando se ponga terca como una mula o empiece a preparar hechizos, me avisas, que yo te echaré un cable.

—¡Vaya, hombre, con lo bien que ibas! —me quejo entre risas—. Y, por cierto, ¿quién te ha dicho a ti que es una niña? ¿Y si es un niño? —pregunto, secándome los ojos.

—Según tu teoría científica —se mofa—, estoy seguro de que es una niña.

—Tú no tienes más carácter que yo —me defiendo.

—Sí que lo tengo y, además, ya has visto lo cabezón que puedo llegar a ser. —Se señala la venda.

—No pienso golpearme la cabeza para demostrarte que estás equivocado.

—Se llamará Paula, como la bruja de su madre.

—Esa idea me gusta. Pero no pienso ponerle ese nombre, porque será un niño.

—Pues entonces se llamará Juanjo, como su atractivo padre.

—¡Eh, baja de las nubes, don Narciso!

Sus carcajadas son música para mis oídos.

—Había pensado en ponerle Eulogio —suelto para provocarlo. Ahora soy yo la que se descojona al ver la cara que pone.

—¡Ni loco llamo a mi hijo como al *heteropero*!

—¿Cómo sabes tú eso? —pregunto sorprendida.

—De la misma forma que sé cuánto vales y lo mucho que te quiero.

—Eso es toda una declaración, ¿lo sabías? —digo coqueta.

—No juegues conmigo, que no soy el único que se está poniendo contento.

—¡Venga ya! ¿En serio? A ver —musito lasciva, levantándole la sábana. No sé cómo lo ha hecho, pero está en lo cierto.

—Nunca he probado un hospital —comenta, alzando las cejas.

—Estás enfermo —afirmo y vuelvo a taparlo.

—Pero por ti, nena. Por ti.

Epílogo

Juanjo

—Puedes estar tranquilo. Este caso es nuestro —le aseguro a mi cliente mientras lo acompaño al ascensor.

—No lo sé, Jota Jota. No lo veo.

—Confía en mí. Conozco al abogado de tu mujer y su contrademanda no tiene sentido alguno. La ley está de tu parte, créeme.

—Está bien. Avísame con lo que sea.

—Dalo por hecho.

Con un apretón de manos, me despido de él y regreso al bufete. No me había dado cuenta de lo tarde que es hasta este momento, que miro el reloj tras comprobar que hay demasiado silencio. El pasillo de penal está completamente a oscuras. La cafetería está vacía y tampoco parece haber nadie en civil. Nelly hace rato que se ha marchado, había quedado para ir a ver cunas con su marido, un cliente al que conoció en la fiesta de beneficios de las máscaras. Al llegar al despacho de Lita, la encuentro con la cabeza hundida en uno de sus expedientes. Está tan concentrada que ni se ha dado cuenta de mi presencia. No quiero molestarla, y me tomo mi tiempo en contemplarla apoyado en el marco de la puerta. Ya no es la misma mujer de la que me enamoré hace tiempo..., es aún mejor. Desde su llegada ha ganado numerosos casos y su fama no ha hecho más que aumentar entre nuestra exclusiva clientela. Domingo no pudo estar más acertado al traerla, ni yo más agradecido. Aunque desde el caso de Soledad y Leandro nos prohibió que trabajásemos juntos, por el bien del negocio. Sonríe al recordarlo. Hoy en día,

esos dos son nuestros mejores amigos, junto con la alocada de Lola, claro.

Lita sigue revisando los papeles cuando de pronto la veo llevarse a la boca el capuchón del bolígrafo que tiene en la mano. De forma del todo natural y sin saberse observada, se introduce la punta y la lame de forma pausada y agonizantemente lenta. La escena me resulta tan sensual y erótica que acabo empalmándome sólo con mirarla. Nuestros encuentros en el archivo me vienen a la mente, y es entonces cuando tengo una genial idea.

—Cierra los ojos —murmuro para no asustarla. Más de una vez he imaginado esto, y creo que ha llegado el momento de hacerlo realidad.

Lita obedece con una sonrisa pícaro. Me empalmo aún más.

—Chúpalo —le ordeno con voz grave. Mi parte dominante acaba de despertarse y no tengo la menor intención de acallarla.

Desconoce a ciencia cierta si estamos solos en el bufete, pero acata mi orden demostrando una confianza ciega en mí. Eso me excita aún más. Trago saliva al ver cómo lame el bolígrafo mientras imagino que es mi polla la que tiene en su boca.

—Me tienes empalmado —susurro, acercándome a su mesa.

Demasiados papeles sobre ella. No lo pienso y, en apenas unos segundos, quito todo lo que hay encima. Lita jadea dejándose llevar por el juego que le propongo. Cree que sabe lo que le espera, me conoce mejor que nadie. Sin apartar la vista de ella, rodeo la mesa hasta llegar a su lado. Agarro el respaldo de su sillón y lo giro para ponerla mirando hacia mí.

—Ahora con mi polla —le ordeno.

Lita abre los ojos, deja el bolígrafo sobre la mesa y me baja la cremallera del pantalón sin apartar la vista de mí. ¡Qué loco me vuelve esta mujer! No puedo más y me inclino para besarla. Pero ella quiere jugar, y me aparta de un suave empujón. Sonrío orgulloso. ¿Cómo puedo tener tanta suerte? Con una suavidad que logra estremecerme, me baja el calzoncillo y me libera de la presión que estaba sintiendo. Ella acaricia un poco mi miembro segundos antes de introducirse en la boca.

—¡Dios! —jadeo, echando la cabeza hacia atrás.

Su humedad logra enloquecerme, lubricando con calidez primero la punta, para después continuar con el resto. El placer se extiende a cada músculo de

mi cuerpo. La suavidad de su lengua y lo bien que lo hace me está llevando al puto paraíso. Necesito sentirla, tocarla, y la agarro por la cabeza. Lita gime cada vez que se la introduce en la boca y yo temo estallar de placer. No quiero correrme, todavía no. La detengo con una orden seca y cortante.

—Quítate las bragas.

Ya no lleva esa ropa estafalaria que usaba al llegar al gabinete. Sigue poniéndose faldas, pero por suerte son mucho más cortas y me permiten ver sus increíbles piernas y, de paso, desprenderla de su ropa interior con mayor facilidad.

—Súbete a la mesa —le indico sin quitarle la vista de encima. Cada movimiento lo convierte en puro erotismo. No quiero perderme nada.

Con la falda a la altura de la cadera, se sienta en el borde del tablero, dispuesta a todo cuanto le estoy pidiendo. Me acerco a ella y de nuevo la beso. Lo hago con fuerza y de forma basta, como sé que le gusta. Siento su calor cuando acaricio su entrepierna con la punta de la polla. Ardo en deseos de follarla ya mismo, pero me contengo. Prefiero seguir jugando. Cuando logro apartarme de ella, me siento en su sillón, y con voz ronca le exijo el siguiente paso:

—Mastúrbate.

—Hoy estás muy juguetón —susurra con cara lasciva.

—Llevo demasiado tiempo recreando este momento. No pienso desaprovecharlo.

Humedeciéndose el labio con la lengua, Lita separa los muslos, y yo gimo en respuesta. Enloquezco al ver su entrepierna, dispuesta a complacerme.

—Lámelo —me exige lujuriosa ofreciéndome su dedo.

En silencio, y sin apartar la vista el uno del otro, ella me introduce el dedo en la boca, que yo chupo para acatar su obscena orden.

—Es suficiente —indica cuando ya está lo bastante húmedo.

—Me tienes rendido a tus pies —balbuceo al verla masturbarse. Yo hago lo mismo con mi polla, que acaricio al ritmo que ella marca.

Lita es mi perfecta otra mitad. A ambos nos gusta disfrutar del sexo, y no dudamos en participar en el juego a la menor ocasión.

Apoyada en la mesa con su otra mano, se inclina hacia atrás para abrirse

más y ofrecerme unas mejores vistas. Por un momento me siento tentado de abalanzarme y lamerle hasta el último rincón de ese paraíso que tiene por entrepierna. Pero quiero verla. Quiero ser testigo de cómo se corre ante mí. Nuestros gemidos se entremezclan, acompañados de nuestras agitadas respiraciones. Siento cómo el calor se apodera de mi cuerpo tal y como ella se apoderó de mi alma. Es tanto lo que me da y me llena que no logro reprimir un profundo grito procedente de lo más hondo de mi garganta. Lita se remueve sobre la mesa. Sus ojos se clavan en mi miembro, aunque en más de una ocasión se ve obligada a cerrarlos. La excitación que hay entre estas cuatro paredes es tan grande que hasta puedo olerla. Comienzo a sudar y no sé cuánto más podré aguantar. Ella lo sabe al igual que yo. Y es en ese instante cuando aprovecha para dejarse ir. El orgasmo que está teniendo la mantiene convulsionándose durante un corto período de tiempo, hasta que no puedo soportarlo más y me pongo en pie frente a ella. La abrazo y la beso al tiempo que la penetro de un solo empujón. Necesito estar en su interior, formar parte de ella como mi corazón forma parte del suyo. La amo con locura como jamás pensé que se podría llegar a amar. Toda mi vida gira en torno a ella, y a lo que nuestro amor ha conseguido crear. Atrapo sus labios con la misma potencia con que la empotro. Sé cuánto le gusta y empujo aún con más nervio.

—Te deseo. Te deseo... —gimo sin parar en su boca.

—Más fuerte —me pide con esa mirada impúdica que tanto me enloquece.

No tardo en obedecer su orden. Lo haría un millón de veces si así me lo demandara. Inquieto por el deseo que me despierta, la penetro con tanta fuerza que acabo trasladando la mesa hacia el centro del despacho. El sonido de la madera golpeando contra el suelo se entremezcla con nuestros jadeos.

—Te amo —confieso tomándola por el rostro con la completa seguridad de que haría cualquier cosa por ella si con ello la hago feliz.

—Te amo —me responde, fundiendo su mirada en la mía.

Es entonces cuando sus ojos me muestran que he cumplido con mi cometido, que en ellos sólo hay felicidad; me dejo ir y me corro dentro de ella.

Me arqueo hacia atrás, extasiado de placer, y ella me abraza. Lo hace con cariño y fuerza al mismo tiempo, dos conceptos que han marcado nuestra

relación desde el principio. La misma que nos mantiene unidos ahora... y por siempre.

* * *

—Estoy deseando llegar para ver a May —me comunica en el coche a pocos metros de casa. Vendí el chalet de La Moraleja y ahora tenemos otro un poco más pequeño y funcional.

—No creo que sea precisamente a May a quien quieras ver —apostillo.

—Tú ya me entiendes —se queja, dándome un ligero golpe en el costado.

La luz del salón está encendida cuando entramos por la puerta. Todo está demasiado tranquilo para ser cierto.

—¡Hola, May! ¿Qué tal ha ido el día? —Lita tiene por costumbre hablar con ella conforme llega a casa.

—He tenido días peores. ¡Hola, Jota Jota! —me saluda.

—Me tomaré eso como una buena noticia.

—Hola, May —respondo mientras dejo mis cosas sobre el aparador del salón.

—Siento que hayamos llegado a estas horas —se excusa—. Ha habido un asunto de última hora que nos ha entretenido algo más de lo normal.

La mirada pícara que Lita me dedica me produce un cosquilleo. Por mí tendría asuntos de ese tipo todos los putos días.

—¿Has cenado o quieres cenar con nosotros? —le pregunta.

—No, tranquila, Paula, ya he cenado. Vosotros cenad tranquilos, que yo ya me marcho —afirma, cogiendo su bolso.

—¿Nos vemos el lunes a la hora de siempre?

—Por supuesto que sí. ¡Que paséis un buen fin de semana! ¡Adiós!

Ambos la acompañamos hasta la puerta y nos despedimos de ella hasta que se marcha.

—Es un encanto de mujer —murmura al cerrar.

Lita siempre ha sabido ganarse el cariño de la gente. Y el de May se lo ganó el primer día que llegó al bufete. Ella era la encargada de la limpieza. Llevaba años trabajando para nosotros, hasta que a Lita se le metió en la

cabeza que debía encontrarle un trabajo más acorde con ella. A los pocos meses de nuestra boda, consiguió su objetivo y May pasó a formar parte de la familia. Ahora su empleo está aquí, en casa, cuidando de nuestros mellizos, Paula y Juanjo.

—¿Subimos a verlos? —me pregunta con una sonrisa de oreja a oreja. Imposible resistirse.

—Lo estoy deseando —respondo, cogiéndola por la cintura.

Juntos subimos hasta el cuarto de los chiquillos. Deben de estar durmiendo por lo tarde que es, y más cuando su niñera, May, estaba relajada en el salón cuando hemos llegado. Pero en mitad del pasillo, de camino a su habitación, Lita y yo nos detenemos.

—Hay luz —susurra al ver en el parqué el resplandor que sale por debajo de la puerta.

—¿Crees que estarán en una de las suyas? —pregunto divertido. Esto sí que no me lo pierdo.

Mi flamante esposa y yo avanzamos de forma sigilosa el resto del trayecto para intentar que no nos descubran. Al llegar frente a su puerta, colocados uno frente al otro, acercamos la oreja para poder oír sus voces.

—No tienes ni idea de lo que dices. Los chicos sois todos tontos. —Ésta es Paula.

—Vosotras sí que no tenéis ni idea de nada —replica mi machote, Juanjo Júnior.

Lita me da un codazo.

—¿Qué? —me quejo en un susurro.

—Sé lo que estás pensando —responde de igual modo—. Borra esa idea de tu cabeza.

En ocasiones como ésta es cuando corroboro que me casé con una verdadera bruja.

—El chiquillo tiene razón —nos defiende a ambos.

—Calla —me ordena tras chistarme.

—La magia existe y los hechizos también —continúa nuestra hija. Es un puñetero calco de su madre.

De soslayo, miro a Lita y la pillo sonriendo. Sé lo orgullosa que se siente.

—Eso sólo está en tu cabeza, en la de mamá y en la de tus locas amigas. Los chicos no creemos en todas esas chorradas.

«¡Ése es mi chico!» Vale, lo admito. Él ha salido al padre.

—¡No son chorradas!

—¿Ah, no? Hazme uno ahora. Conviérteme en un pájaro.

—Aún no sé hacerlo.

—No sabes porque no se puede.

Por el sonido que acabamos de oír, sé que le ha sacado la lengua. ¡Se va a liar parda!

—¡Sí se puede!

Lita baja el brazo con el codo doblado y el puño cerrado en señal de victoria.

—Mañana le cojo el libro a mamá y verás lo que te hago.

Debo acordarme de tirar ese puñetero libro a la basura. No creo en ese tipo de cosas..., pero mejor ser precavidos.

—No me das miedo, tonta.

—Pues debería, porque hay muchas clases de animales.

Lita está que se derrite de gozo. Yo, en cambio, empiezo a ponerme nervioso.

—¡Ni se te ocurra convertirme en otro animal que no sea un pájaro!

—¿No has dicho que no puedo hacerlo? ¿En qué quedamos?

—¡Bruja!

—¡Por fin lo admites!

Lita comienza a descojonarse y abre la puerta. Los niños se lanzan sobre ella para abrazarla y llenarla de mimos. Yo aguardo bajo el marco de la puerta para ver la escena. Si contemplar a mi mujer es hermoso, verlos a los tres de esta forma es simplemente un milagro. Aún recuerdo cuando vinieron al mundo, hace cinco años. Ya habíamos asimilado la noticia de que serían dos en lugar de uno. Según Lita, era la confirmación de su loca teoría acerca del carácter y los cromosomas. Fue entonces cuando compré esta casa y le pedí a Lita que se casara conmigo. Lo hice en una cena que organicé por su cumpleaños. Quise darle una sorpresa e invité a toda la gente que la quiere. Estuvo su familia al completo, la que, por cierto, me había obligado en su día

a ir y pasearme por todo el pueblo para que todo el mundo comprobara que estaba vivo; también su amiga Manuela con su pareja; su incondicional amiga Lola, a la que ahora llamamos «tita»; mi padre, a quien Lita ahora adora, y por supuesto Leo, Nelly, May, Soledad, Leandro, Domingo, e incluso Eulogio. A este último me costó caros y carretas tener que invitarlo. Pero accedí por ella, y porque me pareció el momento perfecto para pedirle que se uniera a mí para siempre. Por aquel entonces, el embarazo ya estaba muy avanzado y tenía una buena barriga, y no lo pensó dos veces antes de contestarme:

—Sí, pero no —me soltó delante de todos.

En aquel instante quise que me tragara la tierra. Todos enmudecimos y yo me quedé más blanco que el papel. Por suerte, Lita se apresuró a aclarar su respuesta. Aceptaba casarse conmigo, pero no en estado. Quería contraer matrimonio con un vestido que le marcara la figura y poder pasar la luna de miel con «pensión completa». Jamás olvidaré el tono en que lo dijo y las risas que todos nos echamos. Su palabra se cumplió, y cuando los niños tenían cerca de diez meses la convertí en mi esposa y me la llevé a Cancún.

—Papá, ¿no vienes a darnos el beso de buenas noches? —La pequeña Paula y su afán por besar a todo el mundo. Esto tengo que controlárselo antes de que crezca, por cierto.

—Claro que sí, cariño.

Durante un buen rato, los chiquillos nos cuentan cómo les ha ido el día y lo que han hecho en el cole.

—Papá, Paula quiere hacerme un hechizo —se queja mi Jr.

—No es que quiera —se defiende ella—. Es que, como no te fías, pues te lo hago.

Miro a su madre para que medie entre ambos. Paula es demasiado pequeña para ir hablando de ese tipo de cosas. Es una niña muy adelantada a su edad, aunque en el fondo sé que eso se lo debe a su progenitora.

—Y ¿tú por qué no la crees, vamos a ver? —pregunta Lita.

¡Cojonudo! Si no tenía suficiente con una brujilla, me faltaba ahora la bruja suprema.

—Porque es imposible —responde mi chaval—. Tú nunca has conseguido ninguno, mamá.

—Bueno, eso es lo que la gente cree —comenta mirándome a mí.

No sé cómo lo ha hecho, pero acaba de acojonarme.

—¡Todo el mundo a la cama, que ya es tarde! —intervengo para poner fin a la conversación.

—Pero mañana es sábado, no hay que madrugar —se queja mi pequeñín.

—Vuestro padre tiene razón —me secunda mi mujer—. Es tarde y mañana nos espera un largo día. Habrá barbacoa y tendréis todo el tiempo del mundo para corretear y jugar con vuestros amigos.

—¿Vendrán Sarah y Pablo? —Son los nietos de Soledad y Leandro, íntimos amigos de nuestros hijos.

—Claro que sí.

—¿Y la tita Lola? —pregunta Jr.

A éste también tendré que atarlo en corto. Ya lo he pillado en más de una ocasión embobado mirándole el culo a la alocada de su tía.

—Sí, la tita Lola también vendrá —afirma sonriente—. ¡Vamos, a dormir, jovencuelos! Y esta vez es de verdad.

—Buenas noches, mamá. Buenas noches, papá —nos desean ambos.

Su madre y yo les damos un beso a cada uno y nos marchamos a nuestro cuarto. En cuanto llegamos, veo la enorme cama ante mí y le hago ojitos. No veo la hora de acostarme.

—No te hagas ilusiones, que aún no vas a dormir —suelta Lita de pronto, quitándose la ropa.

—Estoy agotado. —La voz que me sale es tan aguda que ni yo mismo me lo creo. Estoy realmente hecho polvo del día tan intenso que he tenido en el despacho, pero es verla desnuda y se me olvida todo.

—Cuando pones esa cara, sé que te tengo hechizado —comenta risueña. Por mucho que me joda admitirlo, ambos sabemos que lleva razón.

—¿Te crees con poderes? —pregunto, desprendiéndome de la ropa, que ya me empieza a sobrar.

—No lo creo. Lo sé. —Su sensualidad al hablarme me lleva al límite.

—¿Ah, sí? —digo juguetón, y la empujo hacia la cama para tumbarla boca arriba, dispuesta y preparada para mí.

—Sí —afirma al tiempo que se lame el labio sin apartar la vista de mi

desnudez.

—Está bien, lo admito —remato tumbándome sobre ella con un deseo irrefrenable por hacerla mía de nuevo—. Tú eres la bruja —claudico, y le doy bocados en el cuello. Ella ríe a carcajadas y yo me emociono al oírla—. Tú tienes los poderes —continúo, sin parar de morderla—, pero yo soy el que te echa los polvos mágicos.

Lita, mi Lita, ríe aún con más ganas con mi última frase. No existe para mí mejor sonido en el mundo. Mi mayor objetivo en la vida, como bien me inculcaron, es hacerla feliz. Y, cuando la oigo reír como ahora..., sé que lo he conseguido.

Agradecimientos

Como viene siendo habitual en este apartado, quiero dar las gracias en primer lugar a mi familia, y en especial a mi marido y a mi madre por su incondicional apoyo, por sus certeros consejos y por aguantar el follón que pueda ocasionarles con cada capítulo que escribo. Gracias por ser mis lectores cero. ¡Os quiero con locura!

También quiero dar las gracias por su apoyo y amistad a Mariola García, Mari Carmen González e Itziar Marco. Gracias, chicas, por aportarme tanto y por acompañarme en esta maravillosa aventura. ¡Os *I love you una jartá!*

Tampoco en este apartado pueden faltar Juanjo, Nieves, Sole, Leandro, Lola, María, Nelly y Susana. Gracias por participar en mis sorteos y por formar parte de esta maravillosa historia.

Quiero también dar las gracias a Rodrigo, mi abogado, al que agradezco su inestimable ayuda para documentarme en esta novela. Te debo una cerveza, campeón.

Por esas épocas que toda autora tiene en un momento dado, quiero agradecer a mis compis y amigas Iris T. Hernández, Ana Forner y Alissa Brontë su apoyo y empuje.

Gracias igualmente a mis Gamberras. Gracias por estar día tras día en el grupo de Facebook apoyándome, compartiendo risas y colaborando en cada aventura que os propongo. ¡Sois la caña y os llevo en el corazón!

Gracias, por supuesto, a mis lectores, que, de forma fiel, compráis, leéis y

comentáis mis novelas en las distintas plataformas. Sois mi otra mitad, y sin vosotros nada de esto sería lo mismo.

Y, por último, quiero dar las gracias a mi editora, Esther Escoriza. Gracias por confiar en mí una vez más para que mi trabajo vea la luz y llegue a todo el mundo. Gracias por tus consejos y por cederme parte de tu experiencia.

Referencias a las canciones

Mi gran noche, Parlophone Music Spain, S. A., interpretada por Raphael.

Stand by Me, Rhino Entertainment Company, interpretada por Ben E. King.

Yo voy a ser Rey León, SME España, S. L., bajo licencia exclusiva de Stage Entertainment España, interpretada por Gaby del Castillo, Cayetano Yamiléth y Oliver Esteban.

Stand by Me, RCA International, interpretada por 4 The Cause.

Depende, EMI Import, interpretada por Jarabe de Palo.

I Believe I Can Fly, Zomba Recording Corporation, interpretada por R. Kelly.



García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela, *La culpa es de D.I.S.N.E.I.*, en la primavera de 2015, a la que han seguido *Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca*, *Aquí le echamos muchos huevos... a la tortilla*, *Soñando a lo grande, pensando a lo «chico»*, esta última en coautoría con Alissa Brontë, *Houston, tenemos más de un problema* y *Houston, tenemos una misión inn-posible*. Natural de Molina de Segura (Murcia), cursó sus estudios de Bachiller y COU en la rama de letras puras. Posteriormente se graduó en Técnico Especialista en Administración. Tras el nacimiento de su hijo, le surgió la vocación por la pintura, donde con el paso de los años ha pintado más de cuatrocientas obras y ha expuesto en más de dieciocho ocasiones, tanto de forma colectiva como individual. Algunas de sus obras se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires. Su interés por avanzar y aprender la llevó también a asistir a cursos de informática, bisutería y tatuajes.

Facebook: GARCÍA DE SAURA

Mis poderes y tus polvos mágicos

García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Anna Subbotina – Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© García de Saura, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19381-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

